ROBERTO CANESSA
PABLO VIERCI

TENÍA QUE SOBREVIVIR

Cómo el accidente en los Andes inspiró mi vocación para salvar vidas

Planeta

Tenía que sobrevivir

Cómo el accidente aéreo en los Andes inspiró mi vocación para salvar vidas

Roberto Canessa
Pablo Vierci

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Tenía que sobrevivir
Imágenes

Vierci, Pablo
Tenía que sobrevivir / Pablo Vierci ; Roberto Canessa. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2016.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-5496-5

1. Relatos Personales. I. Canessa, Roberto II. Título
CDD A863

© 2016, Roberto Canessa
© 2016, Pablo Vierci

Editado originalmente en Simon & Schuster, Inc.

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
El mapa en la página 309 por Rossana Barone (diseño gráfico) por gentileza de Jörg P. A. Thomsen (Director del Museo Andes 1972)

Imagen de tapa: Fuerza Aérea Uruguaya (Arriba) El país, Uruguay (Abajo)

Todos los derechos reservados

© 2016, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: octubre de 2016
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-5496-5

A los que sufren, e ignoran que todavía hay esperanza.
ROBERTO CANESSA

A Roberto, inspiración para mí y para ustedes.
PABLO VIERCI

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

¿Cuál es la frontera entre la vida y la muerte?

Por la pantalla del ecógrafo examino el corazón de un niño que está por nacer. Me demoro analizándolo; sus minúsculas manos, sus pies, como si habláramos desde adentro y afuera del monitor. Siento la fascinación de una vida eventual, porque a ese corazón le falta una parte que habrá que reponer o compensar.

Por un momento observo la pantalla del ecógrafo y al siguiente estoy mirando a través de la ventana del fuselaje del avión, avizorando el horizonte escarpado, para saber si regresaban con vida los amigos que habían salido en las primeras caminatas exploratorias. Desde que escapamos de la cordillera de los Andes, el 22 de diciembre de 1972, después de estar más de dos meses perdidos, vivo formulándome una sucesión de preguntas que cambian con el tiempo. La primera de todas es: ¿qué hacemos cuando todas las probabilidades parecen estar en contra?

Me vuelvo hacia la madre embarazada en la camilla. ¿Cuál es la mejor manera de decirle que a su hija, que aún lleva en el vientre, le falta la cavidad más importante del corazón? Hasta hace muy pocos años, los recién nacidos con este tipo de cardiopatías congénitas complejas llegaban al mundo castigados, sin haber hecho nada para merecerlo, y morían a poco de nacer. Su huella en la vida era una breve agonía que dejaba una marca indeleble en sus familias. Pero un día se dio un paso más en la medicina y se incursionó por territorios desconocidos, y Azucena, esta madre con gesto consternado, puede tener esperanzas. Les aguarda una sinuosa cordillera por delante, a ella, al padre, a la niña y a sus dos hermanos. Un largo periplo de destino tan incierto como el que nosotros vivimos en la montaña. Con mis amigos logramos salir del blanco congelado de la cordillera de los Andes y accedimos al valle reverdecido de Los Maitenes. Yo busco a Los Maitenes para cada niño porque sé que en algún lugar los espera, aunque me consta, también, que no todos llegan.

Este ha sido mi dilema como médico, en este segundo piso del Hospital Italiano de Montevideo, Uruguay. En el ecógrafo me veo a mí mismo, tambaleándome en la cima de la montaña con un pie adentro y otro afuera de la vida, mientras observo a esta niña que ya tiene nombre, María del Rosario, y que por ahora solo puede vivir dentro de su madre, conectada a la placenta. Pero ¿qué hacer después? ¿Proponer una serie prolongada de cirugías después de las cuales, eventualmente, puede vivir? ¿Vale la pena, a pesar de los riesgos y costos? Las semejanzas son tantas que en ocasiones me abruman.

Cuando dejamos el fuselaje del avión para trepar los picos y recorrer los abismos que nos llevaron hasta aquel valle en Chile, salimos a la intemperie donde no se podía vivir. Es casi imposible vivir al sereno, con treinta grados bajo cero, sin equipos, después de perder treinta kilos de peso. No se pueden atravesar los ochenta kilómetros de la cordillera de los Andes de Este a Oeste, porque nadie en ese estado de debilidad jamás lo había hecho antes. Solo se podía vivir en el útero del fuselaje, estirar la vida un tiempo más, hasta que llegara el momento en que también ese hábitat terminaría matándonos, cuando se acabara el alimento que nos mantenía con vida, los cadáveres de nuestros amigos. El niño se alimenta de la madre y nosotros nos alimentábamos de nuestros

compañeros, lo más preciado que tuvimos en nuestras vidas. ¿Seguir o no seguir? ¿Salir o no salir? En la última expedición habíamos agregado una nueva herramienta, una bolsa de dormir hecha con material aislante de los tubos de calefacción del avión, cosida con hilos de cobre de los motores eléctricos. Una maltrecha colcha de retazos que parecía salida de un basurero.

En la vida fetal, esta niña, conectada, puede vivir, como nosotros podíamos sobrevivir conectados al fuselaje, perdiendo peso todos los días, agregando agujeritos al cinturón. Pero un día hubo que cortar el cordón umbilical para llegar a la vida, porque teníamos fecha de vencimiento. Yo fui el que más demoró la salida y por eso esta imagen es tan intensa y recurrente. ¿Cuándo cortamos el cordón? ¿Cuándo cambiamos de realidad y pasamos a vivir a la intemperie, en lo que sería mi parto iniciático a través de las montañas? Sabía que una salida precipitada, como los partos prematuros de estos niños con cardiopatías congénitas, era de altísimo riesgo de sobrevida.

La decisión de dejar el fuselaje me costó mucho. Eran demasiadas las perplejidades y era la última oportunidad. Nando Parrado respetaba mis dudas porque él también vacilaba, aunque no lo podía manifestar para no desanimar al resto de los sobrevivientes del accidente, porque eso sería acelerar la caída. Con cada uno que moría, todos moríamos un poco. Cuando Gustavo Zerbino nos anunció la muerte de Numa Turcatti, uno de los amigos más valientes y nobles de la montaña, se precipitó mi decisión de salir. Ya era hora de abandonar la placenta del fuselaje, de nacer con un corazón que no estaba preparado para el mundo exterior. Arturo Nogueira, otro de mis amigos que también murió, me dijo un día: «Qué suerte tenés, Roberto, que podés caminar por los demás», porque él tenía las piernas quebradas; de otro modo él estaría en mi lugar, hoy, aquí.

El 13 de octubre de 1972, cuando choqué en el avión contra la montaña, tenía diecinueve años y estudiaba segundo año de Facultad de Medicina, jugaba al rugby y Lauri Surraco era mi novia. Lo que hice en esos setenta días fue un intensísimo curso de medicina de catástrofe, de supervivencia, donde la chispa de mi vocación médica tuvo que convertirse en llamarada. Vivimos el más cruel laboratorio de comportamiento humano, donde los cobayos éramos nosotros mismos, y, más desconcertante todavía, teníamos conciencia de que lo éramos. Nunca escuché hablar de un laboratorio tan bizarro y tan siniestro. Aprendí armas nuevas: sanarse es la actitud de sobrevivir sin importar los golpes. Nada de lo que hice después se pudo comparar con semejante nacimiento.

En los hospitales donde trabajo, algunos colegas me reprochan, a mis espaldas o mirándome a los ojos, el ser avasallador, demasiado impetuoso, un bólido que no respeta las convenciones, algo equivalente a lo que me ocurrió con mis compañeros en la montaña. A los pacientes no les importan las normas que rigen a la corporación médica porque ellos entran y salen. Las mías son las formas de la montaña, duras, implacables, afianzadas en el yunque de la naturaleza agreste en su estado más primario, que solo buscan un único resultado posible: la incesante lucha por seguir respirando.

Capítulo 2

13 de octubre de 1972

Cuando cierro los ojos, a menudo viajo por el tiempo y el espacio y me estrello contra el valle de las Lágrimas el día que ocurrió el accidente. Hasta ese momento, vivíamos en un universo previsible y, de repente, se produjo una fractura. Quedamos sumergidos en un entorno sin tiempo cronológico, en otra era.

El 13 de octubre de 1972, eran las 15.29 horas cuando miré a través de las ventanas del avión. Me sorprendió ver los picos de los Andes que pasaban tan próximos a las alas del Fairchild 571, un avión a turbohélice con cuarenta y cinco pasajeros que, con los jugadores e hinchas del club de rugby Old Christians, formado por exalumnos del colegio Stella Maris-Christian Brothers, habíamos arrendado a la Fuerza Aérea Uruguaya, para viajar a Chile a jugar rugby.

De pronto, caímos en un pozo de aire interminable. Otro más profundo todavía. El avión intentó trepar y ganar altura. El piloto llevó los motores al máximo y estos rugieron impotentes porque no tenían la fuerza suficiente. Un minuto después vino aquel golpe funesto, el ala derecha golpeó contra la cumbre, cortó el avión al medio, con una explosión seca, violenta, con ruido de hierros que se destrozan entre sí. Y una caída vertiginosa.

Nos sacudimos como si estuviéramos en el ojo de un huracán. Comenzó una sucesión de saltos, golpes y explosiones estridentes que me aturdieron. Cuando el avión se deslizaba por la pendiente de la montaña, a lo que me parecía una velocidad supersónica, me di cuenta de que estaba protagonizando un accidente aéreo en la cordillera de los Andes, y de que me iba a morir, porque a un accidente de ese tipo solo le sigue la aniquilación de todo lo existente: los cuerpos y las máquinas, la carne y el acero, retorcido y roto. Me aferré tan fuerte de la base del asiento que arranqué trozos del cojín con la presión de mis manos, mientras los sacudones me revolvían las entrañas. Incliné la cabeza, aguardando la inminencia del impacto que me destrozaría. *¿Cómo será morirse?, ¿me faltará el aire?, ¿la visión?, ¿el pensamiento? ¿Cuánto dolor podré resistir? ¿Veré mis miembros separarse del cuerpo? ¿Hasta cuándo tenemos conciencia, en el instante previo a la muerte? ¿Cuándo perderé el sentido?*

Ni bien el avión se detuvo con violencia, mi cuerpo, atado por el cinturón de seguridad, fue lanzado junto al asiento por la catapulta de la inercia a estrellarse contra el respaldo del asiento delantero, que también había volado hacia adelante, arrancado de sus guías, hasta apilarse próximo a la cabina de los pilotos… *Pero sigo respirando*. Pensé que la muerte era eso mismo, porque no podía convencerme de que no había ocurrido. Aunque jamás podría imaginar lo que vendría después: una muerte encapsulada, en pequeñas dosis, gota a gota.

El desvanecimiento duró milésimas de segundo. Desperté, sin ver del todo, y no comprendía lo que sucedía. Estaba mareado, muy dolorido, aunque no sabía qué era lo que me dolía. El espacio se empezó a poblar de gemidos y lamentos que no terminé de aprehender, con un intenso olor a combustible. Miré hacia atrás, a la abertura desgarrada de la cabina, y era irreal: el fuselaje se había

partido a la altura de la ventanilla número ocho, le faltaba una parte del avión y la cola. Vi la montaña que nos rodeaba y sentí una ventisca inclemente que barría todo a su paso y nos castigaba como latigazos. Hacia los costados divisé zombis que se incorporaban, cabezas y manos de resucitados que se movían de entre los asientos retorcidos y arrancados de cuajo de sus bases. El Flaco Vázquez, en el asiento a mi lado, del otro lado del corredor, me miraba con nostalgia. Estaba pálido, confuso, en shock… Alguien a mis espaldas movió o quitó asientos y hierros que me inmovilizaban. Apenas me volví, distinguí a mi amigo Gustavo Zerbino. *¡Qué suerte que estás vivo!*, pensé, mientras él me miraba como diciendo: *¡Qué suerte que estás vivo!* Sin hablarnos, nos preguntamos: ¿*Y ahora qué hacemos*?, y simultáneamente: *¿Por dónde empezamos?* Mientras Carlitos Páez, en shock, solo atinó a decirme una comprobación que no quería creer: «Canessa, ¿esto es un desastre?».

Percibí que el Flaco Vázquez tenía la pierna herida y había que detener la hemorragia. No tenía ni un segundo para vacilar. Esa impronta de la celeridad pautó la primera parte de mi pasaje por la montaña. No es que no pudiera dudar: no tenía tiempo para hacerlo.

Cuando comencé a moverme, tropecé con algo, o alguien: era Álvaro Mangino, que estaba tirado bajo un asiento, con una pierna atrapada entre los hierros. Gustavo levantó el asiento mientras yo arrastraba el cuerpo de Álvaro. Tenía la pierna derecha prensada debajo de los hierros retorcidos donde se descansan los pies. Cuando conseguí sacarla, descubrí que colgaba inanimada: tenía el hueso fracturado. Le pedí a Álvaro que se concentrara en otra cosa, y con un movimiento rápido y firme coloqué el hueso en su lugar. Álvaro soltó lágrimas de dolor pero no emitió ni un gemido. Le presioné la zona fracturada con trozos de una camisa que Gustavo me alcanzó, hasta que se nos ocurriera algo mejor para entablillarlo, después, en una segunda o tercera recorrida. Al siguiente que vimos fue al corpulento Enrique Platero, que nos mostró, como si no fuera su cuerpo y sin emitir una queja, un trozo de metal que tenía clavado en medio del estómago, no sabíamos a qué profundidad. Gustavo le pidió que no mirara y se lo arrancó, dejando un trozo de grasa peritoneal afuera, que empujó dentro del estómago, y lo vendamos con una camiseta de rugby. Enrique dijo: «Gracias».

En pocos minutos, la temperatura de veinticuatro grados en el avión en vuelo bajó a diez grados bajo cero en el fuselaje partido en la nieve. De los bolsos que no volaron de los portaequipajes en la caída empezamos a rescatar abrigos y camisas para rasgar e improvisar vendas para curar heridas.

Pero no éramos los únicos que trabajábamos. Allá estaba el capitán del equipo de rugby, Marcelo Pérez del Castillo, seguido de dos, luego tres, ayudando a los heridos, despejando el camino para poder moverse en la cabina desgarrada y cubierta de hierros punzantes y filosos que lastimaban los pies y las piernas de los que se incorporaban como sombras que venían de otro mundo. Allá estaban Daniel Fernández y Moncho Sabella, a los que se sumó Gustavo Zerbino, intentando hablar con el copiloto que agonizaba, para saber dónde estábamos, qué había que hacer.

«Este está vivo… este está muerto», me iba diciendo Gustavo, que volvió a mi lado, mientras le buscaba el pulso en el cuello a un tercero. Curamos a uno, consolamos a otro…

¡Qué cansancio! ¿Por qué cuesta tanto trabajo respirar? Volví a observar la parte posterior, el inmenso boquete abierto que dejaba ver un universo de nieve totalmente indiferente a las escenas de terror que vivíamos adentro del tubo de chapas y hierros del avión, y por primera vez tuve tiempo de preguntarme: *¿Dónde diablos estamos? ¿Habremos caído tan alto en la montaña? ¿Cómo puede desplomarse un avión en la cumbre de la cordillera, cargado de combustible, sin explotar?* Y más alucinante todavía fue observar a mi querido amigo Bobby François, sentado afuera, sobre una maleta en la nieve, azotado por la lluvia congelada, meneando la cabeza y repitiendo: «La quedamos».

Sin darme cuenta, oscureció, y un instante después era noche cerrada. Nos iluminamos con un encendedor, pensando siempre que el combustible que impregnaba todo podía estallar en cualquier momento. Había tres encendedores más, titilando, para un lado y para el otro, en la cavidad opaca de

la cabina partida, sacudida por las constantes ráfagas de la ventisca.

Como la tensión de oxígeno ambiente era muy baja, llegó un momento en que me quedé completamente sin fuerza. Con las manos ensangrentadas de todos los lastimados y moribundos, me dirigí a un lugar donde ya había advertido que podría descansar sin pisar a los heridos, mutilados y cadáveres. Como el avión había girado sobre sí mismo, la red que delimitaba el compartimiento de equipajes junto a la cabina de los pilotos, sostenida por dos barrotes de aluminio, formaba como una hamaca paraguaya, donde podría tirarme y descansar. Cuando llegué a la hamaca, encontré que otro había pensado lo mismo. Tiritando de frío, solo atinamos a abrazarnos, golpeteándonos el cuerpo. Con quien me abrazaba era un desconocido para mí: Coche Inciarte. Cerré los ojos y traté de utilizar todos los sentidos. Sentía que no podía haber en la Tierra un ser más desgraciado. Pero cuando movía los músculos y percibía que todo el engranaje de mi organismo respondía a las señales que le enviaba mi cerebro, experimentaba lo contrario: no había en la Tierra un ser más afortunado, y por eso, debía ser el más agradecido.

Capítulo 3

A mi madre, que era muy bonita, le sobraba valor. Pero cuando se ponía nerviosa tartamudeaba, aunque esa aparente deficiencia no solo no la amilanaba, sino que cuando creía que tenía razón la tornaba más determinada, más audaz, más inmune a la opinión ajena, a la crítica y a la vergüenza. Como siempre la conocí así, casi nunca me llamó la atención su tartamudez.

Mi familia paterna, por su parte, de origen genovés (todos en mi casa somos ciudadanos italianos), progresaba en base a los estudios de Medicina y al esfuerzo, lo que se condensó en mi bisabuelo, un médico prominente de la Academia de Medicina, y en mi padre, profesor prestigioso de Cardiología en la Facultad de Medicina.

Si bien papá era elegante y atildado, mamá no se preocupaba en vestir a sus hijos varones como gente medianamente acomodada. La sobriedad de mi padre era, en cierto modo, la contracara de mamá. Por eso, durante tantos años, se llevaron tan bien, porque se complementaban y formaron un hogar poco común, donde no había dos días iguales, y tuvieron cuatro hijos de temperamentos diferentes.

Mi familia materna era numerosa y pautada por los afectos. Como mi abuelo murió muy joven y las hermanas de mi madre todavía no tenían hijos, me convertí en el primer niño de una gran familia de «tías viejas», como yo veía a mis tías treintañeras. Tanto fue así que mamá le pidió a mi padre que a su hijo primogénito le pusieran el nombre del abuelo desaparecido prematuramente. Por eso me llamo como mi abuelo materno, Roberto Jorge.

La familia seguía la tradición de José Pedro Varela, que en 1876 instauró en Uruguay el primer sistema de escuela laica, gratuita y obligatoria de América Latina, y por eso en la casa se respiraba un espíritu ilustrado y humanista, donde el maestro y el profesor eran las figuras preponderantes de la sociedad. A tal punto fue así que en aquel tiempo mi madre acogió a un niño de la calle y lo tuvo durante años bajo su tutela, solo para asegurarse de que terminara la escuela y el liceo.

Como durante muchos años fui el único niño de tan vasta familia, me consentían sobremanera, me daban demasiadas libertades, lo que me tornó inquieto, travieso y sumamente estimulado. Las «tías viejas» depositaban en mí anhelos muy diversos, muchas veces vinculados con las letras y la música, al punto que durante la infancia escribía poesías para que mis tías las leyeran en voz alta, o me hacían recitarlas, alternadas con poemas ilustres, de Gustavo Adolfo Bécquer, Antonio Machado o Jorge Manrique. Uno de mis tíos me llamaba «la piel de Judas», por lo travieso, y otra de mis tías me regaló un caballo, Alfin, a efectos de que desplegara con él la energía que ellas tanto admiraban. Así fue como el hijo de un médico y profesor prestigioso comenzó a montar a caballo en un barrio coqueto, con la ropa descosida.

Lo cierto es que ese niño que debía descollar en la escuela, como todos auguraban, porque la escuela era la máxima virtud familiar, no lo hizo, y eso se transformó en el primer quiebre de mi vida, sumado a que hasta que cumplí catorce años era menudo y demasiado chico para mi edad. Todos pronosticaban que sobresaldría en la escuela por la luz que traía conmigo, pero mi espíritu libre se estrelló contra la escuela irlandesa de los Christian Brothers de los años cincuenta y sesenta.

Y si yo era testarudo, mimado y confiado por la incondicionalidad de mi madre y de las «tías viejas», los Brothers eran aún más testarudos y rudos. Con esa pared choqué una y otra vez, porque no terminaba de entender que había un límite que no ponía yo, sino alguien más.

Ingresar al colegio fue, para mí, como entrar a un internado militar, una cárcel, donde muchas veces terminaba a los golpes con los Brothers, que nunca se intimidaron con mi rebeldía. Los Brothers, para quienes la actitud siempre fue más importante que los logros académicos, sentían por su parte que estaban domando a un potro salvaje, mientras que a mí me resultaba imposible entender cómo funcionaba el sistema.

Los Brothers le dijeron a mi madre que claramente yo era un niño diferente de los otros alumnos, pero que ellos no estaban dispuestos a negociar sus pautas pedagógicas, donde la disciplina férrea pero justa, así como el rugby, eran dos de sus puntales. Le dijeron que solo me toleraban sin expulsarme como a tantos otros, porque entre todos los estropicios que hasta entonces había hecho jamás descubrieron una mentira, lo que me pondría, por mínima que fuera, de patitas en la calle en el mismo instante que ocurriera. Pero por más que buscaron ese desliz, consultando con todos los profesores que me educaban, nunca lo encontraron.

Lo cierto es que al fin, tras golpearme tantas veces contra la pared, empecé a descifrar los códigos de esa nueva sociedad, y los Brothers comenzaron a entenderme a mí. En tercer y cuarto año de liceo, cuando tenía catorce y quince años, los propios Brothers me dieron dos de las principales responsabilidades de la clase: jefe de la Casa Iona, uno de los grupos en que se dividía para competir en saberes y en deportes, y el rol de Prefect, líder de la clase. No dejaba de ser una paradoja que, cuando tuvieron que elegir a un referente, me designaran a mí, al peor del grupo, al más indisciplinado, el que más trabajo les daba. Cuando fui a preguntarles por qué habían tomado semejante decisión, el Brother Brendan Wall, mi actual amigo, me respondió: «¿Quién va a comprender mejor a los bribones que un bribón retirado?».

A los dieciséis años me empezó a ir bien en la etapa siguiente al liceo, el preparatorio para ingresar a la facultad (que nunca dudé que sería Medicina). Al mismo tiempo, cada día jugaba mejor al rugby y desarrollaba los músculos con tanta avidez y vigor, como si quisieran resarcirse de mi época de alfeñique, que lo que en un tiempo fue ausencia, luego se me convirtió en apodo, *Músculo*. Incluso cambié de posición y dejé de jugar de medio *scrum*, porque tendía a hacer demasiadas jugadas individuales, y terminé jugando en la posición que mejor se adaptaba a mi carácter, el *wing* tres cuartos, el último de la línea, el último en tener la pelota, porque después de mí no quedaba nadie y podía hacer con ella lo que se me antojara. En 1971 alcancé un logro que me llenó de orgullo: pasé a jugar en la selección uruguaya de rugby.

Uno de los hechos singulares de mi familia es que en mi infancia solían dejarnos a nosotros, los niños, pasar los fines de semana en la chacra de doña Elena Bielli, que trabajaba en nuestra casa como niñera. Era una humilde granja en Las Piedras, en las afueras de Montevideo. Mis hermanos extrañaban a mis padres, pero yo de inmediato me adaptaba al nuevo hogar que tendría por dos días, un hogar en el que se realizaban tareas, para nosotros, rústicas y misteriosas que, luego descubrí, me interesaban sobremanera: araban la tierra con un buey, cultivaban hortalizas, tenían una viña con la que hacían vino, criaban cerdos que cada tanto carneaban y elaboraban todo tipo de embutidos. Yo, muy niño, participaba de la faena como un peón cualquiera, porque la relación con Elena se invertía en su granja: en casa de mi familia ella era la empleada, pero en su casa, el peón era yo, cosa que me fascinaba. Llegaba pulcro y limpio y poco después estaba carneando cerdos y elaborando embutidos, sucio de carne y sangre, como un cirujano en un Hospital de Sangre de combate. Cuando nos dejaban en la granja de doña Elena, y se marchaban en el auto, mamá se volvía en el asiento para observarnos mientras papá nos miraba por el espejo retrovisor, con sus lentes de sol.

En cierto sentido soy la convergencia de esa escuela de profesionales universitarios de la familia

de mi padre, de los principios humanistas y los vínculos afectivos estrechamente entrelazados de la familia materna, así como del mundo humilde y campesino de la familia de doña Elena Bielli.

Si jamás obedecí las convenciones sociales, mi madre, mucho antes que yo, tampoco lo hacía. Ella no obedecía las pautas formales y, sin decirlo, me enseñó a hacerlo.

Un día de mi niñez, varios años antes de la travesía de 1969 de Armstrong, Collins y Aldrin, estaba conversando conmigo en mi dormitorio y me dijo: «¿Vos sabés, Roberto, que si un día decidís ir a la luna podés contar conmigo para que te prepare el equipaje?». Por eso cuando veía a Armstrong por televisión, pisando la superficie de la luna, observaba a mi madre, que estaba a mi lado, tan absorta como yo. *¿Lo había dicho en serio?*

Antes de casarse, en una oportunidad, mi madre fue a golpearle la puerta de la casa al profesor de Clínica Médica, porque había reprobado a mi padre, creía ella, injustamente. Eso debe de haber provocado en mi padre tanta admiración como zozobra. Y si en la primera época la diferencia de sus caracteres los complementaba, luego ese mismo comportamiento excéntrico debe de haber sido la gota que fue horadando, día a día, el vínculo, y terminó distanciándolos hasta que un día mi padre se fue y todos sufrimos cuando el hogar terminó fracturándose.

Mamá no solo no tenía miedo a nada, sino que tampoco tenía filtro. Entre la idea y la acción no había intermediarios. Y fue con esa determinación y esa certeza que me quiso y me apoyó siempre, su hijo primogénito. Fue con esa energía y esa determinación que nadó contra la corriente y me llevaba con ella para que aprendiera a bracear en aguas turbulentas. «No temas, Roberto, el miedo es una fantasía, pasale por arriba y verás que se desvanece.» Fue con esa energía y esa determinación que la tuve, todos los días, conmigo en los Andes. Fue con esa energía y esa determinación que todos los días de mi vida, cuando regresé de la montaña, me llamaba, o quería ir donde yo estaba, para vigilarme de cerca, para asegurarse de que no me perdería de nuevo.

La incondicionalidad de mamá era tan fuerte que me quitó temores. Me quitó el miedo al fracaso. Me tornó frontal, porque ella era mucho más frontal y valiente que yo. «No tengas rencor, no vale la pena», me decía, mientras llamaba por teléfono a la nueva mujer de mi padre, que también era médica, para pedirle medicamentos para sus cuatro hijos.

No avasallaba para lastimar ni para aniquilar, sino para expresar a viva voz su verdad, por más curiosa que fuera, y aunque la tuviera que sostener en los fragmentos de su hablar sincopado. Algunos pueden pensar que el tartamudeo es duda, que quien tartamudea hesita sobre lo que va a decir. Con mamá aprendí que es al revés: ella estaba tan convencida de lo que sostenía que su cuerpo, sus cuerdas vocales, su garganta querían atemperar semejante ímpetu, tremenda convicción, pero no lo lograba, y de su boca brotaba ese manantial interrumpido que me dejaba tan atónito como admirado. Si la montaña me enseñó y me quitó muchas cosas, fue mi madre la que me enseñó a entender y a enfrentar a la montaña.

Capítulo 4

Sin referencias del tiempo, la primera noche resultó eterna. Desperté en forma abrupta de un sueño entrecortado. Miré alrededor: el fuselaje estaba helado, como un congelador. Lo más próximo a la abertura estaba cubierto con hielo, pero el área que se acercaba a la cabina de los pilotos tenía menos nieve. La luz del día encapotado demoró en aparecer. Cuando entraron los primeros resplandores al avión partido y doblado en el glaciar, no quería creer lo que estaba viendo. Recién entonces Coche Inciarte pudo ver mi rostro: permaneció observándome, aturdido, como si hubiera visto un fantasma. La noche helada, poblada de quejidos y alaridos, nos hacía parecer más viejos.

Lo que quedó del fuselaje estaba ladeado, de un lado con ocho ventanas que miraban al cielo, y del otro solo cinco aplastadas contra la nieve. El avión se partió antes de la cola en forma diagonal, con un corte torcido. Del techo colgaban tubos y cables rotos. Salí y observé, anonadado, ese anfiteatro gigantesco que se abría hacia el Este (Argentina), y del otro lado la pared inabordable en forma de «U» que nos encerraba desde el Oeste. No tuve tiempo ni de compadecerme de mí mismo.

De inmediato inicié la ronda médica, acompañado por Gustavo Zerbino. Varios habían muerto durante la noche, otros estaban estables, como Enrique Platero, y algunos empeoraron, como Susana, la hermana de Nando. Este, que lo pensamos muerto, seguía en coma, pero respirando.

Lo primero que hicimos fue retirar los cadáveres del fuselaje. A diferencia de la noche anterior, cuando la nieve alrededor estaba blanda y pastosa (donde se hundió y desapareció nuestro compañero Carlos Valeta, que salió volando antes de que el fuselaje se detuviera y luego al intentar llegar hasta nosotros cayó en un hueco en la nieve), ahora estaba más firme por el frío. Había rocas negras que afloraban aquí y allá entre la nieve, junto a una metralla de trozos de metal y plástico diseminados alrededor.

Algunos cadáveres estaban rígidos, y precisamos tres personas para arrastrarlos hacia fuera, atados con tiras que cortamos de los cinturones de seguridad. La estrategia fue «estabilizar» a los malheridos, para que pudieran resistir hasta el rescate. Ese 14 de octubre todos nos atrincheramos en la ilusión de que habíamos sobrevivido de milagro. Como creíamos que estábamos mucho más abajo de lo que en realidad estábamos, supusimos que el rescate era inminente. Esto evitó el pánico, tras la histeria de la noche de gritería estridente y desesperada, y, como fondo, *ayes* de dolor. Antes de morir, el copiloto Dante Lagurara (el único tripulante que había sobrevivido de los que iban en la cabina) había dicho que en Chile sabían que habíamos pasado Curicó, en el lado chileno de la precordillera, lo que resultaba clave para iniciar el rescate. Además, el altímetro del avión marcaba 2.134 metros, un número que después supimos que era de mentira, porque la aguja se enloqueció en el momento del impacto.

Coordinados por Marcelo Pérez del Castillo, un grupo juntaba los alimentos y elementos utilizables que había a bordo. Encontraron una cantidad mínima de comida. Surgieron peculiaridades que marcaron la impronta de la nueva sociedad. Salvo las vituallas, que juntamos para que se administraran con justicia, cada uno tomaba lo que encontraba, sin que a ninguno se le ocurriera reclamar la propiedad de un saco, un pulóver o un pantalón suplementario.

Actuamos con serenidad: si teníamos miedo, nos moríamos de susto. Nos movíamos lentamente, afectados por la altura. Contuvimos los clamores y lamentos antes de que nos ganara el pánico. «Lo peor ya pasó», decíamos, y a los malheridos les dábamos, además de esperanzas, confianza: eran nuestra prioridad, no los defraudaríamos y jamás los íbamos a abandonar.

Marcelo Pérez del Castillo y su grupo organizaron la confección de una gigantesca cruz, hecha con las maletas que no volaron con el impacto, para orientar a los rescatistas. Además marcamos un SOS con nuestras pisadas en la nieve.

Para nuestra sorpresa, frustrando nuestras expectativas, nadie vino por nosotros. Al caer la tarde volvimos al fuselaje para otra noche escalofriante, aunque menos siniestra, porque habíamos construido una pared con maletas y asientos para sellar el agujero donde se partió el avión.

A media mañana del día siguiente sentimos claramente el paso de un avión a reacción volando en las alturas. Inmediatamente pasó otro avión a hélice, más alto que el primero. Cada uno que gritaba confirmaba con más vehemencia y seguridad que el avión había movido las alas, que había dado claramente un mensaje, un alerta para que nos preparemos, para decirnos que ya llegaba el bendito rescate. Para cerrar el círculo de nuestra convicción, una hora después divisamos, muy distante, un pequeño bimotor haciendo el reconocimiento definitivo, indicando las coordenadas a la base, el lugar preciso donde estaban los restos del avión y descubriendo puntos que se movían, nosotros, los sobrevivientes, entre bultos estáticos, las víctimas y los trozos deshechos del aparato.

Saltamos, gritamos y lloramos de alegría porque nos habían visto, nos habíamos salvado. Incluso nuestra principal preocupación en ese efímero momento de euforia fue cómo le transmitiríamos a las familias de los muertos lo que les había ocurrido. Ignorábamos que muy poco después los muertos seríamos nosotros mismos.

Pero a pesar de todos los pronósticos, de la convicción sobre las señales que nos enviaban los aviones, el rescate no llegó ese día, ni nos hicieron más señales concretas, ni nos arrojaron abrigo, o alimentos. Y comenzaron las preguntas que no tenían respuesta: ¿*por qué*?, ¿*dónde estamos*?, ¿*cuándo vienen*?, ¿*qué hicimos mal?* Volvimos a mentirnos para ganar tiempo, para ir aterrizando de a poco y no enloquecer de repente: el rescate no era tan simple, debían hacerlo en helicópteros, o tal vez a pie y con mulas que en cualquier momento veríamos bajar de los picos menos escarpados del Este.

Al caer la tarde fuimos entrando al avión. La noche volvió a ser temible.

Al tercer día escuchamos zumbido de aviones, pero para nuestra sorpresa ya no pasaban sobre el fuselaje, porque habían abandonado la búsqueda por el lugar donde estábamos. También adivinamos el paso de aviones de línea del mundo que seguía andando y al cual, paulatinamente, dejábamos de pertenecer. Rezaba porque apareciera una mano mágica que me subiera a esos aparatos para pedirles que nos ayudaran. Lo mismo siento, hoy en día, cada vez que cruzo en avión la cordillera y le pido a Dios que bendiga al arriero que está ahí abajo, durmiendo en cuevas, cuidando a su rebaño.

No entendíamos qué sucedía, pero seguíamos convencidos de que el rescate terrestre estaba en camino. *Pero ¿qué buscan esos aviones cada vez más lejos? ¿El resto del Fairchild, acaso? ¿El lugar del choque? ¿La cola del aparato que voló no sabemos dónde?* Estábamos en el limbo.

Poco a poco, con el pasar de los días, el pedazo de cabina dejó de ser parte de un avión que tenía un destino determinado para transformarse en un refugio miserable en medio de la montaña inclemente. Ni el avión, ni nosotros, pertenecíamos a ese lugar. Éramos veintisiete intrusos —luego seríamos diecinueve y después dieciséis— que proveníamos de otra dimensión. Y jamás sospechamos, en esos primeros días, que ese refugio se convertiría en una caverna.

Capítulo 5

Juan Carlos Canessa, padre de Roberto

A las 19.00 horas del 13 de octubre de 1972, yo venía conduciendo mi automóvil por la rambla de Montevideo, bordeando el Río de la Plata, y en la radio escuché que, aparentemente, porque lo presentaban como si fuera un rumor, un avión uruguayo acababa de perderse en la cordillera de los Andes. Minutos después especificaron que volaba a Santiago de Chile y nunca llegó a destino. Me empezaron a temblar las manos. Pero como Roberto y sus amigos habían viajado el día anterior, el 12, detuve el coche y suspiré, con una mezcla de susto y alivio: ¡cómo se salvaron, cómo *nos salvamos*! ¡Por muy poquito Roberto no cayó en la cordillera!

Pero cuando llegué a casa, en Carrasco, el alboroto en la vereda me llenó de desazón. Había una multitud expectante que murmuraba. Me recordaba a un velorio. Detuve el coche y, cuando bajé y me dirigí a la multitud, lo fui entendiendo: era el avión de Roberto. *¿Cómo puede haber ocurrido, si salió ayer?* Hice cuentas, intenté cambiar el día, volver el tiempo atrás. «Se demoró una noche en Mendoza por mal tiempo», escuché. Lo que sentí cuando oí esa frase fue un planchazo en el pecho, eso que siempre escuché que sucede en los infartos de miocardio. Era muy joven para sufrir un infarto, pero sentí el golpazo, lo que en los libros de la historia de la medicina decían que les ocurría a los que se morían del corazón: una pena o una alegría demasiado intensa para poder soportarla.

Al día siguiente, el 14 de octubre, volé a Chile con Luis Surraco, el padre de Lauri, la novia de mi hijo, porque queríamos participar en la búsqueda, pero no nos permitieron volar en los aviones: la búsqueda la hacía el Servicio Aéreo de Rescate (SAR) Chileno y no había lugar para padres. Regresé a Montevideo y cinco días después, el 19, cuando advertimos que el SAR no lograba encontrarlos, volví a Santiago. Me aposté frente a la casa del presidente de la República de entonces, Salvador Allende, porque la presidencia tenía el mejor helicóptero para la misión, pero no lo obtuve.

Regresé a Montevideo de manos vacías. Sin mi hijo vivo, ni muerto.

Pasó el tiempo, del que no tengo memoria, porque ignoro qué fue real o imaginario, en una constante pesadilla, hasta que el SAR abandonó la búsqueda, el 23 de octubre.

Capítulo 6

En medio de las tempestades de octubre en los Andes, que a veces nos dejaban las veinticuatro horas atrapados en el fuselaje, el grupo de la muerte crecía, cobrando una víctima cada pocos días, y el de los sobrevivientes retrocedía, a la defensiva, porque en verdad se iba tornando cada vez más claro que morirte era más fácil que continuar pujando por la vida en el hospital de campaña del fuselaje.

El grupo se iba transformando en un solo organismo, incluso los que casi no podían moverse, por la falta de oxígeno y el mareo, o los más lastimados y malheridos. El equipo se iba consolidando con las mejores ideas, creando los elementos imprescindibles para sobrevivir, como lo hizo el hombre en el inicio de los tiempos. Cada uno aportaba lo que podía pero con una actitud singular y diferente: todos estaban dispuestos a dar su máximo y nadie exigía créditos por el trabajo, sino que se integraba a la masa anónima del equipo, multiplicando más que sumando. El hecho de que, como en el rugby de la época, no podíamos sustituir a los integrantes en el partido —si un jugador se lastimaba, el equipo quedaba con uno menos en la cancha—, nos obligó a rescatar lo mejor de cada uno. Y lo otro, todo lo que traíamos de la sociedad del llano, el egoísmo, la deshonestidad, la vanidad, la mezquindad… el frío terminó diluyéndolo.

Nando Parrado tenía un edema cerebral severo que habría terminado matándolo de no haber sido por una sucesión de accidentes fortuitos que le permitieron recibir el mejor tratamiento imaginable: pasó una noche con la herida contra el hielo. El hielo, el medicamento más abundante que disponíamos, pasó a ser el mejor remedio para curar edemas y aliviar dolores; de hecho, veinte años después, la medicina pasó a usarlo sistemáticamente.

Fito Strauch había percibido en esos primeros días que, aunque estábamos rodeados de nieve, lo más doloroso era la sed, porque derretir los grumos en la boca nos lastimaba las encías, y las lenguas y las gargantas se hinchaban. El sistema que creó para fundir agua era tan simple como ingenioso: colocaba una delgada capa de nieve sobre una chapa de aluminio de la parte de atrás de los asientos del avión, doblada en forma de embudo, la ponía al sol y de allí caían las gotas en una botella.

Desarmamos los asientos y colocamos los cojines en el piso, para aislarnos del metal helado del fuselaje. Yo quité las fundas y los tapizados de los asientos, que eran de tela sintética gruesa, color turquesa, los cosimos con los cables del circuito eléctrico del avión e hicimos mantas. Con los trozos más pequeños creamos gorros y mitones.

El agua de colonia que encontramos en las valijas de los portaequipajes se transformó en desinfectante; las hojas de afeitar, en bisturíes; las camisetas de rugby, en vendas.

Fito percibió cómo el resplandor del sol en la nieve afectaba a la vista, lo que podía enceguecernos. Buscó los elementos que pudieran salvarnos, haciendo lentes: el cristal era el plástico protector solar que tenían los pilotos en el parabrisas de adelante. También eligió los cojines más adecuados, los unió con cables y cinturones de seguridad para atarlos a los pies e hizo raquetas de nieve, para poder andar en la nieve después del mediodía sin enterrarse hasta la cintura.

Asimismo se creó el sistema para rotar y dormir con justicia en los mejores y peores lugares del

fuselaje y más adelante el saco de dormir para los expedicionarios: lo que nos salvó, en definitiva, fue el calor.

Un día, en una maleta, encontramos un objeto que resultó clave: una pequeña radio portátil, que no andaba. Roy Harley la desarmó y la secó, y al décimo día logró que funcionara.

El equipo, poco a poco, con una edad promedio de veinte años, se convirtió en familia, con los vínculos incondicionales de las madres, padres, hijos, abuelos y tíos.

Todavía puedo verlos: Gustavo Nicolich y Fito Strauch reconstruyendo con las valijas la cruz, que todos los días se cubría de nieve, para que nos vieran desde el cielo; Álvaro Mangino y Arturo Nogueira accionando la máquina de hacer agua; yo atendiendo las lastimaduras del Vasco Echavarren; Daniel Fernández masajeando los pies a Bobby François, para que no se le congelaran; Coche Inciarte contando anécdotas animosas a dos de los más jóvenes, que estaban tristes; Roy Harley organizando el interior del fuselaje, para que se pudiera «habitar»; Carlitos Páez sorprendido con una virgencita fosforescente que encontró junto a un rosario y Gustavo Zerbino iba guardando en una valija los documentos, medallas, crucifijos y relojes de los que se morían.

Fuimos formando un sistema, que era un cuerpo con los diferentes órganos, cada uno de los cuales cumplía una función. La interacción entre los órganos buscaba sobrevivir, desafiando a la naturaleza, cuya función era desestructurarnos y desorganizarnos para que esa irrupción de material orgánico, tan fuera de lugar, se transformara en lo que debía ser: hielo. Atrincherados en el fuselaje, a veces atacábamos y otras nos replegábamos. Era el delicado balance entre lo orgánico y lo inorgánico, la fórmula de la vida.

El poder que al principio le otorgamos al capitán, Marcelo, después que este murió en el alud, decantó en los tres primos Strauch: Fito Strauch, Daniel Fernández Strauch y Eduardo Strauch. Trajo a la superficie en muchos sobrevivientes el comportamiento ancestral del respeto a los más viejos de la tribu, aunque en este caso, como el tiempo y el espacio estaban comprimidos, ellos tenían apenas entre tres y cuatro años más que el resto. Los primos no eran los que tomaban las medidas y decisiones, sino que eran los que las avalaban. Impulsaban, pero también seguían los impulsos de los otros.

Si bien tenían autoridad moral y en ellos se había delegado la justicia, esta a veces se aplicaba en forma injusta, con acusaciones entre nosotros que no tenían sentido, porque ese grupo siempre al borde de la explosión requería válvulas de escape para mantener el equilibrio. Chivos expiatorios suficientemente fuertes que pudieran ser bombardeables para aflojar la tensión del grupo pero no podían ser hundibles porque si el chivo emisario se hundía, todos nos hundíamos con él. Así fue que inventamos el equilibrio, la homeostasis de un grupo desesperado: la dosis justa de cohesión y catarsis.

En esa sociedad errática y precaria, mi rol eran todos los roles: pedí a los primos ser la «valencia suelta», sin bozal ni freno, porque creí que de ese modo sería más funcional al conjunto y me sentiría más cómodo conmigo mismo, como lo había hecho a lo largo de mi vida, y ese andar fuera de la disciplina de la catástrofe me valió el adjetivo de «insoportable». Debía montar mi caballo, como hacía en la infancia, y atravesar todos los cercos, forzar los límites al máximo, lo que desde afuera podía parecer osado, o temerario, o irreverente. Los primos, tan serenos y talentosos, advirtieron que esa actitud favorecería al conjunto.

Esta historia es famosa en el mundo entero porque sobrevivimos comiendo los cuerpos de los muertos, nuestro invento más estrambótico, que fue una idea simple y audaz, que escapaba de lo concebible. Vivimos intensamente la sensación de estar consumiéndonos el propio cuerpo, hasta llegar a un estado de debilidad tal que el solo ponerte de pie te mareaba, parecía que te desvanecías. Experimentamos lo que es el instinto básico del hambre, incluso el del animal aparentemente feroz. Es innato, es irracional, era intentar comer el cuero de las maletas que ya no eran de cuero, como en

el tiempo de los navegantes exploradores, y la boca se teñía del azul que pintaba el plástico que lo imitaba. El hambre requiere, por sobre todas las cosas, satisfacerse.

A mi hijo Hilario, cuando tenía cuatro años, en la jardinera, se le acercaron unos compañeros y le dijeron: «¿Sabías que tu padre se comió a los amigos?», y entonces Hilario les respondió, con la mayor naturalidad: «Sí, vengan que les cuento cómo fue». Y cuando terminó el relato, los amigos habían saciado su hambre.

Cuando en la montaña recurrimos a los cadáveres para sobrevivir, lo primero que sentimos era que estábamos locos, o que nos volveríamos salvajes, nada nuevo para mí. Luego advertimos que fue la principal muestra de cordura, aunque la sociedad del llano nunca lo asuma del todo, y siempre le quede la sospecha de que estuvimos o estamos locos, o merodeando la locura.

Asumir la iniciativa de alimentarnos con los cuerpos —Fito Strauch, Gustavo Zerbino, Daniel Maspons y yo, los cuatro que hicimos esos primeros cortes en los cadáveres— sería la transformación definitiva. La despedida final de mi juventud. Una vez más debía empujar los límites rumbo a la intrepidez. Yo sabía que las proteínas de los cadáveres nos permitirían vivir. Y también sabía que si dilatábamos la decisión nos debilitaríamos demasiado y sería imposible remontar la cuesta. No podíamos comenzar a hacerlo cuando fuera demasiado tarde y la declinación de nuestros cuerpos, que se consumían a una velocidad vertiginosa, fuera irreversible. Nunca el manejo de los tiempos fue tan truculento. Había que hacerlo pero no sabía cuándo, porque tal vez ocurría un milagro, nos encontraban y nos salvábamos antes de la transgresión.

Las etapas más difíciles de la vida, el principio y el final, las hacemos a solas. El paso de cortar el primer cadáver fue también, en solitario, cada cual con su conciencia, en medio del infinito de la montaña, en aquella tarde que, la recuerdo con precisión, estaba más gris y nevaba con más intensidad que en los días precedentes. Nosotros cuatro con tres vidrios y una navaja cortando la ropa de un cadáver cuyo rostro no valía la pena mirar. Pusimos las tiritas de carne congelada sobre una chapa y cada uno tomó la suya cuando pudo.

Javier Methol le preguntó a su Dios, y este le respondió que era como la sagrada comunión, y nos recitaba los Evangelios: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Tomad y comed, este es mi cuerpo».

Mi Dios, en cambio, se había disociado. Estaba el Dios del llano, el de los «no», el de los diez mandamientos, el que ordenaba «no robes», «no mientas». Pero mi Dios de la montaña era diferente: era el Dios al que le expresaba que si bien sentía que la eternidad era el destino, a la vez le imploraba que me dejara permanecer un poco más en la Tierra. Era el Dios amigo, al que le pedía que me ayudara a atravesar la cordillera. Al que le hacía promesas desmesuradas, que jamás cumplí: si me salvaba, iría a misa todos los días a las siete de la mañana para tener tiempo, antes, de tomar el desayuno más suculento imaginable. Porque el hambre era atroz, instintiva, bestial, prioritaria, y el Dios de la montaña era testigo del crujir de mis tripas. Por eso le decía que lo honraría, pero no le podía disimular mi hambre abrumadora, porque Él me veía y habíamos perdido por completo la capacidad de mentir.

A mi Dios le pregunté si podía comer a mis amigos, porque sin su anuencia sentía que los estaba violentando, que les robaba el corazón, y, lo que era peor, no les podía consultar si me lo permitían. Lo que tanto me atribulaba, cómo pedirles permiso para usar sus cuerpos, encontró una solución racional y fraterna a la vez, que me serenó y me llenó de paz: se nos ocurrió decir que, si muero, entrego mi cuerpo para que los demás lo usen, que será un honor para mí que, si mi corazón se detiene, mis brazos trabajen y mis piernas caminen y mis músculos actúen y formen parte del proyecto de vivir para poder decir que Roberto nunca se dio por vencido y murió luchando por sobrevivir en la alta montaña. Este fue nuestro principal invento de los Andes: la muerte generosa.

Y no puedo dejar de asociar ese manejo del cuerpo muerto y su expectativa de seguir viviendo

que experimentamos con tanta intensidad en la montaña, con algo que se generalizaría en el mundo en las décadas siguientes: el trasplante de órganos y tejidos. Rompimos el tabú y, en cierta forma, la sociedad lo rompió con nosotros, más adelante, porque el invento estrambótico —una nueva forma de respetar y honrar a los cadáveres— no lo era tanto.

Dar ese salto fue un quiebre, porque sus consecuencias serían irreversibles: nunca más fuimos los mismos.

«Ustedes son los que se salvaron porque se comieron a los muertos», es un simplismo. Nos convencimos, entre nosotros, de entregarle el cuerpo al otro, por lo que no saldríamos de cualquier manera, sino en representación del resto. Además de detener el proceso de inanición, lo otro que logramos con la necrofagia fue ganar tiempo. Frente a la imposibilidad de salir, con la información incompleta que teníamos, cansados de los primeros fracasos, la suspensión de la búsqueda afirmó la idea de que había que alimentarse de los muertos, porque la salvación no era inminente. Fue una herramienta tan importante como dormir abrazados, como crear una bolsa de dormir, como organizar una sociedad errante y precaria, donde había un grupo más errante y precario que los otros: los expedicionarios.

Lo que al principio era un tabú y su transgresión, luego se convirtió en una actividad normal: hacer lo necesario para seguir respirando. El plan A, esperar el rescate, había fracasado. Pero la constatación de que no nos buscaban más, esa noticia del décimo día en la radio que decía que se suspendió la búsqueda, nos colocó una lápida sobre nuestras cabezas y nos anunció que la sociedad de la nieve iba a tener que prevalecer frente a la de la Tierra, y en esa nueva sociedad, donde no había un final a la vista y las adversidades eran infinitas, los amigos muertos eran comida. El plan B, de hacer todo por nosotros mismos para volver, llevaría un tiempo indeterminado.

Un día después, el 23 de octubre de 1972, once días después del accidente, en la minúscula radio Spica que teníamos, ridícula, imperceptible, donde habíamos buscado afanosos información de dónde estaban los aviones del rescate, para constatar que nadie seguía haciéndolo, ese día, con la angustia de que nos iban abandonando y dejándonos cada vez más solos y distantes, escuché, por ondas que rebotaban en todas partes y parecían provenir del infinito o directamente del centro de mi hogar en Montevideo, el tango «Volver», de Carlos Gardel y Alfredo Le Pera. Se me sacudió el corazón.

¿Me estaba hablando a mí? Me decía:

Yo adivino el parpadeo
de las luces que a lo lejos
van marcando mi retorno.

¿Qué hacía ahí Gardel, que junto con Le Pera también habían muerto en un accidente aéreo hacía treinta y dos años en Medellín, Colombia, en la cordillera de los Andes, como nosotros?

Vivir
con el alma aferrada
a un dulce recuerdo
que lloro otra vez.

¿Me estaba hablando de las luces que a lo lejos iban marcando mi retorno? ¿Qué eran aquellos resplandores que veíamos en las cumbres de la cordillera que nos rodeaban, y que interpretábamos que provenían de ciudades imaginarias, cuando en verdad eran las infinitas trampas de las luces del

sol en el ocaso? ¿Acaso me explicaba, tomado de mi mano, que veinte años no es nada, que hay que vivir aferrado a un recuerdo, que lloro otra vez?

Y ahora, cuarenta años después, cuando «las nieves del tiempo platearon mi sien», vuelvo a sentir lo mismo que aquella mañana gélida en los Andes, cuando me estremecí de pies a cabeza, escuchando esas palabras.

Capítulo 7

De adolescente era salvaje y romántico a la vez. O era un chico salvaje y lo romántico afloró a los catorce años. A poco de conocer a Lauri, fui a ayudarla a enterrar unos hámsteres que se le habían muerto, y en ese rol, de sepulturero, con cadáveres de animales en las manos, me transformé en su asesor espiritual y su confidente de desventuras. Yo no tenía asco de los cadáveres porque era un salvaje, como ella me decía. Pero también advirtió que, además de enterrar ratones con mis manos llenas de tierra, podía hablar de la tristeza que ella sentía por sus mascotas y de otras cosas tan variadas, como me dijo, que siguió conversando conmigo. Pasé de la niñez a la juventud en pocos meses.

Conversábamos y conversábamos, porque un tema llevaba al otro y en todo pensábamos y sentíamos parecido. «No sos tan salvaje, más bien sos un romántico», me dijo un día, y en ese momento nos ennoviamos. De eso hace más de cuarenta años y seguimos conversando.

A partir de entonces pasé a ser un poco menos salvaje. Unos meses antes, una tía me había regalado un caballo, que deseé tanto, y demoró tanto en llegar que cuando fui a buscarlo a la estación del tren le puse de nombre Alfin, porque «al fin» había llegado. En la estación, en el centro de la ciudad, lo ensillé con el recado y atravesé la ciudad cabalgando a Alfin hasta mi casa en Carrasco, sorteando el tránsito intenso de las once de la mañana. Alfin y yo pasábamos todo el día juntos, y al atardecer hacíamos largas cabalgatas por la playa, acompañando el ir y venir de las olas.

Pero poco a poco empecé a sentir vergüenza de que Alfin pisoteara los canteros de los jardines, o destrozara el césped, como hacía hasta entonces, o como sucedió cuando lo até a una canilla en un jardín y arrancó casi cuarenta metros de cañerías porque se espantó con una bocina. Me empezó a dar vergüenza ser tan mal alumno, sentí por primera vez que quería ser más —más disciplinado, menos díscolo—, y me propuse entrar a la Facultad de Medicina a los dieciocho años. Día a día, empecé a domar a mi caballo, que hasta entonces era cerril, y Lauri empezó a domarme a mí. Ni mi caballo ni yo cambiamos de carácter, pero nos empezamos a entender y a amigarnos con el entorno que nos rodeaba.

Años después, estando de novios, cuando me disponía a viajar a Chile a jugar al rugby con el Old Christians, en octubre de 1972, Lauri me llamó por teléfono el día antes del viaje y me dijo: «Te dejé una carta en el buzón de mi casa». La fui a buscar y la tuve en la montaña los setenta días, y aún hoy está conmigo.

Con la familia de Lauri solía ir de campamento. Era uno de los tantos puntos en común que teníamos: disfrutábamos intensamente con la vida al aire libre, en medio de la naturaleza, donde jamás sentíamos incomodidad. Un día habíamos acampado a orillas del arroyo Don Esteban, a doscientos kilómetros de Montevideo. Cuando estábamos armando la última carpa, vi a quien sería mi suegro, el médico Luis Surraco, observando atentamente el techo de una de ellas. «¿Qué busca, doctor?», le pregunté. Habíamos olvidado uno de los travesaños de la tercera carpa, donde yo dormiría, y había que ingeniárselas para sacar una parte de otro, para remediar el que no se sostenía. Había que lograr que los tres se mantuvieran con los materiales de dos. El doctor Luis Surraco

miraba hacia el techo y pensaba. De pronto, sacó uno de los travesaños, del tipo telescópico que se introducen uno dentro del otro, lo desarmó y buscó una rama similar que colocó en el lugar del extremo. La acondicionó a la perfección con su cuchillo de monte y quedamos con un tramo de travesaño libre.

Fue exactamente de esa forma que hice las camillas colgantes para los heridos en el fuselaje. Reparé en lo que había sido la escalerilla del avión, tubos que se introducen unos en los otros, y con la red donde me tumbé la primera noche, con Gustavo Zerbino hice esas hamacas que colgaban de los portaequipajes y que se mantuvieron hasta que murió el último de los heridos.

En la montaña teníamos todo en contra, pero algunas fortalezas: éramos un equipo ya formado que tenía puntos en común, que practicaba el rugby, donde la disciplina, el esfuerzo, el ánimo por cooperar en lugar de descollar y el sacrificio anónimo de los jugadores menos vistosos son la clave del resultado. La gran mayoría nos conocíamos desde hacía muchos años, teníamos una religión común, más o menos arraigada y, en la base, la educación estricta, ruda y altruista brindada por los recios Brothers irlandeses. El curioso vínculo que siempre tuve con los Brothers formó parte de mi arsenal para sobrevivir.

Soy muy amigo de esos irlandeses que me educaron en la infancia, quienes hoy residen, los que todavía sobreviven, en el cuarto piso del edificio del colegio Cardenal Newman de Buenos Aires, en el barrio Boulogne. Siempre bromeamos juntos diciendo que mis padres debían haber pagado por mi educación el doble que los otros niños, porque los Brothers tuvieron que dedicarme dos horas más todos los días. No era un premio, sino un castigo: generalmente yo debía permanecer más horas porque estaba en penitencia. Y la causa de mis penitencias obedecía siempre a las mismas razones: no acataba las normas. Al principio me quedaba adentro, en las aulas, haciendo más deberes, repitiendo oraciones o fórmulas en un pizarrón. Pero un día los Brothers se dieron cuenta de que por esa vía no se lograba enderezar mi camino chueco, que no era otro que mi indomesticable independencia de carácter. Desde entonces me permitían permanecer afuera, en el patio. Pero lo que más les asombraba era que no solo nunca perdía la alegría, sino que, después de las dos horas de penitencia, les pedía una pelota de rugby y permanecía otro tiempo en las canchas, al aire libre. En esas horas suplementarias del colegio —que aprovechaba para entrenarme como pateador de penales—, trabé la verdadera amistad que tuve y tengo con ellos, y los conocí más que nunca, porque en ocasiones, cada vez con más frecuencia, bajaban a hacerme compañía. Ellos también vivían a contramano, tan lejos de su patria, de sus amigos, de sus afectos.

A veces los veía observándome, desde el tercer piso donde residían: uno, dos, un tercero. Me miraban como si no terminaran de entender. Con las primeras sombras del anochecer, ensillaba mi caballo, que había atado al alambrado del fondo de las canchas de rugby, y cabalgaba hasta la calle Espínola 1726, donde vivía. De noche dejaba al caballo pastando en un terreno baldío, próximo a mi casa.

Salvo el caballo, en los Andes repetí todas estas actitudes: rompí las convenciones, no me até a ninguna norma preestablecida, pero nunca pretendí perjudicar a nadie, sino que, por el contrario, intentaba concentrarme en curar el dolor de los demás y en encontrar soluciones prácticas. Por eso fui el doctor de la montaña.

La carta de Lauri, la que recogí en el buzón de su casa el 11 de octubre de 1972, la noche previa al vuelo hasta Mendoza, dice así: «Te quiero mucho y me fascina que seas salvaje y romántico al mismo tiempo. Creo que somos parecidos. Ah, y no te olvides de llevar a Chile el suéter rojo que te tejí».

Al cumplir diecinueve años, ocho meses antes del accidente, Lauri, que tenía mi misma edad, me regaló un buzo que ella había tejido con lana tan gruesa y tan pesada que creí que jamás podría usarlo en los suaves inviernos uruguayos.

—Me gusta porque es rústico, y muy fuerte, pero ¿por qué tan pesado, tan abrigado? —le pregunté.

—Es rústico y fuerte como vos. Y no te preocupes de que sea tan abrigado porque sé que algún día lo vas a necesitar —respondió.

Ocho meses después entendí ese diálogo que mantuvimos en el frente de su casa en el enjardinado barrio de Carrasco. Dos jovencitos que acabábamos de cumplir diecinueve años, hablando de un frío que no conocíamos. En ese momento no sabía de lo que hablábamos, pero mirado desde la montaña, los dos nos estábamos preparando para lo que se venía.

Desde que el ala del Fairchild 571 chocó contra las puntas de piedra en la montaña al sur del valle de las Lágrimas —como se llama el lugar donde ocurrió el accidente—, dejé de creer en el azar. Gracias al suéter rojo y abrigado que mi novia me había tejido, sobreviví a partir del 13 de octubre de 1972, cuando se cayó nuestro avión en la cordillera de los Andes. Con él regresé a la vida de nuevo y todavía lo conservo.

Capítulo 8

En los Andes maduramos muy rápido, a pesar de que recién salíamos de la adolescencia. Aprendimos deprisa que los fracasos son el costo operativo del éxito. Las primeras caminatas en la montaña buscaban saber dónde estábamos. Era pavorosa la sensación de no saber qué había detrás de esos picos más altos, al Sur y al Norte, o de esa muralla imponente, al Oeste. El único horizonte más amplio que veíamos era el Este, hacia Argentina, que se extendía en una sucesión de montañas hasta terminar en una más alta que todas, el volcán Sosneado (lo supimos después), que impedía que la vista avanzara. Estábamos en un cajón de hielo, cuyas paredes nos impedían adivinar dónde habíamos caído porque no teníamos lejanía.

Buscamos saber dónde estábamos a través de caminatas exploratorias, que a la vez nos permitían templar el cuerpo y el espíritu, probarnos contra la realidad. En lugar de inmovilizarnos, lamiéndonos las heridas, embestíamos. Famélicos, congelados, sin aire y sin fuerzas, nos proponíamos derrumbar la muralla de hielo que nos impedía mirar, con el ariete de nuestra desesperación, porque no nos habían dejado escapatoria. De esas primeras caminatas participé en la primera y en todas las últimas. Muchos de los que escalaron, luego murieron.

Se templaba el espíritu y se aprendía; aprendíamos los que lo sufríamos escalando y aprendíamos los que los aguardábamos, anhelantes, en el fuselaje, para conocer no solo la información que traían, sino el mensaje definitivo: si regresaban vivos. Cuando demoraban en volver, yo permanecía durante horas afuera, mirando hacia el punto cardinal hacia el que se habían dirigido, o, cuando el frío me hacía temblar de pies a cabeza, mirando por la ventanilla desde el interior del fuselaje.

La primera ocurrió al cuarto día del accidente, integrada por Fito Strauch, Numa Turcatti, Carlitos Páez y yo. No subimos demasiado porque Fito tuvo la prudencia de percibir que aquello era demasiado peligroso: estábamos rodeados de nieve blanda cuya profundidad ignorábamos, y podíamos caer en grietas donde desapareceríamos, como le ocurrió a Carlos Valeta el día del accidente.

La consecuencia fue que todos percibimos que estábamos en un lugar mucho más inaccesible de lo que imaginábamos, y que debíamos consolidar la sociedad de la nieve porque la otra estaba demasiado lejos, en la distancia y en el tiempo.

La segunda caminata ocurrió el día once, el 23 de octubre, cuando nos enteramos, el día anterior, a través de la pequeña radio Spica, a la que Roy Harley y Gustavo Nicolich hicieron funcionar armándole una antena, conectando uno de los tornillos del sintonizador, que habían suspendido la búsqueda. Todos habíamos empezado a comer los cuerpos y fue, si se quiere, la caminata más desesperada, la más imprudente. Participaron Gustavo Zerbino, Numa Turcatti y Daniel Maspons, con los zapatos de ciudad envueltos en bolsas de nailon, además de las raquetas de nieve. Los últimos dos se murieron tiempo después.

Marcharon hacia el Sur, en busca del lugar donde chocó el avión, una sucesión de elevadas puntas rocosas, como un serrucho, para ver qué encontraban. Y, efectivamente, fueron encontrando cuerpos, restos, huellas, una hélice, chapas, trozos destrozados, e inducidos por los vestigios

siguieron avanzando para saber qué más había, porque todavía faltaba la cola, pero cuando se quisieron acordar ya no había tiempo para retornar, porque se venía la opacidad de la tarde. Calcularon mal la hora y la distancia, porque estaban obnubilados y alterados por la desesperación. Tuvieron que dormir a la intemperie, con treinta grados bajo cero, sin abrigos complementarios, y casi se congelan. Además, vieron lo que tal vez, en ese momento, no debían haber visto: el final del camino, con un infinito de nieve, como si cubriera todo el universo.

Numa Turcatti regresó sabiendo que jamás saldríamos de la trampa, traía la muerte en la mirada. Gustavo, que en la larga marcha perdió los lentes de sol, encegueció con el reflejo sobre la nieve, y porque no quiso ver lo que vio. Y eso, siempre creí, fue lo que lo salvó. Llegó al final sin ver, y regresó al fuselaje con los ojos completamente inflamados y enrojecidos, que se los vendé con un trozo de camiseta de rugby. Sentía como arena en los ojos y tenía los dientes tan flojos, por el principio de congelamiento que sufrieron, que durante días lo tuve que alimentar mascando el trozo de carne congelada previamente y entregándoselo como papilla. Daniel Maspons (un amigo muy querido, compañero de clase) perdió, a partir de ese día, la energía que antes le sobraba y que a todos entregaba, y murió seis días después, en el episodio más siniestro de nuestro calvario: el alud.

A los tres debíamos masajearles los pies durante horas, porque empezaron a sufrir isquemia por el frío, con la palidez característica de la vasoconstricción.

La tercera caminata exploratoria, del 5 de noviembre, tuvo otro carácter: ya había ocurrido el alud, ya sabíamos que había que preparar a los expedicionarios. En este caso fue una selección: cuál de los tres —Tintín Vizintín, Carlitos Páez o Roy Harley— formaría parte del grupo de los escaladores finales. También fue imprudente, y casi se mueren. Dos se quemaron: Carlitos y Roy. Y uno se fortaleció, y calificó para el grupo de expedicionarios finales, conmigo y con Nando: Tintín.

Cuando yo no participaba en las expediciones, observaba atentamente cómo regresaban los caminantes. Mi rol en ese momento era curarlos cuando volvían heridos y lastimados de esas pruebas de fuego. Intentaba descubrir qué partes del organismo eran las más vulnerables, cuáles claudicaban primero y cuáles seguían hasta el final. Pero al mismo tiempo buscaba encontrar dónde estaba el error. Qué estábamos haciendo mal. Y dónde podía estar, agazapada, la salvación.

Con el tiempo se fueron agotando los voluntarios, los que soñaban con la necesidad de probar. Si bien muchos me tildan de avasallador, no soy de las personas que salen corriendo al principio a ofrecerse como voluntarias. Pero al fin llegué a la conclusión de que la idea no era absolutamente imposible (era simplemente imposible) y de que, a esa altura, no había otro para reemplazarme.

De esa forma, empecé a formar parte de los que iban y venían en las expediciones. Los del fuselaje tenían su propia casa miserable y nosotros éramos nómadas sin hogar. Éramos como de afuera, dejamos de pertenecer al avión, incluso empezaron a prescindir de nosotros, aunque sabían que éramos su esperanza, sus posibilidades, sus piernas, su voluntad, pero no podían manifestarlo porque estaban acuciados por sus propias demandas y necesidades, todas perentorias e impostergables. Los del fuselaje se convirtieron en exploradores sin territorio que debían expandir la conciencia, ingresando en nuevas regiones de la mente, para no enloquecer.

Pertenecer al grupo de escaladores requería un condicionamiento físico, psicológico y espiritual que creía que tenía. O la imperiosa necesidad de huir, como el caso de Nando, que yo no sentía: para él, jamás podía llegar la circunstancia de que tuviéramos necesidad de usar los cuerpos de su madre y de su hermana; la primera murió en el accidente y la segunda ocho días después. Pero un día, el propio Nando debería proponerlo, como lo hizo cuando partimos en la expedición final, y le dijo a Fito que, llegado el caso, si era imperioso, lo hicieran.

Era curioso cómo el hecho de ser expedicionario te daba no solo ciertos privilegios para preparar el cuerpo (más comida, mejores ropas, mejor lugar donde dormir en el fuselaje, incluso podíamos prescindir de otras tareas, concentrados en el entrenamiento, caminando alrededor del

avión, aunque yo no prescindía), sino hasta pequeñas vanidades, tan efímeras que se desdibujaban cuando emprendías la marcha y te enfrentabas a la soledad inclemente de la montaña, o comenzaban a esfumarse a medida que empezabas a trepar los Altos de San Hilario. Cuanto más alto llegabas, más pequeño y humilde te tornabas, cuando los escaladores se transformaban en una sola persona que se abrazaba para sobrevivir una noche más. Y los privilegios que alguna vez tuviste, la montaña te los comenzaba a cobrar de a uno, hasta quitártelos todos.

Alejarse del avión significaba, cada vez más, estirar el cordón umbilical hasta que se terminara de romper, y un día me di cuenta de que mi vida empezó a ser ese grupito de avanzada, de desafío, que gradualmente se transformaba en un satélite imprudente respecto a lo que era el grupo del fuselaje. Un satélite suelto vagando por el cosmos, alejándose del sol para buscar si también existe calor detrás de la Vía Láctea.

Capítulo 9

En los Andes hubo un período que pareció eternamente blanco de nieve y uno infinitamente oscuro, de tinieblas. El tiempo fue abolido, o se trataba de un tiempo distinto, con su propio ritmo. Ese segundo período, el peor de todos, ocurrió tras el alud de la noche del domingo 29 de octubre, diecisiete días después del accidente, y duró tres días. El otro, sesenta y siete, pero ambos fueron perpetuos, un ciclo entero.

Entramos al fuselaje temprano, a las cuatro de la tarde. En los días previos nevó intensamente y ya habíamos escuchado los aludes que caían lejos, que jamás nos tocaron, y por eso especulábamos que era como antes creíamos de los accidentes aéreos: era algo que le sucedía a los otros, porque ya nos había tocado nuestra cuota de mala suerte.

Esa noche me correspondía el turno de dormir en el mejor lugar en el fuselaje, más cerca de la cabina de los pilotos y lejos de la abertura separada del exterior por una pared de valijas y asientos. Junto a mí se tumbó Daniel Maspons. De pronto, experimenté un zumbido, junto a una luz de magnesio fulminante, y algo imponente me golpeó en el pecho y me inmovilizó en medio de una inmensa roca de cemento congelada que se solidificó en un instante. Me costó entender lo que había ocurrido, porque me estaba transformando en piedra. Me oriné encima y experimenté algo extrañamente agradable, el calor del líquido entre mis piernas. Al mismo tiempo me estaba muriendo, y cuando te mueres, piensas en pocas cosas.

Un instante antes de apagarme por completo, porque sí sé que me apagué durante un tiempo que no puedo determinar, Roy Harley cavó frente a mi boca y me llegó una bocanada de aire. Y con el oxígeno, como en el instante después del accidente, surgió la frenética actitud de aspirar y sobrevivir. Luego que me quitaron la nieve que me atrapaba los brazos, salí de mi sepultura, desembarazándome del hielo a los manotazos, tiritando, sin entender del todo lo que estaba ocurriendo. En ese tiempo que no fue cronológico, debía estabilizarme. Permanecí de rodillas, aturdido. Advertí, anonadado, que mi corazón seguía latiendo. El panorama era inaudito, irreal. Nos estábamos asfixiando y estábamos empapados. En el ambiente minúsculo que quedaba, en penumbras, había sombras resucitadas, incorporándose de sus tumbas de hielo, que no conseguían ponerse de pie del todo porque no había espacio suficiente, y permanecían encogidas, con las cabezas gachas, golpeando contra el techo del avión. Otros, que ya habían salido de la estupefacción, estaban cavando con las manos en la nieve para descubrir otras sombras vivas. *Movete, ¡la acción!*, me dije. Como una centella, me vino a la mente la imagen de Daniel: cavé a mi lado con las manos, con las uñas, con arrebato y desesperación. Quería morder el hielo como un animal salvaje. Hasta que descubrí el rostro de mi amigo querido, Daniel Maspons, que había sobrevivido al accidente sin un rasguño, que protagonizó la expedición más corajuda; le quité el hielo de la boca, arrimé mi oído, pero estaba muerto. Por un instante pensé: *Qué suerte tenés, Daniel, ya podés descansar de una vez por todas*.

Cavé y cavé en otras partes hasta caer exánime. Aspiré, una, dos veces, y volví a cavar. Surgió uno, apareció otro. Algunos respiraban, otros no. Al fin advertí que los otros que estaban cavando se detuvieron, uno a uno, desfalleciendo. Javier sollozaba junto al cadáver de su mujer. Alguien contó

en voz alta, haciendo el balance del final de la tarea: «Diecinueve, y ocho».

Esa noche de la avalancha, la peor de mi vida, perdimos a ocho amigos, además de todo lo que habíamos construido, la ropa que no llevábamos puesta, las mantas que improvisamos con los forros de los asientos, no sabíamos si teníamos oxígeno porque había quedado un espacio ínfimo, bajo una cantidad desconocida de nieve, y teníamos el cuerpo y los pies mojados, sin zapatos.

Como nos estábamos asfixiando, algunos intentaron abrir un agujero para poder respirar con uno de los tubos de las hamacas. Al fin lo lograron a través de la cabina de los pilotos porque en su inclinación la trompa del avión estaba más alta y próxima a la superficie.

Titubeé, pero tras un instante, de las dos opciones, me aferré a la posibilidad remota de continuar para ver qué pasaba, de no ser yo el que decidiera cuándo íbamos a morir. Elegí continuar para ver qué nuevas trampas estaban preparadas, para ver cuándo me iba a morir de verdad, porque ya nos habíamos muerto demasiadas veces de mentira.

Sepultados en ese sarcófago, sin los cadáveres congelados con los que nos alimentábamos, nos miramos entre nosotros, con la luz mortecina de dos encendedores que se prendían y se apagaban por la falta de oxígeno. Todos estábamos esperando que alguien hiciera algo. O que nadie hiciera más nada, definitivamente. Entonces resolví usar uno de los cuerpos para quebrar la inmovilidad que nos abrumaría. Advertí con claridad que si no daba ese paso y no me mostraba a mí mismo y a los demás que ese era el camino, nos paralizaríamos, porque la irrealidad de lo que estábamos viviendo era paralizante. Sentía que tenía que ir adelante y hacer cosas que en la vida nunca me hubiera imaginado que tendría que hacer. Creo que la medicina me permitió actuar como un cirujano que logra quitarle emociones al acto físico de abrir el vientre fresco y sacar un órgano. Ahí ocurrió otro escalón más en el descenso hacia la humillación final: comer el cuerpo que está a nuestro lado se transformó en una actividad normal. Cada cual tuvo que mojarse con sangre para alimentar la simiente de la vida. Tal vez podíamos ser como el grano de trigo que cae en tierra, que después que muere da mucho fruto: una muerte fecunda, porque yo hubiera querido que mi muerte fuera de esa manera.

Enseñar con el ejemplo no es la mejor manera de enseñar: sé que es la única. Aunque en ese momento yo no quería enseñar nada a nadie; todas fueron actitudes inconscientes para mostrar que se vuelven a plantear, siempre, dos alternativas: entregarse o actuar. Detenerse o seguir. Acompañar el camino prefijado o impugnarlo. Y no hay muchas formas de rechazarlo atrapados en un sarcófago.

Miré a las ventanillas del avión y no había paisaje: no había nada, se terminó la vista, estábamos a oscuras.

Entonces aprendimos a esperar sin desesperar, y celebramos, en los días siguientes, dos cumpleaños: el de Numa Turcatti y el de Carlitos Páez, con tortas de hielo.

Se generó un nuevo grupo humano después de la avalancha, porque casi todos experimentamos la muerte aquella noche. Fue una regresión tan intensa que volvimos a ser posibilidad, que era lo único que podías ser: una crisálida encapsulada de vida, en una cárcel húmeda, sin oxígeno y maloliente de metal. Un feto con cardiopatía severa que todavía no sabe si podrá vivir, pero que tal vez lo logre.

Capítulo 10

Tras tres días enterrados, logramos cavar un túnel a través de la cabina de los pilotos, y de ahí, forzando una de las ventanillas, pateándola desde la posición de acostados, turnándonos, logramos desatascarla y salimos a la superficie. Coche Inciarte fue de los primeros en salir y siempre dice que, cuando nos veía emerger de las entrañas y acceder al blanco eterno de la nieve, sentía que la montaña nos estaba pariendo.

Luego del arduo trabajo cavando en torno al fuselaje para desembarazarlo de la nieve, nos concentramos en preparar a los expedicionarios, uno de los principales inventos de la montaña, que reflejó la esencia de la sociedad de la nieve: unos resignando algunas de las miserables cosas que tenían —otro bocado de carne congelada, un abrigo mejor, una posición más cómoda donde tumbarse en el fuselaje— y otros entrenándonos, preparándonos, mediante ejercicios, para enfrentar la travesía más peligrosa. Lo que en un primer momento era un caminante, o un explorador que buscaba conocer el lugar donde se encontraba para regresar a comunicar lo descubierto a los que estaban en el avión, se fue transformando en un expedicionario sin retorno, un escalador de vida o muerte. Esa característica de la nueva figura del expedicionario pautó la selección de los más adecuados.

Yo sopesaba minuciosamente las posibilidades para maximizar las frágiles fortalezas y minimizar los riesgos gigantescos. Cuanto más entrado diciembre, cuanto más largos fueran los días, cuanto más horas de sol, cuanto menos posibilidad de tormenta o de *viento blanco* hubiera, más posibilidades de éxito tendríamos. Pensaba en todo esto pero también sabía, en el fondo, que nunca habría tiempo suficiente para regresar al avión si la expedición fracasaba. Llegar o morir. Cada vez que pensaba en mis próximos pasos me venía a la memoria esa disyuntiva: detenerse o seguir.

Si bien Nando siempre insistió en que debíamos marchar al Oeste, en línea recta rumbo al océano Pacífico, porque no confiaba en ninguna otra alternativa, ni siquiera las que surgían del análisis del mapa, logramos convencerlo de que la primera expedición sin retorno fuera hacia el otro lado, el Este, a Argentina, para evitar escalar la gigantesca pared de hielo del Oeste, que siempre sentí que bloqueaba cualquier salida racional por ese lado, aunque ya viviéramos en una realidad imaginaria.

Con Nando y Tintín salimos el 17 de noviembre a las ocho de la mañana, preparados para una expedición que, especulábamos, podía llevar entre tres y cuatro días de caminata para llegar a destino. Dejábamos el mundo del silencio del fuselaje e ingresábamos en un universo de sonidos quedos, el crujir de la nieve dura bajo mis botines, el jadeo de la respiración y, de cuando en cuando, el estrépito de las avalanchas cercanas. Caminamos, al principio, serenos y raudos, porque la montaña más alta (el volcán Sosneado) estaba más allá, y recién la deberíamos sortear al segundo o tercer día. Y el instante crucial no era ahora, sino cuando tuviéramos que enfrentar la incógnita decisiva de si resistiríamos las noches a la intemperie, aunque llevábamos todo el abrigo que podíamos.

En el camino encontramos restos del avión que no comprendíamos cómo habían volado tan lejos, y poco después vimos algo que cambió completamente nuestro curso y nuestro ánimo: la cola

del Fairchild. Cuando la divisé a la distancia, me costaba entender lo que era, pero cuando identifiqué la aleta, sin los alerones laterales, que increíblemente estaba en la posición de un avión erguido, solo que enterrado en la nieve, me detuve, azorado: era lo primero realmente diferente y nuevo que veíamos en treinta y seis días de montaña, lo primero que nos remitía a nuestra vida de antes, porque pertenecía a la sociedad de los hombres que construyen —y destruyen— aviones. Llegamos a la cola y la recorrimos, palmo a palmo, con incredulidad. Ahí estaba la cocina con restos de comida, un par de empanadas que se habían congelado, compradas en la ciudad de Mendoza, donde el avión se detuvo el 12 de octubre por mal tiempo, y, husmeando afanoso todos los compartimientos destrozados por el golpe, abrí una tapa y descubrí las baterías. Sentí que estaba ante algo milagroso, porque se encontraban en su posición original, intactas. Cuando toqué los dos bornes con un cable saltó una chispa: aún tenían carga; sentí que todavía estaban «vivas». Si bien lo acordado era caminar hacia el Este, advertí claramente la oportunidad de tomar el atajo. Además, allí encontré mi valija, que fue como reencontrarme con quien yo había sido, con el olor de mi casa y las sensaciones de la vida de antes.

Pasamos esa primera noche en la cola, postergando el enigma definitivo de dormir al descampado. Con las baterías prendimos luz y escuchamos una radio del avión que funcionaba con electricidad. También nos dimos cuenta de que esa posta en el camino nos permitiría, si la expedición al Este fracasaba, retornar al fuselaje, haciendo noche, previamente, en la cola, que estaba relativamente entera, porque imaginábamos que al menos podríamos resistir una noche a la intemperie, como a duras penas habían tolerado Gustavo Zerbino, Numa Turcatti y Daniel Maspons. Restaba saber el nivel de sufrimiento que podíamos resistir en una segunda noche.

La misma determinación que tenía Nando en caminar hacia el Oeste, yo la tenía, a partir de entonces, para arreglar la radio del avión. Porque en ese escenario utópico de la caminata hacia el infinito, donde lo más probable era terminar congelados, o hundiéndonos en una grieta o precipitándonos al abismo, la posibilidad de juntar las piezas sueltas de la radio, creada por el hombre para pedir ayuda, era más cercana, más verosímil. Esto requería, apenas, aproximarnos a la lógica del ingeniero que la había creado. Todo estaba tan cerca pero a la vez tan increíblemente lejos. Un cable mal conectado hacía toda la diferencia. Con el agravante de que ninguno de nosotros sabía nada de radios, de VHF, de súper VHF, de VOR, las ondas que rebotan y pueden comunicarte con el otro extremo del planeta, o con un avión que pasa a diez mil metros de altura. Cómo lamenté entonces que en toda la vida que había vivido, donde siempre experimenté una curiosidad intensa por las cosas más disímiles, no hubiera tropezado con nadie que me hubiera contado esos misterios tan desmesurados pero que a la vez cualquier técnico o aficionado a la electrónica con saberes elementales seguramente conocía.

Al día siguiente, cuando iniciamos la caminata, mis piernas avanzaban hacia el Este, hacia lo que consideraba que era nuestra muerte probable, pero mi mente viajaba de regreso a la cola del avión.

Ninguno de los episodios de la montaña tiene una respuesta única. Si hubiéramos seguido bajando por el valle, rumbo al Este, después de la noche que tuvimos que pasar a la intemperie, quizás hubiéramos llegado a destino, porque en cuatro días, si no caíamos en una grieta, ni nos sepultaba un alud, ni nos atacaba el *viento blanco*, ni moríamos congelados, tal vez hubiéramos sorteado los costados del volcán Sosneado, menos elevados, y de repente hubiéramos llegado al cajón del río Atuel, donde en algún lugar había un hotel abandonado para enfermos de reuma o, incluso, un puesto de frontera de Gendarmería Argentina, como lo supimos después.

Pero en esa noche que pasamos a la intemperie, cuando cavamos un pozo en la nieve, nos sucedió lo mismo que a Zerbino, Turcatti y Maspons, aunque llevábamos tres veces más abrigo que ellos, e hicimos como una tienda donde sostuvimos una manta sobre tubos de aluminio: casi nos morimos congelados, por más que, como ellos nos enseñaron, pasamos la noche uno encima del otro,

golpeándonos con los puños para reanimar la sangre que quería detenerse para siempre, en una oscuridad aterradora que resultó eterna. Aprendimos exactamente cuál era el límite de los supuestamente mejor entrenados, nosotros los expedicionarios: una sola noche al sereno. A ninguno de los tres nos cupo la menor duda de que moriríamos en una segunda noche a cielo abierto.

A las nueve de la mañana, cuando el sol descongeló el hielo que nos cubría, con la ropa tiesa, más muertos que vivos, sin haber pegado un ojo, prematuramente envejecidos, con los músculos entumecidos, reemprendimos lentamente la caminata de regreso hacia la cola.

Mientras allí descansábamos, antes de regresar al fuselaje, permanecí muchas horas analizando las baterías. Las sacaba de su compartimiento, una a una, con delicadeza, como si fueran de cristal, para que no se fueran a estropear, observaba los bornes y las conexiones y todo parecía estar en su lugar. Traía a la memoria la radio destrozada en el fuselaje. Si mi pasión por los corazones se fortaleció tras el alud, mi pasión por reparar máquinas, motores y aparatos de todo tipo se robusteció cuando la ilusión de conectar cables se convirtió en el reto de conectar vidas, donde ambos sueños están estrechamente unidos porque el corazón es la máquina, el motor y la bomba más perfecta.

Capítulo 11

El 22 de noviembre, cinco días después de nuestra partida, los del fuselaje nos vieron regresar tal como habíamos salido, pero con una noticia que a mí me parecía grandiosa y decisiva: habíamos encontrado la cola del avión, donde además de decenas de cartones de cigarrillos, abrigos, una botella de ron, un kilo de azúcar, empanadas mendocinas a medio comer, estaban (lo dejamos para el final, cuando lo relatábamos) las baterías… Como pesaban demasiado, no pudimos traerlas, sino que decidimos que habría que hacer al revés: llevar la radio a la cola para intentar instalarla en el lugar. Roy, estudiante de primer año de Ingeniería, sospechó que estaba incluido en la nueva estrategia y poco después confirmó que él sería el desdichado ingeniero sin título que tendría que montarla. Porque Roy había arreglado, unos meses antes, el equipo de audio de un primo, e hizo funcionar la pequeña radio portátil en el fuselaje, dos hazañas prodigiosas que lo convirtieron en el mejor ingeniero del mundo, como yo fui médico intensivista por estar en segundo año de la Facultad de Medicina. Porque así funcionaban los roles en la sociedad de la nieve: no éramos lo que éramos, sino que lo éramos a nuestra máxima potencia.

Paralelamente, yo sabía, y lo mantenía para mis adentros, que si la alternativa de la radio fallaba, igual ganábamos tiempo, subiría la temperatura, vendría el deshielo en algunos sectores de la cordillera y tendríamos más oportunidades de hacer la caminata irreal hacia el Oeste, porque la ruta del Este ya estaba definitivamente descartada.

Logré convencer a Nando y a Tintín de intentar arreglar la radio, comprometiéndome a que, si no lo lográbamos, saldríamos definitivamente hacia el otro lado, el Oeste, donde estaban Chile y el océano Pacífico.

A partir del jueves 23 de noviembre trabajamos en el fuselaje, con Roy y Nando, para desmontar las piezas de la radio de la cabina donde estaba, cuidando que ninguno de los infinitos cables se rompiera y que no se perdiera ningún circuito. El 24 de noviembre, con los trozos maltrechos de la radio, que parecían restos de un desguazadero, porque había quedado completamente abollada por el impacto del choque, acondicionados en un trineo que improvisamos con el fondo de una maleta Samsonite, regresamos a la cola. Hicimos lo posible y lo imposible para arreglar esa radio, Roy y yo, acompañados por Nando y Tintín. Trabajamos durante tres días sin parar, pelando todos los cables y empalmándolos con las baterías, y durante otros tres días intentamos sintonizarla, pero solo escuchábamos las interferencias, como un temible gruñido que nunca se transformaba en palabras.

Estuvimos muy cerca de lograrlo: incluso llegamos a emitir con onda corta. El avión tenía VHF y Súper VHF. El VHF era solo lineal, si pasaba un avión y los dos nos veíamos, nos comunicábamos. Y a veces rebotaba en las nubes y podía caer en un punto lejano, y también nos hubiéramos escuchado. Teníamos todos los componentes del VHF: el sintonizador del avión, los cables codificados, la antena y las baterías. Pero no pudimos conectar el Súper VHF del equipo Heath-kit desmontable —los voltímetros de la radio—, que nos hubiera permitido hablar a distancia, porque aunque las conexiones de los cables eran correctas, gracias a que cada uno tenía su identificación, nos faltó conectar el transformador de alto voltaje, que era una caja negra cubierta de aceite que había

volado con el impacto y yacía en los alrededores del fuselaje, y nunca supimos lo que era. La recuerdo perfectamente —años después me explicaron su función—: cuando deambulaba por los alrededores del avión, para buscar algo que pudiera ser utilizable, o que pudiera comerse, veía esa caja negra cubierta de aceite entre otros trozos de metal o piezas retorcidas. La miraba y miraba, tratando de imaginar para qué diablos podría servir, en qué podíamos transformarla, pero jamás se me ocurrió que ahí estaba la clave de nuestra salvación.

Después de tres días escuchando la estática, que cada día nos sonaba más parecida a una música fúnebre, nos convencimos de que nos faltaban conocimientos: tal vez una minucia, que en esas condiciones era un detalle monumental. Estábamos increíblemente cerca y desmesuradamente lejos. Porque las piezas estaban todas: solo nos faltaba el croquis para armarlas en la forma que había previsto quien la diseñó.

El 29 de noviembre fue la última noche que pasamos en la cola, porque se estaba sacudiendo demasiado por el viento y podía rodar por el valle con nosotros adentro. Nando estaba tan nervioso que ni siquiera me dejaba descansar:

—Si te movés tanto, es mejor que duermas afuera —lo rezongué.

Al fin y al cabo, pese al aparente fracaso, la estrategia de la radio fue correcta. No solo porque ganamos tiempo, sino porque, fundamentalmente, en la cola encontramos lo que definitivamente nos salvaría: la tela aislante para confeccionar la bolsa de dormir.

Rodeando los tubos de la calefacción, Tintín descubrió un material formado por dos telas impermeables con aislante en el medio que lo sorprendió por lo fuerte. Cortó un trozo y dijo: «Mirá qué bueno para hacer chalecos». Envolvimos nieve con el material y advertimos que del otro lado no se mojaba. Habíamos pasado una noche a la intemperie y casi nos morimos: todos estábamos con el radar alerta para encontrar los materiales para elaborar una bolsa de dormir inexpugnable que nos permitiera dormir al sereno más de una noche.

Cuando regresamos al fuselaje, el 30, ante la terrible frustración de los que nos observaban, les anunciamos que traíamos una sorpresa descomunal, señalando el bolso, como si fuera una máquina para volar. Cuando lo abrimos, todos se preguntaban qué era ese amasijo de trozos de tela deshilachada.

—Es lo que nos permitirá dormir a la intemperie —dijo Tintín. Era la llave para salir de la celada: el calor, otro de nuestros inventos definitivos.

Si en el alud recuperamos esperanza tirando optimismo hacia delante, con símbolos de que la vida continuaba, cuando fracasó la radio nos aferramos con todas nuestras fuerzas a la tela aislante que encontramos en la cola. Cuando les explicábamos, como si en verdad fuera una máquina para volar, las condiciones térmicas de esos retazos contrahechos de tela aislante, nos miraban como si hubiéramos enloquecido. Muchos observaban a los tres primos mayores, los Strauch, para ver qué decían, y ellos mantenían la mirada serena, que significaba que conservaban la esperanza. Ellos sabían que estábamos arrojando el gancho del malacate fuera del fuselaje, y eso, solo eso, evitaría la desesperación y la muerte. ¿Esos trozos de tela deshecha servirían para algo? Eso era otra historia. Era lo que menos importaba. Lo trascendente era que el gancho había prendido en tierra firme, fuera del fuselaje, y de él podíamos aferrarnos por un tiempo suplementario antes de precipitarnos al abismo. Todos dicen: si hay vida hay esperanza; para nosotros era al revés: había vida si inventábamos la esperanza.

Capítulo 12

Todos participamos en el proyecto de salir, pero solo tres tuvimos que hacer la caminata: Nando, Tintín y yo, y tres días después de la partida, Nando y yo. «Tuvimos» que hacer, porque yo nunca supe si de veras quise hacerla.

En los últimos días del fuselaje, habíamos decidido la ruta. Era paradójico, porque si bien era la vía más difícil, era la única certidumbre que a esa altura nos restaba: todo lo otro era completamente desconocido. No había rescate, no había radio, no había nada. Lo único que teníamos eran las piernas. La distancia dejó de medirse en metros o kilómetros y pasó a medirse en pasos, y no pasos de persona normal, sino pasos jadeantes de la cordillera, casi sin músculos, pasos cianóticos.

En el mapa, ubicándonos donde más o menos creíamos que estábamos, con un margen de error de cincuenta kilómetros (el error en verdad era mucho mayor), veíamos claramente que del lado argentino había una zona semidesértica, alrededor de doscientos o trescientos kilómetros yermos, 250.000 o 350.000 pasos, que habíamos visto desde el avión, lo que nos llenaba de zozobra. El hecho de salir de la cordillera debilitados para enfrentar una situación igual o peor, de la nieve a la aridez, sin agua y sin gente, nos oprimía. Hacia el Norte y el Sur, la cordillera se extendía hasta Panamá y, hacia el otro extremo, hasta Cabo de Hornos, a lo largo de 7.240 kilómetros, pero para el Oeste había un límite finito que podría hacerse caminando. En el mapa a escala que teníamos, que pertenecía al avión, especulábamos que la distancia máxima hasta la precordillera no podía ser más que sesenta kilómetros (100.000 pasos), porque el mapa indicaba que la cordillera tiene ciento veinte kilómetros de ancho, y como calculábamos que estábamos más próximos al Pacífico de lo que en verdad estábamos, el máximo, en la hipótesis más pesimista eran sesenta kilómetros. Eso sí, habría que caminarlos improvisando un paso en la alta montaña, a treinta grados bajo cero, con la brisa fina y letal de la cordillera clavándose en nuestra piel, sin ropas adecuadas, sin equipos, sin comida y en un escenario de cimas y precipicios completamente desconocidos.

Había que caminar acompañando al sol, y si no lo veíamos, llevábamos la brújula del Fairchild.

Con Arturo Nogueira, que era quien mejor analizaba el mapa del avión, veíamos claramente las poblaciones que imaginábamos debían estar del otro lado de esa gigantesca pared de hielo: Chimbarongo, La Rufina y Puente Negro. En la hipótesis más optimista, decíamos que habría entre diez y quince kilómetros entre nosotros y esas poblaciones, aunque no entendíamos por qué el lugar donde estábamos era tan inhóspito si en el mapa estaba tan cercano. Mucho más allá, al Este, veíamos alturas inconmensurables, donde jamás creíamos que estuviéramos: el Tinguiririca, el Sosneado, el Palomo, el Brujo. Pero justamente ahí era donde en verdad habíamos caído.

Nunca llegamos a Chimbarongo, La Rufina o Puente Negro, pero esos tres nombres resuenan todavía en mi memoria, porque eran el ancla de tormenta que precisaba mi espíritu… Chimbarongo, La Rufina y Puente Negro.

Cuando cerraba los ojos y los imaginaba, eran oasis a los que podíamos acceder y hacer contacto con la civilización, recuperar el vínculo. Imaginábamos pequeñas granjas de montaña, con animales pastando en los valles verdes de la precordillera, con gallinas y animales en torno a las casas de

piedra, mientras nosotros llegábamos haciendo gestos amistosos, para no asustarlos con nuestro aspecto de espantajos y el olor que desprendían nuestros cuerpos, que nosotros no sentíamos, pero sospechábamos. Ante la sorpresa del granjero, le decíamos: «Vengo de un avión que cayó en la montaña, necesito que me ayude». O invertíamos la frase, por la premura del auxilio: «Necesito que me ayude, vengo de un avión que cayó en la montaña». Y si desconfiaban, o no nos creían, porque nosotros no existíamos, llevábamos dinero para comprarles un caballo, para pagarles el favor y materializar la alucinación.

Pero luego nos virábamos, nos sumergíamos en la noche de los tiempos donde estábamos inmersos, y la granja se desvanecía, y nos sumíamos en la confusión. Nosotros éramos muertos que no existíamos más para la gente, y si bien teníamos la esperanza de que un día iríamos a golpear a la puerta del mundo para solicitarle que nos aceptara de vuelta, para que esa sociedad que nos había dado vuelta la cara y condenado a muerte nos recibiera otra vez, no estábamos seguros de que lo hiciera, y entonces pensábamos que tendríamos que hacer todo con nuestro propio esfuerzo hasta llegar al final de los finales: golpear las puertas de nuestras casas. En cambio, si ese granjero nos abría la tranquera, o incluso la puerta de su casa, era el sentimiento más seductor que podíamos experimentar. Compartía la fantasía con Nando, que agregaba elementos al ensueño, personajes, alternativas, mientras Tintín, a tres metros de distancia, descansando en el fuselaje, nos observaba con aplomo, preparándose psicológicamente para lo que estábamos a punto de acometer.

—Los granjeros son gente de trabajo, gente buena —le decía, recordando al personaje de mi infancia, doña Elena Bielli, que además de granjera trabajaba en mi casa de niñera, y en las noches de verano salía a pedirle a la luna que la ayudara en sus penas, conmigo de la mano.

En los últimos dos días pasé horas y horas mirando la inmensa pared que íbamos a escalar. La escrutaba en los detalles, tramo a tramo, para adivinar la ruta más viable. Del mismo modo que antes la visualizaba para imaginar lo que habría detrás, ahora, más cerca de la partida, se disolvía la fantasía y nos enfocamos en circunstancias concretas: posibles zonas de pasaje. Divisábamos y registrábamos en nuestra mente las afloraciones rocosas, las salientes, los quiebres, las desviaciones, la pendiente. Habíamos decidido que la atacaríamos de frente, derecho hacia el Oeste, por la parte más empinada, porque ese era el camino más corto y más cierto.

El sereno Tintín estaba dispuesto a salir el día que lo ordenaran; Nando, en cambio, que aparentaba ser menos vacilante que yo, en verdad me confesaba mis mismas tribulaciones aunque no las manifestaba, porque no podía minar la esperanza de todos, mientras yo sí lo hacía, presentando el balance que consideraba correcto para salir en el momento adecuado. Nando sentía que yo era el freno, mientras él actuaba como una locomotora que quería partir atropelladamente, aunque fuera a descarrilar o estrellarse contra una muralla.

El balance que yo hacía era macabro: calcular variables tan desproporcionadas como el estado del tiempo, el alimento que sobraba y, fundamentalmente, los días que resistirían los moribundos. Porque cada uno, en ese aprendizaje intensivo de medicina de catástrofe, tenía un resto de vida que se podía medir en su respiración entrecortada, en las miradas desencajadas, hundidas en los cuencos de los ojos desinflados que perdían color a medida que se les escapaba la vida.

La decisión la tomé en la forma más fría posible, tolerando la presión de todos. Imagino que nunca fui, para mis amigos, más «insoportable». En primer lugar, resolví que no saldría si no consideraba que la bolsa de dormir estaba en condiciones para resistir a tres personas durmiendo en superficies completamente irregulares. En segundo lugar, postergaría todo lo posible la salida para hacerla lo más entrado diciembre posible, aunque no podía dejar que la temperatura subiera demasiado, porque surgirían las infecciones, hasta entonces más o menos controladas por el ambiente helado. Además, sabía que si estiraba el tiempo, daba más posibilidad para que surgiera un imponderable milagroso, como aquel que ocurrió cuando encontramos la cola del avión con las

baterías de la radio.

Uno de los imponderables que buscaba en realidad ocurrió, aunque no fue suficiente. El 8 de diciembre, cuatro días antes de la partida final, escuchamos, en la insólita radio Spica que teníamos y todavía funcionaba, una noticia inesperada: la Fuerza Aérea Uruguaya, los mismos que nos habían puesto en ese atolladero, había reacondicionado un viejo avión de la Segunda Guerra Mundial, un Douglas C47, identificado con el número 508, como decía el comunicado, preparándolo especialmente para buscarnos entre las montañas, y reiniciar el rescate suspendido desde el 23 de octubre. Partiría de Montevideo el 10 de diciembre a las siete de la mañana. *Aunque viniera a buscar nuestros cadáveres, ¡todavía existíamos para los de afuera!*, me decía, lo que volvió a llenarme de dudas, que ni siquiera podía manifestar en voz alta para no alterar a mis compañeros con mis vacilaciones. Sin embargo, me preguntaba, en silencio: ahora, con tiempo mejor, iniciado el deshielo, ¿no tendrá más posibilidades de vernos desde el cielo, cosa que no lograron en octubre?

Pero al día siguiente, el 11, a la nueva ilusión del C 47 del rescate, que se suponía que acababa de partir, mientras yo hacía los cálculos de lo que demoraría en comenzar a recorrer las montañas, la sepultó la realidad truculenta del fuselaje. Gustavo Zerbino vino y me dijo:

—Acaba de morir Numa, y en pocos días más se muere Roy. Si seguimos esperando, nos morimos todos.

En ese momento me di cuenta de que no podía seguir dilatando la partida. La muerte de Numa Turcatti puso el reloj en cero, y fue la que precipitó la caminata final. Era uno de los chicos que más había luchado, uno de los más generosos, y si él sucumbía, nos estaba mostrando el derrotero de todos, más temprano que tarde. Y el C 47, que durante cuatro días me llenó de expectativa, pertenecía a otra realidad, la del mundo exterior, o de la sociedad del llano, que nos buscaba con aviones que jamás lograban vernos, que trazaba planes que nunca se concretaban, porque no pertenecíamos a la misma dimensión. No existía una intersección donde ambos mundos se encontraran. Todo, absolutamente todo, lo debíamos hacer por nosotros mismos.

Si bien concluía, racionalmente, que esa conexión estaría signada por el fracaso, en todo caso el C 47 lo reservaba para mí, y se convirtió, en toda la caminata, en mi referencia más concreta de que alguien, del otro lado, todavía estaba cinchando de la soga para encontrarnos. Estábamos solos en el cosmos, pero no estábamos completamente aislados. Otros locos como nosotros seguían pujando.

Cuarenta años después, el 10 de diciembre de 2012, en la sala de espera de mi consultorio en el segundo piso del Hospital Italiano, reparé en una señora mayor, con aspecto apacible. Cuando le pregunté a Hilda, mi asistente, quién era, me dijo:

—Quiere hablar contigo, pero no explicó para qué.

Jamás imaginé que me traería lo que me trajo.

—Quería darle esto —me dijo, a boca de jarro, y me entregó unas viejas carpetas.

Cuando las abrí, reparé en un manojo de hojas manuscritas amarillentas, muy antiguas.

—Soy Lilí Faira de Terra, la viuda del coronel aviador Ruben Terra. Él escribió esto sobre lo que ocurrió entre el 10 y el 24 de diciembre de 1972 en los Andes, hace exactamente cuarenta años, y quería que usted lo tuviera para que hiciera con ello lo que considerara más adecuado. Su padre volaba con mi marido.

Cuando comencé a ojear el relato del entonces mayor aviador Ruben Terra, se me aceleró el corazón. En esos días de diciembre de 2012, yo estaba recreando, minuto a minuto, la caminata a través de los Andes, cosa que, curiosamente, nunca había hecho antes, donde una de las constantes era no solo saber que nos buscaba el C 47, sino que además, en las cumbres de la montaña, lo escuchábamos, lo sentíamos, lo perdíamos y lo volvíamos a registrar con el oído, un zumbido real e imaginario que jamás vimos.

Por momentos nos parecía que desvariábamos y en otros que eran ellos. ¡Cómo no íbamos a

escucharlo si estuvieron treinta horas sobrevolándonos, prácticamente a la misma altura! Y ahora, en este preciso momento, venía el entonces mayor Ruben Terra a contarme, mientras nosotros deambulábamos por la cordillera, lo que sucedía simultáneamente en el aire. Los dos, nosotros por los Andes y ellos en la altura, buscábamos lo mismo.

Comencé a leer el manuscrito, que, como me dijo Lilí Faira, nadie había leído hasta entonces, y de inmediato reconocí a los personajes: Ruben Terra (se retiró como coronel y murió a los sesenta años, en 1999); su otro comandante, el entonces capitán Eduardo Lepere; mi padre, Juan Carlos Canessa; el padre de Roy Harley y el de Gustavo Nicolich, que se llaman igual que sus hijos; el de Carlitos Páez, el artista plástico Carlos Páez Vilaró; el piloto experto y amigo de nuestros padres, Raúl Rodríguez Escalada, además de los tripulantes de la nave.

Si bien nunca había conocido a los comandantes de ese vuelo, recordé las pocas veces en que mi padre me relató esa peripecia. Lo hacía cargado de emoción y reconocimiento, pero advertía que a mi padre le dolía contarlo, posiblemente porque fue una experiencia signada por la desazón y el fracaso. Siempre creí que ese fue su fondo del pozo. Y lo que sucedió inmediatamente después, nuestra aparición, opacó esa peripecia marcada por el coraje, así como por la ansiedad y el dolor que esa tripulación experimentó durante esa precaria búsqueda de sus hijos y amigos.

Lo que nunca pude decirle a mi padre, porque nunca lo terminé de comprender por completo, como muchos episodios de los Andes, es que ese vuelo no estuvo signado por el fracaso, sino que fue una de las principales palancas que me permitieron resistir y persistir. Ellos, como nosotros, debían sortear un cúmulo aparentemente infinito de adversidades, pero nunca se detuvieron, como nosotros tampoco lo hicimos. Ellos y nosotros íbamos a ciegas, nosotros porque no sabíamos dónde estábamos, y ellos aún peor, porque no sabían que todavía estábamos vivos.

Capítulo 13

Mayor (aviador) Ruben Terra

El 13 de octubre de 1972, el Fairchild Fuerza Aérea Uruguaya 571 (FAU 571) despegó de Mendoza con destino a Santiago de Chile por el Paso del Sur (Malargüe Curicó) ya que el paso del Cristo estaba por instrumentos (cerrado). El comandante del Fairchild, Julio César Ferradás, reportó Chilecito, posterior Malargüe, luego Planchón, en estimados correctos, según versión grabada provista por el Centro de Control Aéreo de Santiago a la Fuerza Aérea Uruguaya. Inexplicablemente, ocho minutos antes reportó Curicó, cuando estaba pasando por Planchón (Ankón ahora).

Desde Curicó, que era en realidad Planchón, pasados tres minutos, erróneamente puso rumbo Norte 006º y comenzó el descenso desde 18.000 a 10.000 pies, para reportar en Angostura.

¿Qué pasó? Estaban descendiendo en medio de la cordillera de los Andes y, a los tres minutos de haber reportado Curicó ya con rumbo 006º (Norte), el Control Santiago preguntó su nivel actual al FAU 571 y la voz tranquila y pausada de Ferradás se transformó en un grito, y solamente alcanzó a exclamar: «¡UNO CINCO CERO!». Dos minutos después, el Control Santiago volvió a llamar, pero el Fairchild 571 no contestó. Con esa altura, «uno cinco cero», o sea, 15.000 pies, 5.000 metros, está más abajo que el volcán Tinguiririca, que tiene 15.400 pies, el Sosneado con 17.024 pies, el Palomo con 15.912 pies, el cerro del Brujo, que parece un serrucho con los dientes hacia arriba, con unos 16.000 pies, como vemos en la carta Visual OAC1 Mount Aconcagua (1436).

O sea que en el momento que Ferradás pronunció el grito «¡UNO CINCO CERO!», es decir, 15.000 pies, tres minutos después de haber reportado Curicó, se supone que su ala derecha tocaba la cordillera en las proximidades del volcán Tinguiririca y se partía, cayendo sobre la montaña, partiéndose también el ala izquierda y desprendiéndose el fuselaje, para arrastrarse por una ladera unos 1.800 metros hasta quedar detenido. Fue declarado Alerfa por el Control de Chile, palabra que significa Alerta, Incertidumbre, Siniestro, Accidente, fases para las cuales existe un tiempo reglamentario de búsqueda para cada una de ellas.

El Servicio Aéreo de Rescate de Chile dispone en estos casos una búsqueda de diez días a efectos de ubicar la aeronave siniestrada. En ese período se cumplieron ciento tres misiones de vuelo, con aviones chilenos, argentinos y uruguayos sin resultados positivos, por lo cual el 23 de octubre la Fuerza Aérea de Chile dio por finalizado el operativo, poniendo punto final al tema.

Pasados casi dos meses del accidente y de cuyo resultado se preveía que los cuarenta y cinco pasajeros estaban todos muertos, y ya con la cordillera en pleno deshielo, Uruguay dispuso una segunda misión a efectos de localizar el avión siniestrado, con mejores posibilidades.

Y es aquí donde me tocó ser el protagonista principal de los hechos que narraré a continuación y, a título personal, las experiencias vividas durante el desarrollo de la misión, que entendía difícil y muy riesgosa. Aunque yo tenía la seguridad de que era posible y que iba a encontrar el avión.

La misión vino ordenada por el Comando General de la Fuerza Aérea para que fuera cumplida por el Grupo N.º 3 (Transporte), que contaba con una dotación de dieciséis C 47 y un AT

(fotográfico) y que el suscrito comandaba.

Debía seleccionar una tripulación entre los mejores y con más experiencia en la cordillera de los Andes. Me autodesigné (además me gustaba el desafío), llevando conmigo a otro comandante, piloto capitán Eduardo Lepere; al piloto capitán Hugo Spinatelli; al teniente primero Waldemar Burgueño, experto en rescate; al radiotelegrafista cabo Miguel Boyán y al mecánico sargento primero Luis Paredes. Preparamos el C 47 FAU 508 y FAU 519 de suplente. Motores, pruebas en altura, calefacción, oxígeno, cámaras fotográficas, correctores de altímetro. El 8 de diciembre estaba todo pronto.

Sumados a la tripulación, debidamente autorizados, cuatro señores padres de los accidentados y un amigo, a saber: Sr. Harley, Dr. Canessa, Sr. Páez Vilaró, Arq. Nicolich y Sr. Rodríguez Escalada, que nos acompañarían en toda la misión como pasajeros.

Yo había estudiado todos los detalles del vuelo del Fairchild 571 minuciosamente, y marqué en el mapa OACI Fotocopia
N.º 1, fotocopiado del que llevábamos en la búsqueda, el lugar donde creía que encontraríamos el avión accidentado, basado en las grabaciones del Centro de Control Aéreo de Santiago, tras estimar tiempo de vuelo y velocidad.

Esta fotocopia del mapa que indicaba el punto exacto donde estimaba que estaba el avión quedó en el Grupo Aéreo N.º 3 en Montevideo y a nuestro regreso pudimos constatar que, efectivamente, en ese mismo lugar estaba el FAU 571 accidentado.

La misión duraría diez días en total, si la Fuerza Aérea Uruguaya no disponía lo contrario.

Despegamos el 10 de diciembre de 1972 hora 07.00 con destino Santiago con escala técnica en Mendoza. Pero en medio del Río de la Plata se plantó el motor número 2, por lo que debimos aterrizar de emergencia en El Palomar, con el mencionado motor en bandera. Este fue el primer contratiempo de los que sobrevendrían después. ¿Por qué El Palomar? Para evitar los densos tránsitos de Aeroparque o Ezeiza, en Buenos Aires, que nos atrasarían.

Cambiado el motor, en la misma noche despegamos de El Palomar a Morón, para recargar ochocientos galones de combustible (lo que permitía ocho horas de vuelo), y ya directo a Santiago. Hicimos Mendoza-Uspallata y por el paso llamado El Cristo VFR (es decir, *Visual Flight Rules*, reglas de vuelo visual, no por instrumentos) a Juncal, dejando, a la derecha, el impresionante Aconcagua con 23.035 pies y salida al pueblo de Los Andes, población del lado chileno, para posterior rumbo Sur y descenso en Santiago. Metidos en el inmenso cañón del paso del Cristo, tuve dos o tres contraexplosiones en el motor número 2, lo que fue subsanado reduciendo la potencia.

En esos instantes de incertidumbre, con las contraexplosiones en medio de la cordillera de los Andes, cuando el día anterior ese mismo motor se había plantado, recordaba a Antoine de Saint-Exupéry, que tantas veces había recorrido esas montañas en su monomotor, cuando expresaba la dicha de volar, y la soledad espiritual que nos transmite ese sentimiento de que se es todo, y a la vez se es nada. Y durante las emergencias como la que vivimos, Saint-Exupéry se aferraba a la Virgen protectora de los aviadores que, según él, todos tenemos.

Porque, realmente, volando en un C 47, mete gran respeto, aquel monstruo que es la cordillera, y gran miedo ante la posibilidad de tener una falla o emergencia.

Los aviones que él voló en la Segunda Guerra Mundial también eran a pistón, como el nuestro, y fue en uno de ellos que desapareció en una misión de los Aliados, volando desde Sicilia a Marsella, en la Francia ocupada por los nazis, donde jamás lo encontraron.

Luego arribamos a Santiago sin novedad.

Capítulo 14

Juan Carlos Canessa, padre de Roberto

Cincuenta días después de que el Servicio Aéreo de Rescate (SAR) de Chile abandonara la búsqueda, cuando comenzó el deshielo, en los primeros días de diciembre, la Fuerza Aérea Uruguaya, a la que nosotros acudíamos constantemente para saber qué se podía hacer, decidió preparar una misión. Era demencial, era imposible que Roberto estuviera vivo, pero no lo dudé: también iría. La familia esperaba eso de mí. Si Roberto hubiera estado, me habría dicho: «¡Papá, tenés que ir!».

El avión que había preparado la Fuerza Aérea era un bimotor C 47; los chilenos solo volaban sobre la cordillera con cuatrimotores DC 6.

El C 47 no me pareció chico ni grande. La misión no me resultaba arriesgada, ni fácil. La constante que recuerdo era que todo me resultaba indiferente: estaba anestesiado por el dolor. La vida se había convertido en un paisaje mustio.

Cuando llegamos a Santiago, tras un viaje azaroso, y nos dirigimos al SAR, su jefe, el comandante Jorge Massa, me dijo: «De treinta y cuatro aviones que cayeron en la cordillera chilena, jamás hubo un sobreviviente. Olvídese, doctor Canessa, ¡usted es médico! Trate de entender». Y me agregó que un mes antes había caído un avión estadounidense, los reyes de la tecnología, y nunca más se los encontró.

De inmediato comenzamos a volar sobre la cordillera desde Planchón, al Sur y al Norte. Desde el primer día advertimos que la búsqueda era muy difícil, el avión se movía demasiado por la turbulencia y nada se distinguía entre la nieve y las rocas. Volamos en el C 47 en forma muy accidentada entre los días 11 y 21 de diciembre, en una extraña coincidencia, porque fueron exactamente los mismos días y en las mismas zonas en que mi hijo y Nando caminaban atravesando la cordillera.

Capítulo 15

El 11 de diciembre me pasé mirando el cielo, aguzando el oído.

¿Dónde está el C 47 que, como decía el comunicado, partió en busca del Fairchild 571? ¿Dónde nos busca? ¿Se perderá nuevamente? ¿Se repetirá el fracaso de los aviones de octubre? ¿Alguien del llano habrá advertido que este 508, como el 571 del Fairchild del accidente, suma trece, el número que la gente civilizada considera que trae mala suerte? Y la otra duda gigantesca, que también operó en mi ánimo como una palanca: habíamos escuchado en la radio que el avión partiría con una tripulación de expertos y un par de pasajeros, padres de los accidentados. *Mi padre, el médico, el pragmático, el científico… ¿me estaría buscando en ese vuelo alucinado e intuitivo, persiguiendo un presentimiento, semejante a lo que nosotros estábamos proyectando con la caminata por los Andes, creyendo que la verdad está siempre más allá del horizonte?*

Ni bien anuncié que estaba dispuesto a salir al día siguiente, el 12 de diciembre, de inmediato hesité, pero ya no podía desdecirme, porque un grupo se puso a trabajar afanosamente para ultimar los preparativos. Entonces me sentía como un condenado a muerte que está ganando el tiempo necesario para que surja algún imprevisto, un acontecimiento extraordinario que trastoque el orden establecido y permita que le conmuten la pena.

En la duermevela del fuselaje, una noche lograba descansar y la otra permanecía insomne, porque era imposible dormir por el frío, la incomodidad y el miedo, pero lograba conciliar algo de sueño al día siguiente porque estaba tan extenuado que dormía en cualquier condición. Pero la noche antes de la partida, si bien me correspondía descansar porque la previa la pasé en vela, tampoco pude dormir, por la ansiedad agregada de tener que escalar esa inconmensurable pared de hielo.

Capítulo 16

Día 1: 12 de diciembre

Bien temprano, cuando el crepúsculo del amanecer era apenas unas hebras de luz, nos despedimos de nuestros trece amigos en el valle de las Lágrimas. Carlitos le dio a Nando uno de los zapatos que su madre Eugenia, que había muerto en el accidente, compró en Mendoza para su sobrino recién nacido.

—Yo conservo el otro. Pero estos dos se van a juntar —le dijo Carlitos, con una convicción que me asombró.

Luego Javier Methol me tomó de los hombros, y ese hombre que había perdido a su mujer en el alud, que tenía cuatro hijos chicos aguardándolo en Montevideo, me dijo:

—Roberto, estoy seguro de que vas a llegar.

Pero lo dijo con una certeza tan profunda en la mirada que comprendí que tenía una fe en mí que yo ni por asomo tenía.

Partimos a las siete de la mañana para aprovechar esa hora en que la nieve está firme, con una capa de hielo en la superficie. Yo llevaba parte de las medias de rugby con comida, la bolsa de dormir, una campera, dos pulóveres de lana debajo del que Lauri me había tejido, y tres vaqueros puestos uno sobre otro que me entraban por lo flaco que estaba. En un estuche llevaba tijeras, hilo, agujas y cosméticos que usamos de filtro solar, además del compás del avión. Nando llevaba otra mochila, tantos pulóveres y pantalones como yo sobre unos pantalones de lana de mujer, y Tintín la carga más pesada, y la misma cantidad de ropas que nosotros dos. Además, cada uno llevaba un par de cojines como raquetas de nieve, colgados a la espalda, un tubo de aluminio a modo de bastón en la mano derecha y sogas.

¿De dónde le llega esa convicción a Javier Methol?, pensé cuando comencé a caminar hacia el Oeste. Me recordaba la confianza ciega e infinita que me tenía mi madre, y eso hizo que permaneciera unos segundos mirándolo a los ojos, intentando entender si él tenía algún tipo de información de la que yo carecía, porque ya había aprendido que nosotros nos habíamos transformado en extraños radares, como esas máquinas que registran sismos remotos que no vemos ni sentimos.

No bien di los primeros cien pasos en la falda suave del glaciar, decidí utilizar una fórmula que usaría hasta llegar a destino: imponerme metas cercanas y cumplirlas, y luego seguir con otra meta cercana, que podía ser una roca, una saliente, una formación diferente en la montaña que identificaba y veía ahí nomás, y llegar a ella, sin pensar en otra cosa. No planificar tramos largos, ni mucho menos pensar en el final, sino concentrarme en lo inmediato, que me resultaba más factible, y cada pequeño logro actuaba en mi ánimo como un aliciente.

Como nos movíamos, la perspectiva se movía con nosotros, el cambio de luces trastocaba el paisaje, y lo que parecía solo una cima, en verdad era una sucesión de cumbres, una atrás de la otra, porque eran las trampas de las luces y las sombras de la montaña.

Como la nieve seguía firme, pudimos escalar lo que creíamos que eran muchos metros, en la

primera ladera, en una dirección más diagonal, para luego atacar de frente, pero cuando miré hacia arriba me pareció que estaba en el mismo punto; que no nos habíamos movido, que la afloración rocosa que veía a una determinada distancia, y que calculaba que hasta ahí llegaría en dos horas, en verdad demorabas medio día. Por eso volví a las metas cortas, y poco después comenzamos con la meta más limitada todavía de contar los pasos, haciendo tramos de treinta y tres. En el paisaje se formaban grietas como heridas gigantes en la nieve de las cumbres, de donde se habían desprendido los aludes, dejando el tajo abierto que mostraba el hueco de la parte que faltaba. Luego comenzaron a aparecer los primeros rayos de luz dorada.

Si bien parecía que en esa inmensidad no avanzábamos, confirmamos que nos movíamos porque al fuselaje lo íbamos viendo cada vez más pequeño. Nuestros amigos permanecían observándonos mientras subíamos; me volví para mirarlos, cada vez menores, hasta que se transformaron en minúsculas sombras que deambulaban alrededor de un hormiguero blanco, contrahecho, completamente imposible que los vieran desde un avión. ¡Por eso no nos encontraron! ¡Somos invisibles! Hasta que en un momento no lo vi más y me asustó, porque sentí que se cortó el cordón umbilical que nos había mantenido con vida. Había que comenzar a respirar por otra vía, lejos del calor de nuestra madre: los restos del fuselaje que agonizaban en el valle.

Después del mediodía comenzamos a enterrarnos en la nieve blanda y aguachenta por el sol, por lo que debimos colocar los cojines bajo los zapatos.

Como estábamos escalando una pared de hielo, improvisando un sendero que evitara que nos despeñáramos, sugerí buscar el mejor camino por dos lugares diferentes, por si uno de los dos nos impedía seguir avanzando, y le pedí a Nando que se alejara unos metros y caminara e investigara un poco más arriba, paralelo a nosotros. Tintín seguía junto a mí, pero cuando Nando empezó a escalar más alto descubrimos que el lugar estaba poblado de piedras sueltas e inestables que, con el paso de Nando, al aflojar la nieve hacía que se desprendieran esas rocas imponentes que rodaban hacia abajo y pasaban zumbando la cabeza de Tintín y la mía. Al fin le grité a Nando que no siguiera por ese lugar porque las piedras nos iban a matar, y entonces seguimos los tres haciendo una misma huella por el despeñadero, que desprendía rocas que rodaban montaña abajo con un estruendo estremecedor.

Cuando ya no podíamos escalar en zigzag, trepamos una pendiente cada vez más vertical, al punto que en algunas zonas debimos cavar escalones en la nieve y trepar aplastados a la pared para no despeñarnos. A cada metro la inclinación de la montaña se tornaba más vertical, por lo que nos prendíamos con las manos y los pies, con el cuerpo completamente pegado a la pared congelada, con un ángulo que nos provocaba vértigo.

A partir de las cuatro de la tarde, la montaña se empezó a cubrir de sombras, surgió el viento helado, y a medida que pasaban los minutos me sentía cada vez más cansado, al punto que cada vez que caía tenía menos fuerza para incorporarme. Como escalamos de golpe, la cabeza parecía que nos estallaba por el mal de altura y nos mareamos. Entonces volví a mentirme y a decir que el objetivo que me planteé, aquella roca, que ahora incluso había perdido de vista, estaba oculta detrás de la siguiente cumbre. Pero cuando llegábamos no estaba, porque era una cima falsa detrás de otra.

Rápidamente, descubrimos los tres climas que te asaltan cuando escalas las alturas de los Andes. El frío helado y sin viento cuando amanece, con el sol que gradualmente te quita el congelamiento y la nieve todavía dura por el frío de la noche que te permite caminar; al mediodía la nieve se ablanda, te hundes hasta la cintura, debes colocar los cojines del avión debajo de los zapatos, y como tienes demasiada ropa comienzas a transpirar; luego el cielo se nubla, el sol se opaca, y a media tarde comienza a soplar el viento gélido, con ramalazos que te sacuden hasta las entrañas, porque parece que no tienes ropa, te cala los huesos, y ese debía ser el momento de detenernos y probar la mayor incertidumbre de nuestras vidas, el refugio de la bolsa de dormir, para saber si funcionaba en la alta montaña. Pero eso fue lo que no hicimos la primera noche, y aprendimos, de forma abrupta y

desesperada, que cometimos un error que casi nos cuesta la vida.

Ocurrió que seguimos escalando después de que llegara la brisa de la tarde y el viento helado del atardecer. Y en lugar de buscar un lugar donde desplegar la bolsa de dormir cuando todavía las sombras no nos envolvían y los latigazos gélidos del atardecer comenzaron a aguijarnos, queríamos aprovechar el envión del primer día y continuar, porque suponíamos que el segundo día estaríamos más cansados que el primero. Y especulamos que la travesía duraría dos, tres días como máximo. Si bien la fatiga era extrema, sospechábamos que cada vez estaríamos peor. Cuando el sol desapareció de golpe y solo permanecía la bruma, como teníamos las ropas empapadas, estas empezaron a congelarse con el aire y recién entonces buscamos un lugar donde guarecernos.

Pero no aparecía, la bruma se tornó cada vez más turbia, y el viento más helado. En la desesperación, pensé en cavar un pozo en la nieve, como habíamos hecho en la expedición de la ruta oriental, pero el lugar no lo permitía y no teníamos fuerzas salvo para respirar el poco oxígeno que tenía el aire. Todo era demasiado imprevisible y descubrimos, consternados, que ningún ensayo y error del pasado servía en las cumbres más altas. Acá arriba había que reinventar el mundo de nuevo.

Minuto a minuto se aproximaba el crepúsculo, la oscuridad caía a pique, y con ella no veríamos más dónde pisábamos, en medio de las grietas y los acantilados. ¿*Dónde estoy*? ¿*Qué hago acá*? Intenté controlar la tensión creciente diciéndome que debía pasar por este trance agónico para llegar a la siguiente etapa, que estaba allí, a pocos pasos. Que debía mantener la calma y la fe en nuestras posibilidades, que Dios, una vez más, no me fallaría.

Pensaba que cuando llegara a la cima que estaba allá arriba, cada vez más cerca y cada vez más lejos, vería al C 47 buscándonos del otro lado del mundo, ahí nomás, al alcance de la mano, volando de noche, a ciegas como nosotros, con el titilar mortecino de sus luces antiguas, que si pudieron iluminar tantas noches de la Segunda Guerra Mundial, podrían iluminarnos ahora, en tiempos de paz entre los hombres, donde el único desequilibrio era con la naturaleza, a la que estábamos desafiando.

Pero al mismo tiempo me brotaban lágrimas de dolor, porque creí que no lo lograríamos. Me desesperaba constatar que caeríamos en la primera noche, mientras Nando y Tintín me gritaban, exasperados, porque yo era el que tenía mejor vista, y confiaban en mi juicio para encontrar un lugar donde descansar, porque yo era el principal experto del mundo en nieve y montañas, ya que, si bien nunca las había conocido, en la hipérbole de mí mismo, hacía campamentos en los veranos cuando vivía al aire libre con la familia de mi novia. Pero en la montaña no había sendero, ningún ser vivo ni siquiera había pasado por aquel lugar. No estábamos en la vera de un arroyo que corría plácidamente en el llano, al nivel del mar, sino en la cima del mundo, barridos por un viento helado que nos quería llevar con él al espacio. Me gritaban enardecidos, pero yo no podía ni quería oírlos porque tenía que reservar todas mis fuerzas para encontrar el refugio y me quedaban pocos instantes, una cuenta regresiva que iba marcando la luz a medida que se extinguía segundo a segundo.

Como siempre me sucedió, embargado por la desazón creciente, en lugar de apocarme, la inminencia del final me acicateó para arremeter, para introducirme en la nocturnidad de la montaña, para continuar sin ver, porque la acción era preferible a bajar los brazos y esperar la muerte por congelamiento… Fue entonces que, contra todas las previsiones, en el momento en que ya estaba dando todo por perdido, como me sucedió enterrado bajo toneladas de nieve en el alud, surgió una piedra ligeramente inclinada junto a la cornisa del abismo, una saliente que estaba sin nieve porque el viento la había barrido, donde eventualmente podríamos intentar pasar la terrible noche, guarecidos en la bolsa de dormir. Permanecí absorto, señalándola, porque era lo último que nos permitía ver la luz mortecina del día que se apagaba. No me brotaban las palabras. Si nos movíamos, caeríamos al precipicio, quería decirles, pero si no nos movíamos, tal vez lo lograríamos.

No lo podíamos creer, como tampoco podíamos creer que inmediatamente que extendimos la bolsa de dormir sobre los cojines que usamos como raquetas de nieve para aislarnos de la roca

helada, se calmó el viento, y de la oscuridad opaca surgió la luna y visualizamos ante nosotros esa pendiente abrupta que escalamos y ese valle infinitamente blanco donde en algún punto estaba el avión, que desde hacía rato no se veía. Del otro lado, comenzaron a refulgir las estrellas cada vez más cercanas. El silencio era tan profundo que se podía tocar. Pero, lo más sorprendente, fue que la principal incógnita que quedaba, si la bolsa de dormir funcionaba en la alta montaña, definitivamente se develó: en su interior se formaba un ambiente que permitía respirar, era frío, helado, pero no nos congelaríamos de pies a cabeza. Los tres nos miramos incrédulos: el invento funcionaba.

Capítulo 17

Mayor (aviador) Ruben Terra

Comenzamos la búsqueda el 11 de diciembre de 1972, tratando, cuando el tiempo lo permitía, de volar entre tres y cinco horas por día. Entrábamos por Curicó próximo a Los Cerrillos (Santiago), luego Planchón, dos minutos antes virábamos al N 0050 con el rumbo que suponía que había efectuado el Fairchild 571 y a los ocho minutos estábamos descendiendo a nivel 150 entre el Tinguiririca, cerro del Brujo a la izquierda, el Palomo y el Sosneado a la derecha. Todos los días lo mismo, al medio, volando en círculos y haciendo ochos entre las mencionadas elevaciones.

Pero el diablo no andaba lejos, pues en el medio de la cordillera falló nuevamente el motor número 2, con contraexplosiones, chorros de combustible saliendo por las aletas del capó, feo aquello, feo, y el mecánico Luis Paredes me gritó mirando al motor desde el compartimiento de pasajeros: «¡Embandere, que se nos prende fuego!».

Yo quería preservar algo de potencia a ese motor, reduje, pero… no había otra salida que embanderar. Remando con viento de frente, me tiré a salir por el valle del río Claro que salía a Puente Negro, La Rufina y Chimbarongo, volando cincuenta y ocho minutos para arribar a Los Cerrillos, en Santiago de Chile, monomotor y perdiendo altura, pero logré aterrizar en la pista 03 con viento componente de cola, aunque… no me arriesgué a circular.

Sin perjuicio de que salimos bien y con suerte, analizando en tierra debimos aprovechar el viento reinante arriba de la cordillera y haber salido para el lado argentino por el valle del Sosneado y aterrizar en Mendoza con menor riesgo (no lo hicimos, error mío).

Este es el tipo de infortunio que caracterizó a toda esta misión. Otro inconveniente surgió cuando encontramos la cruz en el cerro Santa Elena, hecha por seres humanos por lo perfecta. La fotografiamos por todos los ángulos y lados y nos distrajo dos días.

Analizábamos en el Servicio Aéreo de Rescate (SAR) de Chile, en Santiago, las fotos que nosotros tomábamos de la cruz con cinco puntos en cada parte, colocados a la misma distancia y hechos a la perfección. Convencidos de que estábamos sobre el avión siniestrado, estudiando las fotos veíamos la nieve con forma de cola, timón de dirección y profundidad, divisábamos un ala con algo que parecía un motor y nos convencimos de que los habíamos encontrado.

Era como cuando uno mira las nubes del tipo *cumulus nimbus*, que representan caprichosas figuras de todo tipo.

Todos estábamos asombrados al ver aquello en el medio mismo de la cordillera, ya que nos dábamos cuenta de que los accidentados se encontraban con vida, por lo menos algunos.

El Dr. Canessa decía: «Si mi hijo se salvó de morir en el accidente, estoy seguro de que está vivo», y sugería arrojar con paracaídas cajas con alimentos de inmediato.

Por VHF solicité a la Fuerza Aérea de Chile un helicóptero al cual nosotros guiaríamos y nos contestaron que el único en OV (Orden de Vuelo) estaba a disposición del Sr. Presidente Salvador Allende.

Desde el SAR de Chile hablé con Mendoza, Argentina, ya que el jefe era mi amigo, y le pedí colaboración con aviones jet que podían descender al ras de la superficie hasta el lugar para ver mejor y con potencia suficiente para salir hacia arriba, cosa que nosotros, con un viejo C 47 a hélice, no podíamos.

Al otro día, a las 09.00, yo volaba en círculos sobre el lugar, marcándolo como lo habíamos coordinado a efectos de orientarlos y con la misma frecuencia previamente establecida, cuando aparecieron los aviones F 86 Sabre a reacción, de la Fuerza Aérea Argentina, que efectuaron cuatro pasajes muy bajos, al ras, sobre la cruz, y en enlace de VHF nos informaron de que eso no tenía nada de sobrevivientes, pues lo que había allí era una caseta meteorológica con varias antenas y, asomados por una ventana, una pareja, un hombre y una mujer, saludando en forma totalmente normal, sin ningún pedido de auxilio. O sea que se descartaba toda posibilidad del avión o de sobrevivientes.

Resultó ser que se habían instalado hacía tres días unos geofísicos argentinos con todos los equipos necesarios para estudiar la irrigación y el deshielo en esa época del año. Lo peor es que no estaban demasiado lejos de donde se encontraba realmente el avión, motivo por el cual nuestro esfuerzo sufrió una vez más otra frustración. En otras palabras, cuarenta y ocho horas perdidas a una idea, a la ilusión de que los habíamos encontrado, pero nada…, desconcierto, desmoralización general y… a comenzar de nuevo.

El avión lo íbamos a encontrar. Ya se había convertido en una obsesión.

Capítulo 18

Días 2 a 4: del 13 al 15 de diciembre

Cuando amaneció, después de descansar malamente en la cumbre de los Andes, aguardamos a que se descongelaran nuestros zapatos y botas sobre la roca al sol, y seguimos el ascenso.

Estábamos a cuatro mil quinientos metros, y la pendiente de la montaña volvió a ser tan empinada que seguimos haciendo escalones, pateando la pared de hielo, en un plano casi vertical. Cuando la superficie permitía caminar, dábamos pocos pasos y nos deteníamos para respirar, porque el oxígeno desaparecía metro a metro, a medida que ascendíamos. Más alto, la brisa glacial surgió más temprano que en la víspera y nos volvió a traspasar como si estuviéramos desnudos. Todo era inestable, imprevisible, de cortar el resuello.

De pronto, me detuve porque algo nuevo me llamó la atención en el paisaje: me pareció ver dos caminos en el horizonte, al Este. Pensé que era otra alucinación. Me quité los lentes de sol, me restregué los ojos, pero volví a distinguir dos líneas paralelas. *Es un espejismo*, me dije, y continué escalando. Pero me quedó la sombra de la duda, que me hizo olvidar completamente la fatiga, o la falta de aire. Cuando volví a mirar hacia el Este, una hora después, en dirección a Argentina, las dos líneas en la falda de la montaña, las que no habíamos podido ver antes porque las tapaban las otras cumbres, continuaban ahí, cada vez más nítidas, aunque parecían estar cada vez más lejanas, en el confín de la Tierra.

No dije nada, pero el corazón comenzó a latirme diferente. *Esas dos franjas negras parecen senderos. Pero no puede ser, ¿o puede?* Busqué un lugar desde donde pudiera pararme mejor, más estable, y observé detenidamente. Nando y Tintín ya me habían pasado, y trepaban un poco más arriba. Estas líneas me parecían más convincentes que las otras fantasmagorías. Al mismo tiempo, estaban a una distancia que resultaba inaccesible. A la postre, las dos líneas eran, en verdad, viejos caminos que conducían a las minas de azufre Sominar, del río Atuel, como lo descubrimos muchos años después. Un camino —el que circulaba por la ladera— era para camiones, mientras que el otro, más abajo, a la vera del río, se destinaba al ganado.

Alcancé a Nando y a Tintín y se los señalé. Ellos miraron, pero, lo que para mí era insólito y me había cambiado el panorama y el ánimo, ellos, que no tenían tanta vista ni los conseguían ver con definición, lo interpretaron como otro engaño de los tantos que nos había tendido la montaña.

Esa tarde no repetimos el error del día anterior y antes de que cayera el sol elegimos una roca relativamente plana, mayor aunque más inclinada y peligrosa que la de la víspera, para poder desplegar la bolsa de dormir y descansar sin caer al precipicio.

A la mañana siguiente, tercer día de escalada, decidí permanecer en ese lugar para observar el paisaje del Este con los reflejos de las diferentes luces del día, a efectos de confirmar si se trataba de una falla geológica o dos caminos, mientras Nando y Tintín dejaban la carga conmigo para tratar de llegar a la cima.

Necesitaba constatar, con cien por ciento de certidumbre, que lo que veía era cierto. Si era

verdad, posiblemente nos salvaríamos. Si regresábamos y era un error, nos moriríamos todos de seguro. La decisión volvió a ser truculenta. Como me había sucedido con las baterías del avión, tenía necesidad de confirmar, antes de descartarlo de plano, que este camino no era mejor que el otro.

Cuatro horas después, a las dos de la tarde, regresó Tintín. Estaba completamente extenuado. Me dijo que siguiera sus huellas en la nieve porque Nando había llegado a la cima, a la verdadera.

—¿Qué se ve? —le pregunté, ansioso.

—Yo no llegué porque está muy escarpado y hay muchas piedras sueltas. Pero Nando dice que vayas, que mires por ti mismo.

Me embargó el pesimismo. Nando no me hubiera enviado ese mensaje tan ambiguo si hubiera visto los verdes valles de Chile. Chimbarongo, La Rufina, Puente Negro…

Tardé tres horas en subir. Cuando me acercaba, y divisé a Nando a la distancia, advertí que estaba mirando lejos, en silencio. Unos pasos después descubrí el porqué: era, en verdad, la cumbre verdadera, la cima del mundo (a 5.180 metros, como lo supimos después), y lo que se divisaba al Oeste, hasta perderse en el horizonte, hasta donde llegaba la vista, era un infinito de montañas nevadas de alturas gigantescas, con el común denominador de que todas parecían infranqueables para las escasas fuerzas que nos quedaban. Giré en 360 grados y era el mismo paisaje. Experimenté como un peso desmesurado sobre los hombros, me flaquearon las piernas y me senté en una roca, desfalleciendo: *Estamos muertos. Chimbarongo, La Rufina, Puente Negro no existen. Son ilusiones de los mapas, mentiras de la gente del llano.*

Si Nando estaba tan desolado como yo, lo disimulaba. O ya había cambiado de plano de conciencia, porque ahora tenía otra perspectiva. Del mismo modo que había hecho yo, más abajo, cuando había pasado horas observando la montaña hacia el Este, él había hecho lo mismo hacia el Oeste, para descubrir dónde arrojar el gancho con la soga de la esperanza. Había descubierto, al final de las montañas, dos picos gemelos más pequeños que, aparentemente, no tenían nieve en las cumbres.

Me señaló nuevamente, moviendo su mano y su brazo, lo que él decía que era un posible itinerario para llegar a ese destino, valles insinuados entre las montañas que formaban una suerte de «Y», uno de cuyos trazos se dirigía al Suroeste y el otro al Sureste. Miré a donde señalaba. Era demencial: movía la mano indicando un camino alrededor del cosmos, pero era cierto: había como una «Y» que serpenteaba por las montañas, y al final se divisaban los dos picos gemelos con cimas redondeadas que parecían estar sin nieve. Pero la distancia era enorme. Se lo iba a decir, pero advertí que no valía la pena. Los dos hablábamos de lo mismo, sabíamos que estábamos trazando un itinerario imaginario en el más allá: al fondo estaban Saturno, Urano, Neptuno, pero entre los dos primeros, había una huella, un sendero de fuegos fatuos: estrellas apagadas.

Lo que sí advertí claramente, en forma definitiva, era que si comenzábamos el descenso abrupto, hacia el Oeste, en pos de ese ensueño, jamás podríamos regresar, nunca podríamos subirlo de nuevo. La decisión que me proponía Nando era quemar las naves y que lo acompañara.

Como no respondí, me preguntó:

—Esos caminos del otro lado, ¿son cien por ciento?

Me encogí de hombros.

—Creo que sí.

—Necesito que me acompañes —me pidió.

Abajo, durante todo ese día, además de observar esos dos caminos que me parecía ver hacia el otro lado, había sentido los motores del avión C 47 que, como habíamos escuchado en la radio Spica en el fuselaje, había reiniciado la búsqueda. Se lo dije, me escuchó, pero, como si eso ni siquiera fuera una alternativa, volvió a suplicarme que lo acompañara.

Me parecía una locura elegir el rumbo de lo inorgánico. Podíamos conservar la vida, regresar al

otro lado, probar esos caminos, aunque no pudiera aportar un porcentaje de éxito, ni calcular la distancia inalcanzable. Podríamos escuchar el avión, hacerle señas con los brazos, guiarlo con la imaginación… Se lo iba a decir.

En ese instante advertí que cualquier otra alternativa que yo planteara debería hacerla solo. Los convencí de permanecer en la cola y arreglar la radio, y fracasamos. Los convencí de esperar el deshielo. Y cualquier trayectoria como esta no podía hacerla solo.

Nando me intimó a que le respondiera.

—¿Me acompañás?

Me insistía porque yo tenía buena vista, manejaba los mapas, según decía tenía buenas ideas, y en momentos críticos mantenía la calma. Intentó convencerme: él llevaba la comida y yo la bolsa de dormir. Pero fundamentalmente me insistía porque él también sabía que estas cosas no pueden hacerse a solas. Entonces recordé que mi padre siempre me decía que no se pueden tomar decisiones después de determinada hora de la tarde, porque el cansancio acumulado de todo el día suele inducir a error. Hace ver que todo es imposible, incluso lo que no es imposible del todo.

—Mañana te contesto —le respondí.

No lo dije, pero lo pensé: *¿Y si en esa larga caminata nos azota el* viento blanco*, la ventisca letal de los Andes?* Mejor borrarlo de la mente y hacer de cuenta que no existe. Pensé que todos los imponderables negativos, debía imaginar que no existían, que eran posibilidades tan remotas que ni valía la pena tenerlas en consideración.

El pragmático Nando ya había pergeñado otro agregado a la estrategia de seguir hacia el Oeste, entre Saturno y Urano: pedirle a Tintín que regresara al fuselaje para dejarnos más comida y más espacio en la bolsa de dormir y avisar a los del C 47, si los encontraba antes que a nosotros, que habíamos emprendido un viaje sin retorno al Oeste.

No era una mala idea.

Comenzamos la caminata de regreso hasta la roca donde habíamos dormido, donde estaba Tintín descansando. Llegamos a última hora de la tarde, exhaustos.

El día siguiente, cuarto en la montaña, amaneció con un sol esplendoroso. El frío de treinta grados bajo cero de la noche había resquebrajado la botella que llevábamos para el agua. Mirando el blanco de las nieves eternas y el azul intenso del cielo, experimenté que las montañas estaban a mis pies; que tenía un precario y momentáneo dominio sobre ellas. Sabiendo que Nando estaba aguardando mi respuesta, recapitulé. Sentí que si bien volver a los restos de la cabina del avión partido era regresar a la frágil seguridad donde habíamos sobrevivido dos meses, sería un golpe difícil de resistir para los otros trece sobrevivientes. La otra alternativa, la de seguir adelante hacia lo desconocido, era mucho más riesgosa, pero el premio era el mayor imaginable.

Sin embargo, la idea que cobró más fuerza y prevaleció fue la de no dejarlo solo. Más que nunca, sentí que estábamos unidos hasta la muerte.

Cuando se lo conté, Nando me abrazó. Tintín, por su parte, asintió y consideró que era prudente regresar al avión, porque en verdad creía que se había quemado por el esfuerzo. También le parecía razonable que, como la caminata sería mucho más larga de lo previsto, nos dejara su alimento. Así funcionaba el equipo.

En ese momento cambié de radiofaro. Antes, en los sesenta y tres días previos, el que me iluminaba y guarecía, languideciendo, era el fuselaje; ahora la única alternativa era el horizonte remoto, donde parecían verse dos cumbres sin nieve más allá del infinito. Y el nuevo radiofaro brillaba con intensidad o se apagaba, pero no titilaba. Se terminó el tiempo de las medias tintas. Todo o nada.

Nos habíamos muerto tantas veces que ¿qué importaba morirte una vez más? Y siempre era mejor morirte en la nieve que en el cementerio del fuselaje.

Le pedí a Tintín el gorro de lana que usaba, nos abrazamos, y le dijimos que si el C 47 los veía a ellos antes que a nosotros, y orientaba el rescate al fuselaje, que nos buscara en línea recta hacia el Oeste.

Antes de despedirse y bajar deslizándose en cojines por la montaña, en una forma tan temeraria y corajuda como lo fue la escalada, con su descomunal fortaleza, Tintín me formuló una última pregunta. Quería saber si los pulmones de los cuerpos de nuestros amigos muertos se podían comer, porque se terminaban los cadáveres.

—Toda célula, toda proteína es alimento para el cuerpo —respondí.

Cuando Tintín comenzó a deslizarse montaña abajo, a toda velocidad, advertí que en realidad todavía podíamos regresar al fuselaje, como lo estaba haciendo él. Todavía podíamos arrepentirnos. A partir de ahora, recién ahora, la travesía era irreversible y definitiva. Hubo un cambio de paradigmas: el riesgo del primer tramo era caer en una grieta, o en un precipicio, o congelarnos o que nos aplastara una roca. Pero el riesgo al empezar a bajar del otro lado, era no poder regresar.

Retomamos la conversación de la tarde anterior. El balance tenía casi todo en contra, y un punto a favor. Si al fuselaje hacía tres días que no lo veíamos, tampoco lo vería el C 47. El fuselaje era una imagen quieta, que se mimetizaba con la nieve. Pero nosotros, en cambio, seríamos dos puntos en movimiento, en la cumbre de la Tierra. ¿No lograría vernos ese avión especialmente equipado para vuelos portentosos? Y yo ni siquiera sabía que el C 47 volaba casi a la misma altura a la que nosotros caminábamos.

Permanecimos acampando en la roca plana todo el resto de ese día, viernes 15 de diciembre de 1972, descansando, preparándonos para la travesía final. A última hora de la tarde comimos carne y grasa, bebimos un sorbo de ron —la botella que encontramos en la cola, comprada en Mendoza, que la reservamos para la caminata final—, comimos como todas esas tardes un centímetro cúbico de pasta de dientes, y nos metimos en la bolsa. Observando cómo las sombras cubrían el valle del Este, mi ánimo sintió la descompresión por la decisión tomada; se terminaron las vacilaciones. Había una sola dirección. Dos meteoritos en la noche de los Andes.

—¿Te imaginás lo lindo que sería esto si no estuviéramos muertos? —me dijo Nando.

Luego permanecimos en silencio. Abrazarnos para dormir era una manera de controlar el frío, pero también era una forma de contener, juntos, el terror de lo incierto. Los dos sabíamos que probablemente moriríamos, pero que la muerte no la sacaría gratis porque le daríamos batalla. Y con esa sensación, y la paz del entorno, arrullados por el estruendo imaginario de las poderosas e indestructibles hélices del C 47 que venía por nosotros, conciliamos, por un rato, el sueño esquivo de la cordillera.

Capítulo 19

Día 5: 16 de diciembre

Antes del amanecer, intenté abrir los ojos, pero no lo logré.

¿Dónde estoy?

Me froté la escarcha de los ojos que me impedía abrir los párpados. Poco a poco tomé conciencia de dónde estaba, lo que había vivido y, fundamentalmente, lo que me faltaba por vivir. Abrí los ojos definitivamente. Permanecí en suspenso, anonadado.

No bien se descongelaron los zapatos de rugby, nos pusimos de pie y nos preparamos para bajar. Avanzamos despacio hasta el borde rocoso de la cumbre donde llegamos el día anterior, en la cima del mundo. Observé de nuevo el horizonte infinito de elevaciones nevadas, y las dos montañas gemelas sin nieve que Nando me había señalado el día anterior.

Tras una pausa de creciente estupor, nos dispusimos a iniciar el descenso. Buscamos el punto más adecuado…, pero no existían puntos adecuados. La cornisa se había estrechado tanto, y el abismo era tan insondable, que no había miedo: había vértigo. Todo era infranqueable, feroz. Un precipicio al que solo se podía descender saltando al vacío.

Descendimos lentamente, aferrados con todas nuestras fuerzas a las salientes de las piedras y apoyando los pies en los rebordes de las rocas que sobresalían de la nieve. En ocasiones avanzamos sentados o de espaldas a la montaña, y en otras, de frente, cuidando que las mochilas hechas con vaqueros, con las perneras atadas, no nos desbalancearan el peso. Nos mirábamos uno al otro, siempre en vilo.

La montaña todavía dormía. ¿Cuándo comenzará a rugir? No queríamos hablar fuerte. Tampoco nos lo permitía la agitación del esfuerzo.

Al poco rato estaba extenuado. De la cintura para abajo empecé a perder la sensibilidad, no sentía más las piernas. La mente se entretenía con cualquier cosa y mandaba a las piernas a caminar.

La zona ahora era menos abrupta y nos permitía imaginar un sendero.

De repente, regresé a mi casa: salí al jardín, observé los árboles de diciembre, en flor, paseé por la vereda, mi vista atravesó las paredes de las casas e identifiqué a cada una de mis referencias. Allá estaba mi madre, estaban mis hermanos. Recordé algunos de los tantos juegos que diseñábamos con mi hermano Conqui, como aquella maroma que colgamos de la copa de un árbol para descender en diagonal, a velocidad arrebatada, dentro de un precario recipiente atado a una roldana. Todos decían que el invento era una locura. ¡Pero la locura es esta! Me detuve a conversar con ellos para decírselo, para que me hicieran compañía. Pero cuando les hablaba se desvanecían.

La montaña despertó de repente, cuando el sol la calentó y comenzó a desmoronarse a nuestro paso, porque este lugar era diferente del otro. No es que no estuviera hecho para montañistas, sino que no era para nada ajeno a la propia montaña. El único movimiento admisible era el de la avalancha.

¿Te acordás, Conqui, la balsa que construimos de niños, con dos toneles y tablas atadas sobre

ellos, para atravesar el lago, la que no solo no se hundió sino que tampoco nos ahogamos? ¡La locura es esta, no aquella!

Llegamos a un despeñadero de nieve suelta. Nos detuvimos observando el nuevo escenario, estupefactos.

No había senderos que pudiéramos improvisar entre las afloraciones rocosas. Solo había nieve suelta que cada tanto se desplomaba al abismo, y en su camino arrastraba rocas gigantescas que rodaban montaña abajo. ¿*Qué hacer*? Lo único era acompañar la ley de la gravedad y elegir una zona donde la nieve se despeñara hasta una plataforma más abajo, pero que no siguiera de largo. Esa podía ser una estrategia: precipitarnos al vacío pero poco a poco.

—¿Por dónde te parece? —me preguntó Nando.

—Por acá.

Nos sentamos sobre los cojines en la nieve y nos hamacamos, impulsándonos hacia el abismo, para forzar el alud. No se desmoronaba. Nos hamacamos con más ímpetu hasta que al fin la parte de la montaña donde estábamos sentados comenzó a moverse y se despeñó, con nosotros en la parte superior. Era demencial el vértigo de la caída libre, cabalgando un alud estrepitoso, como plumas en un huracán. Bajamos tanto y tan deprisa, y en una pendiente tan inclinada, que jamás podríamos volver a subirla. En un instante bajamos doscientos metros, pero no nos voleamos cabeza abajo sino que logramos despeñarnos manteniendo la posición de sentados, y no cayó ninguna roca con nosotros, que podía habernos matado. Al llegar a la plataforma nos volcamos a un costado para que pasara el resto del alud que miramos y escuchamos perderse estrepitosamente en la ladera. Volvimos a cabalgar, abriendo los brazos, surfeando la montaña. En otro abrir y cerrar de ojos, descendimos doscientos metros más hasta una nueva plataforma. Cuando llegamos, cubiertos de nieve, nos miramos azorados: ¿estamos enteros?, ¿no nos clavamos los tubos de aluminio?, ¿perdimos una pierna o perdimos, definitivamente, la razón? En verdad la razón ya la habíamos perdido el 13 de octubre, el día del accidente. Solo nos quedaba perder el resto de nuestro ser.

En la tercera cabalgata, Nando se adelantó y se lanzó antes que yo, pero ahora no era nieve sino hielo, lo que hizo que se deslizara a una velocidad impetuosa sin ningún control, y, para peor, al final no había otra plataforma, sino un banco de nieve dura, o rocas cubiertas de nieve, contra el que se estrelló con un impacto sordo, desapareciendo tras el golpe. Yo permanecí en la parte superior, paralizado por el espanto.

El tiempo que transcurrió entre los dos gritos, desde que yo le pregunté «¿Cómo estás?» hasta su respuesta, resultó tan prolongado como una vida entera. Surcaron por mi mente imágenes sombrías en torno al nuevo derrotero: posiblemente esté muerto y he quedado solo. Sentí la misma desesperación que quizás experimentó Roy Harley en el alud, cuando creyó que era el único ser que permanecía vivo en la faz de la Tierra, él y los malheridos que colgaban en las hamacas, en la parte superior del avión. O pensé que quizás Nando se había fracturado un tobillo, o una pierna, ¿y ahora qué haríamos? Hasta ese momento nunca nos preguntamos qué sucedería si alguno de los dos se lastimaba. Ahora sabía la respuesta: si uno se lastimaba, el otro lo acompañaría, usando su hombro como muleta, hasta buscar un refugio, entre dos rocas, mientras Nando, o yo, el que resultara ileso, probablemente moriría buscando ayuda, porque el herido quedaría con la bolsa de dormir.

Pero su voz interrumpió mi pensamiento consternado, mientras se asomó desde adentro del banco contra el que embistió, cubierto de nieve:

—¡Estoy bien! ¡Mirá! —Y movía las dos piernas, los brazos, el cuello.

Permanecí observándolo, conteniendo la respiración. Aprendí la lección. No me lancé como él, sino que logré bajar frenándome con el bastón entre las piernas, clavándolo en la nieve, regulando el ángulo.

La montaña cambiaba de escenario de continuo. Luego llegamos a una zona con gargantas

abruptas, con acarreos de rocas sueltas e inestables, prendidas como con alfileres entre la nieve, a punto de caer. De este lado asomaban más piedras porque la montaña recibía más sol que del otro, que derretía parte de la nieve. La pendiente que había sido de aproximadamente cuarenta grados, pasó a ser más pronunciada, sesenta.

Al igual que con la nieve, pensamos: *¿Si subimos sobre las rocas menores y provocamos el acarreo, no nos llevarán con ellas, como jinetes apocalípticos cabalgando en un derrumbadero?* Nos sentamos sobre las rocas redondeadas, nos hamacamos hacia delante, más y más fuerte hasta que desatamos la gravedad y nos dejamos ir cuesta abajo, abriendo los brazos para no perder el equilibrio y caer de cabeza. Rodamos y rodamos hasta llegar a una plataforma, mucho más abajo, para iniciar después otra cabalgata.

Cuando llegamos al último acarreo, donde no había más piedras sueltas, teníamos los huesos y los músculos adoloridos. Nuestros pantalones vaqueros exteriores se gastaron y agujerearon como si fueran de papel, pero quedaban dos más, para evitar que nos congeláramos.

A eso de las cuatro de la tarde estábamos exhaustos. Sentía que el corazón me salía por la boca. Me dolía todo el cuerpo, molido por las piedras. Cuando la montaña comenzó a poblarse de nubes, buscamos un lugar donde colocar la bolsa de dormir. Nada. Seguimos: nada.

Al fin, cuando se acercaba la peligrosa hora del crepúsculo, encontramos una roca que si bien era demasiado inclinada, con un ángulo de veinte grados, sabíamos que no encontraríamos un lugar más adecuado, porque era lo mejor que habíamos visto en toda la tarde. ¿Cómo hacer? Probamos sentándonos, con las piernas colgando sobre el abismo. Observé al vacío y experimenté la gravedad que quería llevarme con ella.

Miré al horizonte, a las montañas que nos rodeaban, y advertí que éramos los únicos dos cuerpos que estaban fuera del decorado, completamente salidos de contexto. Éramos intrusos en un lugar que no era para la vida. A no ser que nuestro destino fuera, más tarde o más temprano, convertirnos inexorablemente en inorgánicos.

Intentamos colocar la bolsa de dormir sobre los cojines, pero se deslizaba y caía, aunque estaba atada a mi muñeca con la soga. Probamos de nuevo. Cambiamos de lado. No se podía, porque nos precipitaríamos al abismo. Salvo que claváramos los dos bastones frente a los pies, para impedir que nos despeñáramos hacia delante… Habíamos inventado tantas cosas imposibles, que al final terminaron salvándonos la vida, que una más no importaba. Clavamos los bastones lo más hondo que pudimos, golpeándolos con un zapato de rugby a modo de martillo.

—Ya está —le dije a Nando.

Nos introdujimos suavemente en la bolsa. Estábamos suspendidos en el aire, colgados en la cornisa, a un suspiro de despeñarnos. Nos atamos entre nosotros. Apoyamos los dos pies en cada uno de los bastones para sostenernos, en lo que resultó ser otro tipo de invento en la montaña: dormir de pie sobre el abismo.

Estábamos congelados y extenuados, pero había que mantener un ojo abierto. Los pies, uno arriba del otro, que se apoyaban en los bastones, no podían moverse… *¿Y si me duermo, porque estoy exhausto, y muevo el pie, sacándolo de su apoyo contra el bastón de aluminio?*

Ya lo descubriré en el vértigo de la caída.

Capítulo 20

Mayor (aviador) Ruben Terra

Volvimos de nuevo a nuestro punto, el Tinguiririca, el Palomo, el Sosneado…

Nos encontrábamos a esta altura de los acontecimientos con una tensión nerviosa extrema, al punto que el más leve movimiento de las agujas del Oil Pres, Oil Temp, o presión de nafta nos hacía temblar a todos, por supuesto menos al suscrito, que debía mantener la calma. Transmitir seguridad, solvencia, y como era el más viejo, tranquilizar a los demás, sin perjuicio de que la procesión iba por dentro y había que sacar coraje hasta de los talones. Porque, además, cabe señalar que los motores del C 47, cuando fallan, en ocasiones lo hacen lentamente, avisando con tiempo a través de los instrumentos de motor, cosa que a uno le dé tiempo a veces a poder corregir, cambiando la potencia por ejemplo, pero si no, se planta bruscamente sin previo aviso y caen agujas de presión, nafta, compresor y suben las del motor.

Pasaron los días, y el 21 de diciembre, cuando llevábamos treinta horas de búsqueda en la montaña, el último día nos encontrábamos sobrevolando el Tinguiririca, el Sosneado, el Palomo, el Brujo, y por artes de este último otra vez nos visitó el diablo, con explosiones y chorros de combustible saliendo por el motor número 2, metidos en el inmenso cañón, *¡Ah! ¡No puede ser!* También saltó el mecánico Paredes y nuevamente me gritó desde la cabina de pasajeros: «¡Embandere, que nos prendemos fuego!». Se descontroló el radiotelegrafista y no consiguió obtener el tiempo de Mendoza, nos dirigimos a Mendoza y por VHF obtuve el informe meteorológico 3 c b a 800 metros, *¡Imposible operar así!* Nos dirigimos entonces por Malargüe ya que el viento me iba a empujar mejor para el lado argentino, pero allí me reportaron solo seiscientos metros operativos de pista, el resto estaba en reparación. ¡Era imposible intentar esto, metido allá en un pozo, y estábamos monomotor! Por lo tanto, me decidí, no tenía otra opción, por el pequeño aeropuerto de San Rafael, al sur de Mendoza, con un tiempo de vuelo para monomotor de una hora treinta minutos aproximado.

La muerte es algo que se intuye, se olfatea, porque a veces está ahí, adelante, a pocos metros, y deja una sensación de angustia, desesperación, impotencia, pero te obliga a mantener la sangre fría, la lucidez total, y en el caso del comandante, además, debe transmitir esa confianza y esa serenidad.

Allá fuimos, saliendo por el valle del Sosneado, perdiendo altura y cuidando el motor número 1 al máximo, y nos fuimos entrando en la precordillera argentina. Yo buscaba permanentemente un lugar para aterrizar para el caso que me fallara el motor que me quedaba: nada, nada, montañas, picos, rocas gigantescas…, no había duda de que el diablo ya estaba muy cerca, si es que no se me había subido al avión.

Íbamos una hora y cuarenta y cinco minutos de vuelo cuando quedaba solo una montaña, el último obstáculo, que lo pasamos a 10.000 pies, y según los manuales, por el peso del avión, bien podía plantarse el otro motor…, pero no nos matamos.

—¡Ya no nos matamos! —dije a los demás expedicionarios.

Aterrizamos en San Rafael, en la pista 29, con un estado de ánimo mezcla de bronca, nervios,

rebeldía, por todo lo ocurrido. Imposible concebir que hubieran pasado tantas cosas y que hubiéramos salido de todas, con el gusto amargo que nos había dejado.

Capítulo 21

Día 6: 17 de diciembre

Al amanecer del día seis, empezamos a descongelarnos. No había dormido, o lo hice con un ojo abierto.

La nieve estaba dura, no había viento. Llegamos hasta unas gargantas más bajas y seguimos caminando por nieve firme. Nando iba adelante y yo aprovechaba sus huellas para ahorrar energía. Cada tanto se detenía para esperarme. Mientras lo alcanzaba, él descansaba, pero cuando llegaba hasta él ya no había tiempo para que yo descansara. Había que aprovechar la nieve de la mañana.

—¿Te parece por arriba o por abajo? —me preguntó.

—Por arriba.

—¿Llegaremos a esa piedra?

—Vamos por arriba.

Advertí que Nando se detuvo, se sentó sobre una roca y se tomó el pie derecho con las dos manos. *¿Ocurrió lo que tantas veces sospeché en estos últimos dos días? ¿Se torció el tobillo?, ¿se partió un hueso?*, me pregunté. *Da lo mismo; si se lastimó, todo terminó…* Una herida, la más pequeña imaginable que simplemente le dificultara el caminar, o una roca gigantesca que nos sepultara, era exactamente igual. Todo o nada… Pero cuando lo alcancé, vi que lo que había sucedido fue que se le despegó la suela del zapato. La ató con uno de los cordones de reserva que teníamos y seguimos.

Observé las nubes en el cielo. *¿Y si nos azota el* viento blanco *que habíamos conocido en el fuselaje? También es el fin*. Son tantos fines posibles que lo mejor era concentrarme en la posibilidad remota de que no ocurrirían. *Morder y seguir*.

Nando continuaba adelante. Ese era el método tácitamente acordado. Desde atrás y avanzando más lento que él, yo tenía otra perspectiva, podía analizar mejor los costados. Como tenía mejor vista, porque él sufría de miopía, adivinaba rutas posibles. Él canalizaba todo su imponente poderío para abrirse paso. No lo gastaba en titubear. Esa tarea me la dejaba a mí.

La estrategia funcionaba. Porque al mismo tiempo él no podía hacerle caso a esa imperiosa necesidad que tenía de llegar, porque no había destino a la vista y si se dejaba llevar por la impetuosidad que lo acometía, caería al abismo, se quebraría una pierna, tropezaría y se mataría. Necesitaba mi cautela, y yo precisaba su fuerza de buque rompehielos, atropellando contra el absoluto.

De pronto, poco después de las diez de la mañana, escuché el rugido de un motor, más y más fuerte, que parecía desplomarse abruptamente sobre nuestras cabezas. Miré al cielo, consternado, pero no veía nada.

—¡Es el C 47! —le grité a Nando, que no me escuchó, porque estaba mucho más adelante—. ¡Es el C 47 que viene por nosotros, Nando! ¡Está aquí cerca aunque no podamos verlo!

* * *

Muchos años después, escuché todo tipo de especulaciones para explicar por qué logramos atravesar la cordillera caminando sin equipos, completamente debilitados, congelados y muertos de hambre. Dijeron que estábamos entrenados por el rugby, que éramos un equipo previo, que la ignorancia de la cordillera nos tornó temerarios… ¿De qué entrenamiento me hablaban si yo había perdido treinta kilos?

El sexto día aprendí que cuando se está en el límite de la vida y la muerte, uno no se deprime y languidece: vive o muere, claudica o embiste. Y si no se resigna y muere, es porque algo se activa, en la psiquis y en el cuerpo, que le despierta fuerzas ignotas y sin límites conocidos. Así sobreviví al sexto día. Algo se activó, algo que estaba más allá de mi voluntad, porque yo sentía que no podía más y, sin embargo, mis piernas avanzaban.

No podía desesperar, pero era desesperante constatar que el entorno no variaba. Estábamos en los albores de la vida, en su forma primigenia. Los dos ambientes, el del fuselaje y este del otro lado de los Andes, eran simétricos. *Tenemos que cambiar de zona*, murmuré para mí mismo. Casi cambiamos de zona cuando encontramos la cola del avión y seguimos hacia el Este, porque advertimos diferencias: manaba humedad debajo de una roca, lo que insinuaba un ambiente distinto. Pero en aquel entonces, tras dudar, extenuados, después de una noche al sereno donde casi nos congelamos, porque todavía no teníamos la temperatura necesaria de la bolsa de dormir, decidimos regresar a la cola del avión para reparar la radio, y retornamos a la misma zona.

Hacía tres días, tal vez hubiéramos cambiado de zona si seguíamos mi instinto y regresábamos hacia las dos líneas que parecían caminos (y lo eran) en el Este, más allá del horizonte.

Al mismo tiempo, yo, que hasta el día anterior sentía que éramos intrusos en esta parte de la montaña, paulatinamente dejaba de serlo. En el fuselaje éramos veintinueve tras el accidente, después veintisiete, luego diecinueve, al final dieciséis, luchando contra la naturaleza, que nos quería aplastar. Pero como estábamos juntos y el grupo era nuestra referencia, la montaña era nuestra antagonista.

Sin embargo, a medida que nos alejamos del avión, los lazos con los amigos se iban apagando. Y en lugar de sentirnos intrusos, parecía que cada vez nos asimilábamos más a lo inorgánico de esta zona oeste de la montaña, que estaba así, en ese estado, desde tiempos remotos. Aquí es donde realmente yo pertenecía. La calidez de los amigos que quedaron en el fuselaje se enfriaba. Los gestos humanos, que tanto me estimulaban, pertenecían a otra era. El nuevo paisaje era tan imponente y omnipresente que el otro se velaba, desaparecía. No lo veía y, por momentos, ni lo recordaba.

Por la falta de oxígeno y el cansancio se me bajaba la presión, y el corazón me latía demasiado rápido. Me detenía para descansar y recuperarme, diez o veinte segundos, y luego seguía. Otros treinta y tres pasos. Respiraba como una locomotora.

Regresamos veinte mil años en el tiempo. Estábamos en la era glacial. Pronto volveríamos a ser minerales y rocas…

Recién en ese momento lo comprendí. Nando quería irse impetuosamente del fuselaje porque ahí no podía permanecer. A él lo ahogaba la sociedad de la nieve. En la balanza de su vida había demasiada muerte. Él estuvo tres días en coma, estuvo muerto, a la intemperie, con la cabeza fracturada, y sobrevivió. Su hermana murió en sus brazos el 21 de octubre. O sea, en la caminata, sus motivos estaban más allá de la vida. Sus respuestas no estaban en la Tierra. Su madre, su hermana y la mitad de su ser ya no pertenecían a este mundo. Éramos dos sombras congeladas, estábamos fuera de la realidad, pero él era más y mejor espectro que yo.

El día se marchitaba, avanzaba con la nieve por las rodillas, y las ropas mojadas se empezaban a congelar, tornándose tiesas. Encontramos un conjunto rocoso que permitía colocar a duras penas la

bolsa de dormir sin tener que descansar colgados como en la víspera. Nos detuvimos.

Lo único que, por momentos, me sacó a flote, fue recordar que en la mañana volví a escuchar el rumor del C 47 desmoronándose sobre nuestras cabezas. Nando no escuchó los motores o simplemente creía que eran alucinaciones. El mundo exterior no existía. No eran motores, eran aludes, y había que rezar para que no vinieran en nuestra dirección. Ese atardecer me aferré a los motores que había creído escuchar en la mañana como el gancho que hace firme un poco más adelante, el malacate que siempre me sostuvo y todavía me sostiene.

Cuarenta años después, el otro comandante del Douglas C 47, el entonces capitán Eduardo Lepere, compañero del mayor Ruben Terra, me contó lo que había sucedido: cuando ellos, con mi padre a bordo, cayeron al abismo, tendieron la mano para que nosotros volviéramos del fondo. Y si bien las manos no se tocaron, en algún punto se encontraron.

Capítulo 22

Coronel (aviador) Eduardo Lepere, copiloto

Antes de partir para la búsqueda, habíamos combinado con el entonces mayor Ruben Terra que, como los dos éramos comandantes del avión, y teníamos la misma calificación —aunque él era el jefe, con mayor rango, con el grado de mayor y yo capitán—, volaríamos un día cada uno sentados en el asiento del comandante. Conocía el C 47: en la época tenía un total de 3.285 horas de vuelo, de las cuales aproximadamente mil eran en el C 47, en el que volaba desde el año 68. Fui comandante desde el 70 e instructor desde el 71.

Terra quería participar en la misión porque era el jefe de Grupo y yo quería ir porque era el jefe de Operaciones. Pero además, los dos teníamos razones más personales: del mismo modo en que Terra era muy amigo de Dante Lagurara, el copiloto del Fairchild accidentado, el navegante del Fairchild, Ramón Martínez, mi compañero de promoción, era mi amigo muy querido.

Si bien el C 47 era el mejor avión que teníamos en la Fuerza Aérea Uruguaya para esa misión de búsqueda, al mismo tiempo no era un avión adecuado, porque volábamos al límite de la performance de los motores, es decir, a la altura de búsqueda no nos quedaba resto de potencia. Con la altura de los Andes disminuye la capacidad de trepada, o la performance, que decrece por la densidad del aire. A nivel del mar, el C 47 trepaba setecientos pies por minuto pero a la altura de la búsqueda —14.000 pies—, trepaba cien pies por minuto, lo que era muy riesgoso cuando volábamos entre montañas más altas y caíamos en un pozo de aire. Pero al mismo tiempo, la precariedad de la máquina tenía la ventaja de la baja velocidad, que nos permitía mirar, ya que pudimos hacer toda la búsqueda volando a doscientos kilómetros por hora.

No bien llegamos a Santiago, el 11 de diciembre, tuvimos una reunión con los jefes del Servicio de Búsqueda y Rescate (SAR) de la Fuerza Aérea Chilena, los comandantes Carlos García Monasterio y Jorge Massa. Los dos, que tenían mucha experiencia, nos dijeron tres cosas: primero, que ese año el deshielo comenzó muy tarde, lo que perjudicaría la búsqueda. Segundo, que si volábamos temprano, a partir de las siete, tendríamos mucha dificultad para mirar porque el sol se reflejaba en la nieve y nos encandilaría, impidiendo que viéramos con claridad desde el parabrisas de la cabina del C 47. Y tercero, que no buscáramos después de las diez de la mañana, cuando el riesgo era mucho mayor, porque el calentamiento producía fuertes turbulencias en esa zona de la cordillera.

Para el primer día de vuelo nos asignaron un piloto de la Fuerza Aérea Chilena, un joven teniente, para que nos hiciera entrar por el valle de San Fernando, a efectos de que no tuviéramos que ir hasta Curicó, más al sur. Pero a poco de salir tuvimos una discrepancia sobre nuestra ubicación: el teniente sostenía que estábamos sobre el valle de San Fernando y nosotros le decíamos que creíamos que se equivocaba, que no estábamos ahí. Nos respondió que él volaba todos los días en ese lugar, y lo defendía con tanta convicción que al fin nos callamos la boca y seguimos en el rumbo que él indicaba. Pero pocos minutos después, el motor 2 comenzó a fallar, con las contraexplosiones, lo que nos obligó a reducir potencia en ese motor y dar la vuelta. Fue en el regreso que nos dimos cuenta de

que, como nosotros creíamos, no estábamos volando sobre el valle de San Fernando, sino que el teniente se había equivocado, cosa que con honestidad reconoció, y si hubiéramos seguido y nos hubiera fallado el motor unos minutos después de cuando nos falló, y hubiéramos reducido la potencia como tuvimos que hacer, afectando la capacidad de subida, nos hubiéramos estrellado de frente contra el volcán Tinguiririca. Así, con este tropiezo, comenzó la misión de búsqueda del Fairchild en la cordillera.

Efectivamente, como nos habían dicho los comandantes del SAR, estábamos muy limitados en los tiempos y el reflejo del sol en la nieve no nos dejaba mirar. Hubo días que también pudimos volar de tarde: empezábamos a las siete de la mañana, regresábamos a las diez a Santiago, y a las cuatro estábamos de nuevo en la cordillera, hasta que se iba la luz, a las siete de la tarde.

Canessa dijo que no creía que el hijo estuviera vivo, salvo el día que encontramos la cruz, cuando volvió a dudar. Pero generalmente nos decía:

—Lo busco por mi familia, pero no creo que esté vivo.

Capítulo 23

Día 7: 18 de diciembre

En el séptimo día, nos fuimos replegando dentro de nosotros mismos.

Luego de caminar las primeras horas, sentí que había perdido sensibilidad en las piernas. Me recosté sobre una roca, me quité un zapato de rugby, los cuatro pares de medias y observé la punta de mis pies.

La debilidad nos iba despojando del cuerpo, nos hacía envejecer a una velocidad atropellada: una década en un día, un año en un segundo. Se iban apagando los órganos, uno a uno, y el cuerpo se retraía a lo básico y más noble: la mente y el corazón (el corazón, siempre el corazón). *¿Me estará sucediendo eso?* Ya lo había visto en el fuselaje. En los que murieron y en los agonizantes.

Me acosó, recurrente, ese pensamiento tenebroso: *Mi organismo, en estado crítico, está claudicando*. La piel estaba blanca, algo verdosa, los riñones estaban por dejar de funcionar por poco líquido y había visto cómo se me estaban quemando los dedos de los pies, que se tornaban negros, con necrosis por hipotermia que impedía la circulación.

Como en esas noches dormía apoyado sobre el lado izquierdo, para proteger a Nando con mi cuerpo, porque él llevaba una campera que resultó demasiado corta, se me congeló el muslo derecho, que había perdido completamente la sensibilidad. Lo presionaba y no lo sentía.

Seguimos avanzando, pero estaba en un estado diferente. Vislumbraba que me estaba acercando al final.

Así como yo sentía que Lauri tenía que buscarse otro novio, no había solución para mi madre. En el fuselaje, hacía esfuerzos telepáticos para enviarle mensajes de que todavía estaba vivo.

Por eso, cuando me replegaba, también le enviaba mensajes mentales a mi novia, para que continuara con su vida, que se liberara de la tristeza de quererme y de quedarse anclada en esa imposibilidad que le truncaría el futuro para siempre. Al mismo tiempo, yo necesitaba liberarme de la carga de su sufrimiento y hacía esfuerzos para sacarlas de mi mente, porque no quería ni podía pensar en ellas y no tenía energía para ese esfuerzo suplementario…

Por otro lado, suponía que mi padre, tan práctico, tan apegado a la experiencia y a las pruebas, me creía muerto. Ignoraba que él en ocasiones también vacilaba, volando sobre nuestras cabezas en el C 47, en ese mismo momento.

Ahora no escuchábamos el rumor de los motores y temíamos que hubiera cesado la búsqueda, una vez más. Ayer se había desplomado, aunque nunca llegamos a verlo, y ahora el sonido o su representación habían desaparecido por completo. *¿Se habrán accidentado, al igual que nosotros?*

Estaba tan fatigado que cada tanto caía y, trabajosamente, volvía a incorporarme. *Nos estamos diluyendo, muriendo poco a poco, respiración a respiración.*

Hice un repaso de mi vida: nunca tuve un mejor amigo que Nando. La noche anterior, antes de dormir, en susurros, para no dilapidar energía, porque nuestro voltaje se extinguía, nos contamos confidencias e ilusiones de nuestras vidas del pasado, en la otra civilización.

Nunca tuve un mejor amigo que Nando durante la caminata. Nunca volví a tenerlo.

Poco antes de las cuatro de la tarde, el séptimo día de la caminata, le dije a Nando que nos detuviéramos y preparáramos el refugio para la noche. Ya no sabía si habría un mañana. Estaba acalambrado, casi no podía mantenerme en pie. Tenía los pantalones mojados, las medias empapadas.

La sociedad de la nieve, aunque estuviera patas arriba, tenía rutinas, e incluso horarios. Estábamos todos trastocados, como el caos, pero tenía leyes marcadas por la naturaleza en estado salvaje. La sociedad de la nieve invariablemente terminaba a las cuatro de la tarde, cuando el sol desaparecía detrás de la montaña más alta del Oeste. A partir de allí, el día comenzaba a descomponerse, la zona gris tomaba control de todo, surgía el viento helado y se iniciaba la agonía del atardecer.

Encontramos dos afloraciones rocosas que formaban como un simulacro de refugio.

Nos detuvimos y aguardé que la temperatura se descalabrara, que todo se cubriera de sombras.

Miré el reloj del doctor Nicola, que murió el día del accidente, que llevaba en mi muñeca: eran las 16.15.

Me senté entre las rocas; estaba reducido a mi mínima expresión.

—Estuviste bien en hacerme parar —dijo Nando.

Comimos carne y grasa, en silencio.

Y cuando iba a coser la bolsa de dormir, como hacía todas las tardes, remendando lo que se rompió en la noche anterior, me di cuenta de que había algo que estaba fuera de lugar. Miré alrededor y había como un cataclismo que escapaba de la rutina de la sociedad de la nieve. Al principio no entendí qué estaba ocurriendo. No era un accidente natural, ni un alud, ni los motores del C 47 desmoronándose sobre nuestras cabezas, pero el efecto que me produjo ese cambio fue aún más imponente. Dejé la bolsa rota sobre una roca y me puse de pie para observar el horizonte. ¡Hacía casi media hora que nos habíamos detenido y hacía media hora que el sol debía haberse ocultado tras la montaña, como todos los días, desde el 13 de octubre, pero no lo había hecho! Volví a mirar el reloj. Lo que estaba ocurriendo era un fenómeno natural tan imponente como si un día el hombre despierta y el sol ha desaparecido.

—¡Nando, mirá!

El sol no se había ocultado: destellos naranjas seguían resplandeciendo en diferentes partes de la montaña al final del valle que se abría al Oeste.

—Nando, si acá no vemos al sol, ¿cómo está entrando aquel rayo de luz?

Nando se puso de pie para mirar el cielo.

—Si el sol no se oculta tras la montaña, es porque allí es más bajo… ¡Por fin estamos saliendo de las cumbres! —balbuceé—. ¡Ahí, donde el sol sigue brillando, está la salida! —exclamé.

Él permaneció observando cejijunto: no estaba exultante como lo estaba yo. En parte, tenía razón. La siguiente zona sería tan peligrosa como la anterior. Y siempre funcionamos así: si uno estaba confiado, el otro debía desestimar y desmentir todas las coincidencias que le hacían ver el lado positivo, porque la vida nos había enseñado que lo normal no era llegar, sino sufrir y penar.

Pero lo que descubrí, con certeza, a pesar de su desconfianza, en esa tarde que había llegado a mi mínima expresión, era que estábamos en el buen camino, que habíamos cambiado de zona. La del fuselaje había desaparecido. Y eso, cambiar de zona, era la palanca que necesitaba ese día que todo anunciaba que sería el último. «Tal vez mañana», nuestra consigna de los Andes. Y ahora, tal vez, existiría un mañana.

Minuto a minuto, esa tarde acompañé, deslumbrado, conectado al reloj de Francisco Nicola, cómo a las 17.00, a las 18.00 y hasta las 19.00 había luminosidad directa del sol. Era la luz al final del túnel. Recién desapareció a las 19.12. El salto era gigantesco. Acabábamos de abandonar la era de los hielos, hacía diez mil años.

Capítulo 24

Día 8: 19 de diciembre

Desperté del sueño entrecortado y descubrí que, si bien el cuerpo seguía extenuado, la mente estaba más despejada.

—Hay mucho más oxígeno —murmuré, sorprendido.

Ese fue el gancho del malacate que hizo firme en el octavo día: el oxígeno, la respiración, el descenso de la montaña.

Nando, que ya estaba de pie, me hacía señas para que me incorporara. Reemprendimos la caminata.

Busqué el sol entre las nubes y corregí el rumbo. Si la luna había sido la esperanza, viajar hacia donde nos llevara el sol fue el sueño.

Avanzamos y advertimos que la nieve comenzaba a alternarse con un terreno pedregoso, con grava suelta, que a veces se tornaba terroso.

Pensamientos entrecortados: *Mi madre tal vez me tenga de vuelta, pero debo reconquistar a Lauri, que la he abandonado en otra era, hace diez mil años*.

Un poco más adelante, el valle que habíamos seguido se bifurcó en dos: era la «Y» que vimos desde la cima más alta tres días antes.

Nando se adelantó y, de pronto, a la distancia, se detuvo. Cuando me acerqué, leí en su mirada una angustia nueva: escuchó un sonido diferente que lo dejó aprensivo. Un poco después, en una altura, en la falda de la cordillera, vimos cómo, cien metros más abajo, una corriente de agua que brotaba de las entrañas de la montaña se transformaba, más allá, en un torrente impetuoso que discurría por una garganta en dirección al Suroeste: estábamos ante la naciente de un río.

—¡Es un torrente! —dijo Nando, asustado.

Si bien avanzamos diez mil años y salimos de la era glacial, el agua, lo que para mí era una revelación, para Nando se convirtió en un nuevo obstáculo.

Como no podíamos atravesar el impetuoso torrente en ese lugar, porque nos arrastraría y mataría de seguro, lo acompañamos, rumbo al Suroeste, para ver si en algún lugar nos daba paso. La caminata junto al río siguió siendo tan dura como antes, porque el terreno estaba poblado de enormes rocas irregulares que en algunos casos teníamos que escalar, o debíamos desandar el camino porque nos impedían el paso. Si bien a medida que avanzábamos el río se iba ensanchando y ganando caudal y velocidad, estábamos bajando, porque íbamos recuperando el oxígeno que perdimos abruptamente el día del accidente.

La nieve, que desde hacía un rato se alternaba con rocas y áreas terrosas, terminó de repente. Ahora el blanco lo divisábamos en las partes más altas, o en las sombras, atrás y adelante, lo que nos permitía improvisar el camino por un terreno más seco. Entonces lo primero que hice, para celebrar el cambio de zona, fue tomar una piedra irregular y pequeña, como una caliza, para regalársela a Lauri. Le quería llevar una prueba de mi persistencia. Un vestigio de nuestra peripecia. La guardé en

el bolsillo de la campera, muy cerca de mi mano. Y a partir de ahí, cada tanto me quitaba los guantes para sentir la rugosidad fría del guijarro, porque así sentía que caminaba hacia ella, que me esperaba del otro lado de la vida, tras aquel recodo de la montaña.

Una hora después me detuve, conteniendo la respiración: le hice señas a Nando, que no me vio, porque iba adelante y no se volvía, y no quería gritar para no espantarla: frente a mis ojos, a dos metros, había una lagartija mirándome fijamente.

En el origen de la vida, el universo estaba despertando, poco a poco, en sus formas más básicas. Pero junto con los reptiles, dos seres sin tiempo cayeron, inopinadamente, en la antigüedad, para romper el equilibrio con nuestro alboroto desesperado.

Al ver vida ajena, creció la sospecha de que iba a volver a casa y le iría a preguntar a Lauri, que no sabía si me esperaba, si todavía me quería, tomado de la piedra calcárea que nos conectaba. No solo le iba a llevar el testimonio de que recorrí la historia de la vida, la caverna, las glaciaciones, los tiempos de los animales remotos, para reencontrarla, sino que le pediría que compartiéramos la caminata siguiente.

Nando regresó porque advirtió que me había detenido. Permanecí mirando a la lagartija como hipnotizado, no conseguía dejar de mirarla. Me daba cuenta de que, al dejar de ver nieve, se diluía lo inorgánico de la muerte. Había agua, lagartijas, y un poco más allá, divisaba un manchón de verdolaga. Aunque era un lugar árido y solitario, que jamás había sido pisado por el hombre, me parecía que estaba ante las puertas del paraíso.

Seguimos avanzando.

No tenía la certeza de vivir, pero ahora sabía claramente que no permanecería como una roca congelada para siempre en la era glacial. Surgió la alternativa de morir más cerca de mi civilización, de volver a mi tiempo.

El agua del río que seguimos, que tenía el color amarillo del azufre, porque bajaba de tierras volcánicas, de pronto se juntó con otro torrente de agua clara. Eran, lo supe después, el río Amarillo y el río Claro. Y nosotros estábamos en el medio, en una encrucijada.

En ese lugar, el caudal de los torrentes tenía un ancho de treinta metros. Por allí no se podía cruzar. Retrocedimos para intentar atravesar el primer río en un lugar menos impetuoso, porque adivinamos que, adelante, sería cada vez peor, ya que el torrente de agua y piedras que bajaba de la montaña del deshielo nos cerraba el paso.

Llegamos a un lugar del río más angosto, con rocas en el medio, a las que podíamos saltar. Nando se ató una soga al cinturón, cuyo otro extremo quedó conmigo. Saltó de roca en roca hasta la otra orilla, mojado por el torrente que discurría con violencia. Atrás fui yo: salté a una piedra, a otra, y cuando llegué a la última, como no tenía fuerzas para saltar con la mochila, le grité que él la cinchara de un tirón, aunque apenas se oía por el rugido del agua. Pero cuando él tiró y yo arrojé la mochila, el impulso no alcanzó y cayó al agua, atada de la soga, y con ese golpe se rompió la botella de ron, que impregnó toda la carne con gusto a alcohol, y los vidrios se adhirieron a las medias que la contenían.

Si bien logramos cruzar, los dos estábamos tiritando, empapados con el agua congelada del río. Miré alrededor. Junto al torrente había vegetación achaparrada y retorcida por el viento y el frío. Pero esa vegetación tenía troncos más anchos que se podían quebrar con la mano. ¿No podremos prender fuego? Juntamos unos manojos de leña, corté trozos bien pequeños, armé el fuego y accioné el encendedor Ronson de Pancho Delgado que llevábamos en la mochila. Comenzó a arder, la llama se expandió y se encendió la fogata. Nando observaba embelesado.

—¿Te das cuenta, Nando, lo que hemos hecho? ¡Prendimos fuego!

Frotamos las manos junto a las llamas. Las pusimos tan cerca que se nos quemaba el vello de la piel.

Abrimos la media de rugby con carne y grasa y advertimos que la parte de abajo había adquirido un tono verdoso y se empezaba a descomponer por la temperatura más alta. Comimos carne y grasa, con sabor a ron.

Por primera vez no colocamos la bolsa de dormir en la nieve, ni en rocas, sino sobre vegetales.

Observaba las llamas, admirado. Escuchamos el crepitar del fuego, mirando la silueta gigantesca de la montaña a nuestras espaldas, y el cielo estrellado en la bóveda celeste. Fue la primera noche, desde el 13 de octubre, que no dormimos al acecho de la montaña.

Capítulo 25

Día 9: 20 de diciembre

En el noveno día, un poco antes del alba, sentimos como un escozor en la piel.

—¿Qué pasa? —preguntó Nando.

Levanté la campera y los tres pares de buzos y descubrí ronchas amoratadas en todo el cuerpo.

—Son bichos colorados. Es bueno, son de nuestro mundo —respondí.

Como estábamos cada vez más débiles, y creíamos que ya no la necesitaríamos porque teníamos fuego, abandonamos la bolsa de dormir, que cada vez nos pesaba más. Con el cuerpo adaptado a la nieve, más abajo como estábamos, no sentíamos tanto frío. Si teníamos fuego, podíamos saltar etapas. Ahora no nos protegeríamos más con restos del avión prehistórico, sino con fuego.

Media hora después encontramos el nuevo malacate, el primer indicio netamente humano: los restos de una lata herrumbrada de conservas. Intenté identificar de qué era para saber si era verdad. Raspé con la navaja y alcancé a leer, insinuada bajo el óxido, la marca: Sopas Maggi. No podría encontrar una palanca más adecuada para que me permitiera mover al mundo: una lata de comida. La imaginaba y se me hacía agua la boca. Borré la imagen porque sentí una puntada en el estómago. Se la mostré a Nando.

—Yo no me fío, de pronto cayó de un avión —me dijo.

Ahora yo no miraba a los costados, como en la caminata anterior, cuidando los aludes y acarreos, sino al piso, para encontrar otro vestigio humano. Una hora después encontré la herradura de un caballo. Me senté a su lado, azorado. La tomé con las manos. La recorrí con los dedos, como a una reliquia. Estaba herrumbrada y parecía antigua, lo que era otra prueba de que habíamos salido del jurásico: el hombre había llegado y había comenzado a transformar el mundo, elaborando estas formas maravillosas, cinceladas sobre un yunque a martillazos. Habíamos viajado desde la Edad de Piedra a la Edad del Hierro.

—Una herradura no pueden arrojarla de un avión —le dije a Nando—. Los caballos no vuelan en avión. En avión solo vuelan víctimas y sobrevivientes.

Un poco después divisé, del otro lado del río, junto a unos árboles lejanos y achaparrados, dos vacas.

Nando se afirmaba en su rol y yo en el mío. Él impugnaba las coincidencias porque no confiaba en nada exterior. O quizás le sucedía lo que aprendí en la medicina de pacientes de cáncer, que después de tanto luchar por vivir no pueden creer cuando les dicen que están curados.

—¿Serán vacas? ¿No serán tapires, animales salvajes? —me dijo.

Me detuve y observé mejor.

—Son vacas, sin duda —le dije—. Vacas flacas de montaña.

Los signos de la civilización se aceleraron. Ahora era un rastreador, un baqueano que buscaba huellas, vestigios de la humanidad. Un arqueólogo que buscaba rastros no tanto para saber cómo vivían mis antepasados, sino para saber cómo iba a vivir yo.

Dos horas después encontramos un sendero estrecho donde vimos huellas de caballos, vacas y lo que me parecieron ovejas, o cabras.

—¡Mirá, Nando!

Él me observaba cejijunto.

Más tarde volvimos a ver vacas y un par de árboles talados con hacha, lo que aseguraba la cercanía del hombre.

—¿Viviremos? —me preguntó Nando, con una mueca que parecía una sonrisa, que no había visto desde antes del accidente.

Más adelante, a mi izquierda, vi bajar otro torrente caudaloso que venía de la alta montaña. Sabía que en algún punto convergirían e impedirían el paso. Toda la serenidad en la que estábamos ingresando se convirtió de pronto en fragor: nuevamente estábamos en medio de dos impetuosas corrientes de agua, que, debido a nuestra debilidad, nos encerrarían en una trampa que quizás no podríamos atravesar.

Para peor, busqué los lentes de sol en el bolsillo de la campera y no estaban. Me desesperé. No se podía caminar en la montaña sin lentes porque el reflejo y las radiaciones, que siempre estaban, aquí y allá, te enceguecían, como le ocurrió a Gustavo Zerbino. Rehice en la memoria mis últimos pasos hasta que recordé lo que ocurrió: cuando me detuve a observar la herradura y me senté en el suelo, coloqué los lentes sobre una roca, hacía más de una hora.

—Nando, tengo que regresar, perdí los lentes.

Volví atrás y, desandando el camino, me extravié. *¿Dónde está la herradura que dejé en el mismo lugar donde la encontré?* Avanzaba, intentando hacer el mismo camino, pero no la encontraba: todas las rocas rodeadas de nieve eran semejantes. Cuando al fin la descubrí, a su lado, sobre la roca, estaban los anteojos. Los observé como si fueran un objeto precioso. En ese universo, eran la salvación. Volví donde estaba Nando, que me aguardaba descansando, con la espalda apoyada contra una roca, mirando al Oeste. Perdí dos horas caminando.

Luego encontramos otro sendero formado por cascos de animales que trepaba junto al primer río, y poco después el sendero se abría ante un valle alto donde, a la distancia, pastaba una tropilla de caballos.

El cúmulo de indicios vitales me jugaron una celada: mi cuerpo, por primera vez desde las 15.30 del 13 de octubre, aflojó la tensión que en la montaña estuvo siempre alerta. Inmediatamente que me aflojé, sentí los retortijones en mis intestinos. Primero interpreté que fue la carne en descomposición, o la leche de magnesia de la pasta de dientes que comíamos después de la carne, o el cansancio; luego sentí que lo que había ocurrido fue que ya había hecho mi parte, y sufrí el afloje de intuir la cercanía de la meta. A diferencia de Nando, en cierto modo yo había cumplido, mientras que la meta de Nando era abrazar a su padre, y todavía no lo había encontrado. Nando tenía demasiado trabajo y requería mucha energía por delante. O capaz que esos primeros días de coma luego del accidente era su tiempo extra que a mí ahora me estaba faltando.

Más allá vimos un rústico corral de piedras con una tranquera hecha con troncos, una manga precaria para encerrar animales.

No cabía ninguna duda: la lata oxidada, la herradura, ramas cortadas con hacha, y luego la rústica tranquera cuyos troncos alguien había unido con clavos y atado con alambre, con las huellas humanas que se insinuaban a su alrededor. Habíamos arribado a la civilización.

Partimos un grupo de cuarenta y cinco personas que constantemente se fue achicando hasta llegar a dieciséis, pero ahora, por primera vez, había alguien nuevo en la vecindad civilizada que estábamos por contactar.

Nando salió a recorrer el área para ver si lograba encontrar la salida por la que el ganado cruzó el río. Regresó una hora después con una mala noticia: los dos ríos caudalosos por los que estábamos

rodeados eran imposibles de atravesar. Pero yo sabía que esos hombres y esos caballos por algún lado habían cruzado. Y no fue hacía mucho, porque sus huellas estaban frescas.

Nando me contó que encontró el lugar donde dormían las vacas, bajo un árbol cercano, porque el piso estaba cubierto de bosta. Le dije que ahí debían ir a buscar sombra, no a dormir. Entonces me contó su plan: subir una piedra grande al árbol, y cuando vinieran las vacas a buscar sombra o a dormir, arrojaríamos la roca en la cabeza de un animal. Le dije que sería más fácil cortarle los tendones en una pata trasera con nuestra navaja, como hacían en nuestro país los colonizadores. Pero de inmediato rectifiqué, y argumenté que no era una buena idea, porque eso nos enemistaría con sus dueños, a quienes tendríamos que pedir ayuda. Lo máximo que podríamos hacer era ordeñarlas.

En medio de este diálogo surrealista, de subir rocas a los árboles, o correr vacas por el valle con nuestros cuerpos exánimes, divisé, a espaldas de Nando, al fin del valle en el otro lado del río, una sombra que se movía. La silueta de un hombre a caballo.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Me restregué los ojos y volví a mirar.

—¡Nando, un hombre a caballo!

Le grité que corriera, le dije que el hombre venía del otro lado del río, a trescientos metros, pero Nando no lo veía.

—¡Corré, Nando, corré!

Sin ver bien, Nando comenzó a correr hacia el borde del valle, pero en lugar de dirigirse en línea recta, lo hacía dando un rodeo. Cuando vi que se alejaba, y el jinete podía desaparecer, saqué fuerzas no sé de dónde y empecé a correr a campo traviesa entre las espinas de las rosas mosquetas, cruzando una zona pantanosa. Llegamos prácticamente juntos, boqueando, sin poder respirar, al lugar del valle que, elevado, caía al río en un barranco pronunciado. Enfrente, del otro lado, disimulado entre los arbustos, vi pasar primero a un niño de unos diez años a caballo, y, detrás, al jinete. Usaba un sombrero aludo y avanzaba muy despacio, bajando la montaña, al paso, arreando dos vacas.

—¡Allá! —le señalé a Nando con la mano.

Los dos comenzamos a gritar, a los alaridos, pero el rumor del torrente de agua impedía cualquier comunicación. El jinete avanzó otros pasos, se detuvo, y permaneció quieto, observándonos. Mientras yo lo miraba, absorto, Nando seguía saltando y gritando, imitando el movimiento de las alas con los brazos, repitiendo la palabra «avión», hasta que se hincó de rodillas y juntó las manos en señal de súplica. El jinete permanecía como petrificado. El niño también se había detenido, unos pasos adelante. *¿Entiende lo que sucede? ¿Está evaluando qué somos?* Porque tanto podíamos parecerle exploradores incautos, hombres salvajes, seres de otra era o sobrevivientes de un accidente aéreo.

Quedaba poco tiempo, porque la oscuridad del atardecer caía como piedra. El jinete espoleó suavemente el caballo y volvió a moverse, muy suavemente. El niño hizo lo mismo. El hombre nos estaba evaluando. Ese contacto con el jinete y el niño duró alrededor de cinco minutos. De pronto, el hombre nos hizo señas con las manos, instantes antes de que se fuera la luz, y gritó una palabra que identificamos claramente a pesar del ruido estrepitoso del río: «Mañana».

De todas las palabras del vocabulario, eligió la de la sociedad de la nieve. Cuando en el fuselaje parecía que nos desbarrancábamos en el desánimo, repetíamos, como un mantra para espantar el mal presagio: «Tal vez mañana…». Tal vez mañana surja algo, tal vez mañana desaparezca la cordillera, tal vez mañana saldremos del infierno. Pero esta vez no era «tal vez mañana», como siempre decíamos en el fuselaje; era, por primera vez, un mañana certero.

El jinete desapareció con la oscuridad.

De inmediato el ambiente se enfrió. Toqué con la mano el encendedor en el bolsillo de la campera. Esto era, ahora, nuestra salvación. En lugar de permanecer en ese lugar, al borde del barranco, esperando al jinete, subimos unos cien metros hasta un monte con árboles, para

guarecernos.

Le pedí a Nando troncos secos de la vegetación achaparrada, más gruesos que los de la noche anterior, para hacer fuego, serenarnos y pensar con tranquilidad, porque el contacto con el hombre y el niño nos sacudió de pies a cabeza. Experimenté como una electricidad en el cuerpo: miré mis manos y estaban temblando.

Nos sentamos ante la hoguera que titilaba y chisporroteaba vida por todos los costados, porque ahora éramos tres: Nando, yo y el jinete que regresaría al día siguiente.

Eran las 8 de la noche del 20 de diciembre de 1972. Habían transcurrido sesenta y nueve días desde el accidente. Ahí teníamos, a nuestro lado, las medias con los restos de carne y grasa de nuestros amigos, que se estaban descomponiendo. Volví a mirar las medias: *¿De dónde vengo? ¿Qué ha sucedido?* Las dos sociedades entraron en colisión. Quizás debíamos enterrar las medias con la carne, para darles sepultura a nuestros amigos en las puertas del paraíso.

Años después, en dos ocasiones regresé al lugar, buscando la sepultura que no llegué a hacer. Nunca la encontré, pero todavía la sigo buscando.

Nando sugirió dormir haciendo turnos, para ver el momento exacto en que regresaba el jinete. Hice el primer turno. A lo lejos escuchaba el estruendo del río. Al fin del turno intenté despertar a Nando, pero no lo logré. Igual sabía que no podría dormir, porque las emociones me desbordaban, quitándome la poca energía que le restaba a mi cuerpo.

Capítulo 26

Coronel Eduardo Lepere, copiloto

Volamos diariamente hasta el día que debíamos regresar, el 21 de diciembre. Planificamos la búsqueda de 07.00 a 10.00 y de 16.00 a 19.00. Bajábamos en algunos momentos a 12.000 pies, con los picos a 14.000, 16.000 o más, pero en general la búsqueda la hicimos a 14.000 pies de altura.

Cuando algún motor fallaba, había que reducir potencia y volver. Ese era el protocolo. En dos ocasiones bajó la presión de aceite cuando el motor partió un cilindro. Para que no se prendiera fuego, apagamos el motor y dejamos la hélice en el ángulo que ofreciera la menor resistencia al avance con el motor detenido. A eso se le llama embanderar. En los dos casos tuvimos que cambiar el motor.

La misión estuvo signada por la desazón. Desazón, en primer lugar, por todos los problemas que nos dio el avión. Ese C 47 estaba acondicionado mejor que ninguno de los que teníamos en la Fuerza Aérea. Pero siempre fue insuficiente. Todo lo que podíamos tener, de lo poco que teníamos, siempre resultaba muy precario e insuficiente. Y desazón, fundamentalmente, porque no tuvimos éxito. Desazón porque un avión de la Fuerza Aérea se había accidentado con los pasajeros, y el avión que fue a buscarlos, nosotros, no lo encontró.

Otro día, como estaba muy claro y nos dábamos cuenta de que volando solo en ese horario estábamos demasiado limitados y jamás lo lograríamos, decidimos buscar un poco después de las diez de la mañana, sin atender los consejos de Massa y García Monasterio.

Nos dirigimos rumbo al cerro del Brujo, con dos picos altos y, entre ellos, varios más bajos, como un serrucho, y cuando estábamos a dos millas del mencionado cerro, nos vapuleó la turbulencia con tanta intensidad que nos tiró dos mil pies para abajo. Nos desplomamos más de setecientos metros, y si no fuera porque estábamos en el valle, y no sobre una montaña, nos hubiéramos estrellado contra el cerro. La caída fue tan violenta que uno de los pasajeros, Rodríguez Escalada, golpeó fuertemente contra el techo y se hizo un tajo profundo en la cabeza.

Lo que ocurría era que al soplar el viento del lado chileno, cuando la masa de aire llegaba a la montaña, subía y, del otro lado de la cordillera, bajaba de golpe, lo que nos obligó a forzar a la máxima potencia a los poderosos motores de catorce cilindros del C 47, los que apenas nos sostuvieron. La turbulencia fue tan tremenda que, cuando aterrizamos, el mecánico Luis Paredes pidió una escalera para ver si semejante caída al vacío había provocado arrugas en las alas.

Mientras Paredes revisaba el avión, nos quedamos atrás en la cabina, aflojando la tensión, y el artista plástico Páez Vilaró, uno de los pasajeros, decidió pintar un sol en la puerta que separaba la cabina de pilotos de la de pasajeros. Cuando Paredes entró a la cabina para decirnos que, sorprendentemente, el avión había salido indemne de la caída, nos vio a todos mirando, asombrados, al sol pintado en la puerta de los pilotos, que siempre permaneció en el C 47, hasta que dejó de operar.

Páez Vilaró era así, pintaba soles después de un incidente terrible, Harley era callado y Nicolich

llevaba siempre en la mano una campera abrigada. Un día me dijo:

—¿Sabe por qué la traigo? Porque si mi hijo está vivo le arrojo la campera.

Días más tarde, cuando aterrizamos en San Rafael, a Terra y a mí nos entregaron los télex donde se hablaba que había dos sobrevivientes. Le dimos la noticia a Harley y Nicolich, pero este último, en la conmoción, no encontraba su campera, y entonces el teniente primero Waldemar Burgueño le entregó su propia campera de vuelo para que se la diera a su hijo.

El 28 de diciembre —cuatro después de que retornamos a Montevideo—, ocurrió un hecho que siempre me conmovió: un hombre fue a la base aérea y pidió hablar con los tripulantes del C 47. Era uno de los pasajeros, el arquitecto Gustavo Nicolich, que venía a devolver la campera del teniente primero Waldemar Burgueño. Permanecí observándolo, intentando entender por qué, tan pocos días después de la tragedia, este hombre venía a devolvernos la campera con la que no pudo arropar a su hijo, porque había muerto.

Capítulo 27

Juan Carlos Canessa, padre de Roberto

El 21 de diciembre finalizó nuestra misión con un rotundo fracaso. Regresaríamos a Montevideo para pasar las fiestas con nuestras familias y sin nuestros hijos. Como solo encontramos dos pasajes en vuelos de línea, decidimos que en ese avión viajaran Carlos Páez Vilaró y Raúl Rodríguez Escalada, mientras que los padres de Roy Harley, Gustavo Nicolich y yo regresaríamos en el C 47 con el mayor Terra, el capitán Lepere y sus tripulantes, con quienes nos sentíamos profundamente agradecidos.

Cuando volábamos sobre la montaña, vimos, estupefactos, que una vez más el capó del motor a hélice golpeaba sincronizadamente con las chapas, echando humo negro y espeso. De pronto, la hélice se detuvo. El comandante ordenó a un tripulante que mirara al otro motor, para ver si también se prendía fuego y nos caíamos. Nosotros tres también mirábamos cómo giraba la hélice, adivinando si se enlentecía, si el capó golpeaba las chapas, si echaba humo, si salían lenguas de fuego. Tras un tiempo interminable, al fin aterrizamos de emergencia en San Rafael.

Bajamos del avión con las piernas flojas. Los tres pasajeros abrazamos a los pilotos Ruben Terra y Eduardo Lepere. No sabíamos qué hacer. Las autoridades del pequeño aeropuerto, compadeciéndose de nosotros, intentaron habilitar una avioneta que estaba en la pista, pero nunca encontraron al piloto. Al fin, resolví tomarme un ómnibus a Buenos Aires, que llegaría al amanecer, mientras que Harley y Nicolich decidieron permanecer en San Rafael, sin saber cómo seguir.

Capítulo 28

Día 10: 21 de diciembre

Poco antes del alba del décimo día, visualicé, del otro lado del río, un resplandor, que se convirtió en un foco de luz y de inmediato en un fuego incipiente. Sobresaltado, desperté a Nando.

—¡Allá está!

De pronto, el fuego refulgió en el crepúsculo del amanecer. Intenté incorporarme, pero estaba como paralizado, apenas podía flexionar el cuello, el cuerpo no me respondía, ni siquiera para levantarme, como si me hubiera *curarizado*: debía de tener potasio cero.

En la otra orilla, el jinete había hecho un fuego gigantesco para que nosotros lo viéramos.

Mientras permanecía como estaqueado, moviendo apenas el cuello para los costados, como un tetrapléjico, Nando corrió rumbo al fuego. Cuando llegó al río, divisó, del otro lado, a tres hombres sentados en rocas al calor de la hoguera. Miró mejor y descubrió que era el mismo hombre del sombrero aludo con el niño de alrededor de diez años y otro campesino. Atrás había tres caballos. El del sombrero se incorporó y se aproximó a la otra orilla. Nando intentó gritar, pero sus palabras se ahogaban por el estrépito del río de veinticinco metros de ancho: el hombre sentía que gritaba, pero no escuchaba lo que decía. Entonces el campesino sacó un papel del bolsillo, escribió algo y ató el papel y un lápiz pequeño (que había traído a propósito) alrededor de una piedra con una piola y lo lanzó al otro lado. Nando la recogió, desató la piola y leyó lo siguiente: «Está de camino un hombre al que he mandado hasta allí. Dígame lo que desea».

Entonces Nando le escribió un mensaje en la misma hoja, del otro lado:

«Vengo de un avión que cayó en las montañas. Soy uruguayo. Hace 10 días que estamos caminando. Tengo un amigo herido arriba. En el avión quedan 14 personas heridas. Tenemos que salir rápido de aquí y no sabemos cómo. No tenemos comida. Estamos débiles. ¿Cuándo nos van a buscar arriba? Por favor, no podemos ni caminar. ¿Dónde estamos?»

No lo firmó ni se identificó, porque eran demasiadas cosas para contar y explicar como para decir quiénes éramos, si apenas nosotros lo sabíamos.

Al terminar de escribir la nota se aproximó a la orilla y arrojó la piedra con toda la fuerza que pudo, con temor a que no llegara del otro lado. Pero la piedra y el papel cayeron justo donde terminaba el agua. El hombre la recogió, lo leyó, todo muy lentamente, y le hizo señas con las manos para indicarle «Ya entendí». Antes de marcharse fue hasta el caballo, envolvió unos panes y un queso en un trapo con otra piedra y volvió a arrojarlos a través del río (era el río San José, un afluente del río Azufre).

Nando los tomó y los llevó hasta donde yo estaba.

El hombre del otro lado de la soga no solo no era desconfiado y hostil, como temíamos cuando lo imaginábamos en el valle de las Lágrimas, sino que nos arrojaba panes y queso para alimentarnos, los que devoramos en un instante, sin poder saborearlos.

Antes de la última expedición, Javier Methol, el mayor de los sobrevivientes, que era el

«tesorero» y el «banco» del fuselaje, nos dio seiscientos dólares para pagarle al que nos encontrara, por si resultaba indiferente, u hostil. Seríamos muy cautelosos, porque todo había sido muy adverso, ¿por qué los otros no podrían resultar desconfiados, o incluso agresivos, en un universo que quería exterminarnos? Era muy raro imaginar cómo te recibirían si retornabas de la muerte. Por eso habíamos imaginado que el regreso también lo teníamos que hacer por las nuestras: luego que nos juntáramos los dieciséis en Santiago seguiríamos en tren hasta Buenos Aires y de allí en barco a Montevideo.

Dos horas más tarde se presentó, en la arboleda donde estábamos acampados, un jinete, un indígena mapuche con ropas muy pobres, con el caballo flaco y huesudo, con arreos viejos y gastados. El primer encuentro, el que tanto habíamos recreado en la imaginación, resultó ser con un campesino de los Andes, un hombre mapuche que conocía, como pocos, los secretos de la montaña.

Hablando muy bajo, casi en susurros, el campesino dijo que se llamaba Armando Serda y que el hombre que lo mandó a ayudarnos era Sergio Catalán, el que se contactó con Nando, que luego de pedirle a él que nos socorriera se dirigió al puesto de carabineros más próximo, a ocho horas a caballo. Agregó que pensó que estábamos más lejos, más arriba, donde tenía que hacer un trabajo, arreglar unas acequias de riego con una pala de pocear, trabajo que debería hacer de todas maneras, pero que regresaría dos horas más tarde por nosotros. No tenía prisa. Era otro sobreviviente.

Cuando regresó, le pedí para ir a caballo en su lugar, porque no tenía más fuerzas para caminar. Como no conseguí colocar el pie en el estribo intenté saltar, tomándome de las crines, como lo hice a lo largo de toda mi vida, pero el cuerpo no me respondía: no conseguía separar los pies del suelo. El campesino me miraba, impávido. Ni siquiera se le ocurrió ayudarme. Subí a una roca alta, me impulsé y quedé doblado sobre el lomo del caballo, hasta que logré acomodarme. El esfuerzo me hizo jadear. Sin hablar, Armando Serda tomó las riendas y comenzó a caminar, con Nando a su lado.

Reconocí las huellas que dejaban sus pies en el piso arcilloso. Calzaba unas ojotas de cuero muy rústicas, con la suela de goma, hecha con rueda de camión recortada, con la parte superior del pie desnuda. Esas eran las extrañas huellas que había visto junto a las de botas en el corral de troncos atados, un día antes.

Subimos por laderas, bajamos por gargantas abruptas que provocaban acarreos de piedras, pero el baqueano iba confiado. Una hora más tarde llegamos a una zona más estrecha donde había dos grandes troncos atravesados sobre el torrente que discurría unos cinco metros más abajo, rugiendo. Íbamos a atravesar el río sobre esos dos troncos, pero cuando iba a alertarlos sobre el riesgo, Armando Serda ya había iniciado el cruce, como si fuera la cosa más normal del mundo, con Nando un paso adelante. Detrás, tomado de las bridas, el caballo, conmigo en el lomo, que iba tanteando con las manos sobre los palos, olfateando, haciendo equilibrio sobre el abismo. Me salvé del accidente, me salvé del alud, me salvé de morir congelado en las noches atravesando la montaña, ¿iría a caer a un torrente en un pasadizo de dos troncos, en la única circunstancia en la que yo no tenía ninguna iniciativa?

Tras la siguiente colina, cambió el paisaje, con un prado de verde intenso, regado por acequias que los campesinos iban orientando, pequeños canales abiertos con palas para que regaran lo que ellos llaman las «veranadas», con pasto fresco y bien bañado para apacentar a los animales y que tengan cría. La belleza de la realidad que nos rodeaba superó la ilusión más exuberante de los setenta días ingrávidos en la nieve.

¿Es el paraíso terrenal, en el inicio de los tiempos?, pensaba. *Nando, ¿no habremos muerto en alguna de estas noches congeladas y esto no es más que una ensoñación que produce el choque de la conciencia y la inconsciencia, con imágenes que quedan perdidas, fuera del cuerpo?*

A lo lejos asomaron dos pequeñas y rústicas cabañas de madera. Eran chozas muy simples e increíblemente hermosas, con techos de ramas, rodeadas por rosas mosquetas. Más allá, pastaban

algunas vacas con sus terneros en el verde intenso del prado. Cuando llegamos se asomó otro campesino un poco menos enjuto, también con rasgos de los nativos de los Andes, quitándose el sombrero en gesto humilde y respetuoso. Armando Serda nos lo presentó como Enrique González.

—¿Dónde estamos? —preguntó Nando.

—Los Maitenes —respondió Armando Serda.

En ese momento, cuando el caballo se detuvo, advertí que sobre una tabla se oreaba un «quesito fresco de arriero», como luego me dijeron que le llamaban. Un queso que debe comerse en pocos días, porque luego se reseca. Los aromas que me colmaban los sentidos despertaron el hambre atroz. Olfateaba el queso como un animal de presa, y no podía pensar en otra cosa.

—¿Se puede comer? —musité, señalándolo.

Desmonté del caballo y me llevé el queso a la boca. Un bocado, y antes de tragarlo, otro, y otro, llené la boca. Masticaba con voracidad, tragaba sin masticar. Nando hacía lo mismo. Los dos campesinos ahora nos observaban sorprendidos.

Como un animal silvestre, estaba cautivado por los sentidos y obedecía al instinto: olí algo intenso entre las rocas, a mis espaldas. ¿Qué era? Me volví y divisé, entre una estructura de palos, un fogón con una olla de hierro colgando sobre un fuego de troncos y ramas.

González lo advirtió. Como si nos hubiera estado esperando, sacó la olla del fuego y la colocó sobre unos troncos que hacían de mesa, donde había varios platos descascarados y cucharas de lata. Con un cucharón de madera sirvió dos platos humeantes de porotos con fideos y trozos de carne, «porotos con rienda». Empezamos a comer con ansia, con la cuchara, aunque pensé volcar el plato en mi boca para saciarme más rápido, pero estaba demasiado caliente. Por más rápido que comiera, no lograba satisfacerme. Luego trajeron pan horneado. Los distintos sabores exaltaban mis sentidos. Queso, frijoles, carne, grasa y pan: nunca experimenté un cúmulo tan intenso y variado de sabores extasiantes.

No sentía más los retortijones de la diarrea, como si pertenecieran a otro organismo. Cuando prácticamente devoramos el tercer plato, miré alrededor y vi a los dos campesinos, a quienes había olvidado por completo, comiendo en cuclillas, lejos de nosotros, observándonos de reojo. Demoré en entender lo que había ocurrido. Nando y yo habíamos ocupado su mesa, y hasta la olla, y ellos comían sobre unas piedras.

Los llamé y les pedí si podían comer junto a nosotros; les dije que hacía más de dos meses que no comíamos en una mesa. Les pregunté si, además de comida, nos regalaban su compañía.

Armando Serda me miraba con gesto inexpresivo. González estaba esperando que el otro tomara la iniciativa. Les pregunté por qué no estábamos comiendo juntos los manjares más deliciosos de la Tierra, mientras Nando se servía el cuarto plato. Los dos hombres no se movían.

Nando me miró y se dirigió a los hombres en cuclillas.

—Dice que vengan con nosotros o nosotros vamos con ustedes —explicó.

Demoraron en reaccionar. Cuando lo hicieron, y trajeron sus platos a medio comer, quedaba poco en la olla.

Los acribillamos a preguntas, pero ellos respondían con monosílabos y hablaban como nosotros, en voz baja. Nos contaron que esas chozas, que permanecían vacías y cubiertas de nieve en el invierno, ellos las reconstruían cada primavera.

A eso de las seis de la tarde llegaron al lugar el arriero de los Andes, Sergio Catalán, y diez hombres de carabineros, a caballo. Los comandaba el sargento Orlando Menares, un hombre corpulento y enérgico que traía un rollo de soga cruzada en el pecho. Habían venido en dos camiones desde San Fernando hasta el puente del río Azufre: en uno de los vehículos venían los hombres y en el otro los caballos, y después cabalgaron dos horas hasta las cabañas de Los Maitenes.

Fue la primera vez que vimos a Sergio Catalán, cara a cara. Lo miré y lo primero que pensé fue:

Este es el hombre que nos creyó.

El ritmo cambió por completo. A diferencia de los campesinos, los carabineros, como si fueran los colonizadores de los Andes, estaban urgidos y nos miraban con estupefacción. Tenían voracidad por saber qué ocurrió. El sargento desplegó un mapa en el suelo y preguntó dónde estaba el avión accidentado con los otros supervivientes, como lo anunció la nota de Nando. Nosotros miramos el mapa y empezamos a rehacer el largo camino que habíamos recorrido: encontramos el río donde estábamos, y con el dedo índice llegamos a la naciente del otro río, después al último valle, al anterior, a los glaciares, a la nieve y a las montañas gigantescas, desde tiempos inmemoriales.

—Eso es imposible —afirmó el sargento.

Fuimos enfáticos: no había tiempo para perder, ni para dudar: nuestros amigos se estaban muriendo. El sargento nos miró y nos volvió a mirar. No nos creía o no podía creernos.

Catalán, lo supimos después, trabajaba del otro lado del río. Arrendaba esa tierra para que sus animales, vacas y ovejas tengan cría, en la veranada, cuando nace el pasto tierno tras el deshielo. Él era el pastor de ese rebaño, y además vivía con él, en cavernas formadas en la montaña para que los pumas no les maten las crías.

Sentí que Catalán era el único que nos creyó de principio a fin. Él vivía en ese lugar y sabía que así como las crías de sus animales suelen sucumbir, algunas logran sobrevivir. Ante la hesitación del sargento, Catalán contó, con voz baja y firme, que le había ocurrido lo mismo cuando habló con los carabineros: tras avisar a San Fernando, de allí consultaron con Santiago, y no le creyeron. Pero después que les leyeron la carta de Nando que Catalán llevaba, cuando el jefe del destacamento, desde San Fernando, explicó que conocía desde hacía tiempo la integridad del arriero, tuvieron que considerar que podía llegar a ser cierto, y le pidieron que viniera con el sargento Menares a este lugar para mostrar la ubicación exacta y confirmar si nosotros éramos o no éramos una alucinación.

El sargento ordenó a dos de sus hombres para que fueran a caballo a Puente Negro, a efectos de que se volvieran a comunicar con el jefe del destacamento de San Fernando, el coronel Morel Donoso, y le explicaran la situación, que dijeran que, aunque «parezca mentira», nosotros existíamos de verdad y pidieran helicópteros a Santiago, por radio.

¿Puente Negro? ¿No era acaso uno de los lugares que veíamos en el mapa del avión, el que analizábamos con Arturo Nogueira para imaginarnos el porvenir?

—Chimbarongo, La Rufina, Puente Negro —murmuré.

El sargento tomó el mapa y me los señaló.

—La Rufina está acá, Chimbarongo ahí, y Puente Negro, el puesto más cercano, aquí.

Permaneció mirándome, creyendo que yo agregaría algo. Pero no tenía nada para decirle a él.

Entonces teníamos razón, Arturo, pero con diez días de caminata de diferencia.

El sargento Orlando Menares especulaba que sus dos hombres demorarían seis horas en llegar a Puente Negro a caballo, y como a los helicópteros tenían que prepararlos y no podían volar de noche en la cordillera, tendríamos que esperar hasta la mañana siguiente, 22 de diciembre.

Nos dieron más abrigo y comida y pasamos buena parte de la noche respondiendo preguntas de los carabineros, contando algunos episodios de la peripecia, sin mencionar, jamás, nada de la comida, como habíamos acordado con el resto del grupo.

Catalán siempre estaba un paso atrás. Cada tanto lo miraba. Fue el único que nunca nos formuló una pregunta.

Capítulo 29

Juan Carlos Canessa, padre de Roberto

Viajando en el ómnibus de Mendoza a Buenos Aires, tuve un sueño sobresaltado. Era como la misma pesadilla larga y atormentada que había vivido desde la tardecita del 13 de octubre. Desperté a las seis de la mañana del 22 de diciembre, porque el ómnibus comenzó a los corcovos y se detuvo a la entrada de Buenos Aires. Ayer se rompió el avión, casi nos matamos, y ahora se rompió el bus. No lo podía creer. Algunos pasajeros se ponían de pie, inquietos. Entonces el conductor asomó la cabeza y gritó, desde adelante: «Todos abajo, se partió la caja de cambios».

Los pasajeros bajamos del ómnibus desconcertados. Tomé la maleta del portaequipajes y salí caminando, cansado y desolado. Estaba amaneciendo. A lo lejos vi venir un taxi, con los característicos colores negro y amarillo de Buenos Aires. Le hice señas y se detuvo.

—Buenos días —me dijo, cuando abrí la puerta trasera.

Murmuré un saludo entre dientes y le pedí que me llevara a Juncal y Suipacha, frente a la iglesia del Socorro, donde vivía mi primo Carlos Gregorini, con quien había hablado por teléfono en la noche anterior, desde San Rafael, para que me consiguiera un pasaje a Montevideo.

—¿Qué ruta quiere que haga? —me preguntó, mirándome por el espejo retrovisor.

—Por la que guste —le dije.

Con esa sola respuesta, por la combinación de las palabras, adivinó que era uruguayo.

—Usted es uruguayo, ¿no es cierto? ¿Vio la noticia? —encadenó.

Lo que menos tenía ánimo era de charlar. Siguió hablando solo.

—Están diciendo que salieron dos caminando de la cordillera. Los del avión.

—¿Qué avión?

—El de los uruguayos.

No entendí cómo este hombre podía haberse enterado de lo que nos había sucedido anoche, con el aterrizaje de emergencia en San Rafael, que había provocado cierto revuelo pero a nivel local: como habíamos hecho varios aterrizajes de emergencia, en el aeropuerto nos miraban con asombro, y por eso intentaron conseguirnos una avioneta.

Sin ánimo de continuar la conversación, le dije:

—Yo venía en ese avión. Hicimos un aterrizaje con un solo motor, pero estamos bien.

—Ese avión no, el otro —añadió.

—¿Qué otro?

—El de los muchachos uruguayos, el de los Andes.

—Ya le dije que fui yo, soy uruguayo, y no…

—¿Usted no escuchó la radio? —me interrumpió.

—No, no escuché ninguna radio.

—En la radio están diciendo que dos salieron caminando de la cordillera.

Quise poner punto final a lo que estaba diciendo y le añadí:

—Soy el padre de uno de los chicos que cayeron en la montaña, pero el accidente de ayer me ocurrió a mí, no a los muchachos. Los que sobrevivimos fuimos nosotros. Yo soy uno de los sobrevivientes.

—Pero ¿usted no lo ha escuchado? —respondió el chofer, ahora desconcertado, mirándome por el espejo retrovisor—: ¡Aparecieron dos del avión con los jugadores de rugby!

—¿De qué habla? —pregunté, súbitamente inquieto.

—¡Está en todas las emisoras! —exclamó, al tiempo que encendía la radio—. Incluso están dando los nombres.

La primera palabra que escuché en la radio fue «Roberto Canessa»: «Roberto Canessa y Fernando Parrado son los dos supervivientes que llegaron a Los Maitenes», fue la frase completa.

El chofer advirtió el cataclismo que ocurría en mi interior porque alcanzó a virar hacia la acera y clavar el freno, en el momento en que me arrojé del asiento trasero al de adelante para abrazar y besar al taximetrista, mientras gritaba:

—¡Es mi hijo, es mi hijo!

El chofer y yo salimos del auto, nos abrazamos y, como yo empecé a llorar, entonces él me abrazó más fuerte y se puso a llorar con tanta pasión como la mía, con el coche doblado en plena calle. No recuerdo una sola palabra de todo lo que hablamos en el taxi hasta llegar a la casa de mi primo Gregorini, porque yo estaba flotando en otro lugar, llorando con el taximetrista, que apenas podía conducir.

El chofer estaba tan conmovido que ni siquiera quiso cobrarme el pasaje y me devolvió la billetera que le entregué para que él se cobrara, porque yo no estaba en condiciones de diferenciar los billetes. Cuando llegué al apartamento de mi primo, golpeé la puerta con los dos puños, con impaciencia creciente, hasta que salió una mujer que no conocía, con expresión asustada.

—¿Qué quiere? ¿Qué le pasa? —me preguntó.

—¿Dónde está Gregorini? —dije.

—El apartamento de Gregorini es el piso de abajo. ¿Usted está loco?

—Sí, estoy loco —le dije, y me lancé escaleras abajo.

Mi primo me estaba esperando en la terminal de ómnibus de Retiro, porque ya tenía la noticia. Me abrió su mujer y él llegó poco después, porque mi ómnibus nunca arribó a la terminal. De inmediato me llevó al aeropuerto, pero en lugar de volver a Montevideo, ahora regresaba a Santiago de Chile.

Mucho he pensado en aquel taximetrista, del que nunca supe el nombre, que me devolvió la vida justo en el momento en que yo había claudicado. Recuerdo perfectamente su fisonomía: era ligeramente gordo, el cabello raleado, tenía unos cincuenta años. Siempre que viajaba a Buenos Aires y tomaba un taxi, me preguntaba si no sería él. A veces abordaba un taxi y volvía a la zona donde lo había tomado aquel 22 de diciembre, en las afueras de la ciudad, donde al bus se le partió la caja de cambios, para buscarlo. Deambulaba sin rumbo, «Siga dando vueltas», le decía al taxi que me llevaba, que no sabía qué cosa estaba buscando, porque no podía relatarle una historia tan inverosímil, pero nunca más lo encontré. Quería pagarle el pasaje que no me cobró, no con dinero, sino devolviéndole el abrazo más intenso que experimenté en toda la vida.

Posteriormente me enteré que poco después de que yo me fuera de San Rafael, Harley y Nicolich recibieron una noticia asombrosa: aparentemente había aparecido una nota sin firma donde se hablaba del avión uruguayo accidentado, pero todo estaba en la nebulosa, nadie sabía nada concreto, nada estaba confirmado. Inmediatamente tomaron un ómnibus hasta Mendoza, donde llegaron al amanecer. Con la colaboración de las autoridades del aeropuerto, que estaban tan sorprendidas como ellos, pudieron tomar un avión que transportaba carne congelada que acababa de hacer una parada técnica, y que los dejaría en Santiago.(1)

1- Juan Carlos Canessa dio este testimonio el 27 de diciembre de 2008, seis meses antes de su muerte.

Capítulo 30

Si el día anterior no podía caminar, ahora conseguía moverme lentamente. Recobraba paulatinamente algo de fuerzas porque me había hidratado y con los frijoles y las otras comidas recuperaba todas las sales que faltaban a mi cuerpo.

A eso de las tres de la mañana nos fuimos a dormir en una de las chozas de los campesinos, sobre catres sin colchón, con jergones de cuero, abrigados con pieles. Me acosté y pensaba: no son rocas, ni estamos en vilo, suspendidos sobre el abismo.

Desperté antes del alba, como siempre lo hice en la montaña. Cuando abrí los ojos, no sabía dónde estaba. Desde hacía diez días dormía a cielo abierto y ahora sobre mi cabeza había una enramada sostenida en troncos, con rosas mosqueta mojadas por el rocío. No había zapatos congelados ni bolsa de dormir, ni el cuerpo de mis amigos triturado y embutido en una media de rugby.

Seguía extenuado, pero conseguía ponerme de pie. Nando abrió los ojos. Afuera identifiqué a Catalán, que me saludó con un gesto. Al sereno, en sacos de dormir, estaban tumbados los carabineros. Dos se estaban desperezando. Conté… Uno, dos, tres… Faltaba uno. Levanté la vista y lo divisé entre la niebla. Era el enérgico sargento Menares, que venía caminando de más abajo.

—Buenos días —me dijo, resoplando por el esfuerzo—. La niebla es demasiado espesa, no sé cómo harán para volar los helicópteros.

La niebla, en verdad, era tan densa que no alcanzábamos a ver el río, que discurría a treinta metros de distancia.

Los carabineros encendieron fuego y calentaron leche.

A las nueve empezamos a sentir una gritería, como un alboroto ensordecedor que crecía cada vez más. Le pregunté a Sergio Catalán quiénes eran. Él se encogió de hombros, como si nunca en su vida hubiera escuchado algo parecido.

De la bruma, algunos a caballo, otros a pie, embarrados hasta la cintura, comenzaron a aparecer decenas de periodistas, con cámaras de televisión y fotográficas, con micrófonos, con grabadores, con libretas. Así como en una fracción de segundo habíamos pasado de jóvenes sin problemas a vivir en el pretil de la vida al caerse el avión, el 13 de octubre, cuando vimos aparecer decenas de periodistas de todo el mundo, pasamos de sombras inexistentes a héroes inverosímiles. Los únicos que nos dábamos cuenta de que todo era una fantasía, lo primero y lo segundo, éramos Nando y yo. Catalán y los campesinos Serda y González se fueron a continuar con sus trabajos.

Poco después intentamos salir a caballo, bajo la niebla intensa, con los carabineros, Nando y yo a la grupa de dos de ellos, pero a la media hora nos interceptaron los helicópteros, que aterrizaron en un pastizal a nuestro lado. Las máquinas estaban al mando de los comandantes Carlos García Monasterio y Jorge Massa, los mismos que habían estado buscando al Fairchild 571 accidentado desde el 13 de octubre, y los dos que asesoraron a los tripulantes del C 47 sobre cómo debían proceder a la búsqueda (el primero murió en un accidente aéreo, cinco años después, en Tierra del Fuego). Los comandantes nos miraban con asombro, como los carabineros.

Cuando me vio el que dirigía todo el operativo, el coronel Morel Donoso, me dijo:

—¿Usted es el cabro de Canessa? Su padre estuvo buscándolo hasta ayer.

Entonces sí era él, dije, como para mí mismo. *¡Era él quien me enviaba fuerzas!* Era verdad eso que a veces sospechaba: tal vez mi padre me estuviera buscando porque sabía que si él se hubiera perdido, yo lo habría buscado hasta debajo de la última piedra.

Los pilotos desplegaron otro mapa en el suelo, más completo que el que nos mostró Menares, y volvimos a indicarles el mismo punto que habíamos señalado al sargento en la tardecita anterior.

La primera reacción del comandante Massa fue decir que eso era imposible, porque allí comenzaba Argentina: «Eso es casi el Sosneado, del otro lado de la cordillera». Yo le insistí que estaban del otro lado de una montaña gigantesca, y que la situación era de tal urgencia que un minuto podía ser una vida.

«Es insostenible», repitieron. Con respeto y sin conseguir disimular su asombro, argumentaban que no sabíamos leer un mapa, que estábamos alterados, confundidos, que debíamos serenarnos y mirar mejor.

Pero lo más curioso era que los únicos que estábamos serenos, porque seguíamos en el ritmo de la montaña, aunque urgidos para que saliera el rescate, éramos nosotros.

—Están allí —repetí.

Los comandantes de los helicópteros se miraron entre ellos. Advirtieron que no titubeábamos.

Nando fue más asertivo.

—Si no nos creen, se mueren —les dijo—. Ni siquiera sabemos si siguen vivos.

Entonces nos volvieron a mostrar el mapa, los Andes inconmensurables, repetimos la ruta, volvieron a mirarse entre ellos porque advirtieron que siempre reconocíamos el mismo itinerario con los dedos, se pusieron de acuerdo con un gesto y nos dijeron que no podrían buscarlos a ciegas, que la única forma era que uno de nosotros fuera con ellos. Debía ir Nando o yo, porque había un solo lugar disponible, de lo contrario podrían traer a uno menos de los catorce.

—La misión es arriesgada —agregó Massa, como luego lo advertiría a sus tripulantes y socorristas, por si alguno quería desistir, aunque nadie se bajó.

Al mismo tiempo que yo estaba demasiado extenuado, Nando quería ir. Y así se hizo, en otro viaje temerario, donde todos se jugaron la vida. Por causa del mal tiempo y el lugar inaccesible donde estaba el fuselaje, solo seis amigos regresaron ese día y los otros ocho al siguiente.

Cada vez que observo las filmaciones en blanco y negro de ese día, advierto, en los ojos de Nando y los míos, que no hay gloria ni alegría, es una mirada muy extraña, que tiene un vestigio de cada una de las eras que atravesamos. El arriero de las colinas, Sergio Catalán, que está sentado sobre el pasto, medio metro atrás de nosotros, también tiene la misma mirada, porque sabía de dónde veníamos y lo dura que era la montaña.

Cuando esa tarde volvieron los helicópteros con el primer grupo de sobrevivientes, experimenté algo que hacía tanto tiempo no sentía que ni me acordaba lo que era: el orgullo, después de tanta humillación. Cuando los veía bajar del helicóptero, los observaba y se me ensanchaba mi escuálido pecho, porque me daba cuenta de que no les habíamos fallado, que hicieron bien en confiar en nosotros. A la vez era un sentimiento interior, porque nadie vino a decírmelo y yo no precisaba que lo hicieran.

Antes de subir al helicóptero para ir a San Fernando, fui a darles la mano a los dos campesinos y a Sergio Catalán. Cuando les dije gracias, los tres me miraron con sorpresa, como si no supieran por qué cosa debía agradecerles. Los dueños del paraíso eran los hombres más humildes de la Tierra.

Dejamos Los Maitenes hacia el hospital de San Fernando, y por las ventanillas del helicóptero, con la mirada, le dije adiós a la sociedad de la nieve.

* * *

Al hospital entré caminando, no en silla de ruedas, como querían los médicos y enfermeras, y me alojaron en una habitación que me pareció inmensa.

Los primeros que entraron a verme, poco después, fueron Lauri y luego mi madre, porque mi padre había quedado varado en Buenos Aires, donde seguía esperando un vuelo a Santiago. Después entraron mis tres hermanos, Adriana, Conqui y Juan Francisco, con los rostros radiantes.

—Parecés un viejito —me dijo mi madre, con una paz tan grande que parecía que ya no necesitaba más nada en la vida.

Mis hermanos me contaron que en la noche anterior, cuando en la madrugada llamaron por teléfono a mi casa para decir que yo estaba vivo, y atendió mi madre, los despertó y les dijo, simplemente, bajo el vano de la puerta del dormitorio: «¡Ya llegó!».

—Nos tuvimos que comer a los muertos, mamá —le confesé en un susurro.

Y su respuesta me liberó de cualquier duda, o de cualquier tribulación, como siempre lo había hecho, en todos los días de mi vida.

—Eso no importa nada, siempre supe que jamás bajarías los brazos —me dijo.

El tema de alimentarnos con los cadáveres, para mi madre, era irrelevante. Lo relevante era que jamás había bajado los brazos.

—Eras demasiado joven para morir, te faltaba mucho por hacer en la vida —me dijo. Y luego agregó—: yo sabía que estabas vivo porque si te ibas a morir, me iba a enterar antes de que me lo dijeran.

Conservo algunas imágenes muy nítidas de ese hospital, una construcción antigua, de estilo colonial. Cuando los médicos ordenaron que me dejaran solo, observaba la luz mortecina del corredor, mientras yo me movía en la cama de hierro, que me resultaba demasiado grande porque hasta podía abrir las piernas, y pensaba que si hubiera hecho eso en la montaña, me hubiera despeñado. Pero ahora podía hacerlo y, si caía, el piso estaba a mi lado.

Mi padre llegó esa noche, cansado, emocionado, desbordado. Sentí que regresaba a su casa un guerrero. La imagen que conservo es esta: estaba alborozado pero al mismo tiempo se tomaba la cabeza con las manos, consternado, protector de su cachorro, porque su felicidad estaba empañada al no saber si el mundo nos comprendería.

Me preguntó si estaba bien en ese lugar. El médico quería saber si estaba bien atendido, si me habían hecho los exámenes correspondientes, quería saber cómo estaba el principal paciente que tuvo y que tendría en su vida. Le dije que sí, que estaba bien atendido por sus colegas, pero que no estaba tan bien como cuando dormí en la cabaña de los arrieros en Los Maitenes, con paredes de madera, caña y paja, donde pasamos la primera noche tras el rescate, con los campesinos de rasgos mapuches y Sergio Catalán.

—Ellos me cuidaron mejor que los médicos.

Capítulo 31

Laura Surraco de Canessa

La tarde del 19 de diciembre de 1972, inexplicablemente, había recuperado el ánimo, en medio de esa zozobra ininterrumpida que vivía desde el 13 de octubre. Habían pasado sesenta y ocho días desde el accidente de Roberto. Extrañaba todo, cada vez más, incluso el tono de su voz, que ya no recordaba, y hacía esfuerzos por sintonizarla. Antes habían encontrado humo, una cruz, marcas, huellas, espejismos, ondas magnéticas, visiones, todas falsas ilusiones. Ese día no encontraron nada, pero por primera vez desde el accidente yo experimentaba paz. La única explicación que he encontrado es que ese día y a esa hora fue el momento en que Roberto tomó la piedra caliza para regalármela, y pedirme que lo esperara.

Dos días después, en la tardecita del 21 de diciembre, mi madre, Laura, que siempre defendió a Roberto más que a mí, entró a mi habitación con la mirada desencajada y pronunció una frase que me petrificó:

—Dicen que hay dos sobrevivientes.

Todo dio vueltas en mi cabeza. Porque lo que imaginaba hasta entonces no debía someterse a ninguna prueba, pero era muy diferente cuando esa ilusión debía confrontarse con la realidad. En la fantasía todo podía suceder, aunque fuera lo más sorprendente y disparatado, pero si surgían elementos reales, dos sobrevivientes, el ensueño desaparecía y me acosaba un tipo de dudas que hasta ese entonces nunca tuve: ¿Sería Roberto uno de ellos? ¿Cómo sobrevivieron setenta días en los Andes? Hasta entonces vivía la disociación de lo que decía mi padre, que me mostraba fotos de la cordillera, que me decía que era imposible que estuvieran con vida, porque en la cordillera no hay vida, pero mi instinto me llevaba a refugiarme en casa de la madre de Roberto, que tenía la absoluta convicción de que sí lo estaba. No podía soportar la idea del duelo y me cobijaba en la esperanza de su madre. Pero ahora se dirimiría, definitivamente, quién tenía razón. Solo teníamos esas cinco palabras, «Dicen que hay dos sobrevivientes».

A la noche, sin otras noticias, mi padre me dijo que sería mejor que tomara una pastilla para dormir, porque la velada podría ser muy larga, y, no lo dijo pero lo pensó, el desenlace podía ser escalofriante. Las dudas, pensaba mi padre, crecerían a medida que avanzara esa noche que podía ser la más gloriosa, o la más triste imaginable.

A las tres de la mañana desperté sentada en la cama con alguien que me abrazaba, estremeciéndose por el llanto. Era mi padre:

—Tenías razón, él está vivo. Cuando amanezca lo vamos a ir a buscar.

Pocos minutos antes había sonado el teléfono, que yo no escuché por el somnífero. Era Raquel, la madre de Gustavo Nicolich, que le dijo a mamá una frase que la recuerda siempre:

—¡Feliz mortal, uno de ellos es Canessa!

Mi padre estaba tan exultante como arrasado. Cuando regresó de la primera búsqueda en avión, de las tantas que hizo, el cabello se le tornó completamente blanco, cuando antes tenía solo algunas

canas.

Amanecimos en el aeropuerto, mi padre y yo, y la madre y hermanos de Roberto, junto a un montón de familiares que ignoraban si sus hijos estaban vivos. Poco después pudimos volar a Santiago (donde éramos los únicos que teníamos la certeza de que a quien íbamos a buscar estaba vivo, porque ni la familia de Nando sabía de la suerte de la madre y la hermana), y de allí fuimos en auto a San Fernando, al hospital San Juan de Dios, donde los sobrevivientes permanecían internados antes de emprender vuelo rumbo al hospital de Santiago.

Hasta ese momento, cuando creía que Roberto estaba muerto, pensaba: *Ojalá esté vivo, aunque no vuelva conmigo, aunque siga con otra mujer, porque sé que podré contar con él para siempre, hasta el último día de mi vida. Si a mí me dicen que lo volveré a ver por un minuto en lo que me queda de vida, estaré feliz.* Era lo único que pedía…

Esa parte del sueño se había cumplido. Con mis diecinueve años, sentía que era la novia de un príncipe encantado que regresaba del reino más lejano imaginable para encontrarme…, pero podía ser que no me buscara más, que yo hubiera quedado en algún lugar del pasado, como una cicatriz más de su largo e incomprensible recorrido. A su vez sentía que lo que había sucedido, por lo poco que sabía, era propio de Roberto: una vez más se había salido con la suya. Meneaba la cabeza con incredulidad, sin saber si reír o llorar.

Llegué al hospital como en sueños, como se llega a otro mundo. Había un alboroto ensordecedor y estaba lleno de gente desconocida que yo no entendía qué hacía ahí. Entré a un corredor muy blanco y seguí avanzando sin saber adónde iba, hasta que me interceptaron tres médicos, Fernando Baquedano, José Manuel Ausín y Miguel Melej, que eran quienes atendían a los sobrevivientes. El doctor Melej empezó a hablarme, recuerdo su mirada, porque quería advertirme, antes de que lo viera, sobre lo que encontraría. Pero yo no lograba concentrarme, no entendía lo que decía, porque todo era irrelevante frente a la gigantesca constatación de que estuviera con vida, mientras Melej seguía con sus argumentos, tomándome de los hombros, diciéndome: «No hemos encontrado referencias para poder darles a los familiares elementos para ayudar a estos chicos después de lo que han vivido», «Tienes que pensar que esto nunca ha ocurrido antes», y otros consejos semejantes. Pero su mensaje era firme y serio, que remató con un pedido: me rogaba, encarecidamente que, por la salud de Roberto, permaneciera muy poco rato en su habitación, porque podría producirle un colapso. O no se sabía qué.

De pronto, advertí, a través de la puerta entornada de una habitación a mi izquierda, sus pies.

—Tienes que entrar despacio —agregó el doctor Melej, cuando terminó de soltar mi brazo porque yo hacía fuerza para desembarazarme.

Entré a la habitación despacito y, cuando lo vi, recostado en la cama, envuelto en una túnica blanca de hospital, la negra barba larga y rala, con el rostro tan enjuto, me costó reconocerlo. Roberto me hizo un gesto con la mano para que me aproximara, y quise abalanzarme sobre él como imaginaba que debería arrojarse una novia de diecinueve años sobre el príncipe encantado que regresa de las tinieblas. Pero lo que encontré entre mis brazos no era lo que esperaba: el príncipe azul era un esqueleto escuálido, con una barba muy crecida y dispareja, con los labios resquebrajados, a los que ni siquiera podía besar.

Si afuera de la habitación todo era confusión, euforia, consternación, nerviosismo, periodistas ansiosos, gente que lloraba y reía al mismo tiempo, Roberto era todo lo contrario: irradiaba serenidad, espiritualidad, como si su cuerpo se hubiera consumido pero su alma engrandecido.

Sus movimientos eran lentos y sin ruido, había como un silencio profundo en la habitación.

Entonces estiró un brazo y tomó, de la mesa de luz, un envoltorio que conservaba como si fuera el regalo más precioso imaginable. Eso era lo que quería decirme, o mejor, mostrarme.

—Olvidé la roca que también te traía, pero te traje esto —susurró—. Abrilo —añadió, al percibir

que titubeaba.

Lo que quería mostrarme estaba envuelto en el suéter de lana gruesa que yo le había tejido. Cuando lo abrí no pude disimular mi sorpresa al encontrarme con un pequeño trozo de queso, amarillento, sucio por los pelos del suéter, que le dieron los arrieros en Los Maitenes. Permanecí absorta, con el trozo de queso entre las manos, porque tal vez él quería que me lo comiera, o no sabía qué quería que hiciera con esa cuajada.

—Lo guardé para ti —balbuceó.

Fui entendiendo poco a poco algo que terminé de comprender mucho después. A pesar del hambre insaciable que tenía cuando llegó a la vida, en Los Maitenes, él había dejado de comer ese trozo de queso para dármelo a mí. Pero no era un recuerdo, sino que era algo para que yo también pudiera alimentarme, para que no me muriera de hambre como él. Como hacían en los Andes, compartía conmigo el tesoro más valioso que tenía: el alimento que les permitía vivir un día más. Me había traído un pedazo de queso para que tuviera fuerzas para seguir marchando, a través de la interminable cordillera de la vida.

—Estuve en el valle donde crecen las flores más ricas del mundo. Cuando tengamos una familia, los voy a llevar —me agregó.

Yo no podía parar de llorar.

Después me repitió, en un susurro, que la piedra que me había traído de lo más profundo de la montaña la había dejado, sin querer, en su campera que le regaló al arriero. Le dije que no me importaba la piedra ni el queso, que me importaba él, pero no entendió lo que quise decir. No entendió cómo no importaba la prueba de que había hecho la travesía por mí, la piedra, y el elemento que nos permitiría seguir vivos y juntos, el queso.

—Caminé por ti, Lauri —musitó.

Entonces entendí que estábamos hablándonos desde dos mundos completamente diferentes. Él hablaba de elementos básicos, una piedra como prueba y un queso para vivir, y yo venía cargada de infinitas sensaciones de otra era.

Nuevamente me arrojé en sus brazos, pero ahora me di cuenta de que mi reacción lo asustó. Cuando yo me acercaba demasiado se agobiaba, como si se sintiera oprimido por mis colores, mis cabellos, el olor a perfume. Me di cuenta de que con un esfuerzo sobrehumano había logrado sacar su cuerpo de la sociedad de la nieve, pero parte de su ser seguía en la montaña, donde yo era solo un sueño.

Al mismo tiempo sentí que eso que me decía, que había caminado por mí, era demasiado, no podía asumir tamaña responsabilidad; sentí que no me lo merecía, me parecía una desmesura que hubiera hecho tantas cosas por una persona como yo.

Llorando, le tomé la mano, que tenía los dedos muy largos y huesudos, y él también se puso a sollozar, pero no era un llanto normal, era diferente a todos los llantos que he escuchado en mi vida. No era el llanto de un bebé, ni de un hombre, ni de un viejo. Era un sollozo agotado, físicamente extenuado y emocionalmente desbordado. Lloraba con tanta debilidad, pero a la vez con tanta intensidad, que parecía un gemido que provenía de lo más profundo de su ser.

En ese momento entró una enfermera que estaba embarazada de unos ocho meses y tras ella, sin que lo vieran los médicos que hacían guardia en la puerta, se entrometió un reportero. La primera pregunta que le hizo fue si él creía que su supervivencia fue un milagro. Roberto, sin vacilar, le dijo, señalando a la enfermera con un niño en el vientre: «Milagro es lo de ella, que va a tener otra vida en pocos días».

Entonces entró el doctor Melej y sacó al reportero, e inmediatamente me tomó del brazo para que dejara la habitación. Mi padre se asomó y le dijo a Roberto:

—¡Esto que hicieron es para hombres! —Porque él siempre bromeaba que nosotros éramos unos

jovencitos y él un hombre «como Tarzán».

Luego mi padre cambió de tono y me llevó de la mano por los pasillos blancos del hospital, diciendo «Pobres chicos, qué será de ellos», pero pensando: «¿Qué hago con esta chiquilina, con este novio con semejante trauma, que tuvo que comer los cuerpos de los muertos?», sin saber que Roberto ya me lo había contado y que a mí me había resultado mucho más simple, una idea sensata e inteligente.

Yo no entendía bien lo que había sucedido. No entendía lo del queso sucio, lo de la roca y mucho menos el milagro de la enfermera embarazada. No entendía lo del «valle donde crecen las flores más ricas del mundo», que años después conocimos, cuando fuimos con nuestros tres hijos. Y creo que verdaderamente lo terminé de entender hace muy poco, cuando nació el primer hijo de nuestro hijo mayor, Hilario, nuestro primer nieto, Benicio, el 9 de octubre de 2012.

He visto nacer a muchos niños, empezando por nuestros tres hijos, pero nunca había hecho una asociación tan directa con un hecho que había ocurrido hacía cuarenta años, en el hospital de San Fernando. Roberto, como Benicio, estaba naciendo, en su caso naciendo de vuelta, o renaciendo, poco a poco. Benicio entiende poquitas cosas, pero nosotros, los de afuera, le pedimos demasiadas. Los de afuera tenemos con él muchas expectativas, pero él solo puede cumplirlas poco a poco. Benicio viene con el cordón umbilical conectado a la placenta de la madre. Cuando le cortan el cordón, comienza a nacer pero no termina de salir de la madre, que en el caso de Roberto eran los Andes, el fuselaje, la caminata, los arrieros, el queso y la roca milenaria. Cuarenta años después entendí lo que no comprendí el 22 de diciembre de 1972. Los niños nacen del agua, y Roberto venía de las nieves eternas.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 32

Cuando regresé de la montaña, intenté retomar mi vida donde la había dejado. No fue fácil. Por suerte, estaba Lauri para acompañarme.

Los dos habíamos cambiado mucho, pero, sugestivamente, habíamos progresado hacia el mismo rumbo. Ella había madurado muchos años y yo vivía un contraste: Lauri me decía que se me había agrandado el alma pero se me había consumido el cuerpo. Al principio tenía hasta la piel arrugada y la voz tan fina como la de un anciano, o un niño. Nos tomó un tiempo acercarnos a la edad cronológica que los dos teníamos entonces: diecinueve años.

Cuando Lauri y mi familia me vieron en el hospital de San Fernando, el 22 de diciembre de 1972, se sorprendieron con mi apariencia. Porque no tenía setenta días de montaña, sino un tiempo imposible de medir. Yo no terminaba de comprender lo que sucedía, porque es muy raro que una ilusión se torne verdad, y advertía que no era capaz de manejar un sueño que se había convertido en realidad.

Creo que a todos nos sucedía algo parecido. Lauri dice que cuando veía al grupo de sobrevivientes en el hospital, juntos, formábamos como una comunidad espiritual, éramos como un enjambre de abejas cuyo zumbido solo nosotros escuchábamos, porque estábamos como desbordados por un sentimiento de amor entre nosotros y con Dios.

Por eso, las expectativas de la gente con nosotros y conmigo eran inciertas. Muchos decían que ese tiempo tan largo que vivimos, que no se mide por las manecillas del reloj, había producido estragos en nuestros cuerpos y nuestras mentes. Predecían, por las preguntas que nos hacían, que envejeceríamos muy rápido, porque en tan pocos días habíamos vivido más de una vida, lo que dejaría un lastre para la vida que restaba.

Otros —convencidos de la hazaña— vaticinaban que nos íbamos a dormir en los laureles, o los que creían que tanto dolor resultaría insoportable, creían que la truculencia de lo que vivimos, necesariamente, dejaría huellas, alterando nuestro sueño, de modo que nunca jamás recuperaríamos la paz, lo que se manifestaría en comportamientos anómalos que nos impedirían, incluso, sonreír.

Siempre luché por no aceptar lo que la sociedad quería imponerme como destino; siempre luché contra el vocablo «irremediable». El mundo decreta que eres un muerto del mismo modo y con la misma irresponsabilidad con que decide que eres un héroe, o, un minuto después, un caníbal.

Cuando caímos en la montaña se rompieron los vínculos con la sociedad del llano, pero las conexiones entre nosotros se estrecharon cada día más. Lo que hicimos fue restañar la herida de inmediato y tejer una trama de vínculos nuevos, de titanio y de cristal, de fortaleza y sensibilidad, de inteligencia y emoción, que nos protegiera como un todo y no como individualidades aisladas. Nos salvábamos en conjunto, la suma de órganos que mantenían el equilibrio del organismo, o perecíamos separados. Y el vínculo que se estableció entre nosotros fue incondicional, donde dormir abrazados fue la manifestación visible. Es un vínculo que nunca se rompe, porque todos fuimos incondicionales con todos. Con los vivos y con los muertos. A eso después le pusieron nombre: resiliencia, un concepto que venía de la física, aunque creo que es una acepción diferente, porque

nadie ofrece, en vida, su cuerpo a los otros.

Por eso siempre los tengo en el recuerdo, y ellos, sin saberlo, todavía me cobijan en momentos de incertidumbre, porque son muertos que llevo conmigo. No solo porque me alimenté con sus cuerpos, sino porque yo soy uno de ellos, y sé que ellos tienen parte de mí. Solo que unos dieron otro paso adelante, y nosotros un paso al costado. Un paso adelante, Arturo Nogueira, Daniel Maspons, Gustavo Nicolich, Liliana Methol, la madre y hermana de Nando, Eugenia y Susana, Numa Turcatti, el Vasco Echavarren, Marcelo Pérez del Castillo, Enrique Platero, el Flaco Vázquez, todos los veintinueve, y nosotros, los que todavía quedamos, uno al costado, Nando, Coche, Fito, Moncho, Gus, Carlitos, Tintín, Pedro, Álvaro, Javier, Roy, Daniel, Eduardo, Pancho, Bobby François.

Lauri dice que por eso tengo la pulsión de perpetuar la sociedad de la nieve, de todas las formas posibles, organizando homenajes que se van convirtiendo en liturgias, como reunirnos todos los años los 22 de diciembre; jugar, año a año, en Chile, el partido que se truncó en 1972, o las visitas a Sergio Catalán, en un impulso irrefrenable que nunca se agota, y que siempre renueva mi compromiso con la vida.

Muchos me dicen que yo no viví mi cordillera en el pasado, sino que la llevo en la espalda. No quedó atrás, la llevo adentro.

Entre otras cosas porque para nosotros, morirnos en los Andes, si lo hacíamos bien, tampoco era un fracaso. La vida y la muerte, en la montaña, no eran estados antagónicos. Convivíamos con los muertos, pero no resultaba macabro, porque ellos eran la antesala de nuestra propia muerte. No estábamos en el velorio de otro, sino de nosotros mismos, porque esa realidad era el paso posterior de lo que nos sucedía a nosotros. Unos habían llegado antes y otros estábamos en tránsito. Y hasta a veces creo que para los veintinueve que murieron, la odisea no fue un fracaso en términos absolutos, porque permanecen en los dieciséis que lograron sobrevivir, como lo dice Gustavo Nicolich en su carta: «Si yo con mi cuerpo pudiera salvar a alguien, gustoso lo haría». Y lo sé, o lo sospecho, porque tengo la más genuina convicción de que en aquel entonces, que era la hora de la verdad, donde estaban definitivamente abolidas la mentira o la hipocresía, yo sentía y decía exactamente lo mismo que él.

Cuando amanecimos en Los Maitenes, tras haber dormido en la choza de los arrieros, surgió, asomándose entre la niebla, una turba de gente que caminaba anhelante. Al primero que me encaró, un hombre que me sorprendió por lo rollizo, le pregunté qué sucedía, qué hacían en un lugar tan alejado e inaccesible. Me respondió que era un periodista de la BBC de Londres y que quería hablar conmigo antes de que lo hicieran los demás. «¿De qué querés hablar?», le dije, y me respondió: «Estabas muerto y resucitaste; todo el mundo quiere conocer tu historia. Es una hazaña soberbia». Su frase me sumió en una profunda confusión.

Cuando regresé a Montevideo, esos dos mundos, los elementos básicos de Los Maitenes y la hazaña soberbia, quedaron más claramente confrontados. Después de retornar, el 28 de diciembre, conocí a un equipo mayor del que había viajado a Chile después del rescate: el equipo que rodeaba a los cuarenta y cinco pasajeros del Fairchild 571, que se había afianzado en los setenta días de espera, y como cada uno se ramificaba en otros tantos afectos, hacía que cientos de personas estuvieran expectantes y, después de nuestra aparición, atónitos. La mayoría, las familias de los veintinueve, estaban inmersos en una tragedia doble porque sus familiares se murieron dos veces (el día del accidente y luego, tras el supuesto milagro de la resurrección, cuando no estaban en la lista), y apenas dieciséis, un tercio del total, era el equipo de la dicha. Mientras que algunos, como Nando, se enfrentaban a la felicidad de la vida cruzada por la desgracia, por la muerte de su madre y hermana, o Javier, por la de su mujer y madre de sus cuatro hijos.

Después de que llegué a Montevideo, comencé a recorrer los hogares para tocar el timbre en las casas de mis amigos que permanecieron en la montaña, y contarles a sus familias lo que nos había

sucedido, lo triste que había sido y por qué habíamos tenido que hacer lo que hicimos para sobrevivir. Además, les llevaría los objetos de cada uno de los muertos que había recogido Gustavo Zerbino desde el primer día. Ni siquiera pretendía que me entendieran, porque sabía que eso no estaba a mi alcance, pero sí que recibieran la verdad de primera mano y que no se enteraran únicamente por terceros o por la prensa de lo terrible que había sido nuestra lucha en los Andes.

La primera noticia llegó a través de algunos andinistas que fueron en los helicópteros del rescate del primer día, y sacaron fotos que le dieron a la prensa, violando nuestra desgraciada intimidad y aprovechándose de nuestra impotencia. Uno de ellos, incluso, en esa jornada que permanecieron con el resto de los sobrevivientes, mostraba su arma en la cintura, haciendo guardia en su carpa, lejos del fuselaje, como si temiera a esos trogloditas, mis amigos, nosotros, mientras que otros, como el jefe del grupo, Sergio Díaz, hizo lo contrario, y compadeciéndose de los sobrevivientes, contuvo al grupo durante toda la noche dentro del fuselaje. La explicación sobre cómo tuvimos que alimentarnos la tuvo que dar al mundo Pancho Delgado en la conferencia de prensa del 28 de diciembre de 1972, en el gimnasio del colegio Stella Maris-Christian Brothers, de donde provenía la mayor parte del grupo.

Visité a la hermana del Flaco Vázquez y a los padres de Arturo Nogueira, que me pedían que les hablara de su hijo, que, muriéndose, me enseñaba cómo debía seguir viviendo.

También visité a los cuatro hermanitos Nicola, cuyos padres habían muerto en el accidente. Junto con la congoja sentí una gran incertidumbre: ¿qué sería de sus vidas, si es tan difícil criar a los hijos cuando uno tiene todo, y ellos de un día para el otro se habían quedado sin nada? Marcelo tenía cinco años, y sus hermanos tenían siete, once y trece años en 1972.

En los años siguientes, hicimos por sus hijos todo lo que pudimos, pero el camino fue muy empinado. El segundo de los hermanos, Pepe, enfermó de lupus y lo desahuciaron. Pero al fin, contra todas las previsiones, gracias al trasplante de un riñón que le donó una hermana de su madre, logró salir adelante. Francisco, a quien le devolví el reloj de su padre que me acompañó en los diez días de caminata, es un médico con vocación humanista, padre de dos hijos. Marcelo, con apenas setenta y cinco kilos de peso, fue uno de los mejores jugadores de rugby que tuvo la selección uruguaya. Juan Pedro, cuando tenía cuarenta y cinco años, fue con nosotros y con su hijo al lugar del accidente en la montaña, y le dijo, mientras besaba la tumba de sus padres: «Acá están tus abuelos y acá están los sobrevivientes que vivieron gracias a ellos, y estoy orgulloso de que mis padres vivieran de esa manera». Lo que no quiere decir que todos los días no sueñen que sus padres van a regresar de aquel viaje de 1972 para abrazarlos, con los mismos gestos con que los habían despedido, cuando en la mañana del 12 de octubre los despertaron en sus camas a las seis de la mañana.

Cuando visitaba a Gustavo y Raquel Nicolich, los padres de Gustavo, que murió en el alud, advertía que desde la profundidad de su tristeza nos apoyaban a nosotros para ayudarnos a cicatrizar las penas, cuando ellos tenían una grieta que jamás podría zanjarse. Pero al hacerlo nos mostraban que no podíamos olvidar a su hijo, que, en la montaña, poco antes de morir, había escrito, en una carta dirigida a su novia: «Llegué a la conclusión de que los cuerpos están ahí porque los puso Dios, y como lo único que interesa es el alma, no tengo por qué tener un gran remordimiento, y si llegara el día y yo con mi cuerpo pudiera salvar a alguien, gustoso lo haría».

Tendríamos que hacer de nuestras vidas algo precioso, de lo que los muertos estuvieran orgullosos, al igual que mis hijos y los hijos de mis hijos, porque ellos no tenían descendencia para transmitir ese legado, que lo traspasaron a nosotros. Por eso, cuando regresé al lugar del accidente en la montaña con mi hija Lala en 2006, les dije:

—Como les había prometido, hice con mi vida lo mejor que pude. Y aquí vengo a presentarles el fruto de ese esfuerzo.

* * *

Tal vez por eso cuando regresé a Montevideo quería seguir viviendo como en la montaña. Salí de dormir en un fuselaje o al sereno en las cumbres nevadas durante las caminatas, y mi primera cama, en el llano, fue el piso de tierra de una carpa en un campo sin casa en el departamento de Rocha, en la Laguna Garzón, en Uruguay. Pensaban, desde el llano, que quería comodidad, una cama mullida, ropa limpia. Pero lo que quería era vivir como en la montaña, pero sin acechanzas.

Los primeros días caminaba pocos pasos, cincuenta o sesenta metros, y la frecuencia cardíaca subía por encima de mi límite, porque debía hacer mucho esfuerzo, lo que me provocaba náuseas. Dormía mucho, como si me faltaran meses, años de sueño, y comía demasiado, y solo comidas calientes, cerca de un fuego. Pero lo que más disfrutaba era respirar todo el oxígeno que me faltó en los Andes y que en el campo abundaba a raudales.

Poco a poco fui advirtiendo que, al tiempo que iba ampliando el cinturón —engordaba un kilo por día—, recuperaba la voz, y si antes solo podía susurrar, ahora conseguía hablar; y un día, caminando por el campo con mi novia, pegué un grito que espantó a los pájaros del monte, lo que me asustó.

—Creo que me estoy curando —le dije a Lauri.

Empecé a andar en bicicleta. Primero titubeaba y temía perder el equilibrio, como si tuviera que reaprenderlo. Un día me atreví a pedalear hasta el barrio más próximo, luego al siguiente… Veinte días después fui hasta Pocitos, a quince kilómetros de Carrasco, a visitar a los primos Strauch, y cuando regresé tras dos horas advertí, con sorpresa, que todavía me restaba energía.

En febrero retorné a la Facultad de Medicina.

Muy pronto me enfrenté a una prueba muy dura, cuando tuve que dar el examen de Anatomía donde disecábamos cadáveres como los que habían convivido con nosotros en la montaña. Permanecía mirándolos como abstraído, mientras algunos compañeros me observaban de soslayo, preguntándose qué estaría pasando por mi cabeza. No sé cómo lograba concentrarme.

En marzo, cuando recuperé los músculos que impedirían que me fracturara los huesos con los golpes, volví a jugar rugby. Y cada partido jugaba más recio que el anterior, en el estilo duro y frontal que me caracterizaba. Cuando mis amigos volvieron a llamarme *Músculo*, como siempre lo hicieron, finalmente supe que había concluido el camino de vuelta.

En abril me aproximé a lo que creía que era la estabilidad. De mañana estudiaba Medicina y de tarde hacía reportajes de los Andes —más que hazaña soberbia, lo que era evidente era la insaciable apetencia de la gente por saber qué había sucedido—, que cobrábamos en parte para nosotros y en otra parte para juntar dinero y ayudar a las familias de los muertos, que quedaron destrozadas, emocional y económicamente, porque no lograban rehacer sus vidas. Y de tardecita entrenábamos en el equipo de rugby del Old Christians, que era un crisol de emociones porque ahí estábamos los sobrevivientes, los hermanos de los muertos, los compañeros del equipo que no habían viajado y los protagonistas omnipresentes, las ausencias, la fuerza de los jugadores que quedaron en los Andes.

Capítulo 33

Cuando se publicó el libro *¡Viven!*, en 1974, nos propusieron a Nando y a mí, que fuimos los que finalizamos la caminata, que hiciéramos un tour por Estados Unidos y Europa para promocionarlo. Si en la montaña fuimos los más miserables de la Tierra, ahora experimentaba, tan pocos meses después, la situación opuesta. Éramos héroes veinteañeros, los reyes del universo.

Pero en el primer avión que atravesó el continente, el rey joven estaba aterrorizado. Nando hacía una prueba: ponía un vaso con agua en la mesita junto a sus rodillas, para ver si su superficie se movía. Y si lo hacía, por las turbulencias, me codeaba: «¿Creés que debemos prepararnos?».

Primero recorrimos Estados Unidos y luego Europa. Todo estaba dispuesto para encandilarnos. Cuando los periodistas y las celebridades nos conocían se sentían deslumbrados, y hacían todo para deslumbrarnos a nosotros. Pero siempre me sentí un pretexto del deslumbramiento ajeno; estaban previamente encandilados y nosotros no éramos más que la prueba de que eso que experimentaban era cierto. No podían creer que estuvieran frente a frente con dos expedicionarios que salieron de la nada e ingresaron en el mundo con sombras de la zona gris en la mirada. Y además éramos tan jóvenes, y tan normales, que no podíamos ser de verdad. Y en realidad, no lo éramos.

En la larga ruta me crucé con todo tipo de celebridades, pero de todas esas celebridades solo recuerdo a las que me parecieron, por algún aspecto intangible de lo que decían o hacían, genuinas. En fiestas, cenas, agasajos, no me llamaban la atención los oropeles, ni los elogios ante lo que ya se había convertido en aparente proeza, sino las miradas que brillaban más que otras cuando nos escuchaban, y donde yo advertía más que horror, o deslumbramiento, compasión.

Hicimos quince mil kilómetros en Estados Unidos y diez mil en Europa. En medio de aquella alucinación de la gloria mundana de 1974, con veinte años de edad, saltando de salón en salón, de entrevista en entrevista, cada una con más empaque que la anterior, percibí claramente que me estaba olvidando del Roberto de diecinueve años, de Sergio Catalán, de los arrieros Armando Serda y Enrique González.

Hasta que una noche llamé por teléfono a Montevideo y hablé con Lauri, porque había descubierto que llegar a la meta era el penúltimo obstáculo, porque el último, el más difícil, era recuperar la vida sencilla y verdadera que aprendí en la nieve. Le dije: «Todo es una paradoja, Lauri, estoy aquí y no soy yo, fui una persona muy desgraciada y mi única proeza radica en mi voluntad de vivir»; para terminar preguntándole, al fin de mi larga travesía, tras sortear el último obstáculo, si quería pasar el resto de su vida conmigo.

Nunca expresé en forma más gráfica e intensa lo que es el afecto, o el vínculo, que con los dos recuerdos que quise traerle a mi novia de la montaña, mi penúltimo invento. Una piedra y un pedazo de queso seco. Sé que con el guijarro que olvidé en Los Maitenes y nunca llegó a destino, quería llevarle una muestra de lo que había sido la odisea, lo dura que había sido la lucha, lo inhumana, lo desmesurada, para volver a ella. Una roca volcánica fuerte y negra, del centro de los Andes, que jamás había sido vista ni tocada por otro ser humano. Esa roca la olvidé en el camino, y aunque la perdí, la sigo buscando, porque el camino a veces se hace duro como las rocas volcánicas del centro

de la cordillera de los Andes.

Con el pedazo de queso sucio y reseco quise expresarle la contracara. Como nunca en mi vida había visto, ni olido, ni comido algo tan sabroso, como nunca en mis diecinueve años la vida se había expresado con tanta magnificencia como en ese trozo de queso, elaborado por manos humanas, con leche de las vacas que se alimentan del pasto intensamente verde de la precordillera, quería llevarle la prueba rotunda de que la vida puede ser tan tierna como resplandeciente, un arrullo sereno y una caricia interminable. Y que, si nos daban la oportunidad, debíamos aprovecharla.

* * *

No bien llegué a Montevideo de regreso del viaje de promoción del libro *¡Viven!*, con el dinero que me correspondía por su venta, me compré una moto de motocross para correr carreras con Nando. La gente decía: «¿Por qué hacen esto estos chicos, que sufrieron un accidente atroz y salvaron el pellejo de milagro, y ahora lo arriesgan corriendo carreras por deporte?».

Lo cierto es que yo corría porque precisaba adrenalina, algún resabio, quiero creer, del vértigo de la montaña. Le reprochaban a mi padre, y él decía que no podía disuadirme, ni contenerme, porque si de niño ya había sido independiente de criterio, ahora, con veinte años, que los cumplí el 17 de enero de 1973, era todavía más autónomo.

Mientras tanto, mi madre iba a ver las carreras de motocross para alentarme.

Yo pensaba que si había sobrevivido a los Andes, sobreviviría a las carreras de motocicletas, donde lo peor que podría sucederme era volar por los aires y caer sobre el camino o el campo, mientras que en la montaña podía caer al abismo. Y, efectivamente, un día sufrí un accidente: la rueda delantera golpeó una roca, volé por los aires y temí que la moto cayera sobre mí, cosa que no ocurrió. Pero sí caí sobre el camino de tierra y me luxé la clavícula. Pero no bien me repuse, seguí corriendo.

El 6 de junio de 1975 le propuse al abuelo de Lauri, que tenía una casa muy amplia en Carrasco, si nos permitía habitar en el altillo, en un tercer piso, donde yo, con mis propias manos, acondicionaría un cuarto, una pequeña cocina y un baño. Me casaba con su nieta y viviríamos con ellos.

El 18 de junio de 1976 nos casamos y nos fuimos a vivir con los abuelos.

Durante muchos años vivimos muy modestamente. Yo estudiaba Medicina y con Lauri trabajábamos en el Hospital Italiano, donde ella coordinaba los pacientes en el Servicio de Cardiología, dirigido por mi padre, y él y yo hacíamos cateterismos en adultos y niños.

El 20 de diciembre de 1976, cuando estaba probando una moto nueva en una pista próxima a Portones de Carrasco, en la zona norte del barrio, advertí que se acercaba el auto de mi suegra Laura, que estacionó donde finalizaba el circuito. Terminé de hacer la vuelta, detuve la moto y cuando me acerqué, me dijo:

—A Lauri los exámenes le dieron positivo. Van a tener un hijo, Roberto.

Y con la misma naturalidad con que antes sentía una imperiosa necesidad de correr carreras por deporte, en ese instante perdí esa urgencia de velocidad, vértigo y adrenalina y toda mi energía se canalizó en la barriga de Lauri, que comenzaba a crecer. Vendí la moto de carrera y con el dinero compré un autito Citroën Ami 8 y otra moto de paseo a medias con un amigo, Jorge Zerbino, hermano de Gustavo. Y descubrí que mi vida de familia, con un auto tranquilo, tenía más adrenalina que el motocross.

* * *

En 1971, cuando ingresé en la Facultad de Medicina, me preguntaba qué quería hacer con mi vida. Me seducía la tarea del cirujano, porque la visualizaba como el componedor, el que termina de reparar el daño o la anomalía, y yo siempre me sentí un arreglador. Pero al mismo tiempo consideraba que no era capaz de entenderme con un equipo tan amplio en una sala de operaciones, donde nadie puede salirse de su función y asumir roles que no le corresponden. Entonces me dije: *Me juntaré a las personas que más saben, complementaremos habilidades y encontraré mi destino.*

Antes de recibirme de médico hice el internado en el Hospital de Mercedes, en el interior de Uruguay, como practicante de guardia. Era ayudante de cirugía, donde me habitué a colaborar con todo tipo de operaciones, además de las cotidianas, como apendicitis, hernias, fístulas. En la medicina rural aprendí a ser un componedor, porque el médico rural debe resolver todas las urgencias con sus manos, ya que no tiene especialistas cercanos a quienes consultar. Y, curiosamente, es así como me llaman, hoy, mis amigos médicos de la Universidad de Harvard: dicen que soy un «country doctor», y fundamentalmente sostienen que soy un «doctor sabio» no por lo que sé, sino por cómo encaro la medicina, porque, como me dicen, «sabes de cosas que no están en los libros, ni en Internet». Yo solo ambicionaba ser un médico digno de mi país, pero, de repente, por causa de los Andes, los mejores médicos del mundo me abrían las puertas de la cardiología infantil, porque yo les había narrado mi fórmula, la fórmula de un estudiante de diecinueve años que cursaba segundo año de Medicina. Ellos me decían que yo había atravesado un velo que pocos médicos traspasan, y había regresado al otro lado para relatar la experiencia. Y eso era importante para la medicina.

Regresé a Montevideo y continué en el Hospital Italiano, en el Servicio de Cardiología, trabajando en el laboratorio de cateterismo cardíaco, donde revelaba las películas de angiocardiografías.

A su vez, continuaba descubriendo cuáles áreas de la cardiología me atraían más, o, como en la montaña, dónde me sentía más útil. Quería llegar al principio de los principios, al núcleo del núcleo, y así desemboqué en la cardiología fetal, para llegar al doctor Jack Rychik del Children's Hospital of Philadelphia —que en Uruguay me ayudó con el paciente Agustín Vázquez Chaquiriand—, porque la cardiología fetal era algo tan chiquito como gigantesco, tan finito como infinito. Y las cardiopatías congénitas, no las adquiridas por malos hábitos, son las que irrumpen de repente, sin haber hecho nada para merecerlo.

Un día de 1981, Pepe Nicola, uno de los cuatro hijos del doctor Nicola, que con su mujer murió en el accidente, enfermó de lupus. Los médicos que lo atendían vacilaban, no sabían qué hacer. Entonces los dieciséis sobrevivientes y todo el club Old Christians decidimos hacer lo posible y lo imposible por salvarlo. Organizamos una colecta de dinero y lo llevamos al mejor centro médico del mundo en la materia, el hospital de la Universidad de Stanford, en California.

Mientras Pepe se curaba, en los ratos en que no me permitían estar con él, comencé a frecuentar el laboratorio de Stanford, donde trabé amistad con el doctor Norman Shumway, el padre del trasplante cardíaco, un hombre a quien recuerdo con cara de bueno, que vestía una túnica muy vieja. Y con él accedí al principal experto de la época en otra forma de explorar el corazón, además del catéter, la ecocardiografía: el doctor Richard Popp, a quien llamé y le pregunté qué precisaba para ir a estudiar con él:

—Hablar inglés y una inteligencia normal —me respondió.

Cuando volví a Uruguay, pasé del otro lado de la camilla, y en lugar de ayudar a introducir el catéter en la arteria y el corazón, lo hacía yo mismo. Había logrado tal entrenamiento que llegué a hacer diez cateterismos por jornada. Un día empecé con un niño de un mes a las ocho de la mañana y

terminé a las diez de la noche colocando un marcapasos a un hombre de noventa.

Con el doctor Pedro Duhagón, uno de mis maestros en cardiología infantil, introdujimos la técnica de Rashkind en la medicina uruguaya para niños con transposición de grandes arterias, que consiste en inflar un globo en el corazón, rompiendo la pared entre las dos aurículas, lo que permitía que la sangre oxigenada llegara al ventrículo derecho y a la aorta, y ese niño que estaba morado se transformaba en rosado, cambiaba de color y recuperaba la lozanía.

Luego, con mi padre, comenzamos con las angioplastias y la colocación de estents. En 1983 obtuve una beca de Ecocardiografía en España, donde trabajé al servicio del doctor Manuel Quero Jiménez, en el hospital Ramón y Cajal de Madrid.

—Si quieres entender el corazón, tienes que mirar previamente las piezas anatómicas de muchos corazones muertos
—me dijo, en nuestra primera entrevista.

Y fue lo que hice en el Museo de Anatomía Patológica con el doctor Manuel Arteaga, donde pasaba horas y horas analizando los corazones todavía frescos en mis manos.

Un año después, en una consulta a domicilio, conocí a un niño muy grave que padecía de estenosis e insuficiencia valvular aórtica con endocarditis, quien ya tenía embolias en sus manos. Había consultado a varios médicos y todos le habían dado diagnósticos diferentes. Tras analizarlo le sugerí a su padre, Fermín Donazar, que su hijo debía operarse de inmediato en el Hospital de la Universidad de Birmingham, en Alabama, con el profesor Albert Pacifico.

Los Andes, y como hablaba de cosas «que no están en los libros», me permitían interactuar directamente con los médicos con más entrenamiento y mejores resultados en las áreas en las que me estaba especializando.

Como podía costearse el tratamiento, lo hizo de inmediato. Le pusieron la válvula mecánica y el niño, Luis Pedro, se salvó. Su padre estaba tan agradecido que cuando regresó me dijo que podía pedirle cualquier cosa en el mundo, porque a su hijo otros médicos le decían que estaba bien, que saldría solo del problema, y yo le dije que se estaba muriendo, lo que terminó siendo correcto. Le dije:

—Si quiere darme algo, deme un aparato de *doppler* ciego que venden en Suecia, y con eso podré hacer diagnósticos como el que hice a su hijo con mucha más rapidez y certeza.

Un mes después, apareció el padre de mi paciente en mi consultorio con el primer equipo Vingmed de *doppler* ciego del país. Y con esa máquina, que no es invasiva como el catéter, empecé a diagnosticar a innumerables niños por la velocidad de la sangre.

Así se forjó mi camino por la cardiología infantil. Un largo viaje para estar en el principio de todo. La semilla que eventualmente puede germinar, pero es necesario que cooperen muchas mentes y manos. Se necesita un equipo laborioso y comprometido. ¿Lo logrará? ¿Implosionará las estadísticas? Esa es la pregunta gigantesca que a veces me atormenta, pero siempre me fortalece.

Al principio trabajé con las herramientas que había en aquel entonces, en los años setenta: el estetoscopio para escuchar las profundidades del pecho, auscultándolo, para descubrir el soplo. La placa de tórax, el electrocardiograma, mis manos, para palpar pulsos, la altura del hígado en el abdomen. Luego el cateterismo cardíaco, que aprendí de mi padre y el doctor Pedro Duhagón, con el que trabajé muchos años. Inyectábamos contraste a través de un tubo de plástico introducido por una vena hasta el corazón; el contraste teñía las cavidades cardíacas y nos revelaba qué cardiopatía sufría el paciente.

Colaborando para componer los corazones de los niños estaría consultando constantemente el manual de la montaña. Estaría en la zona gris, en la entrada de la muerte, tratando de impedir que alguien traspasara la frontera. Ahí estaba también implícito el compromiso que hice con mis amigos que quedaron en los Andes, en 1972: vivir y seguir trayendo vida para que su muerte no haya sido en

vano.

Capítulo 34

Si mi vida, los diecinueve años que tenía, se puso a prueba en los setenta días en la montaña, esos setenta días se pusieron a prueba en los años que siguieron, porque mi vida no terminó en la cordillera, sino que se disparó con ella.

Cada día, de esos setenta, fue un aprendizaje rotundo. Cada día fue un escalón en el camino, pero en ese período crecí tan deprisa que tuve que volver permanentemente al pasado para entender cómo sería el paso siguiente. El primer día aprendí que lo difícil daba trabajo y que lo imposible costaba un poquito más. El último día en el valle verde de Los Maitenes, cuando constaté que nos habíamos salvado, sentí que la vida era una brisa, y que entre la tragedia y la gloria solo mediaba un suspiro.

Aprendí el alma de la medicina en la montaña y luego certifiqué el conocimiento en universidades del llano. La educación es tan vital como la maternidad, pero la educación formal te entrena a respetar estándares y protocolos, aunque no necesariamente te enseñe ni te prepare para desafiarlos o superarlos.

En Chile, nunca antes, en treinta y cuatro accidentes de avión en los Andes, hubo sobrevivientes. Nunca antes habían vivido niños nacidos con hipoplasia en el ventrículo izquierdo en Uruguay. «Nunca antes.» Aprendí en la montaña que el «nunca antes» es relativo. Tan relativo que haremos todo lo posible para que sea falso, para que ese feto que está por nacer lo termine logrando gracias a los que estamos afuera, en la sociedad «civilizada», cinchando de una soga, como lo hacían del otro lado de la cordillera, en Los Maitenes, gente humilde y misericordiosa como el arriero Sergio Catalán.

Si la luna en la cumbre de los Andes fue la imagen más deslumbrante que vi, no conozco una imagen más armónica que las aurículas y los ventrículos del corazón de un niño latiendo, porque eso significa que tiene vida. Lo veo a través de una simple máquina, un monitor de cristal líquido como el hielo de la montaña; un cristal conectado por un cable a un enchufe de material plástico, sin ninguna belleza aparente, porque su armonía depende de una hermosura intrínseca. No es la belleza que veo, sino la que imagino, la que me sugiere lo que lleva adentro: un niño, como aquel joven trepando la montaña, llegando a la cima, y viendo la inmensidad de la cordillera y al fondo, en la nebulosa, el valle de Los Maitenes.

Miro el corazón en el ecógrafo y veo almas en vilo tambaleándose en la cima de la montaña, y del otro lado, a diez días de distancia, un farolito de querosén titilando en la choza de los arrieros, gente viva del otro lado del mundo que nos ofrece queso, frijoles, algo de carne y pan, todo lo que tenía para alimentarse durante muchos días aislados, para traernos de vuelta a la vida.

Miro por el ecógrafo del tiempo y observo a mi madre, llorando, porque su hijo mayor se había perdido. Yo la estaba escuchando y le susurraba al oído que no desesperara, que confiara, que no se desarmara. Por eso me esperó sin enloquecer, y no enloqueció porque estaba convencida de la locura de que yo regresaría.

Estos corazoncitos sin terminar están esperando que alguien se tome el trabajo de terminarlos. Esos corazones que laten dentro del vientre, pero que no pueden hacerlo afuera, le dicen lo mismo a

sus madres: no te desarmes, ya vuelvo a ti. Necesitan de otras manos para terminar de formarse, para que su paso por la vida no sea apenas una lenta y breve agonía, en su caso; o apenas diecinueve años, en el mío. Primero dependen de una decisión, un sí o un no. Luego requieren de un esfuerzo mancomunado de muchas personas. Requieren que se conecten muchas voluntades. Por eso tienen un destello especial estos mensajeros. Lo son sin quererlo, como lo fuimos nosotros en los Andes. No puedo evitarlo: me identifico con seres viviendo situaciones imposibles de superar. A esas madres quiero decirles que lo que recibieron fueron diagnósticos de médicos que siempre estuvieron vivos, pero yo puedo darles la opinión de un médico que también estuvo muerto.

Lo que define la vida es el latido del corazón. En la montaña yo les auscultaba el corazón para escuchar sus latidos. El palpitar marcaba un límite drástico: de este lado estaban los que seguían latiendo, por los que hacíamos todo el esfuerzo, por los que dábamos la vida porque lo siguieran haciendo. El corazón se transformó, para mí, en la esencia. La meta de los Andes fue seguir latiendo, y el compromiso con quienes me lo permitieron fue palpitar por ellos.

En noviembre de 1971, casi un año antes del accidente, el equipo principal de rugby del club Old Christians tenía dos pateadores de penales: Arturo Nogueira, que murió en nuestros brazos en la montaña, y yo, para lo que me había preparado desde mis viejas penitencias después de hora en el colegio, pateando hasta el atardecer. El partido final del campeonato de ese año se definió con un penal sobre la hora, cerca de la media cancha y muy pegado a la línea del costado. La única opción era patear la pelota para convertir sobre los palos, a cuarenta metros de distancia, porque no había tiempo para salir jugando. Tampoco habíamos previsto quién patearía en una circunstancia semejante, sin tiempo para titubear porque nunca antes se nos había planteado esa disyuntiva. Miré los palos a la distancia y me pareció, en efecto, un tiro dificilísimo, casi imposible, al menos para mí. *Veremos qué dice Arturo*, pensé.

De pronto, él se me acercó y me dijo:

—Me parece que debés patearlo vos, Músculo.

El capitán me autorizó, acomodé la pelota, me concentré en su trayectoria, tomé impulso y pateé lo más fuerte que pude. La pelota salió despedida con violencia, ascendió, dando vueltas, con toda la gente hipnotizada en su trayectoria, y cuando iba a pasar entre los palos, en el instante en que nosotros y nuestros hinchas saltábamos de alegría, sonó estridente el silbato del árbitro, porque había anulado el penal ya que, dijo, corrí antes de que él lo autorizara. Entonces busqué la pelota —en el rugby jamás se discute la decisión del árbitro— con todo el mundo en ascuas, la volví a colocar en el césped, la torcí hacia lo que me parecía el centro de los palos, tomé impulso, esperé que me autorizaran, corrí, pateé y la pelota hizo, en este caso, lo que me parecieron infinitas cabriolas en el aire, muy alto, mientras yo, boquiabierto, acompañaba su dirección evaluando el viento; y si bien me parecía que le había pegado como quería, no sabía si acertaría a pasar entre aquellos dos palos tan distantes y difíciles. Pero lo hizo, y la cancha del Old Christians estalló en una explosión alborozada.

Inmediatamente, finalizó el partido, y cuando regresábamos al vestuario me aproximé a Arturo y le pregunté por qué me había cedido la oportunidad de convertir.

—Porque si yo lo erraba no me lo perdonaría nunca, y sé que si vos errabas, en cambio, no te preocuparía en lo más mínimo.

Ese mismo Arturo fue el que escribió, en la montaña, once meses después, en la carta a su novia y a sus padres, con las piernas destrozadas, consumido por el frío de dormir en las camillas colgantes, con la muerte rondando alrededor: «Fuerza que la vida es dura, aunque merece vivirse, aun en el sufrimiento. Valor».

Arturo tenía razón: si erraba, en aquel último partido, no sentiría que fallé a todo un equipo y a su hinchada. No me sentiría responsable del fracaso. Y eso fue funcional en la montaña. No sabía cómo iban a quedar muchas de las curaciones o fracturas que arreglé en los Andes. Pero las hacía sin

vacilar, poniendo todo mi esfuerzo y habilidad, con la máxima concentración. Luego vería los resultados y advertía que en algunos casos eran mejores que otros, y de ese modo lograba superarme en la siguiente curación. Pero jamás sentí remordimiento por unas y orgullo por otras. Lo mismo sucedió con las decisiones que tomé, o las que ayudé a tomar, en los Andes y después. Esta actitud la traía de antes, pero se potenció y solidificó en la montaña.

Con mis pacientes niños utilizo la misma estrategia de la juventud, visualizando, antes de patear, la trayectoria donde debe ir la pelota. La veo volando por los aires, haciendo piruetas imposibles, sorteando la brisa que hamaca los cipreses del fondo de la cancha, y pasando entre los palos. Luego de este ejercicio, pateaba.

A mis pacientes niños muy críticos, con la mitad del corazón, de color morado, o azul, jadeando al respirar, con dificultades para succionar, los imagino corriendo lozanos, al aire libre, al sol, disfrutando de la vida. Son crisálidas, como lo fuimos nosotros, que pueden permanecer como larvas o cumplir su derrotero y desplegarse en mariposas. Y eso, y solo eso, es la meta y la recompensa que persigo. Que otros titubeen, porque yo no tengo tiempo para hacerlo.

Porque si en los Andes hubiera vacilado, en cualquier punto, estoy convencido de que hoy no estaría aquí. *Fuerza que la vida es dura, aunque merece vivirse, aun en el sufrimiento. Valor.* En verdad, en toda mi vida no hice más que seguir tu prédica.

* * *

Aproveché cada viaje que hice para hablar de los Andes, para desarrollar mi otra pasión, la medicina. En rigor, siempre he creído que la medicina es el mejor corolario y el resultado de los Andes. Uno es la preparación para lo otro. Y si no estuviera lo primero, a la medicina la hubiera enfocado de una forma completamente diferente. Los Andes eran el desafío del pasado estático que ya no podía cambiar, y la medicina el del futuro incierto, que sí podía.

El siguiente paso que me propuse, aplicando la máxima de los Andes de que las distancias son horizontales, no verticales, fue trabajar para que el niño más pobre de Uruguay tuviera el derecho a tener el mismo diagnóstico, con el mismo nivel de precisión, que el más rico del mundo. Que un humilde niño de Mercedes, como todos los que conocí cuando allí hice mi internado, tuviera el mismo diagnóstico de un niño que se atiende en el mejor centro médico del mundo. Era, una vez más, solo una cuestión de distancia; la distancia entre mis conocimientos y mi ecógrafo en Montevideo, y el ecógrafo de médicos como los doctores Jack Rychik y Meryl Cohen, del Children’s Hospital of Philadelphia. En todo caso, una distancia mucho menor que caminar del valle de las Lágrimas a Los Maitenes, que siempre fue, desde 1972, mi patrón de medida, mi sistema métrico decimal.

Si bien yo podía intentar suplir el factor humano, gracias, entre otras cosas, a que del otro lado de la línea tenía a mi disposición a los mejores médicos del mundo, necesitaba las máquinas adecuadas. Y así comencé un largo peregrinar por tener, en mi consultorio, los mismos equipos de los mejores centros médicos del mundo.

Esa frase que siempre repetía en mis charlas de los Andes, que un niño de Uruguay —o de cualquier país— debería tener el mismo diagnóstico del centro médico más avanzado, comenzó a recorrer el mundo, y un día llegó a oídos del doctor Itzhak Kronzon, pionero en ecotransesofágico, en Estados Unidos, que pronto vino a visitarme. Cuando vio que para hacer un diagnóstico de transposición de grandes arterias teníamos que subir dieciséis pisos por escalera en el Hospital de Clínicas (porque ese día los ascensores estaban rotos), con el ecógrafo portátil al hombro, me regaló un ecógrafo *doppler* a color que en el New York Hospital acababan de dejar de usar. De esa forma, a partir de entonces, mis pacientes, en lugar de tres cateterismos, con el nuevo equipo tenían un

diagnóstico, en lo técnico, equivalente al mejor que se hacía en cualquier país.

Viajé alrededor del mundo acompañando el desarrollo de los tratamientos de los centros médicos más avanzados, relatando mi historia. No solo aprendía, cada vez con más precisión, la deficiencia que el paciente tenía, sino que sabía también a qué «taller» enviarlo para su reparación. Pero fue cuando surgió la ecocardiografía, que advertí, azorado, que había encontrado lo que quería para mi vida. No solo por la máquina, o por lo que significaba para la práctica de la medicina, sino por lo que significaba para mí. Para profundizar los estudios en ecocardiografía, obtuve la beca en España. Cada día avanzábamos con esa máquina maravillosa que mostraba el corazón que vibraba del otro lado de la pantalla.

En 1989 me enteré de que en el hospital de niños de Toronto, los doctores Bob Freedom y Jeff Smallhorn estaban innovando con un nuevo «catalejo» para mirar el corazón: la tecnología de la ecografía avanzaba a ritmo de vértigo, con imágenes cada vez más precisas. Viajé al Hospital for Sick Children en Toronto invitado por esos mismos doctores y me alojé en casa de un profesor de Literatura que me invitó gustoso porque enseñaba el libro *Alive!* en sus clases, donde yo era uno de los protagonistas. De día aprendía medicina y al atardecer hablaba de los Andes en casa de mi anfitrión, y, según me decía el profesor, le enseñaba.

Fue el doctor Itzhak Kronzon el primero que me mostró el ecógrafo *doppler* a color donde la sangre circulaba en la pantalla en rojo y azul. Yo estaba boquiabierto. Esa máquina detonó en mi recuerdo una imagen que no podía quitarme de la mente.

Observando las profundidades de un cuerpo humano a través del monitor, me vinieron a la memoria las ventanas del fuselaje del avión destruido en la cima de los Andes, por donde, temblando de miedo, muertos de hambre, acurrucados entre nosotros para que el calor de los cuerpos evitara el congelamiento, contemplábamos la serenidad y la belleza de la luna, deslizándose de ventanilla en ventanilla, haciendo su órbita, imperceptible y eterna. Adentro era dolor y crujir de dientes. Afuera, el espacio nos estaba mostrando que no todo estaba perdido. Si bajaba la vista y volvía a la realidad del fuselaje, me abrumaban el hedor, el dolor, la tristeza. Si elevaba la mirada y aguzaba los sentidos, la luna que se insinuaba por las ventanas del fuselaje era tan perfecta, tan deslumbrante, que me producía un estremecimiento.

Había encontrado la herramienta mágica que me permitiría entrar y salir de la montaña. Me permitiría, una vez más, decidir como lo hice en la cordillera: *¿Seguimos? Si seguimos, ¿qué costo tiene?* Y la pregunta final: *¿Vale la pena?*

Y así vuelvo al Hospital Italiano, donde la madre embarazada en la camilla, Azucena, muy pronto se formulará las mismas preguntas sobre su hija, María del Rosario, y yo podré compartir con ella lo que para mí significaron esas interrogantes y las respuestas que fui encontrando a lo largo de mi vida.

Cuando salimos de los Andes, los psiquiatras que nos analizaban pronosticaban que nos quedarían traumas y secuelas de por vida, y que jamás podríamos volver a insertarnos en una vida normal. El cuerpo sobrevivió, pero la mente no, vaticinaban, por lo que nunca nos sobrepondríamos a lo vivido. Lo que hicieron fue extrapolar horrores equivalentes, traumas de guerra, graves accidentes, y aplicarlos a la montaña. En esos traumas equivalentes la consecuencia era la depresión, el sinsentido, la pérdida del impulso vital. El error que cometieron fue creer que el destino sería peor.

Si esos mismos investigadores, con aquellos criterios, analizaran la vida que les espera a estos niños que nacen con cardiopatías congénitas que los obligan a padecer una cirugía a pecho abierto en el mismo instante en que nacen, donde a su minúsculo cuerpo lo congelan como a nosotros en el fuselaje y lo conectan a un corazón extracorpóreo, y sufren varias de estas cirugías en los primeros años de vida, concluirían que esos niños tendrán una vida peor que la del común de los niños. Yo pienso en cambio que su vida no es peor ni mejor: es diferente.

Somos «anormales», «mutantes», porque nosotros en los Andes y estos niños con sus cirugías desafiamos al determinismo y torcimos el final natural de la historia. Por eso siento con ellos una identificación y empatía que me llena de calor, y cuando estoy con ellos me cargo de sentido; se me amplía el corazón. Ellos son los mensajeros de la vida, estos niños de voz aterciopelada —porque la intubación precoz muchas veces les afecta las cuerdas vocales— son los que me dicen que tenía razón en seguir atropellando a la montaña, que esa luna era la escena más maravillosa que vería y que, por buscar algo equivalente, solo por eso, vale la pena seguir pujando.

Capítulo 35

Azucena, madre de María del Rosario

Cuando hice la primera consulta con Roberto Canessa, a fines de marzo de 2004, recuerdo que llamé algunas veces al consultorio y no lograba agendarla. Hasta que una amiga que lo conocía me sugirió que solo confirmara si estaba en el país y, si estaba, que fuera a sentarme en la sala de espera hasta que me atendiera.

Así fui, sin hora, y me quedé hasta el final. Y lo que vi allí fue un escenario completamente diferente al que había visto en otras consultas médicas. Era una especie de jardín de infantes pero con muchos niños enfermos. Y un hombre de pelo blanco peinado hacia atrás, de andar muy enérgico, muy fuerte, con manos rústicas como las de un labrador, o un mecánico, que caminaba de una sala a la otra, de donde estaba el equipo de la ecografía a otro cuarto más pequeño. O venía a la amplia sala de espera y hablaba con las madres, o los niños, porque después supe que a muchos de ellos los conoce desde antes de nacer.

Cuando Roberto terminó con todos los pacientes, vino a la sala de espera y me descubrió a mí, que no estaba en la lista pero que había permanecido sin moverme desde el principio de la consulta. Me hizo la ecografía y me invitó a pasar a una pequeña sala del Hospital Italiano que la puedo recordar en sus mínimos detalles. Después la llamé «el cuarto de vidrio», porque era el único de ese sector del hospital desde donde se veía el cielo.

Ya sabía que algo estaba muy mal en la ecografía, que para mí duró una eternidad. Me senté frente a él. Tenía tal ansiedad que me sudaban las manos y el corazón se me aceleraba como una locomotora. El doctor, aparentemente, estaba tranquilo. Su actitud podría serenarme en otra situación, pero no en ese momento. Durante la ecografía había advertido un rictus de preocupación en su rostro. O tal vez no era nada más que mi imaginación.

En ese instante el doctor me preguntó en qué trabajaba, qué hacía mi marido, en qué barrio vivíamos. De pronto, hizo una pausa. Observó sobre mi cabeza el cielo a través de la ventana, en ese segundo piso del hospital, con esa mirada que he aprendido a interpretar, donde él está contigo pero parece que al mismo tiempo hay una parte suya que está distante, vagando en un mundo que desconozco. Con el tiempo supimos que cada vez que Canessa deja la mirada perdida en el horizonte significa que estamos frente a un problema serio, pero que él ya está buscando una salida. Al principio nos ponía muy ansiosos porque creíamos que se ausentaba. Pero era todo lo contrario. Estaba armándose de coraje.

—A tu hija, que está por nacer, le falta la mitad del corazón —me dijo—. Podemos hacer un gran esfuerzo y salvarla. Si optamos por esta segunda posibilidad, debés tener muy claro que tu vida habrá pegado un brinco que no tiene retorno. Tu vida, tal como la conocías, desaparecerá para siempre. Se te habrá caído el avión. Y además gastarás más dinero del que jamás imaginaste. Podés quedar en la ruina, tú y toda tu familia. Esa es la decisión que tenemos que tomar. Pero decidas lo que decidas, yo te voy a acompañar.

En el ancho de la ventana de esa antigua y gruesa pared del cuarto de vidrio había un oso de peluche marrón, viejo y desteñido. Cuando le pregunté a Canessa qué hacía allí, me dijo que un niño lo había colocado en ese lugar para que mirara «hacia afuera», en su nuevo hogar.

—Y ese niño, ¿está vivo?

—No —me dijo con sequedad.

He quedado tan prendada a esa escena que la recreo constantemente. Allí, en ese cuarto, mirando un oso de peluche que alguien que se fue había dejado a vivir en el marco de la ventana, se originó la vida de María del Rosario.

El resto de ese día, esa noche y los siguientes fueron los más desesperantes de mi vida y de la de mi marido, Juan. Teníamos otros dos hijos, Juan Francisco y José María. Nunca habíamos tenido ningún problema con nuestros dos primeros hijos y me consideraba una madre con experiencia. La decisión era compleja y truculenta: si María del Rosario vivía, ¿no nos arrastraría a todos en una carrera sin destino, donde el final estaba determinado de antemano? ¿Sería autodestructivo? ¿Sabríamos vivir en la cornisa? ¿Valdría la pena?

El nombre que habíamos elegido para la hija que estaba por nacer era significativo. A partir del día del cuarto de vidrio, sin entender lo que estaba sucediendo, me aferré al rosario, y desde entonces hasta hoy rezo el rosario. Y ahí está María del Rosario, con el nombre que le habíamos puesto antes de nacer, cuando el mundo era un universo armónico y predecible.

Tengo la sensación de que cuando fuimos a ver a Canessa al Hospital Italiano para comunicarle nuestra decisión, él ya sabía la respuesta. Nos había contado que, tras la montaña, cuando salieron a contarle al mundo lo que habían vivido, porque este se los demandaba, sentían por momentos que le estaban poniendo precio a los sentimientos, al sufrimiento. La empresa Disney compró los derechos para hacer la película *¡Viven!* y él pensó que negociaban el dolor en dólares, como si las lágrimas tuvieran valor de intercambio. Nosotros entendimos entonces que nuestro dolor o la dicha también tenían precio. ¿Cuánto valía la vida de María del Rosario? La primera cirugía costaba 120.000 dólares. Pero Canessa advirtió en nosotros la actitud, la disposición a caminar por un tiempo indeterminado en la cornisa, en el filo. El tema dejó de ser material y se transformó en espiritual. Claro que luego se convirtió nuevamente en material.

Canessa tiene una máxima: «No hay éxito sin felicidad». Si él advierte que el dolor de un niño, que intenta vivir pero termina muerto, empañará la felicidad de esa madre y ese padre, y sus otros hijos, él cree que no vale la pena. La pena es más grande que el logro hipotético. Pero si advierte que la adversidad no te derrumbará, arremete, apostando todo a que saldrá bien.

A esa decisión de fines de marzo le había precedido otra, el 2 de ese mismo mes, antes de conocer a Canessa. La legislación uruguaya impedía interrumpir la vida humana. Pero estos casos están en una zona intermedia que dependen de la disposición de los padres. No hay ley, no hay jueces. Solo están los niños y los padres. Y en el medio, médicos como Canessa. Cuando supimos del embarazo y nos advirtieron que tenía complicaciones, pero no sabíamos exactamente lo que era, resolvimos de común acuerdo con mi marido Juan tomarnos unos días para que cada uno pensara libremente y con total honestidad qué sentíamos frente a esta situación. Unos días más tarde, cuando salimos a conmemorar nuestro aniversario de casados, el 2 de marzo, cada uno compartió lo que sentíamos, y los dos habíamos llegado a la misma conclusión: no éramos quiénes para determinar quién podía vivir y quién no. Sentíamos que esas decisiones las toma Dios y coincidimos en que no queríamos interrumpir el embarazo. Pero una cosa era seguir con el embarazo y otra fue la decisión que tuvimos que tomar después, a fines de marzo.

* * *

Roberto nos recibió en el mismo cuarto de vidrio, tomando lo que parecía un café con leche. Cuando entramos, no nos preguntó si habíamos llegado a una conclusión. Siguió tomando su café, conversando de cualquier cosa. Nosotros teníamos un nudo en la garganta.

Comenzó a testearnos para ver hasta dónde estábamos dispuestos a llegar. Recuerdo que comenzó diciendo que estas operaciones se hacían en el exterior, principalmente en Boston, y yo le respondí con una sola palabra: «Viajo». Hizo una pausa y me insinuó que había que viajar poco antes de nacer, y cuando iba a seguir con la explicación, lo interrumpí y le dije: «Viajo quince días antes». Hizo otra pausa y me preguntó qué iba a hacer con mis otros dos hijos, y le respondí que mi marido Juan se quedaba y viajaba al final, para la operación. Entonces permaneció en silencio, esperando mi conclusión.

—Lo vamos a *hacer* —le dije.

No bien lo mencioné, cuando vio que estaba realmente dispuesta a hacer cualquier cosa por salvarle la vida a mi hija, dejó la taza sobre el escritorio, sin perder la serenidad, y me dijo:

—Tomá la agenda para anotar, que te voy a pasar unos e-mails.

Se trataba de colegas suyos en Estados Unidos, en tres clínicas. Me explicó qué tendría que decirles en esos textos y hasta recuerdo que tuve que pedirle ayuda con los términos médicos en inglés, porque algunos ni en español los conocía.

Lo que Roberto nos hizo fue una prueba para ver si toleraríamos lo que se venía por delante: meses de buscar soluciones contra viento y marea, con las estadísticas en contra, porque la probabilidad de éxito de la operación era baja. Incluso luego aparecieron complejidades adicionales de la patología que disminuían drásticamente esa posibilidad, pero la probabilidad de que María del Rosario tuviera esa cardiopatía también era bajísima, así que bien sabíamos que los sucesos con bajísima probabilidad también ocurren.

Comprendimos perfectamente la magnitud de lo que había que hacer para que María del Rosario viviera, donde la otra alternativa era, no bien naciera, alimentarla con suero para que lentamente se muriera.

En la decisión de fines de marzo, por eso, todo era mucho más complejo. Y uno de los elementos fundamentales para que nosotros resolviéramos emprender esa extraña, inédita e impredecible odisea, fue la frase con que Roberto nos despidió en aquella primera consulta: «Si deciden que viva, sepan que los acompañaré a donde vayan». Una travesía por geografías nuevas, donde se sabe lo que se enfrenta hoy pero se ignora con qué tropezaremos mañana.

Cuando le dijimos que aceptábamos el reto de hacer ese viaje, juntos, esa primera pesadilla desapareció y comenzó otra que consistía en la desesperada conquista de una sucesión aparentemente infinita de objetivos. Una cadena de eslabones frágiles, porque si uno se cortaba se esfumaba el camino y seguíamos a tientas. Un itinerario tan frecuente como singular: el viaje de nacer.

* * *

María del Rosario nació un martes, el 17 de agosto de 2004, en Boston. La operaron dos días después (todos los años su madrina la llama por su cumpleaños el 19 de agosto, porque dice que para ella nació ese día) y salió del peligro inminente el sábado 21. Yo estaba internada todavía por el parto, y recién entonces llamamos a mis hijos, que quedaron en Montevideo, para decirles que había nacido su hermana.

La probabilidad de que María del Rosario pudiera sobrevivir, en esa primera cirugía y en las siguientes, era baja y en todas las operaciones estuvo a punto de no resistir. «A punto de»: me acostumbré a esas tres palabras. Dos de las veces que tuvo que ir a Boston para las otras cirugías

llegaba con el último resuello. La tenían que bajar en ambulancia y a las corridas. En las operaciones y postoperaciones, Jane Newburger, la cardióloga del Children's Hospital de Boston, equivalente a Roberto en Montevideo, nos decía que, por las dudas, había que despedirse.

Nos acostumbramos a vivir en esa zona límite, despidiéndonos. Todo el cronograma de médicos, la organización de fechas de cirugías en Boston, la planificación financiera, las postas de balones de oxígeno en los viajes, la burocracia, implosionaban permanentemente los límites. Todo lo que podía suceder, en la hipótesis más pesimista, acaeció. Al final nos habituamos a no adjetivar: pesimista u optimista, era irrelevante. En el segundo vuelo de María del Rosario para la segunda operación (el primero lo había hecho en mi vientre), cuando el avión hizo escala en Buenos Aires, no estaba previsto que durante la permanencia en Buenos Aires alguien se quedara en el avión, por razones de seguridad y porque debían hacer la limpieza. Pero yo les dije que de ahí no me movía, porque no se podían sacar los balones de oxígeno. Es muy raro tener que explicar, sin desesperar, a un equipo burocrático que se ciñe a normas para casos habituales que si no llegábamos a Boston a determinada hora, ni un minuto más, se moría. No éramos turistas, no viajábamos por negocios, no visitábamos parientes: lo normal no rige más; estamos haciendo un viaje fuera del tiempo: una cuestión de vida o muerte.

A otra de las cirugías llegó cianótica, saturando cincuenta y ocho por ciento de oxígeno. Mi recuerdo es que ella estaba en el quirófano y yo estaba esperando. Fueron horas suspendidas en el aire, porque como me decía Canessa, yo también debía aprender a soltarla, si era necesario.

Cuando María del Rosario nació, no había ningún niño vivo con ese tipo de cardiopatía en Uruguay. No hay nadie con la patología de María más viejo vivo en Uruguay. Hoy en día, en mi país, con hipoplasia de ventrículo izquierdo, vivos, hay varios casos. En aquel momento no había ninguno.

Supuestamente, lo de María del Rosario se resolvía con tres operaciones. La primera al nacer, la segunda a los seis meses, y la tercera a los tres años. Eso era una situación normal. Nació, la operaron, volvimos a Montevideo, a las tres semanas hubo que ponerle oxígeno, a los dos meses, no a los seis como estaba previsto, como le quedó chico el Blalock, hubo que operarla de vuelta en el Children's Hospital de Boston. La recuperación que se suponía sería de una semana le llevó cuarenta días de internación, en el medio requirió una operación al intestino que estaba mal rotado, volvió a Montevideo y en menos de un mes se agravó su situación y hubo que operarla de vuelta y hacerle otro Blalock. Dos meses después empeoró otra vez y la operaron de nuevo (la cirugía de Glenn). La peripecia fue mucho peor de lo que nos habíamos imaginando en el escenario más complicado. María del Rosario, con diez meses, tenía cuatro operaciones, cuando la expectativa original era que en ese período iba a tener una o dos. La «situación normal» no regía más. Preguntábamos a Boston: «¿Y ahora qué hacemos?», y nos decían que consultáramos con Roberto.

También contamos con una buena copiloto de tormentas, como la llama Roberto a mi madre. Es una persona con una fuerza y una determinación difíciles de sujetar, y siempre está lista para entrar a la cancha. Ella me acompañó en cada uno de los viajes a Boston y siempre aportaba la cuota de luz en momentos en que a mí se me hacía muy difícil hasta respirar. A todo le ponía vitalidad y a cada comentario médico que a mí me derrumbaba, ella le daba una libre interpretación de manera que el panorama no luciera tan nefasto.

Yo estaba en modo automático, había mucho para hacer. Una amiga lo llama mi «modo Boston», el que se «enciende» cada vez que María del Rosario tiene un problema, en el que uno está dispuesto a superar cualquier obstáculo que se interponga en la búsqueda de una solución.

Estuve dieciocho meses sin llorar, y ahora miro una película cualquiera y lloro sin parar.

Un día, Roberto nos contó:

—Mi padre dice que no les dé tantas expectativas a ustedes, tantas ilusiones, porque esa niña va a nacer y se va a morir y van a venir a echarme la culpa a mí. —Se calló unos segundos y agregó—:

Pero mi padre, cuando fue a buscarme a los Andes, pensaba que estaba muerto.

Recuerdo una mañana en la que María estaba con oxígeno en casa, con la saturación muy baja, con una tendencia descendente, y Roberto vino a pasar la jornada entera en su cuarto, para ver su evolución y evaluar los pasos siguientes. De pronto, en ese escenario, en medio de una discusión entre mi marido Juan y yo sobre cómo seguir, él, en voz muy suave y con la mirada ausente, como si estuviera en otro lugar, comenzó a relatarnos una discusión que tuvo con sus amigos de la montaña sobre el día en que tenía que partir a la caminata final.

—Hicimos bien en discutir y demorar, porque llegamos a destino —terminó diciendo.

María del Rosario hoy está bien, tiene medio corazón de nacimiento y no hay estadísticas: los más viejos de estos casos tienen treinta años. ¿Todos se van a morir a los cuarenta? No lo sabemos. ¿O a los treinta y uno? Tampoco lo sabemos. En ella se hizo todo lo que se pudo. Hicimos lo mejor que se pudo. Y si algo se complica, y hay que hacer un trasplante, puede ser solo de corazón, o de corazón, pulmones e hígado, porque la vena porta no va al hígado sino a la vena cava inferior. ¿Cuándo va a estar del todo bien, entonces? Si decimos que está bien, pero capaz que hay que hacer un trasplante, me preguntan: «¿Cómo podés vivir así?».

Posiblemente hace un tiempo yo tampoco lo sabía, pero ahora ya no sé vivir de otra manera. Es un cuerpo que funciona gracias a los últimos adelantos médicos y fundamentalmente gracias a la voluntad de que pueda vivir. Y nadie sabe el futuro. Es una dicha, es la alegría personificada, un agradecimiento constante a la vida. Si me pongo a pensar en la incertidumbre de mañana o de la semana próxima, me angustio sin razones, porque hay que disfrutar hoy. No tiene sentido pensar en la inseguridad porque no hay manera de disminuir los riesgos.

A partir de lo de mi hija, ahora pienso que, en mayor o menor medida, todos estamos viviendo de regalo. María del Rosario es un ejemplo extremo. Aquella familia de antes no existe más. Esta es la verdadera y es el mejor regalo que tenemos.

Capítulo 36

A través del ecógrafo observo la vida y, cuando esta languidece y el corazón late cada vez más lento y con menos fuerza, hago el esfuerzo para componerlo. Un día, Lauri, mi mujer, ante una cardiopatía muy grave que estaba tratando en un niño que estaba por nacer, me dijo:

—¿Quién sos vos para cambiarle el destino a Dios?

—No sé, pero voy a tratar —respondí, porque esa fue la única respuesta que encontré y apliqué en los Andes.

Luego de sesenta y un días en la montaña, el primer día de caminata, llegamos a los cinco mil metros de altura, la noche se nos vino encima y no encontrábamos dónde refugiarnos. La oscuridad nos envolvía, el viento soplaba cada vez más fuerte y experimenté la desesperación del que se siente perdido; sabía que podíamos morir de un segundo al otro. El desenlace era inminente. Hacía fuerzas descomunales para que mis piernas pudieran resurgir de la nieve que las enterraba, para dar un paso más, pero cada uno era más penoso que el anterior. El oxígeno de la atmósfera se esfumaba y avanzábamos en una pendiente tan inclinada que parecía aproximarse a la vertical. La cima no estaba donde creíamos, la montaña era mucho más tremenda de lo que imaginábamos. Los ensayos y errores previos no nos habían dado la magnitud de lo que estábamos emprendiendo. Nos zarandeaba una ventisca donde la nieve nos castigaba como latigazos.

De pronto, mientras lágrimas de impotencia brotaban en mis ojos y corrían por mis mejillas congeladas, en un recodo de un risco, surgió una roca horizontal, sin nieve, como si nos estuviera esperando desde hacía millones de años, desde los tiempos en que la Tierra se estaba enfriando. Esa simple roca horizontal, donde el viento había barrido la nieve, tan estrecha que apenas podíamos colocar la bolsa de dormir de pordioseros que habíamos confeccionado, era la distancia entre transformarnos en hielo, a cinco mil metros de altura y treinta grados bajo cero, sin siquiera poder ofrecer nuestros cuerpos a los amigos, y cobijarnos y abrazarnos para preguntarnos, anhelantes, si podíamos vivir un poco más.

Era una roca firme que no se tambaleaba con nuestro peso. Allí cabía la bolsa, ni un centímetro más ni uno menos, como si hubiera sido hecha para esa roca y solo para esa noche, ya que si alguno de los tres se movía, arrastrados por el peso del que se caía, nos despeñaríamos por el precipicio que estaba ahí, a unos centímetros. Cuando nos introdujimos en su interior, extenuados, confirmamos lo que definiría nuestra suerte: adentro se formaba un clima diferente. Era frío, helado, como un *freezer*, pero no nos congelaba, porque la sangre seguía circulando por nuestras venas y no se apagaba del todo el calor de nuestros cuerpos. Todo lo que quedó afuera de la bolsa se congeló, pero nuestros cuerpos seguían latiendo. ¡La extraña bolsa de dormir confeccionada con retazos informes soportaba la alta montaña!

Me coloqué en el extremo, al borde del abismo. Solo podíamos hacer mínimos movimientos para acomodarnos mejor. Incluso si consiguiéramos conciliar el sueño, debíamos permanecer alerta, porque podíamos despeñarnos. Pero la demostración más poderosa de que tendríamos alguna chance ocurrió poco después, cuando asomó la luna en las cumbres nevadas, a la intemperie: éramos capaces

de seguir viviendo. Hacía unos minutos estaba muerto y ahora estaba vivo y la luna venía a decírmelo, una vez más. Quería atrapar la luz pálida, blanca, gigante, que iluminaba todo el valle, y estrecharla entre mis brazos, porque muy poquito antes estuvimos a punto de darnos por vencidos.

A veces los corazones de mis pacientes están en ese estado límite, a punto de detenerse. Incluso en ocasiones, como el de Agustín, el hijo de Isabelle, piden un respiro, un descanso, antes de seguir. Mi vida me ha enseñado que ese borde puede ser tan estrecho que ni siquiera te permite entrar, o tan amplio donde me puedo quedar a vivir. El borde, la cornisa, mi hábitat, mi hogar de la montaña.

Pero lo más sorprendente es que la gente de mi vida, Lauri y mis tres hijos, me acompañan en ese hogar que para otros es tan poco convencional y para ellos tan natural.

Capítulo 37

Hilario Canessa, hijo de Roberto

Cuando llegué por primera vez al lugar del accidente, en 1994, por el lado argentino, porque desde Chile es imposible, en el centro de los Andes, con mis padres y mis dos hermanos, tuve una sensación abrumadora. Para llegar habíamos hecho un viaje muy largo. Cuando rodeamos la última montaña, el baqueano que nos acompañaba detuvo el caballo, extendió el brazo y señaló, ante nosotros, a la distancia, un valle encerrado por montañas, el valle de las Lágrimas. *De aquí viene toda mi familia*, pensé. Esa historia de esfuerzo que venía escuchando desde hacía veinte años surgió en este lugar desolado y majestuoso.

Hasta tengo el nombre de los altos que se atraviesan al fondo, bloqueando cualquier salida, para que el cajón se convierta en trampa. Los Altos de San Hilario. Si quiero seguir, debo atravesarlos.

Rodeados de nieve, estábamos todavía en los pocos días del año en los que se puede acceder al lugar a caballo, tras una travesía escabrosa. Y ante ese escenario de absurdos e imposibles, comprendí claramente por qué lo que siempre me ha marcado es valorar el esfuerzo, sin que los resultados opaquen la búsqueda. Si hay algo que me ha impactado de lo que vivió mi padre en los Andes, es el momento en que él, Nando y Tintín, en la cumbre de los Altos de San Hilario, deciden continuar, como última expresión de la vida, un gesto tan simple y rotundo que significa que prefieren morirse caminando. Es algo que me conmueve cada vez que lo recuerdo, porque a lo largo de mi vida comprobé que era verdad eso que siempre me decía mi padre, de que el esfuerzo te torna mejor persona. Esa decisión te transforma para siempre, y para bien. Y me quedó muy claro que eso que decía lo aprendió allá arriba. Pero si una cosa era escucharlo desde el llano, otra muy diferente era verlo, o imaginarlo, en lo alto, un punto insignificante que no se ve, pero que existe.

Cuando llegaron a Los Maitenes, diez días después, y mi madre lo fue a recibir, ella siempre cuenta que papá no era un ser humano normal. No solo por el aspecto, o por la voz tan fina, que era como un hilito, o porque sollozaba y no podía parar de sollozar. Era porque no tenía edad, porque por momentos parecía un niño y en otros un anciano, con una espiritualidad a flor de piel que lo inundaba todo, como si estuviera en «estado de gracia». Era, en el decir de mi madre, un ser humano que estaba pronto para morir, en los umbrales del tránsito hacia otro estado. Había hecho un recorrido descomunal y estaba pronto para hacer una travesía sobrenatural.

Siempre, en todo lo que hago, trato de hacer el mayor esfuerzo posible, al punto que en cualquier circunstancia valoro muchísimo más a alguien que hizo todo lo que estaba a su alcance para lograr un objetivo, aunque no lo haya logrado, que a alguien que tuvo mejor fortuna y lo obtuvo sin esforzarse tanto. Si *ellos* no hubieran llegado y hubieran caído al noveno día, el esfuerzo se hubiera hecho igual, aunque nadie lo supiera. Porque *ellos* lo habrían sabido. Y eso es lo que te torna mejor persona, porque no depende del reconocimiento ajeno, sino que es interior.

Cuando yo era estudiante de Arquitectura empecé a hacer planos de casas en tres dimensiones. Me apasionaba poder hacer en la computadora algo que combina el rigor matemático con la libertad del

diseño.

Cuando la ciencia se cruza con la creatividad, se ambientan chisporroteos novedosos. Siempre sentí que mi padre es así, innovador y pragmático a la vez. ¿Eso surgió en los Andes? No lo sé, pero seguramente, si ya existía, se potenció. Arriba, cuando decidió seguir, el innovador y el pragmático se fundieron en uno solo.

Nosotros, desde chicos, aprendimos con él a respetar lo preestablecido, pero también a ignorar los dogmas. Él cuenta que cuando subió a la cima de los Andes, lo que vio fue eso: realidad e imaginación, belleza y dolor. Los fundió en un solo sentimiento y consiguió seguir. Y eso se imprimió en su temperamento.

Yo, que soy arquitecto, hago programas de computación en 3D para que las personas que van a habitar casas las puedan ver y sentir antes de que las construyan. Mi padre hace lo mismo, a su manera, o yo hago lo mismo que él, a mi manera: él no es arquitecto, pero desde que tengo memoria él construye casas, pequeñas, sencillas y sin planos, porque las imagina a medida que las va haciendo, como hizo en la caminata de los Andes. Pero con una nota común: las casas y casitas que hace las diseña siempre en torno al fuego de la estufa, que a veces es de piedra, o de ladrillo, o de chapas de hierro, o hace un fueguito rodeado de rocas en un patio de tierra, en torno a dos ranchos, donde se congregarán las personas que los habitarán, sean humildes o no, sin congelarse. Hasta que un día me di cuenta, absorto, que él, en verdad, no construye casas: construye vínculos que se van estrechando en torno al fuego.

Si tengo que pensar en una imagen de mi infancia que siempre me enternece, es la de ver a mi padre con ropa muy simple construyendo una pared, con las manos sucias, instalando un techo de zinc, arreglando un motor viejo, colocando las chapas para una estufa improvisada. Y después, es verlo llegar de su trabajo como médico, tardísimo en la noche, muerto de cansancio, vestido de blanco. Siempre trabajando, siempre esforzándose.

Todo lo que aprendí de mi padre no me lo dijo, sino que lo vi haciéndolo. Vi una actitud que yo, que no soy católico, no he visto en religiosos, misioneros, en médicos, en políticos, porque es muy silenciosa y muy humilde. Es la actitud de respetar a todas las personas por igual, en línea horizontal, donde todos somos similares pero haciendo cosas diferentes. Y lo segundo que siempre vi, es que no da nada por perdido. Siento que cuando arregla objetos rotos, desde un auto hasta una bomba de agua, lo hace porque no puede concebir que algo quede abandonado y nadie pueda aprovecharlo. Lo mismo, potenciado, le sucede con las personas. Cuanto peor está una persona, más interés le genera, más intenta ayudarla y más oportunidades le brinda. Yo no conozco a nadie que lo haga de esa manera. Alguien que ponga a trabajar con él, codo con codo, a una persona muy desgraciada que está inmersa en la droga, o a un hombre que acaba de salir de la cárcel, que nunca vio en su vida, y lo hace sin que nadie lo sepa. Y que eso le produzca alegría. No conozco a nadie a quien eso produzca alegría. Le podrá provocar orgullo, o ternura, o serenidad, pero no contentura. ¿Eso viene de los Andes? En mayor o menor grado, los Andes siempre están. Me consta, desde que conocí ese lugar absurdo, que ese destello se encendió cuando llegó a los Altos de San Hilario.

En unos días, en octubre de 2012, mi mujer Macarena y yo veremos nacer a nuestro hijo, su primer nieto. Me pongo a pensar en qué será mi hijo para mi padre. Y creo que será la manifestación más clara de que ahora las cosas ya siguen su propio camino, que ya no tiene que estar atrás, empujando, como hace desde los diecinueve años. Creo que cuando vea a mi hijo caminar y advierta que en este proyecto no tuvo arte ni parte, podrá sentirse más descansado: habrá culminado una larga caminata escarpada e iniciará otra más apacible. Habrá llegado, definitivamente, al destino que imaginó cuando trepó a la cumbre de los Andes: Los Maitenes.

Capítulo 38

Isabelle, madre de Agustín

Con mi marido Diego tuvimos a Juan Diego a los dos años de casados, en 2005, y a Agustín dos años después.

Si bien los dos venimos de familias sin dificultades económicas, fuimos haciendo todo de a poco y con esfuerzo. A los veinticinco años me recibí de contadora y a los veintiséis empecé a estudiar el máster. Lo inicié en marzo, y en mayo me enteré de que estaba embarazada de Juan Diego, por lo que su embarazo ocurrió en medio de corridas entre el trabajo y el estudio. El vínculo con Juan Diego fue lo más tierno que puedo imaginar. El parto me deslumbró. Era una alegría que me brotaba por los poros, que inundaba y contagiaba todo. Nació a la una y media de la mañana y a las seis, pletórica, ya estaba pronta para otro parto. Sentí que estaba tocando el cielo con las manos.

Luego de terminar el máster quedé embarazada de nuevo y lo perdí al poco tiempo, durante un viaje a San Pablo por trabajo. Hasta ese momento fue lo más triste que me había pasado, estar lejos de casa, sola y vivir esa experiencia. Pero la tristeza no duró mucho, porque tres meses después tuve la noticia: estaba embarazada de nuevo, de Agustín. Cuando me hice la primera ecografía ya estaba casi de nueve semanas.

Todo volvió a ser deslumbrante, como con Juan Diego, hasta el día de la ecografía estructural, en el quinto mes de embarazo. El recuerdo de ese momento es tan cargado que puedo recrear los colores, hasta los aromas; estaba en la sala de espera y le dije a Diego: «No sé por qué estoy nerviosa». Empezaron a hacer la ecografía de rutina de los cinco meses, el médico a través de su ecógrafo le iba observando todos los órganos, hasta que en un momento advertí que se detuvo demasiado rato observando el corazón, y recién después siguió con los otros órganos. Pero luego volvió al corazón y estuvo otro rato prolongado, hasta que le pregunté: «¿Qué pasa?». Permaneció en silencio, siguió observando hasta que respondió: «Acá no se ven bien las cuatro cavidades, pero quedate tranquila que te voy a mandar otros análisis y un pase para un ecocardiograma fetal, una ecografía especial para ver el corazón».

Nosotros nos quedamos «en alfa», como suspendidos en el aire. «No puede ser algo tan malo», nos decíamos. Porque eso, lo malo, siempre le sucede a otros, creíamos. Fui al ginecólogo, como me dijo el ecografista, le dejé el estudio y a las pocas horas me llamó por teléfono. Nos sugirió ver al neonatólogo, que nos conocía bastante porque era el médico de nuestro primer hijo, quien me dijo: «Isabelle, yo sé cómo sos y no te voy a dorar la píldora. No te voy a mentir. Esto puede ser desde una insignificancia, que se cierre una comunicación interventricular en unas semanas durante el embarazo, hasta el otro extremo, que tenga un ventrículo izquierdo hipoplásico, es decir, que tu hijo Agustín tenga medio corazón. Por eso tenés que hacer un ecocardio con el doctor Canessa porque debés saber lo antes posible qué decisión vas a tomar».

Tuvimos que esperar tres semanas, porque había que hacerlo después de la semana veintitrés, cuando el corazón era lo suficientemente grande como para ver bien y poder diagnosticarlo. Esas

semanas fueron eternas y, para peor, había que lidiar con las preguntas y comentarios sociales de «¿Cómo viene todo?», «¿Qué tal el embarazo?», «La panza en punta quiere decir que es varón». Desde ese entonces no hago más preguntas ni comentarios banales por cumplido, ni me sorprendo cuando la respuesta a una pregunta no es la que yo esperaba. Los que estaban al tanto de la situación nos hacían preguntas para las que no teníamos respuestas, o palabras de consuelo que no lograban calmar la angustia. Durante esas semanas quería hacer un agujerito en la tierra, meterme adentro y no salir más.

Conocí a Roberto Canessa el 27 de noviembre de 2007, en la hora de la consulta. Yo estaba boca arriba en la camilla, él entró, saludó y comenzó a hacer el ecocardiograma fetal. Tras unos minutos observando el corazón, a pesar del estado de nervios que teníamos, él empezó con una serie de preguntas tipo el «quién es quién» en Montevideo, como queriendo saber quiénes éramos, dónde vivíamos. Tenía unas ganas de gritarle: «¡Decime qué tiene mi hijo y dejate de estupideces!». Tiempo después entendí que él quería saber si además de la disposición teníamos recursos económicos para lo que se venía.

Hasta que, abruptamente, suspendió el «quién es quién», hizo una pausa y nos dijo, mirando el monitor del ecógrafo:

—Este es un caso de los complicados.

Se me empezaron a caer las lágrimas y no podía hablar. Me tenía que quedar quieta en la camilla, pero sollozaba y me movía con los espasmos del llanto.

—Tiene el ventrículo izquierdo hipoplásico… Una parte del corazón no se ha formado —dijo.

Hablaba y no dudaba. Decía exactamente lo que veía, no disimulaba, era como si yo estuviera viendo lo que él estaba mirando en el ecógrafo.

Fuimos a la otra sala, más pequeña. La primera pregunta que le hice fue qué vida le esperaba a mi hijo.

—Lo que tiene es complicado y le esperan unos años difíciles por delante —dijo—. Si todo sale bien, el niño no podrá ser un atleta, pero puede llevar una vida normal.

—¿Normal? —le pregunté.

—Feliz —respondió.

Como había hecho Azucena con su hija María del Rosario, nosotros resolvimos seguir ese mismo camino para Agustín. Su decisión fue al segundo mes de embarazo; la nuestra fue al sexto. En verdad creímos que todo correría más fácil para nosotros, porque pudimos conseguir que nos prestaran el dinero. Ignorábamos que el dinero era una parte del problema, necesaria pero no suficiente. Todo duró un mes exacto, veinte días menos que lo imaginado.

El mismo día que viajábamos, en la última consulta con Canessa, me puse a llorar desconsolada y no podía controlarme. Roberto me abrazó y le dije:

—¿Sabés lo que pasa? En el fondo de nuestro ser, si nos quedábamos significaba que lo de Agustín no era tan grave, y si nos vamos es porque es grave en serio.

Y me respondió:

—No te preocupes, estos niños hasta los veinte años tienen buena posibilidad. De acá a veinte años habrá corazones artificiales.

Esos días antes del viaje hablamos mucho con Azucena y Juan, los padres de María del Rosario. De estos casos de cardiopatía, de ventrículo izquierdo hipoplásico, éramos de los primeros en Uruguay. No había muchos porque antes no nacían, o no seguían, porque no pasaban las cirugías. Azucena nos relató el paso a paso:

—Posiblemente te harán cesárea, te van a dar a tu hijo unos minutos, le das un beso, de inmediato viene una *nurse* y te lo saca, lo pone en una incubadora y se lo entrega a tu marido Diego para que lo lleve en un carrito por el túnel al hospital de niños, y a ti te llevan al otro lado, al hospital de mujeres.

Ocurrió exactamente así. Lo que no fue exactamente así fue todo lo demás, los imponderables, saltando de un trapecio sin red a otro trapecio más alto, sin descanso, hasta el final.

Agustín debía nacer en Boston —donde había más experiencia en este tipo de cirugía— para operarlo no bien naciera en el Children's Hospital de la Escuela de Medicina de Harvard, por lo que no podíamos viajar más allá de la semana treinta y cinco. Estábamos en la semana treinta y cuatro.

Tomamos el avión el martes 4 de marzo de noche, Diego y yo, con Agustín en mi vientre. Hasta ahora recuerdo la mirada de Juan Diego, nuestro hijo mayor que en ese entonces tenía dos años, en el momento que nos despedimos en Montevideo. Arribamos a Boston el miércoles 5 a las 11.20 de la mañana. Llegamos al aparthotel que habíamos alquilado por Internet, y le dije a Diego:

—Me duele un poco la panza, no debía haber tomado un refresco en el avión.

—Vamos a comer algo, que debe ser hambre —me respondió.

Teníamos consulta en el Children's Hospital ese mismo día a las tres de la tarde, cuando me iban a hacer un ecocardiograma.

Cruzamos a comprar comida, pero me sentía cada vez peor. En el semáforo, para cruzar de regreso, no podía permanecer parada. Llegué al apartamento a los tumbos. Fui al baño y empecé con contracciones. Tomamos el pasaporte, un camisón y nos fuimos en taxi, volando. La única dirección que conocíamos en Boston era la del hospital de niños donde teníamos la consulta.

Cuando llegamos, yo seguía con contracciones, hablando mal inglés, tratando de explicar a la *nurse* que ya estaba en trabajo de parto, pero la mujer miraba la pantalla de la computadora y esta decía otra cosa: yo tenía hora para el ecocardiograma fetal a las tres, y me había adelantado.

—Por favor, llame a un médico o una enfermera del hospital de mujeres porque sé que está por nacer —exclamé.

Dudó, dudó, hasta que se dio cuenta de que, si bien esto no estaba planificado, era de verdad, y me llevaron en una silla de ruedas por el túnel que me había dicho Azucena. Cuando llegamos al hospital de mujeres estaba con seis centímetros de dilatación. Después me atendió una *nurse* que me tuvo quince minutos esperando porque no sabía escribir mi apellido armenio, y no me dejaba pasar sin tener una tirita en la muñeca con mi nombre. El procedimiento había que hacerlo, aunque yo le gritaba «¡Sale!», y la *nurse* me contenía: «Todavía no puje, aguante».

Cuando tuve que pujar de veras, no sabía de dónde sacar las fuerzas porque no tenía más energía, no había dormido ni un minuto en el avión, estaba de ocho meses… en otra ciudad, otro país, todo era demasiado absurdo.

En Montevideo, Roberto siempre me había dicho: «No creas demasiado en la sofisticación, en las máquinas, en la tecnología más avanzada, porque en última instancia todo depende de ti. En Boston hay un gran equipo que tiene más experiencia que en Uruguay. La diferencia es que hicieron esto más veces». Fue exactamente lo que sucedió. Estaba en el hospital de Harvard, en Boston, aparentemente la mejor situación del mundo para mi hijo, pero sin embargo, desde mi óptica, mi cansancio, mi desesperación, era una situación muy precaria, en la que ni siquiera tenía fuerzas para pujar, porque estaba desesperada, porque no había comido. Porque me desgarré. Porque no conseguían deletrear mi apellido. Porque hablo mal el inglés. Porque Agustín decidió nacer fuera de hora.

A partir de ahí ocurrió todo como me dijo Azucena. Le pidieron a Diego que saliera y quedé en una camilla con una *nurse* y empecé a temblar de pies a cabeza por los nervios. Hablé por teléfono con el cirujano Frank Pigula. Mi hijo todavía no había nacido, pero yo hablaba y hablaba y no paraba de hablar de su operación. Entonces el cirujano me dijo, muy lacónico: «Leíste demasiado». Era cierto: porque yo intercambiaba libros y artículos con Roberto, porque necesitaba saber. Sabía que el punto de quiebre era que si Agustín pesaba más de dos kilos quinientos gramos al nacer, la tasa de supervivencia era buena, pero si pesaba menos, se complicaba más todavía.

Cuando terminó de nacer, volví la cabeza, porque lo único que quería era mirar la balanza, abrí y

cerré los ojos porque veía nublado… y leí dos kilos doscientos. Era el colmo. En ese momento decía: «Dios no me puede estar haciendo esto. No me puede pegar tanto, no puede seguir pateando al caído en el suelo».

De noche, Diego me llevó en silla de ruedas a ver a Agustín, con sus dos kilos doscientos, y apareció Jane Newburger, la prestigiosa cardióloga de Harvard. Desde Montevideo habíamos estado en contacto con ella y con un famoso cirujano de Harvard, un chileno de nacimiento, Pedro del Nido, quien había operado a María del Rosario, la hija de Azucena. Ese es el equipo original de estos casos pioneros como el de María del Rosario: Roberto en Montevideo, Jane y Pedro en Boston. Lo primero que hizo Jane fue hablar de su estrecho vínculo con Roberto, lo que me dio confianza, me hizo sentir bien.

Jane es menudita, muy amable, y de entrada se percibe que es supermaternal. Por eso hizo buena química con Roberto, pensé, y es nuestro pilar en Boston. Pero Jane, con toda esa apariencia tan afable, llegó con noticias complejas. Me dijo:

—Agustín nació antes de tiempo y el cirujano previsto, Pedro del Nido, está en un congreso en Madrid. Tenemos dos opciones: o esperamos a Pedro, que llega la semana que viene, con el riesgo que implica para Agustín, o lo opera otro cirujano, que también tiene excelentes resultados.

Le pregunté a Jane qué haría ella, y me dijo:

—Yo hablaría con Roberto.

Delante de ella llamamos a Roberto por el móvil. Le conté a Roberto que había nacido. Silencio en la línea. Me preguntó cuánto pesó. Le dije: dos kilos doscientos. Silencio en la línea. Tras esa pausa larguísima, dijo:

—Está en el límite que ellos manejan. —Pero yo sabía que estaba por debajo. Me preguntó—: ¿Qué dice Pedro?

—Pedro no está —respondí.

Silencio en la línea.

Otra pausa larga y me dijo:

—Ellos tienen muy buen resultado a nivel general como equipo, no solo con Pedro.

Y como Agustín estaba estable, se inclinó por hacer la operación con el equipo que estaba. Hablamos con Jane y ella estaba de acuerdo.

La cirugía se haría al otro día, bien temprano.

La pasamos en vela, y a las seis de la mañana fuimos del hospital de mujeres al de niños, uno pegado y comunicado con el otro, donde nos estaba esperando el cirujano Frank Pigula para hacer la operación. Me preguntó si sabía exactamente lo que tenía mi hijo, aunque ya habíamos hablado el día anterior, en pleno parto. Roberto ya me lo había explicado detalladamente y lo recité de memoria.

Como no se había formado la parte izquierda del corazón y la aorta también estaba afectada, en esta cirugía harían que la parte derecha del corazón hiciera el trabajo de la izquierda, conectando la arteria pulmonar a la aorta para que hiciera las veces de esta, ensancharían parte de la aorta afectada en su tramo superior y pondrían una arteria pulmonar artificial provisoria hasta las siguientes cirugías. En esas cirugías conectarían las venas cavas, que son las que traen la sangre sin oxígeno al corazón, directamente a los pulmones, por lo que la sangre sin oxígeno iría a los pulmones no por bombeo del corazón, sino por diferencia de presiones. De esa manera, él podría funcionar con medio corazón.

Se sorprendió con mi explicación.

—Haremos exactamente eso —me dijo.

Me planteó si teníamos alguna otra duda, pero lo único que se me ocurrió preguntarle fue saber si él había dormido bien la noche anterior, si estaba descansado y tranquilo. Frank Pigula sonrió, sin responder. La operación duraba, como mínimo, seis horas. Nos dijo que nos fuéramos a mi

habitación en el hospital de mujeres, que nos iban a mantener informados sobre la evolución de la cirugía por teléfono. Eso hicimos, y, efectivamente, a cada hora nos llamaban para informar los pasos que habían dado y en qué estaban. A Agustín le bajarían su temperatura corporal a dieciocho grados, le detendrían el corazón y le conectarían las venas y las arterias a un corazón y pulmón mecánico extracorpóreo, le harían la cirugía a corazón abierto, cuando estuviera reparado lo llevarían a la temperatura normal y lo harían arrancar de nuevo. En el mejor de los casos, si toleraba bien la cirugía, lo cerrarían en ese momento, si no, quedaría con el pecho abierto por unos días. Lo que había leído era que si estaba más de cinco horas conectado a esa máquina, empezaba el riesgo grande de daño neurológico.

Después que terminó la operación nos dijeron que el cirujano nos esperaba a las 13.30 en el Centro de Tratamiento Intensivo (CTI) para hablarnos. A esa hora en punto nos encontramos con el doctor Frank Pigula, que nos dijo que todo salió bien y que la recuperación iba a ser de cuatro a seis semanas. Ahora quedaban las primeras horas de riesgo, pero de la cirugía había salido bien.

Una hora después volví al CTI del hospital de niños a ver a Agustín. Cuando llegué me dijeron que esperara, que una *nurse* vendría a hablar conmigo. Eso me inquietó, pero de inmediato pensé que podría ser algo de rutina. Llegó una *nurse* y me dijo que hubo un problema, que iban a venir a hablar conmigo: un problema, otro problema. Le mandé un mensaje de texto a Diego (que había ido a alquilarme una ordeñadora) para que se viniera de apuro porque se había complicado el panorama.

En ese momento vino Jane con otro médico que hablaba español y me dijo que se complicó en el postoperatorio, que Frank Pigula estaba evaluando qué hacer.

—Se empezaron a formar coágulos y pequeños infartos al corazón. Está todo el equipo con él, están trabajando en el corazón y no te puedo decir más nada porque puede ir para un lado o para el otro. Le están pasando anticoagulante, están viendo si lo llevan a un coma inducido, o si lo llevan de vuelta a cirugía. Tuvo un infarto, se mejoró, pero al poco rato tuvo otro episodio.

Jane se fue y volví al limbo. Al rato llegó Diego, en el momento que vino el cirujano Frank Pigula, quien nos dijo que habían resuelto llevarlo a cirugía porque estaba complicado de nuevo. Eran las ocho de la noche. Hacía catorce horas que todo había comenzado. Agustín pesaba dos kilos doscientos gramos y estaba con el pecho abierto. Ya no teníamos más capacidad de entender lo que estaba sucediendo. Estábamos, nuevamente, «en alfa», suspendidos en el espacio. Bajamos a la cafetería para esperar y ahí estaba el cirujano comiendo un sándwich, leyendo el diario, tan campante. Esa imagen no la puedo olvidar. *¡Estaba leyendo el diario, y mi hijo luchando por vivir!* Diego percibió mi estupefacción.

—Es mejor —dijo—. Va a pasar casi veinticuatro horas sin salir del hospital, trabajando en este corazón. Que se distraiga, que descanse con el diario. Que su mente se airee.

A la una de la mañana, tras cinco horas en el limbo, llegó el cirujano Frank Pigula de nuevo. Hacía diecinueve horas que estaba trabajando en el corazón de Agustín. Nos dijo que nuestro hijo había salido muy bien de la segunda cirugía, que volvíamos al escenario de la mañana, que había que esperar, que a la media hora lo podíamos ver.

Pero pasó la media hora, pasó una hora, dos y nada. Hasta que surgieron Jane y el cirujano y nos contaron que si bien todo «había salido bien», cuando lo estaban subiendo al CTI hizo un paro cardíaco y lo conectaron enseguida a la máquina de oxigenación por membrana extracorpórea llamada ECMO. Las dos hipótesis posibles eran: se le «fundió el motor»; o sea, el medio corazón que tiene se le estropeó para siempre y no tenía recuperación posible, o la posibilidad más esperanzadora, el corazón no toleró dos cirugías seguidas sumado a su bajo peso, por lo que debía reponerse, pero no se deterioró definitivamente. «Hay que esperar a que descanse y cuando empiece a funcionar veremos cómo responde», nos dijeron. Tenía dos kilos doscientos de peso, dos días de vida y dos cirugías arriba. Le hicieron todos los estudios neurológicos para saber si había afectado el

sistema nervioso y los resultados fueron positivos, aunque la verdad nos la iba a indicar el transcurso de los días, o de los años, a medida que fuéramos viendo su desarrollo.

A las tres de la mañana lo pudimos ver: me acuerdo que yo no tenía fuerzas ni para llorar. Habían pasado veintiuna horas desde la primera cirugía. Y había nacido hacía treinta y nueve horas. Lo que estaba pasando era demasiado para ser real. Pensé que iba a ser duro, pero nunca que íbamos a sufrir tanto.

Estuvimos cuatro días en el limbo, sin saber si Agustín iba para un lado o para el otro. Al tercer día empezó a dar señales de que el corazón respondía, que no estaba fundido, sin retorno, sino que el pobrecito había pedido un respiro.

La tercera noche los médicos nos contaron que, a pesar de estar totalmente sedado con morfina, abrió los ojos, los miró a todos, uno a uno, y los volvió a cerrar. Nos dijeron que por un lado quedaron *shockeados* de que el niño tuviera la fuerza para hacer eso, por lo cual le subieron la dosis de sedante para que no se cansara, pero por otro estaban contentos porque pudo hacerlo.

Al día siguiente empezaron a bajar, paulatinamente, la potencia del corazón extracorpóreo para dejar que funcionara su propio corazón y ver cómo respondía. Luego lo desconectaron media hora y lo volvieron a conectar. Fue la media hora más larga de mi vida. Seis médicos estaban escrutándolo. Al día siguiente desconectaron definitivamente el ECMO y nos dijeron que el escenario era como la hora siguiente a la primera cirugía: lo que yo llamo el purgatorio.

Estuvimos un mes en total y fue la dualidad de sentimientos de estar en el mejor lugar del mundo en cuanto a tecnología médica, y en una situación de desgaste y de precariedad física y mental extrema. La vida y la muerte lado a lado.

A Agustín le pasaban mi leche por sonda, porque podía haber perdido el poder de succión. Después empezamos por mamadera, con la cardióloga y la *nurse* al costado. La meta era clara: cuando tome la mamadera entera, le daban el alta. Cuando ocurrió, me puse a llorar.

A la semana teníamos control, «*follow up*», como le dicen, y ahí nos dirían si podía volver a Montevideo o no. Cuando llegó el control resultó que estaba todo bien. Volví a ponerme a llorar. ¿Cuántas veces había nacido Agustín en esas semanas? Ya había perdido la cuenta.

Luego de un largo vuelo, con un bebé de dos kilos doscientos cianótico, un tanque de oxígeno entre las piernas que tenía que ir conectado a su nariz y lograr pasar los controles de los aeropuertos de Estados Unidos con frascos llenos de medicamentos líquidos, llegamos a Uruguay el 6 de abril de 2008.

La imagen que tengo grabada en la memoria es el momento en que se conocieron los hermanos en el aeropuerto de Carrasco, Juan Diego y Agustín. Los dos se miraron sorprendidos, y se reconocieren. *¡Pa!*, pensé, observando cómo Agustín miraba a Juan Diego: *¡Qué trabajo te da la vida, mi amor!*

Capítulo 39

Lala Canessa, hija de Roberto

Del lado este de los Altos de San Hilario, el 14 de marzo de 2006 —la segunda vez que viajé al lugar del accidente—, papá me contó sobre la noche que pasó suspendido en el aire, parado sobre el abismo.

Esa noche inclemente de 2006 que pasamos allí, en el Valle de las Lágrimas, él no quiso dormir en la carpa grande con todos, sino que armó una pequeña para él. Lo vi conmovido. Por eso resolví acompañarlo. Hacía mucho frío, escuchábamos avalanchas desplomándose y no había oxígeno suficiente para respirar en forma normal.

—Cuando dormimos colgados —me dijo—, le pedí a Dios que si quería me lo hiciera difícil, muy difícil, lo más difícil imaginable. Pero que no me lo hiciera imposible. Que me permitiera dormir con un ojo abierto y el otro cerrado, para no sacar los pies sostenidos en el bastón. Si lo permitía, yo le prometí que cumpliría.

«Cumplir», me contó, era cumplir primero con él, pero era fundamentalmente cumplir con los demás. En primer lugar, cumplir con su madre, que no podía seguir viviendo con un hijo muerto. Y cumplir con los amigos que habían quedado en el fuselaje.

Cayó una avalancha a la distancia y me estremecí. Papá hizo una pausa. Yo estaba incómoda, no había lugar, nos iluminábamos con una linterna que parecía que se quedaba sin luz.

Pocas veces vi a papá tan perturbado. Me había pedido que fuera con él en ese viaje al valle de las Lágrimas, tras dos días a caballo por la cordillera, para presentarme a sus amigos muertos, porque ahora todos teníamos la misma edad.

—Esta es mi hija Lala, que tiene la edad de ustedes —dijo.

De todas las veces que había regresado a la montaña, hasta ese día, me confesó, estar ahí era una pesadilla porque todavía podía sentir los llantos de dolor de sus amigos. Pero ahora le susurraban al oído.

—Yo estoy viejo, tengo el pelo blanco, y ellos están jóvenes y lozanos, como los potros del Suspiro.

El Suspiro es un campo de cuarenta hectáreas que tenemos en las sierras del departamento de Lavalleja, en el noreste de Uruguay. Luego, con los ojos húmedos, me contó la historia del Flaco Vázquez.

El Flaco Vázquez estudiaba medicina con él, era de las personas más inteligentes, sensibles y buenas que papá conocía. Él lo convenció para que lo acompañara en el viaje a Chile. El Flaco no se animaba, pero papá le insistía. Al fin terminó yendo. Estaba sentado en el asiento de al lado, con el corredor de por medio. Tras el choque, cuando el avión terminó de deslizarse, papá percibió que el Flaco tenía herida la pierna, aunque, como él también estaba aturdido, no entendía qué sucedía. Le preguntó si estaba bien. «Sí, atendé a los otros», le dijo el Flaco. Pero cuando papá volvió de la «ronda de pacientes» del fuselaje, dos horas después, advirtió que el Flaco se había desangrado,

porque tenía la pierna prácticamente amputada por la hélice del avión, que rasgó el fuselaje.

—Esa actitud me dio la pauta —me dijo—. «Estoy bien, atendé a los otros», me había dicho.

Ese era el compromiso que lo hizo vibrar.

Luego, en la carpa en la alta montaña, papá hizo silencio y permaneció con los ojos cerrados, escuchando la furia de los aludes en la noche de los Andes.

Para mí hay tres papás. El primero es el Canessa mito, a quien mucha gente quiere abrazar para llorar en su hombro. Después está el médico que se viste de blanco y trabaja muchísimas horas haciendo la ronda en diferentes hospitales. El tercero es el Roberto que vive en mi casa, que lo veo a diario y convive con el médico y el mito. El papá verdadero es este último.

Yo le digo: «Papá, vos le decís a todo el mundo que disfrute de la vida y el que menos disfruta sos vos». Porque él se preocupa tanto para que todo el mundo esté bien que se olvida de estar bien él, se relega tanto que ni siquiera le queda tiempo. Y se olvida de sentir, incluso se olvida de estar triste.

Siento que papá está pautado por la consigna de la caminata: si te caes, tienes que levantarte para seguir avanzando. Y esa consigna está avalada por los hechos. Si una persona te dice: «Tu hijo va a salir adelante a pesar de que está desahuciado», vos le dirías: «Pero ¿quién sos para decirme eso?». Pero si viviste una historia como la de él, si sobreviviste tanto tiempo en las cumbres nevadas y tuviste que caminar, y pasaste una noche parado sobre el abismo, esta persona tiene las credenciales para decirte que puedes sortear cualquier adversidad.

De todo lo que sucedió en los Andes, lo que más me conmueve es la caminata. ¿Cómo dos personas de diecinueve y veintidós años, sin conocer nada de montaña, sin tener alimento, después de haber estado tanto tiempo varados, lo lograron? Después de haber estado dos meses adentro de un avión partido, pensando que te morías, después que te dicen que no te van a venir a rescatar, que se te mueren tus amigos alrededor, después de caminar y fracasar una y otra vez, después de todo, tener la disposición y el discernimiento de decidir que si no salís por ti mismo no te saca nadie. Y hacerlo por ellos y por los demás.

Un día vino una amiga y me dijo:

—Necesito hablar con tu padre con urgencia.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque perdí el examen y necesito que alguien me tire para adelante…

Van donde papá para que los tire para adelante… El problema es quién lo tira para adelante a él.

Le sucede lo mismo con los pacientes. La madre está desesperada y necesita que alguien le dé fuerza, y papá es una persona que logra que las personas tengan esperanzas. En esa misión deja todo por los demás y se olvida de sí mismo, se va postergando, como si la vida fuera eterna y algún día ya tendrá tiempo para él.

Además siente la compulsión de aprovechar la vida al máximo. Si el día está lindo y es domingo, viene y me despierta a las siete de la mañana porque estoy desperdiciando el sol. Pero si está feo y llueve, me dice que estoy desperdiciando la lluvia. Por momentos siento que porque mi padre cayó en la cordillera tengo que disfrutar obligada, de un día con sol o con lluvia, alegre o triste. Tengo que disfrutar una taza de café o un vaso de agua de la canilla, porque fue lo que en casa me enseñaron. Y si no lo hago, estoy siendo terriblemente injusta con los que no volvieron y con sus familias.

Mi casa no es un hogar normal. Viven varias personas que no son de la familia y entra y sale gente todo el tiempo. Este último verano mi madre hizo como siempre el árbol de Navidad en una sala dentro de casa que tiene techo de vidrio, desde donde se ve el cielo, y el sol. Un día advertí que un pájaro había construido un nido en el árbol. Pero era un pájaro de verdad, que cuando me acerqué salió del nido y se posó en una rama próxima, entre guirnaldas y chirimbolos, con los pichones asomados entre las minúsculas ramas del nido. Quedé mirándolos, atónita: vivo en una casa donde los pájaros hacen nidos y tienen pichones en los árboles de Navidad.

Si toda la peripecia de los Andes es espeluznante, la caminata tiene una luz diferente. Pero si además tu vida es toda una larga e intensa travesía, y él sigue recorriendo ese camino, se convierte en una luz que siempre titila en la tempestad. Por eso la gente dice que tiene muchas cosas para decirle, pero luego van, lo abrazan y se ponen a llorar. No tienen cosas para decirle a papá, sino para decirse a sí mismos. Papá es simplemente el pretexto. Es el piloto de tormenta, la prueba de que esa luz, aunque no la vean, titila y existe, para que el otro no termine estrellándose contra las rocas ocultas bajo el mar.

Lo que más me sorprende no es su capacidad de entrega por los demás, sino el hecho de que agradece poder hacerlo. Se siente complacido por saber que fue una herramienta para que los demás llegaran a alguna meta. Por eso la medicina es una profesión que le encaja como anillo al dedo. Al igual que la experiencia de los Andes, porque una parece la continuación de la otra. Él asumió un compromiso que lo hizo vibrar cuando tenía diecinueve años y lo está cumpliendo hasta el día de hoy.

Siempre que miro hacia atrás, en perspectiva, llego a esta conclusión: creo que el principal impulso por el que papá caminó fue para que su madre no tuviera que vivir con un hijo muerto. Él tenía que renacer para su madre, aunque ella siempre supo que estaba vivo, pero él no lo sabía. Y por eso se ha pasado la vida en esa zona fronteriza, no de la vida y de la muerte, sino del nacimiento y el renacimiento, con niños desahuciados. Con hijos que están por nacer y pueden no hacerlo. Con madres desesperadas que requieren un apoyo, el mismo apoyo que requería su propia madre. Su madre necesitaba la prueba definitiva de que ella tenía razón, y la única prueba posible era que su hijo volviera con vida. Que volviera con semejante mensaje. Lo que hace ahora es exactamente lo mismo que vivió su propia madre: es el mensajero de otros hijos que le dicen a sus madres que hicieron bien en esperarlos.

Un día, en un fin de semana, advertí que estaba como angustiado, sin rumbo, esperando a una madre, que yo sabía que tenía un problema gravísimo con su hijo que llevaba en el vientre. Cuando una hora después la madre se fue, serena, pensé: *La mujer quedó tranquila pero le quitó toda la energía a papá, que debe de haber quedado hecho un trapo*. Pero cuando lo fui a ver estaba radiante, arreglando unos fierros viejos, lleno de energía.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—Decidió que va a nacer igual.

La vida posible lo había tirado para adelante. Ese es el manantial donde no solo recarga energía, sino principalmente sentido: ayudar a otra madre a que mantenga las esperanzas.

Capítulo 40

Mercedes, madre de Jojó

Mi hija menor María José, a quien siempre llamamos Jojó, tiene veintiún años, pero su peripecia comenzó mucho antes, cuando ella era demasiado chica para recordar.

Jojó cumplió los dos añitos en un CTI y ahora, cuando acaba de cumplir veintiuno, está en su cama del hospital, pero ayer volvió a estar en un CTI. Sin embargo, posiblemente en unos pocos días la den de alta para siempre y nunca vuelva a pisar un CTI.

La primera operación se la hicieron a los dos años y medio, la segunda a los cinco, la tercera a los nueve años y, en agosto de 2011, hace seis días, le hicieron la cuarta operación, todas en Uruguay.

Un mes antes de que cumpliera dos años, en diciembre de 1991, se le detectó una cardiopatía congénita, una estenosis mitral y estenosis aórtica. Un mes después, en enero de 1992, conocimos al doctor Canessa. Después de estar un mes en terapia intensiva en Salto, vinimos a Montevideo, a una consulta en el Hospital Italiano. Vinimos a hacer el primer ecodoppler cardíaco para saber qué tenía el corazón de Jojó. Y esa tarde, cuando el doctor Canessa le hizo el diagnóstico, me largué a llorar y sentí que nunca iba a detenerme, que iba a seguir llorando por el resto de mi vida, hasta que él, de repente, me puso la mano en el hombro y, mirándome serio, me pidió que suspendiera los espasmos un segundo porque necesitaba decirme algo importante. Cuando me contuve, en vilo, me dijo:

—No podés llorar porque debemos comenzar a trabajar.

Me acuerdo una vez, inmediatamente después de la segunda operación, que yo venía bajando en el ascensor con el doctor y una periodista de la revista estadounidense *Life*, que había viajado para hacerle una entrevista. Como yo lloraba, abrazada a él, al igual que la otra vez, le preguntó qué me pasaba, y él le respondió:

—Es una madre loca de contenta porque su hija ha salido bien de una operación.

Todo ha sido una carrera contra el tiempo, porque le hemos ido ganando años a la vida. En la primera operación no teníamos muchas expectativas, porque acá en Uruguay no había experiencia en esos casos. Durante casi veinte años le fueron haciendo rectificaciones en las válvulas hasta llegar a esta operación mayor, hace seis días, que es la definitiva, cuando se hizo un doble cambio valvular con una operación gigantesca que duró once horas.

Es una carrera contra el tiempo porque Jojó tuvo siempre el riesgo de muerte súbita, aunque nosotros lo supimos dos años después que nació. Vivimos con el Jesús en la boca, permanentemente expectantes, porque cada resfrío era una posible complicación, cada gripe una probable internación en el CTI, una congestión podía derivar en tragedia. Incluso sufrió una endocarditis. Vivió limitada físicamente porque no podía esforzarse, no podía correr, no podía comer con sal.

El doctor Canessa llega y se sienta a hablar con Jojó y charlan y charlan. A veces me acerco y están hablando de cosas muy íntimas, en otras ocasiones están hablando de la muerte, con una sencillez que parte el alma, ella le rebate, por momentos siento que se rebela, pero al fin siempre queda serena, en paz.

El doctor Canessa se puso en la mente que había que sacar adelante a Jojó y no escatimó esfuerzos para buscar una solución. Él produce un extraño efecto en nosotros. Las cosas están más o menos mal, pero el doctor Canessa viene y da su punto de vista y nosotros respiramos aliviados porque las cosas pasan a estar más o menos bien. Y si las cosas están mal, él nos da su parecer y las cosas pasan a estar más o menos; menos mal que mal. Yo le digo al doctor Canessa que él no cura el corazón, sino que cura el alma.

Nosotros vivimos en Salto, a quinientos kilómetros de Montevideo. Recuerdo una ocasión, poco antes de la tercera cirugía, en 1998, cuando Jojó se moría, con siete añitos, que él estaba tan desesperado como nosotros, buscando algo, en este mundo o en el otro, hasta que al fin un día nos llamó, exaltado y conmovido a la vez, para decirnos que había una solución. No era una opción, una alternativa o una prueba. Era una solución, como nos dijo. Y por su voz, él también había encontrado paz para su espíritu. Ocurría que en ese mismo día, de pura casualidad, venía a un congreso en Montevideo un prestigioso cirujano de Nueva Zelanda, Roger Mee, de la Cleveland Clinic, que era amigo de Roberto. Era uno de los únicos cirujanos del mundo que hacía en ese momento ese tipo de cirugía llamada de Ross. Venía a un congreso en Montevideo, donde nunca había estado. Y Jojó tenía la patología a la que este doctor justamente se dedicaba. Era tan grande la coincidencia como el apuro, todo era tan contrarreloj que no había tiempo ni para desempacar la valija del cirujano, porque Jojó se nos iba. Entonces el doctor Canessa fue a buscarlo al aeropuerto, lo llevó a su casa antes del hotel para pedirle que la operara, porque él no venía a trabajar a un quirófano, sino a dar una conferencia, y esa misma noche, a las 23.30, cuando terminó de operarla, el cirujano salió y nos dijo:

—Hice todo lo que pude y salió bien, pero les pido disculpas porque no pude traer a todo mi equipo.

Se refería al equipo humano con el que él siempre trabajaba, con el que podría haber hecho algo más, porque él estaba solo y no podía trabajar más tiempo ya que no se le podía dar más anestesia, porque Jojó no la habría resistido. Y con esa operación, donde le hizo un cambio importante en las válvulas al quitarle tejido redundante que le cerraba la salida a la válvula aórtica, Jojó pudo resistir hasta la operación de hace seis días. Jamás podré olvidar esa escena, a medianoche, en el Hospital Italiano, con el cirujano de Nueva Zelanda pidiendo disculpas porque había salvado la vida de mi hija, pero lo había hecho sin su equipo; o sea, había dado el máximo pero podía haber dado un poquito más. Yo, una vez más, lloraba, supongo que de alegría, en ese caso abrazada a la señora del doctor Canessa, Lauri, que en ese entonces también trabajaba en el Hospital Italiano, observando a Roberto, que estaba hacía diez horas con Jojó.

El doctor Canessa siempre me pidió que aprendiera a convivir con la cardiopatía de mi hija, que no la mirara como una desgracia. Y creo que lo logré. Porque hemos visto tantas cosas en los hospitales, en los sanatorios, en el CTI, en estos veinte años, que dentro de todo es una bendición tener esa cardiopatía y no otra, porque esta es tratable, porque logramos salir adelante, porque es una enfermedad contra la que se puede pelear, día a día, a brazo partido. Hay que tener un escudero, nada más. Lo deseable es tener un hijo sano. Pero si debemos enfrentar una enfermedad, que sea esta, con todo lo que lleva consigo. Me costó la convivencia. Durante un largo período, yo prácticamente no dormía y no comía, y no me importaba. Tenía una hija en el CTI y otros dos hijos más esperando a la hermana en casa. Ellos eran mi prioridad. Pensaba: *Algún día, más adelante, dormiré. Ya volveré a tener hambre*. Y así ocurrió, cuando aprendí a convivir con la enfermedad de mi hija volví a dormir.

Recuerdo una noche en que trajimos a Jojó de Salto a Montevideo de urgencia, desahuciada, cuando tuvo la endocarditis. Llovía a cántaros. Le pedí al doctor Canessa que nos esperara en el hospital. Cuando llegamos con la sirena encendida, lo primero que vi fue su silueta en la noche, bajo la lluvia torrencial, y me di cuenta, como un fogonazo, que íbamos a salir adelante. Me di cuenta de

que él podía esperarnos adentro del edificio, pero había querido aguardarnos afuera, bajo un paraguas que se deshacía con el viento, para que él fuera lo primero que Jojó viera cuando se abriera la puerta de la ambulancia. Un hombre esperándote bajo la tormenta para que cuando llegues sepas que puedes contar con él hasta el final.

—¡Mirá, Jojó! —le dije a mi hija—. ¡Nos salvamos, mi amor!

Capítulo 41

Hay ramas de la medicina que se ocupan de estirar la vida de los ancianos. Yo me ocupo de las raíces, de los que están empezando. Los adultos generalmente tienen más recursos y muchas veces los ancianos tienen quien los atienda. Pero de los que todavía no han nacido pocos se encargan, no tienen quién los defienda. Los padres, otros adultos, la familia, los médicos, cuando surge un problema grave en el que está por asomarse a la vida, suelen decir: «Abandonalo, ya tendrás oportunidad de engendrar otros». O, como le dijeron a la madre de Tiago, cuando acababa de nacer:

—Resignate, ya no hay mucho para hacer por la vida de tu hijo.

Pero entonces, ¿quién se ocupa de esos niños que pueden nacer o «no pueden vivir de ninguna manera», como les dicen? Porque la decisión no es de ellos, sino del exterior. Y, por regla general, los médicos les huyen a estos pacientes porque les queman las manos. Puede resultar azaroso el empeño, pero ellos no tienen gremio, no tienen voz, ni siquiera tienen rostro, porque todavía no han nacido. Son todavía menos que nosotros en el 72; ellos ni siquiera tienen foto: solo tienen una ecografía.

Cuando en 1994 ingresé, circunstancialmente, en la política, lo hice con el mismo propósito. ¿Cómo rescatar al diez por ciento de niños pobres que tiene mi país, de los que nadie se encarga, pese a estar en el país más igualitario de América Latina? ¿Cómo lograr que todos tengan la misma oportunidad de dejar sus cordilleras?

Al día de hoy, he atendido a alrededor de cien mil niños enfermos. Cuando le dije a mi padre que quería llegar a presidente de la República por un solo período, para aprovechar la aureola de los Andes en algo más amplio y fecundo que mi consultorio médico, que sería como multiplicar mi segundo piso en el Hospital Italiano —los cien mil pacientes— para llegar a tres millones, que es la población de Uruguay, intentó disuadirme, mientras que mi madre lo primero que me dijo sin inmutarse fue que ella me ayudaría a juntar los primeros votos.

Los que intentaban convencerme de que no lo hiciera me decían que era una quijotada, que no tenía un partido político, que carecía de experiencia, que no tenía la ambición del poder, cosa imprescindible para triunfar en esa área. Pero si bien yo sentía que sí, que era una quijotada, y que no, que carecía de ambición, sabía que era una quijotada tan grande como pretender ayudar a drogadictos o a hipoplásicos del ventrículo izquierdo, o atravesar los Andes a pie. Y para esa quijotada, más que ambición de poder se requería vocación de componedor.

Fue la primera vez que dejé mi rol de remediar tropezones para buscar una vía más sistemática a través de una organización.

Mi país, además, tenía antecedentes. Mediante una sociedad integradora, Uruguay de principios del siglo XX estableció la primera socialdemocracia del mundo, a la que se calificó como «país modelo», o la «Suiza de América». Cuando Albert Einstein visitó Uruguay en 1925, tres años después de haber recibido el Premio Nobel de Física, escribió: «En Uruguay encontré una cordialidad auténtica como pocas veces en mi vida. Encontré ahí amor a la tierra propia, sin el menor delirio de grandeza. Uruguay es un país pequeño y feliz».

A eso apunté, «un país pequeño y feliz», «sin el menor delirio de grandeza», que siempre estuve convencido de que, como una causa recóndita, también estaba en la base de las herramientas que ambientaron nuestra salvación en 1972.

La primera reacción, cuando planteé que quería ingresar en la arena política, fundando el Partido Azul para dejarlo funcionando y después salir, fue la que casi siempre vi en mi vida cuando tomo caminos impensados: incredulidad.

Pronto me di cuenta de que esa carrera no solo sería demasiado larga, sino que era excluyente, porque debía dejar por el camino todas mis otras actividades, y que no podía entrar y salir, sino quedarme a vivir en ella. Y que sí, se requería ambición, de la que yo definitivamente carecía.

No sé qué hubiera ocurrido si hubiera perseverado, como hacen tantos en la política, que cimentan los logros en un largo recorrido de fracasos. Ignoro por completo si hubiera llegado a ser, algún día, el presidente de la República que anhelé en aquella única ocasión, para multiplicar mi vocación de componedor. Sé que después, dirigentes de casi todos los partidos de mi país me pidieron que volviera a la arena política, pero dentro de sus partidos establecidos y no a la intemperie, como lo intenté en aquella ocasión, en una bolsa de dormir hecha con retazos de material aislante. Y siempre me negué, porque descubrí que, a diferencia de lo que creía, sería más útil en otros espacios.

El resultado de mi breve experiencia de 1994, contada en votos, fue desastrosa. Pero contada con otros parámetros e indicadores, que ponderan diferente, fue extraordinaria, porque aprendí mis propios límites (como con los Brothers de mi infancia), cuando el Roberto de los Andes, con diecinueve años, exánime, hablando en susurros, vino a reclamarme, una vez más, humildad.

Capítulo 42

Adriana, madre de Tomás

Nos casamos en 2000, Lucía nació en 2003 y Tomás en 2005. Vivió cinco años, pero en tan poco tiempo se convirtió en el Gran Tomás. ¿Cómo lo hizo? Enseñándonos a todos, empezando por sus padres, la dicha de vivir. Ni siquiera digo que «vivió solo cinco años». Vivió cinco años. Y punto.

Sus primeros meses los pasó de hospital en hospital, de cirugía en cirugía. No descansó nunca. Cuando llegó a casa no lo hizo como un niño normal, con juguetes y pañales y la cunita de colores. Tomás vino a casa como un guerrero herido, con un balón de oxígeno, respiraba por una cánula, se alimentaba por una sonda, y sin embargo, lo que más tenía, lo único que le sobraba era alegría, porque del resto, todo le faltaba. Roberto Canessa siempre dice que Tomás es un ser superior. Si no fuera así no podría irradiar vida como lo hacía, a pesar de todo lo que cargaba encima. Cuando habla de él lo hace en presente.

Tomás no le temía a las cirugías. Para él, Canessa no era su médico: era el amigo que le miraba el corazón, y que además era doctor. Así decía: «¿Vamos a visitar a mi amigo para que me vea el corazón?».

Tomás nació por cesárea programada en la mañana del 16 de agosto de 2005, pesaba 4.050 kilos y siempre fue precioso. Lo recibió su neonatólogo, el doctor Jorge Speyer, y lo auscultó. Con él nos fuimos a la habitación. Cuando Speyer pasó al otro día en su visita, lo auscultó de nuevo y dijo que escuchó algo y le prescribió una ecografía. Le hicieron un ecocardio donde no se veía claramente lo que tenía. Speyer me dijo que vistiéramos a Tomás y fuéramos a ver a Canessa al Hospital Italiano. Fuimos con mi suegra, que me estaba acompañando. No sabíamos muy bien qué estaba pasando. Cuando vimos a Canessa, ahora que lo conozco, ya sé que estaba con esa cara de que acá las cosas están complicadas. Él no había visto nada todavía, pero evidentemente estaba muy preocupado por lo que le habían contado.

Le hizo el ecocardio a Tomás, se tomó todo el tiempo necesario, y cuando le preguntamos cómo estaba nos dijo que esperáramos a que su médico hablara con nosotros. Cuando llegó Speyer, que se vino especialmente de Colonia, a ciento cincuenta kilómetros de Montevideo, fuimos a ese cuarto tan especial del consultorio de Canessa, donde hace esas charlas personales. Speyer nos dijo que las cosas estaban mal: Tomás tenía una cardiopatía, una hipoplasia del ventrículo izquierdo, la aorta estaba hipoplásica, la sangre pasaba por lo que llaman *ductus*, el que se podía cerrar en cualquier momento y en ese caso el niño moriría. «Si se hubieran ido a su casa, el niño moría a los pocos días», dijo. Pero se descubrió a tiempo y ahora teníamos varias posibilidades: si no se operaba, se moría, y si se operaba, podía morir en el quirófano o podía vivir. Era una cirugía que hacía apenas cinco años se hacía en Uruguay. Se había empezado a hacer hacía tan poco tiempo que solamente había dos niños vivos. «Pero es lo que tenemos.» No fue un diagnóstico previo a nacer, que nos hubiera dado otras alternativas, sino un diagnóstico después de nacer, lo que acortaba las posibilidades.

Me faltan las palabras para expresar lo que sentimos. Lo primero que me surge es que fue un bombazo.

Se hubiera podido llevar al exterior, donde había más experiencia, pero era aún más arriesgado. En aquel momento, yo trabajaba de recepcionista en un colegio (ahora soy enfermera), y mi marido es contador. Pero no teníamos tanto dinero, ni teníamos dónde conseguirlo en poco tiempo. El médico nos dijo: «Por un hijo das la vida, pero ustedes deben tomar en cuenta que no pueden perder la casa donde viven —que todavía no era nuestra— porque después vuelven con Tomás y no tienen dónde vivir». Y además el bebé ya había nacido, lo que complicaba aún más el eventual viaje porque era posible que Tomás no tolerase el avión, al que habría que acondicionar especialmente. Sé que si hubiera estado embarazada todavía, con un diagnóstico precoz, lo hubiera hecho. Pero no podía dar marcha atrás en el tiempo… Además, sabíamos que el doctor Speyer y los demás harían todo lo mejor que se pudiera. Decidimos quedarnos y hacer la cirugía en el Instituto de Cardiología Infantil.

Todo esto es como un terremoto de emociones, salpicadas por instantes que están como congelados, grabados a fuego. Uno es el momento en que apareció Canessa, después de que tomamos la decisión. Estábamos mi esposo Bernardo, Canessa y yo parados junto a la cuna de Tomás. Le pregunté:

—¿Qué chances hay? —Se me quedó mirando. Agregué—: ¿Qué porcentajes hay?

Quería que al menos alguien nos dijera un diez por ciento, un número, una manifestación concreta de la esperanza.

Me miró a los ojos y me dijo:

—Lo más difícil de mi vida fue atravesar los Andes caminando. Estos son los Andes de Tomás. No importa si hay un uno o un noventa por ciento, porque para Tomás esto es el cien…

Nunca más hablé de porcentajes al referirme a la vida.

Prepararon a Tomás para la cirugía, manteniéndolo con prostaglandina, y lo operaron el 29 de agosto, trece días después de haber nacido.

Fue una cirugía de ocho horas. Nos iban informando a cada rato cómo iba evolucionando, sorteando obstáculos. Después de la operación, cuando lo llevaban al CTI, lo vimos pasar en la camilla, totalmente desfigurado, porque salen hinchados y con respirador. De a poco se fue estabilizando, porque la cirugía resultó un éxito. La frase más permanente con Tomás, en todas sus operaciones, fue: «Qué impresionante lo bien que evoluciona este niño». Canessa me decía: «Qué ganas de vivir tiene…».

En esa primera operación y antes de la segunda, le pusieron un tubito que garantizaba que llegara la sangre del corazón a los pulmones.

Cuando nos fuimos a casa, en esos primeros días, Tomás no comía, no succionaba. A los dos días volvimos al Instituto de Cardiología Infantil y decidieron internarlo para hacerle una reparación alimenticia, poniéndole una sonda directamente al estómago para ganar peso. Si bien eso tuvo éxito, porque se empezó a alimentar, comenzaron también sus problemas respiratorios. Se ahogaba, se fatigaba. Lo estudiaron nuevamente y descubrieron que cuando le hicieron la cirugía al corazón se cortó el nervio recurrente que afectó y paralizó una de las cuerdas vocales, impidiéndole respirar bien, lo que derivó en la necesidad de hacerle una traqueotomía. Nosotros ya sabíamos que ese era uno de los tantos riesgos posibles. Fue duro verlo con ese orificio en el cuello y una cánula, pero Canessa nos dijo que era al revés, porque ahora Tomás tendría una voz ronca, de hombre sabio. Y, en efecto, se convirtió en un niño con sabiduría.

Tomás salió de ese trance el 31 de octubre, pero cuando nos íbamos a casa, el «tubo» volvió a dar problemas, hasta que lo estabilizamos en el Instituto de Cardiología Infantil, con Canessa. Con casi cuatro meses de vida se le realizó su segunda cirugía, porque hacía cuadros de desaturación provocados por el tubo, que se obstruía. Además, se le tapaba el tubo de la traqueotomía. En

diciembre, por fin, volvimos a casa.

Un niño normal, cuando lo dan de alta, viene a casa y punto. Tomás vino con un balón de oxígeno para que la saturación de oxígeno fuera apropiada, con una bomba de alimentación para la sonda nasogástrica, con la traqueotomía, un saturómetro y Domingo, un enfermero que nos había adjudicado la cobertura médica a la que pertenecíamos. Después de unos días, el enfermero nos dijo que entre los médicos habían acordado que él viniera para que al menos nosotros pudiéramos tener a Tomás en casa, aunque fuera solo por unos pocos días de vida, y no en un CTI.

Cuando ese 31 de diciembre llegamos a casa con todo ese equipo, a las diez de la mañana, no bien subimos al apartamento el enfermero me dijo que Tomás estaba saturando cincuenta y cinco por ciento, lo que es poquísimo. Entonces el enfermero agregó: «Hay dos opciones, o nos volvemos al hospital, al CTI, o resistimos para ver si se estabiliza». Entonces decidí preguntarle: nos miramos con Tomás…, y decidimos, juntos, que nos quedaríamos. Ese día sentí, en lo más íntimo de mi ser, que mi hijo era y es el Gran Tomás. E inmediatamente me puse a llorar.

Todo salió bien de la segunda cirugía, la de diciembre, y a partir de ahí mejoró su calidad de vida, se estabilizó mucho más, ya no ocurrían esos sustos de que se le tapara el tubo y tuviéramos que salir corriendo al hospital. Incluso con el tiempo dejamos de tener el balón de oxígeno en su cuarto. Fue un símbolo, que mostraba que había un cambio en la casa. Tomás dejaba de ser paciente y se convertía en niño. Evolucionaba y progresaba, y cuando tenía poco más de un año de edad, en lugar del enfermero Domingo venían, cuando era necesario, una *nurse* y su médico Speyer, que, como yo bromeaba, casi tenía residencia en casa de tanto ir y venir.

El 25 de mayo de 2006 se le sacó la sonda de alimentación y Tomás aprendió a comer. Poco después le consiguieron una válvula de fonación y rápidamente consiguió hablar. A veces, como travesura, él mismo se tapaba la cánula…, pero venía tolerando todo muy bien.

Uno se imagina que un niño, después de lo que él pasó, sería apocado, apático, pero fue al revés: nunca vi un niño tan radiante y cariñoso. El perfil de vida que siempre le planteamos a nuestros hijos, Lucía y Tomás, fue vivir con la calidad de vida de un niño sano. No íbamos a criar a Tomás ni en el entorno ni con la psicología de un niño enfermo. Tenía algunos «detalles de fábrica», como decíamos, pero su perfil sería el de un niño completamente normal. Y para ello hicimos todos los esfuerzos.

Tomás empezó el jardín de infantes con un año y ocho meses de edad. Todos nos decían que era una locura que fuera al jardín con la traqueotomía en el cuello. Pero nosotros queríamos que Tomás tuviera una calidad de vida normal porque cada día, para él, era una dádiva, ya que él siempre fue un sobreviviente. Queríamos que Tomás viviera la mejor vida posible porque de la otra manera sería un niño encerrado, mirando cómo los otros viven a través de una ventana nublada, y se quedaría sin disfrutarlo él. El 6 de octubre, después de dos años, le sacaron la traqueotomía y empezó a respirar normalmente. De inmediato los otros niños le preguntaban dónde estaba la cánula y todo ese equipo que antes tenía encima, porque ahora no lo tenía más. Pero así como se habían habituado a que cargara con él, rápidamente se adaptaron a que no lo tuviera, y Tomás se convirtió en un niño como los demás.

Las maestras estaban muy asustadas. A veces me llamaban por teléfono desesperadas: «¡Tomás está respirando raro!». Cuando yo iba, rápido pero sin ansiedad, él se sorprendía al verme porque iba fuera de hora, y siempre me preguntaba: «¿Por qué viniste antes de tiempo, mamá? ¡Estoy pasándola tan bien!». Sin decirle a qué había ido, disimulando, comprobaba que estaba todo en su lugar, le decía «Te quiero mucho» y él volvía a jugar con sus amigos. Y no paraba de correr.

Pocos días después de que le sacaron la traqueotomía lo anotamos en Casa de Gardel, que es un centro de rehabilitación donde hacía hidroterapia. Y descubrió que lo que más le gustaba en la vida era el agua, nadar, cosa que aprendió a hacer en pocos días. Yo iba a verlo a la piscina y él, con su

capacidad pulmonar disminuida, desde el fondo del agua, nos miraba riéndose, y aunque tuviera que esforzarse para no tragar agua, se reía igual, porque aquello era demasiado glorioso para no manifestarlo.

Entró a la escuela con tres años de edad, y se destacaba por su inteligencia, por su habilidad. Un día le pidieron que esculpiera en arcilla un animal e hizo una maravilla que tengo en la repisa, en el lugar más visible de mi casa.

Tengo la convicción de que el mundo se perdió de una gran persona, o la tuvo muy poco tiempo. Hablando con su última maestra, hasta el día de hoy ella dice que nunca vio a Tomás triste, ni achicado, siempre buscó y encontró lo bueno de todo y de todos. En la clase, cuando se suscitaba algún conflicto, él era quien aportaba el lado armonioso para superar la instancia de separación, construyendo un mundo alternativo donde siempre se puede encontrar lo que nos une, no lo que nos divide.

Un año antes de que Tomás se nos adelantara al cielo, creamos la Fundación Corazoncitos, donde participa Canessa, para ayudar a estos casos de cardiopatías congénitas, para apoyar a las familias, para trabajar por una detección precoz, para permitir que muchos más tengan la oportunidad de vivir y con la mejor calidad de vida posible.

La gente se dio cuenta de quién era Tomás, por eso en sus últimos días había tal multitud en el hospital, colmando los pasillos, al firme, haciéndole la guardia, para que intentara lo imposible. Los funcionarios de ese centro nos pedían que le dijéramos a la gente que no siguiera yendo, que no se podía estar con semejante muchedumbre. Pero ¿cómo íbamos a pedirles que no fueran, con la tremenda misión que tenían por delante?

Desde entonces, si llueve, o si hay tormenta, cuando paso por la parada de ómnibus y veo a alguien que lo precisa, me ofrezco a llevarlo en el auto. A veces uno, a veces dos. Acomodamos las rutas y llegamos. Mi marido dice que un día puedo llevar a la persona equivocada. Pero no lo creo. Tú te das cuenta de quién está precisando ayuda, aunque más no sea para que no se moje. Afuera y adentro.

Nosotros tenemos un auto verde y salíamos a hacer picnics al parque del Prado todos los sábados, para compartir en familia, porque vivimos en un apartamento muy pequeño. Cuando le preguntábamos a Tomás qué iba a ser cuando fuera grande, él siempre respondía:

—Voy a ser como papá, y voy a salir de picnic con un auto verde todos los sábados…

El mejor regalo que te puede dar un hijo es soñar con ser grande y querer ser como vos. No porque te quiera imitar, sino porque quiere decir que eso que hiciste por él, de algún modo, lo tornó feliz. Y es en ese auto verde con el que soñaba Tomás que, cuando llueve, yo llevo a gente que lo precisa al destino que necesite.

La vida de Tomás fue en positivo. No era un niño sufrido porque tuviera que tomar varias medicaciones diarias, sino que era un canto a la vida. Como un pájaro en la copa más alta de un árbol, en un amanecer soleado, que no cesa de trinar. Una vez íbamos caminando en el cochecito, él iba con la mochila de oxígeno, con la sonda de alimentación, el aspirador, todo lo necesario para un paseo tranquilo, y una mujer en la feria me paró y me dijo:

—Ay, pobrecito, ¡qué infeliz!

La detuve y la corregí:

—No, señora, él es muy feliz, mírele los ojos; infeliz sería si no pudiéramos hacer nada por él y si él no pudiera hacer nada por nosotros.

Su hermana Lucía siempre tomó con naturalidad el hecho de que tuviera un aparatito por el que respiraba y otro por el que comía. Cuando le preguntaban cómo estaba el hermano, respondía: «Está bien, come por la nariz y respira por el cuello, pero está muy bien», y los otros permanecían azorados. Lo llevábamos a la playa y los médicos me decían que era la única madre que llevaba a un

hijo con traqueotomía a la playa, aunque el doctor Speyer estaba feliz, porque sabía que habíamos conseguido que un papá nos hiciera un filtro para su cánula que evitaba que le entrara arena.

El día que murió Tomás todos pasaron a abrazarme y me susurraron cosas al oído, pero no recuerdo una sola palabra de lo que me dijeron. Ni una sola. Pero agradezco especialmente a los amigos y a la familia que se quedaron fuera del CTI esa madrugada del 7 de diciembre de 2010, en silencio. Salíamos consternados con mi esposo, y lo único que hacían era abrazarnos, me quedaba un rato con ellos y volvía a entrar, siempre en silencio. Aprendí que a través del silencio uno puede transmitir algo muy elocuente: *No podemos imaginar lo que estás sintiendo, pero estamos aquí para permanecer a tu lado.*

Recién ahora, después de un año y cuatro meses de su muerte, miro a los niños en la calle de otra manera, los niños de la edad de Tomás. No está bien que mire a esos niños y piense en todo lo que Tomás estaría haciendo ahora. Siempre pienso que si Tomás me ve, y yo estoy mal, se quedaría muy, muy triste y no me gustaría que fuera así. Que vea que lo extraño demasiado, sí, pero que Mami no se detiene, sino que sigue adelante. Él me enseñó mejor que nadie que puedes tener una vida plena, rica, jubilosa, a pesar de la traqueotomía, la sonda, el oxígeno, ocho medicaciones arriba, un saturómetro que nos enloquecía la vida. La verdad es muy simple: Tomás no se fue antes de lo esperado, sino que se quedó cinco años más de lo pensado.

Cuando iba con Tomás a la consulta con Roberto Canessa, o ahora, cuando nos vemos con él, siempre vuelvo con nombres de personas, datos, teléfonos. Él arma constantemente una red sutil de personas, que siempre están dispuestas. Me ve y me dice: «Adriana, estuve pensando, ¿sabés con quién sería bueno que hablaras?», y ahí me da un nombre, un teléfono, una referencia de esa persona, un detalle mínimo que después descubro que es inmenso.

Con el último caso que me pidió que colaborara fue con el de Clarita, una beba que nació con una transposición de grandes arterias con comunicación interventricular. Roberto me llamó y me dijo: «Murió Clarita, por favor, Adriana, ¿podés hacer algo?». Llamé a la mamá, no me atendió, llamé al papá, no me atendió, les dejé un mensaje donde les dije que era una mamá de un niño con cardiopatía, que también como en su caso se nos fue antes de lo que hubiéramos querido y que estaba a las órdenes.

A la semana siguiente el padre me llamó, me dijo que habían recibido el mensaje y que sí, querían sentarse a charlar con alguien que hubiese pasado por lo mismo, que no tenían la menor idea de cómo seguir la vida. Fuimos con Bernardo, mi marido. Primero nos saludamos todos muy formales, pero después empezamos a encontrar los puntos en común, y la primera conexión, curiosamente, fue a través del humor. Recordamos las frases más locas que oímos en los dos velorios: «No te preocupes, podés tener otro». ¿Cómo «podés tener otro»? Los hijos no se suplantan, y así nos íbamos riendo, a sabiendas de que la gente no te lo dice por mal, lo dice con la mejor intención, pero no tienen la menor idea de lo que está sucediendo.

Yo le digo a Roberto: lo que vos necesitás es que el valle verde y fresco de Los Maitenes, adonde llegaste tras la caminata atravesando la cordillera de los Andes, se junte con el fuselaje destrozado que había quedado ochenta kilómetros al este, entrampado en el valle de las Lágrimas. Ya lo lograste, ahora podés descansar. Él no me dice que sí ni que no. Él necesita hacer esa conexión para estar en paz, y yo preciso hacer la mía, y todos precisamos formar la nuestra. Cada uno debe encontrar el modo de unir las dos partes de nuestras vidas divididas por la tragedia. Cuando contacto a la persona que me dijo y le cuento a Roberto lo bien que resultó, cómo nos reímos, él me escucha en silencio, pero le brillan los ojos. Los Maitenes están en el valle de las Lágrimas, o viceversa.

Una vez le dije:

—¿Por qué hacés esto todo el tiempo?

—Tengo que devolver en parte lo que la vida me dio —respondió.

Entonces yo también pasé a integrar esa cadena y llevo chiquilines de otras madres a que los revise, a que les mire el corazón con el ecógrafo, gratis. Y yo también me he dedicado a juntar gente que pertenece a esa extraña comunidad que él forma, que no tiene nombre, para que se sigan sumando eslabones, tejiendo la urdimbre. Una de las situaciones que tengo grabada en la memoria es una consulta a la que fuimos con Tomás. Roberto le hizo la eco y cuando nos disponíamos a salir, tras saludar a la gente del consultorio, se me acercó una mujer con aspecto de divina persona y me dijo:

—Perdoná que te lo pregunte, pero ¿acaso él no es Tomás y vos sos Adriana, la mamá? ¡He escuchado hablar tanto de ustedes! ¡Los admiro tanto! Yo soy Isabelle, la mamá de Agustín.

Capítulo 43

Tomás es la persona más valiente que he conocido en mis sesenta años de vida. Por lo general los niños tienen miedo del médico que los ausculta, cuando te acercas esconden la mirada, o directamente se ponen a llorar. Tomás me decía: «¿Me vas a revisar mi corazón?», sin bajarme la mirada, como si tal cosa.

Había pasado tantas peripecias en su corta vida que cuando venía al consultorio me intimidaba, me hacía sentir pequeño, admirado, ante ese niño gigantesco con esa tremenda bondad y una ternura que emanaba por todo su ser. Como hablaba con voz ronca yo le decía que era un señor chiquito, pero a pesar de ser un señor, era bueno y tierno como un niño. Era un señor agradecido. «Soy como vos», me decía. Y tenía dos, tres, cuatro años. «Soy como vos», y yo pensaba que era un niño de la montaña. Era de los seres que habían conocido lo que es la lucha y la supervivencia.

Capítulo 44

Isabelle, madre de Agustín

Dos años y medio después de aquel mes surrealista de Boston, y luego de un mes desde que le habían dado de alta de la cuarta cirugía en el mismo hospital, un martes de diciembre de 2010 llegamos a la consulta en el Hospital Italiano. Yo estaba con pocas semanas de embarazo de Valentina, mi tercer hijo. Algunos me decían: «¡Qué coraje!», pero para nosotros fue lo natural, tener otro hijo, la vida continúa. Agustín no era más un bebé, sino un niño juguetón. La consulta estaba bastante atrasada porque Canessa había tenido una emergencia en el Centro Hospitalario Pereira Rossell (Hospital de Niños). Cuando entré al consultorio con Agustín, advertí que era uno de esos días en que Roberto tenía más ganas de escuchar que de hablar. Mientras tanto, Agustín, con sus dos años y medio, corría por todos lados, tocaba todo, daba vuelta el consultorio y a Roberto no se le movía un pelo. Yo estaba más preocupada que él de que Agustín rompiera algo.

En ese momento me dijo:

—Te quiero mostrar algo. —Abrió la billetera y sacó una nota. Y me agregó—: No cumpliste con tu palabra, porque Agustín no está jugando al golf.

Tomé la nota en mis manos e hice memoria.

Hacía tres años, en la semana veintitrés del embarazo de Agustín, el día en que Roberto nos confirmó el diagnóstico de la cardiopatía, después del shock, el llanto, enterarnos de las pocas chances de supervivencia que tenía y todo lo demás, nos dijo si queríamos ir a un congreso de neonatología en el Hotel Sheraton de Montevideo, a efectos de que nos viera el doctor Jack Rychik del Children’s Hospital of Philadelphia, uno de los cardiólogos fetales más prestigiosos de uno de los hospitales más prestigiosos de Estados Unidos en cardiología infantil, que casualmente iba a estar en Montevideo en esos días. Rychik daría una conferencia junto con Roberto. No podíamos creer que tuviéramos tanta «suerte», que justo en esos días viniera un doctor tan sabio a Montevideo y menos tener la oportunidad de que nos viera para afinar el diagnóstico de nuestro hijo.

Cuando llegamos al hotel y subimos a donde se estaba realizando la conferencia, estuvimos un rato esperando en una sala aparte, junto con otras parejas que evidentemente estaban allí por un motivo semejante. No entendíamos mucho, todas iban pasando de a una y nosotros quedábamos para el final. De pronto, vino un asistente y nos dijo que el doctor Rychik nos vería en los quince minutos de corte de la conferencia, y no durante el congreso, delante de todo el mundo, como a todos los demás, quienes estaban participando de la charla, presentando sus casos clínicos. Cuando llegó el corte de la conferencia nos llevaron a una salita al costado de la sala de conferencias, donde había una camilla y un aparato de ecocardio especialmente preparado para nosotros. Desde donde estábamos, escuchábamos el murmullo de la muchedumbre en la sala contigua, tomando un café mientras aguardaban el regreso del disertante. Me pidieron que me acostara en la camilla y Rychik y Roberto me hicieron el ecocardio, mientras yo intentaba entender en mi inglés básico qué diablos decían de nuestro hijo. Rychik me preguntaba cosas de nuestra vida con una calma y afabilidad como

si estuviera viendo a alguien que conocía desde hacía muchísimo tiempo, y mostrando una seguridad como si estuviera viendo algo que veía todos los días, sin cualquier atisbo de esos gestos de espanto que nos estábamos acostumbrando a ver en las últimas semanas, cuando evaluaban el diagnóstico de Agustín.

Hasta que en un momento vinieron dos hombres con aspecto de médicos a decirle a Roberto que había finalizado el corte y debían regresar a la conferencia. Canessa no le dio demasiada importancia, demoraron en volver, y después de hablar unos minutos con Rychik a solas, Roberto nos dijo que estaba confirmado lo que él había visto, que era operable (nunca me voy a olvidar de sus palabras), y agregó: «Ahora la decisión es de ustedes. Les espera un camino largo y difícil, pero hay posibilidades». Y cuando comenzábamos a procesar lo que dijo, ya se había ido. *¿Decisión?* Era la segunda vez en la vida que veíamos a Roberto, pero no sé por qué hice lo que hice. Creo que lo que sentía era resentimiento con todos los que nos habían dicho que lo pensáramos bien antes de seguir adelante, que bajáramos los brazos antes de siquiera intentarlo, como si no hubiera posibilidades de salvar a Agustín. Entonces tomé un block que encontré sobre la mesa de esa salita y le escribí una nota a Roberto. Decía así: «Muchísimas gracias por darnos la posibilidad de que Rychik nos viera, Dios nos ha puesto una prueba difícil, pero al mismo tiempo estamos en buenas manos. Y te pido que te acuerdes de este nombre: Agustín Vázquez Chaquiriand, porque será un gran golfista». Yo no entendía nada de golf, pero puse lo de golfista por aquello de que todos nos decían que, en el mejor de los casos, no iba a poder ser deportista porque iba a estar limitado en su capacidad cardiovascular. *Pero entonces, ¿por qué no puede jugar a un deporte como el golf?*, pensé. Doblé el papelito, busqué a Lauri, la mujer de Roberto, y le pedí que se lo diera a su marido, porque no habíamos tenido tiempo de despedirnos.

Tres años después, en la consulta en el Hospital Italiano, Roberto me dio la nota que tenía guardada desde entonces consigo. Cuando la terminé de leer, me temblaban las manos y se me llenaron los ojos de lágrimas. Él tomó la nota y la agregó a la historia clínica de Agustín. Había transcurrido muchísimo tiempo desde entonces. *¿Por qué diablos él guardó esa nota de una pareja que recién acababa de conocer? ¿Qué pasa por su cabeza cada vez que le surge un caso como el nuestro?* Lo primero que pensé fue en los Andes, me dio la sensación de que ese papelito era: «Se cayó otro avión, haremos todo lo posible para ver si sale».

* * *

Hoy, Agustín es un niño al que le brotan la felicidad y la hiperactividad por los poros. Es muy bajito y flaco para su edad, y tiene una voz ronca como secuela de haber estado tanto tiempo con respirador. Pero es tan seguro de sí mismo que todavía no se enteró de que es pequeño. Se lleva el mundo por delante. Es pícaro, hábil, extremadamente inteligente, protagonista en todos lados, negociador nato y no tiene la más mínima noción de lo que es no conseguir algo que quiere. Al punto que al día de hoy juega al fútbol y lo hace muy bien, no porque sea el más rápido o el más resistente, sino porque es ágil y preciso. Va al mismo colegio Stella Maris-Christian Brothers al que iba Roberto, y el día que el coordinador general del colegio conoció a Agustín, a los pocos minutos me dijo: «¡Pero este es un Canessita!».

Después de tantos viajes juntos, fundamentalmente a Boston, algunos de los cuales hicimos Agustín y yo solos, y de tantos ratos compartidos en las consultas regulares que tenemos con los médicos, mi hijo y yo nos tornamos muy compañeros. Como parte de esa complicidad, vivimos, cada tres meses, la consulta con Roberto como una visita, no como un control médico. Roberto es su amigo, que no comparte con sus hermanos, ni con nadie más de la familia ni de sus otros amigos. Es

parte de su toque de distinción. Es su lugar. Su universo exclusivo. Supongo que por eso es el único lugar donde lo dejo manipular los jueguitos de mi móvil, para que se entretenga mientras le hacen el ecocardio y luego, mientras yo estoy horas charlando con todo el mundo del consultorio. Es su mundo, él marca las normas.

Un día, Agustín resolvió hacerle un dibujo a Roberto para su cumpleaños. Y allí estamos nosotros: él, sus dos hermanos, su padre y yo, junto a Roberto, con un sombrero, botas y un cinturón de cuero ancho, con su nieto Benicio (que recién había nacido) a su lado. Arriba le puso título: «La familia».

Gracias a esas charlas con Roberto y a verlo actuar en la vida, aprendí muchas cosas. Aprendí que una hazaña no es solo el que en una situación límite sale adelante, sino el que en los pequeños detalles del día a día logra pequeñas proezas. Entendí que ayudar a los demás y poner pasión en lo que uno hace no es exclusivo de quien sobrevivió a una tragedia aérea, o de los padres que tuvimos a un hijo en el anca de un piojo. No es algo que esté reservado a algunos, que por su experiencia pasada hayan alcanzado un nivel superior. Lo que nos diferencia son más o menos golpes que otros según lo que nos tocó pasar en la vida. El Roberto que pasó a ser parte de nuestra familia, como así lo determinó Agustín, el que aprendimos a querer y respetar, tiene más que ver con la persona noble, humilde de corazón y agradecido con la vida del día de hoy que con su hito histórico en la cordillera. Una persona que inspira a las personas que lo conocemos a ser mejores. Eso de por sí, ya es un milagro.

Agustín nunca vinculó a Roberto con la peripecia de los Andes, porque Roberto (y por ende nosotros tampoco) nunca le mencionó nada al respecto. En 2012, cuando se conmemoraron los cuarenta años de la tragedia del 72, el colegio rememoró el hecho y les contaron a los alumnos acerca del accidente de los Andes. Esa noche, en casa, durante la cena, que es el momento en que nos contamos cómo nos fue en el día, Agustín, que desde que llegó a casa estaba muy entusiasmado, sin poder ocultar su sorpresa me contó lo que tenía reservado para ese momento tan especial:

—¡Mamá, mamá! ¿Sabés que hace cuarenta años unos compañeros del colegio se cayeron en un avión en la montaña? ¿Y a que no te imaginás quién iba adentro?

Capítulo 45

Tino Canessa, hijo de Roberto

De la caminata de mi padre surgen, para mí, las improntas. Lo observo mucho y detenidamente, no solo porque es mi padre, sino porque yo también soy médico y trabajo con él desde que ingresé a la Facultad de Medicina. La primera es un resultado colateral de los Andes. Papá sufrió tanto en el fuselaje y en las caminatas que ese sufrimiento lo convirtió en un adicto a la vida.

A mí me sorprende que, en su apuesta, jamás titubea. Ve el corazón dentro del vientre de la madre, cuando el médico es el que sabe y puede orientarla para un lado o para el otro, y sea la complicación que sea, él siempre apunta para que el niño se salve. Incluso en los casos más complejos, ante los que muchos médicos suelen lavarse las manos.

El niño va a tener un ventrículo único, y si nace, será un terremoto y alterará toda la vida a esa familia durante veinte años. Mi padre plantea dos alternativas, el terremoto o esperar a que nazca otro, y él siempre apuesta al terremoto. No renuncia. En todas esas disyuntivas, mi padre no duda, no vacila, jamás lo escuché decir: «Que se muera». O los eufemismos: «No hay mucho que se pueda hacer», o «Pensalo dos veces antes de decidir».

Es una apuesta irracional por la vida, como fue la caminata. Estuvo tanto tiempo al borde de la muerte que valora la vida mucho más que la mayoría de las personas.

No es una coincidencia que él, que está mandatado para conservar la vida, sea cardiólogo, y por eso eligió pediatría porque los niños tienen mucho más para dar que una persona mayor. Los padres del niño en esa tribulación definitiva dicen: «Viene Canessa» y saben que significa «viene la esperanza», porque mi padre es un adicto a la vida.

A su vez, él no se preocupa con las convenciones de la sociedad, lo que hace que a veces confunda el nombre del paciente. Él sabe perfectamente quién es, quién es su hijo, las minucias de su vida…, su historia clínica al detalle, pero se olvida del nombre cien veces. Yo me muero de vergüenza, pero ni él ni el paciente se inmutan con el traspié. Están hablando desde otro plano, donde hasta el nombre es irrelevante: lo importante está en otro lado.

Nada es convencional en la vida de mi padre. El segundo piso del Hospital Italiano, donde está el consultorio, a veces parece un cumpleaños. Suele haber alboroto, risas, gritos, llantos (a veces dolorosos gemidos de un niño al borde del pánico), pero lo que más llama la atención es el ladrido de un perro. La única diferencia con un cumpleaños es que hay demasiadas sillas de ruedas, o sillas especiales para chicos enfermos. Después la gente descubre que no hay un perro: que el que ladra, para calmar a un niño que no se deja poner el ecógrafo en el pecho, es mi padre. Lo hace bien, vuelca la boca hacia el otro lado, casi como un ventrílocuo, y ladra, prácticamente sin mover los labios. El niño se queda tan sorprendido por la presencia de un perro en una consulta médica que se olvida de llorar y patalear. Cuando papá se concentra en el ecógrafo, el niño vuelve a llorar, pero el perro protesta con un largo gruñido. El niño lo busca y papá le señala la pantalla, donde el latido de su corazón suena como el resuello de un perro. El niño está como hipnotizado. Cuando el niño se va a

lanzar a llorar de nuevo, el perro ventrílocuo se pone a gemir. Papá le dice que el perro se llama Corbata, porque tiene una mancha blanca en el pecho que parece una corbata. Cuando un tiempo después el niño se viene a controlar, lo primero que hace es buscar a Corbata. «Está adentro», le dice papá, señalando el ecógrafo.

El segundo piso del Hospital Italiano es como un universo completo, con sus planetas, sus astros, sus lunas, sus sombras. Desde ese cosmos se advierte la otra impronta de la caminata: ante la adversidad, siempre mete para adelante. Él sale a caminar en la montaña para morirse, porque quiere irse dando lo máximo. Siempre dijo que si se moría, se moría caminando. Cuando tiene miedo, muerde y arremete. Y no piensa en otra cosa. Es como una fórmula que la aprendió a los diecinueve años.

La otra impronta es la necesidad de armonía. Vivió tanto tiempo en el caos que necesita transformarlo en cosmos. También me sucede a mí: tengo una compulsión por armonizar. Si lo pienso un poco, es lo que mi padre hace todo el tiempo. La diferencia es que mi necesidad de armonía es concreta y la de él es más amplia e intangible.

Él tiende lazos sutiles entre sus pacientes para crear una red de templanza. En muchas cosas, él es rústico, pero para tejer esa red de equilibrio lo hace con la precisión de un cirujano.

Pero la impronta definitiva es que la caminata funciona en positivo. Las permanentes adversidades que padeció en los Andes, a otras personas les haría temer que se repitan, los prepararía para las casualidades fatídicas. En él operó al revés. No sé cómo, pero confirmó que lo negativo es una aleatoriedad remota. Él es el ejemplo extremo de una situación pesimista, pero es eso mismo lo que lo catapulta al otro estado, formando un círculo virtuoso que él mismo propaga. Abolió la resignación, no existe más. No le sale al cruce al riesgo, pero no le teme.

Sufrió demasiado, ¿por qué no lo mataron? ¿Qué necesidad de que penara de esa manera? Pienso que él encontró la explicación: te convida a hacer con él una apuesta irracional por la vida. Te invita a creer, a olvidar las probabilidades, a imaginar un mundo habitado por personas que no deberían estar vivas (donde él mismo es el mejor ejemplo), pero lo están, porque las cosas que deberían haber salido mal, contra todos los pronósticos, salieron bien.

Capítulo 46

Marta, madre de Tiago

Nosotros somos una familia muy humilde. El 18 de noviembre de 2001 nació nuestro hijo Tiago. Había salido del hospital sano, pero a los cinco días lo internaron porque le apareció un problema en el corazón. Además descubrieron que tenía un solo riñón. Empezaron a pasar los días y cada vez estaba peor, pero nadie me decía nada, aunque yo me daba cuenta de que empeoraba. Le empezaron a atender el riñón y no el corazón, pero yo advertía, sin saber nada de medicina, que era al revés, que había que atenderle el corazón, que era lo que hacía que Tiago retrocediera. Hasta que llegó un día, el 4 de diciembre, en que nos llamaron al padre y a mí, a las seis de la tarde, y los médicos nos dijeron, mirándome a los ojos:

—Resígnese, ya no hay mucho para hacer por la vida de su hijo. Está desahuciado.

Fue el peor día de mi vida. Llegué al fondo del pozo. Le pedí a mi marido que me dejara sola. Además, casi no podía estar con mi hijo en el CTI, porque me dejaban apenas un ratito, cada tres horas. Mi marido se fue y yo me dirigí a la capilla a rezar y le pedí a Dios que de alguna forma apareciera una solución para mi hijo. Porque en el campo de la medicina no restaba ninguna.

Salí de la capilla y a las 11.50 de la noche, desconsolada, me senté en una salita que hay para los padres que tienen hijos internados en el CTI. Estaba sola, no había nadie, hasta que de pronto escuché unos pasos, el timbre del CTI y una voz: «Doctor Roberto Canessa». Me parece que lo estoy escuchando en este mismo momento y me vuelvo a emocionar como aquel día, hace doce años.

Sentí que mi corazón se me disparaba en el pecho, porque advertí como una centella que ahí estaba la salvación de mi hijo, la que acababa de pedirle a Dios en la capilla. Pensaba: *¿El doctor me atenderá?* Hoy, que lo conozco, sé que es el hombre más sencillo y bueno que vi en mi vida, pero en aquel entonces Roberto Canessa para mí era inalcanzable, una eminencia y el de los Andes. Además, Jacinto, mi marido, que es maletero del aeropuerto, lo conocía de verlo pasar en sus viajes y me decía que es un hombre sin tiempo, que siempre va como un bólido porque tiene muchas cosas importantes para hacer. Pero nada de eso pasó por mi cabeza esa noche del 4 de diciembre.

Fui y me paré en el pasillo, bloqueando la salida. Veintisiete minutos después salió el doctor Canessa con dos personas que colaboran con él, y con el alma en vilo, caminando a su lado, para no demorarlo, le dije, conmocionada:

—Doctor, ¿no me da un minuto de su valioso tiempo?

De inmediato me di cuenta de la impresión que le produjo mi frase. Él no podía creer que yo le suplicara por un minuto de su valioso tiempo.

Se detuvo y me dijo:

—¿Cómo no voy a darle un minuto?, ¿cómo no voy a darle todo el tiempo que usted necesita?

—¿No hay posibilidad de salvar a mi hijo? —le pregunté.

—¿Tu hijo es Tiago?

—Sí… ¿No hay posibilidad de salvarlo?

—Claro que hay. ¿Por qué no? —respondió, sorprendido.

—Porque los otros doctores me dijeron que me resignara, que está desahuciado, que el niño se me está muriendo…

—Esperá un momentito —dijo entonces, con firmeza, sin titubear.

Dio media vuelta, tocó timbre de nuevo, entró y, a través de los vidrios, vi que miraba atentamente la ficha de Tiago y llamaba por teléfono; hizo varias llamadas, estuvo un rato largo hablando y hablando con diferentes personas. Salió de nuevo, me tomó las manos, en las que yo tenía las medallitas del padre Pío, a quien también le estaba rezando, y me dijo:

—Quedate tranquila, mañana tendrás noticias. Y si no las tenés, me buscás en el Instituto de Cardiología Infantil del Hospital Italiano, que ahí me encontrás seguro. —Y tocando una de las medallitas, me agregó—: Y nunca pierdas la fe.

Al otro día me llamaron del hospital, tres médicos —un nefrólogo, un cardiólogo y un pediatra —, para anunciarme que a Tiago lo operarían esa tarde. Les pregunté dónde lo iban a operar y me dijeron que en un determinado hospital, y yo respondí que de ninguna manera, que quería que lo operaran donde estaba el equipo del doctor Canessa, en el Instituto de Cardiología Infantil. El médico me preguntó por qué, y le dije: «Por una cuestión de fe», porque sabía que Dios lo puso en mi camino en el último minuto. Porque Dios y el padre Pío lo pusieron a las 11.57 minutos de la noche cuando no había nadie más en el mundo, cuando mi hijo se moría.

Al otro día, el 5 de diciembre, a las ocho de la noche, mi hijo Tiago estaba operado en el Instituto de Cardiología Infantil y, gracias al Dios bendito, él hoy está acá, sanito. Se le normalizaron totalmente todos los exámenes del riñón, tiene doce años y pesa cincuenta kilos.

Tiago nunca más pisó un hospital, salvo los análisis con el doctor Canessa.

Un día, el doctor me dijo:

—¿Sabés que vos tenías clarísimo cuál era el diagnóstico de tu hijo? Lo decías con otras palabras, pero lo sabías.

Él tenía un *ductus* persistente, que es con lo que los bebitos toman el oxígeno por la madre, que cuando nacen se cierra, pero en algunos casos no se cierra, como el de Tiago, y eso les provoca edema pulmonar. Tiago había recibido demasiados diuréticos para intentar compensarlo y estaba deshidratado. Lo que había que hacer era operarlo y cerrarle el *ductus*. Cuando nació Tiago, ni siquiera mamó porque no tenía fuerzas para succionar, estaba ahogado. Tomaba un poquito y se dormía, por lo que lo alimentaban por sonda.

Un día fui a ver al doctor Canessa al Hospital Italiano para que le hiciera un ecocardiograma a Tiago, y le dije:

—Pensar, doctor, que yo antes de dormir rezo todos los días, y todos los días agradezco a Dios que me lo haya puesto a usted en mi camino una noche de diciembre, en el último minuto, y todos los días de mi vida rezo a Dios para que lo bendiga a usted y a su familia.

Cuando Tiago cumplió dos años, él y su mujer Laura vinieron a mi casa, a la fiesta de cumpleaños. Cuando llegaron, le dije a su mujer:

—Ah, Laura, qué gusto que vengan al cumpleaños de mi hijo en una casa tan pobre, tan humilde. En verdad no pensé que fueran a venir.

Laura me miró sorprendida:

—¿Y por qué no íbamos a venir?

—No sé, es tan lejos, la calle ni tiene nombre…

—¿Vos te olvidaste de que a él lo salvó un arriero más humilde que cualquiera? ¿Dónde creés que él se siente bien?

Y no se lo dije, pero lo pensé: toda la comida que había cocinado era la que sabía que a él le gustaba, porque tenía la sospecha de que vendría.

* * *

Pasaron los años, y en 2010 mi sobrina tuvo una bebita, pero cuando tenía menos de un año se la internaron, en grave estado. Entonces fui a visitarla con mis medallitas del padre Pío, y le dije:

—Traje al padre Pío para que le pidas que te la proteja.

Pero la beba empeoraba. De noche me vine para casa, llegué, me cebé un mate, cuando me llamó mi sobrina desesperada, y me dijo:

—Ay, Marta, me dijeron que Delfina está desahuciada…, pero ¿sabés a quién estoy mirando, en frente a mí? Al doctor Canessa.

Estaba ocurriendo la misma situación, exactamente lo mismo, en otro hospital, en otra circunstancia.

—¿Dónde está el doctor Canessa? —le pregunté, porque no entendía lo que quería decir.

—Esta acá, casi en frente a mí, pasando.

—¡Caminá junto a él para que no pierda tiempo y pasale el teléfono!

Ella lo hizo, le pasó el teléfono y yo le dije:

—Doctor Canessa, ¡soy Marta, la mamá de Tiago!

—¿Cómo está Tiago? —preguntó, serenamente.

—Está muy bien, pero también soy la tía de Delfina, nos dijeron que está desahuciada, ¿no puede hacer algo por ella? Su madre es la que acaba de pasarle el teléfono.

—Dejame atenderla y hablamos.

Después que vio a la beba, me llamó y me dijo:

—Quedate tranquila, que del corazón no tiene nada, me llamaron porque estaba haciendo retención de líquidos, pero el problema de ella son los pulmones. Es grave, pero no está desahuciada. Llamame en dos días, que voy a volver a verla.

A los dos días lo volví a llamar y me dijo que ya estaba saliendo. Y Delfina, al año caminaba, y hoy, con tres años, hasta habla.

Yo pienso que el doctor Canessa es así en parte por todo lo vivido, esa lección tan horrible. Pero si fueran solo los Andes lo que lo tornó así, no se entiende por qué la esposa que no estuvo en los Andes, los hijos, Hilario, Lala, Tino, que no estuvieron en los Andes, son todos como él, humildes y sensibles. Entonces pienso que él ya era así y se multiplicó con la montaña.

Ahora considero que somos amigos fraternos: yo le llamo «fraterno». Lo llamo por teléfono en su cumpleaños el 17 de enero, los 24 de diciembre, los 31 de diciembre, lo llamo el día que hace fecha de la muerte del papá, el 19 de julio, de la mamá, el 14 de agosto, el día del cardiólogo.

Este año, el día que lo llamé para saludarlo por el aniversario de casado, él estaba arriba de un techo, yo oía el ruido de golpes muy fuertes y le pregunté:

—¿Qué está pasando?, ¿qué está haciendo, doctor?, ¿no se lastimará?

Y él me respondió:

—Estoy clavando a martillazos un techo que se llueve.

El doctor Canessa es alguien que está siempre conmigo en mi casa, porque miro a mi hijo y no me puedo olvidar de él. La principal foto que tengo en un portarretrato es del día del primer cumpleaños de mi hijo. Como Tiago todavía no sabía soplar la vela de lejos, el doctor Canessa sacó la velita de la torta y se la acercó a los labios. Y es lo que se ve en la foto: él, con el brazo estirado, le está dando luz a mi hijo…

Capítulo 47

En mayo de 2007, el Royal College of Surgeons of England organizó el evento Risky Business, donde invitó a Londres a varios expertos en accidentes o en oficios peligrosos a que expusieran sus experiencias: un rescatista del submarino Kursk; un alpinista que rescató a dos personas en el Everest; un bombero que salvó a varias personas en un incendio; un rescatista que salvó a un grupo de trabajadores en una torre petrolera que se incendió en el océano Pacífico; un neurocirujano que atiende accidentes de pilotos de Fórmula 1; un reconocido médico de CTI, el cardiologista infantil Allan Goldman, uno de los organizadores; un experimentado astronauta; y yo.

Escuchando al astronauta, sentí que él y yo habíamos tenido experiencias similares. El astronauta contaba que había salido de la atmósfera, desde donde observaba el planeta azul como un punto en el espacio, y esa imagen se le imprimió con tanta intensidad que le costó trabajo regresar a la vida convencional cuando volvió a la Tierra, empezando porque le costaba entender la lógica de las diferentes fronteras de los países y las culturas, como a mí me costaba entender que niños de distintos países tuvieran diagnósticos de diferentes calidades.

Conversamos mucho, antes y después del evento. Él hablaba como un hombre que había viajado lejos, demasiado lejos en el espacio, mientras que yo actuaba como un hombre que había viajado demasiado profundo en el sufrimiento humano. Él había mirado el mundo desde demasiado alto y yo desde demasiado hondo.

Los dos habíamos salido de ambiente, lo que produjo una disrupción que deja e imprime una huella en nuestra matriz emocional.

El daño en el cerebro, en particular en la sustancia negra, produce pérdida de una determinada forma de la memoria. La persona advierte un objeto, conoce su forma, pero desconoce el nombre. Un hematoma en el alma, mientras tanto, produce un tipo completamente diferente de trauma psicológico.

Los psicólogos y psiquiatras que nos atendieron luego del accidente nos confesaron su impotencia. Nunca habían tenido pacientes similares o parecidos, porque, en rigor, ni siquiera sabían si éramos pacientes; no sabían cómo calificarnos.

Pero he aquí que todos los desgraciados con que tropiezo en mi vida, y con los que experimento empatía, siento que lo que tienen, más que accidentes cerebrales o daños psicológicos, son hematomas en el alma. Y para peor, generalmente no tienen a nadie a quien responsabilizar, nadie tomó un arma y presionó el gatillo.

En la montaña hubo estímulos-llave que se imprimieron en mi matriz emocional y que condicionaron mi actuar y predispusieron mi sentir. Son improntas indelebles, como huellas de la memoria.

Una de ellas es la soledad, el abandono. Fuimos profundos solitarios, y tanto la soledad como la necesidad de remediarla se imprimieron en mi cerebro emocional.

En la cima de la montaña no había nada, salvo nieve, nuestra caverna del fuselaje y rocas. Durante demasiados días busqué desesperadamente encontrar algo debajo o detrás de la nada. Busqué

líquenes en las rocas que no eran más que musgo con piedras, comida en el plástico de las maletas, moscas, aves remotas, huellas de aviones que venían a rescatarnos, cables inertes de la radio que pudieran transformarse en pulsaciones y nos comunicaran con la vida. La caminata fue la búsqueda definitiva.

Otro registro es la compasión. *¿Por qué nos dejaron solos durante tanto tiempo, abandonados?* Y ahora, pienso: *¿Qué puedo hacer para asegurarme de que las víctimas de tragedias con las que tropiezo en el curso de mi vida no queden solas, abandonadas?*

Asimismo, siento una profunda necesidad de encontrar a la persona detrás del personaje. Tengo curiosidad por la gente más diversa porque sé que, enmascarada, escondida, agazapada, detrás, hay otra persona. Porque en mi tiempo de la montaña encontré personas diferentes detrás de la fachada de mis amigos, como ellos la encontraron en mí. Allá se reveló nuestra verdadera identidad. A veces ese otro está tan retraído, porque fue muy maltratado, que debo ir a buscarlo en las zonas más recónditas. Detrás de cada uno de nosotros en la montaña, los que murieron y los que sobrevivieron, descubrimos, tras todas las capas que la sociedad nos había impuesto, un núcleo bueno. Generoso, honesto, compasivo, justo. Corajudo.

Otra impronta que se imprimió es luchar hasta el último minuto. Tengo la absoluta convicción de que en 1972 nos salvamos en el último minuto, que no hubiéramos sobrevivido un día más, del mismo modo que en el accidente nos salvamos por un milímetro, que fue el que permitió que el avión no se estrellara, sino que se deslizara por la montaña. En el alud fue cuestión de segundos; el 12 de diciembre, cuando iniciamos la escalada de la montaña, nos salvamos en el último minuto, y nueve días después, el 21 de diciembre, Nando todavía podía caminar un paso más, pero yo había perdido, definitivamente, las fuerzas.

Construir hogares, con sus vínculos peculiares, es mi principal respuesta automática a la impronta que se imprimió en mi cerebro emocional: durante el tiempo eterno de la montaña, nuestro hogar era un fuselaje en la nieve, o una bolsa de dormir hecha con retazos informes de tela aislante, a la intemperie, en lo alto de la cordillera. La falta de hogar caló hondo y en cierto modo siempre reproduzco el mismo modelo, porque el hogar más perfecto que he conocido fue la choza de los arrieros con quienes tropecé en Los Maitenes.

Nuestro hogar en la montaña era tan miserable, tan pobre, tan frío, que tengo la pulsión —que como tal, no puedo renegar— a recrear el hogar que me faltó. Y cuando descubro alguien que no lo tiene, siento vibrar el mismo desamparo que él experimenta, y por eso tiendo a remediarlo.

Un accidente es un tropezón. Ocurre sin previo aviso. No salgo en busca de los sinsabores de la gente, sino que choco con ellos, y si tropiezo, tiendo, con el mismo afán incontrolable, a solucionarlos. No construyo una organización para solucionar el tormentoso viaje de los drogadictos, no formo una institución para salvar niños. No soy un hombre superior, no me comparo con un filántropo.

Simplemente aprendí que no puedo rehuir los problemas que se atraviesan en mi camino, como la cordillera de los Andes se interpuso en nuestro destino. He tropezado con niños, con gente sin hogar, con las más variadas miserias, y a casi todas las he tratado de remediar, con mejor o peor fortuna. Y cuando ha llegado a la puerta de mi casa una persona a pedirme un plato de comida, esa persona ha tropezado conmigo. No es un hombre viejo y sin hogar, un enfermo, un adicto a las drogas, un niño con hipoplasia en el ventrículo izquierdo; esa persona en apuros, pidiendo socorro, soy yo. Soy yo con diecinueve años, al borde del abismo, cuando no podía sobrevivir una noche más, implorando que me dejaran llegar a Los Maitenes para alcanzar la salvación.

Porque si le doy la espalda, si no le doy el plato de comida, si no le doy abrigo, me estoy negando los panes que nos arrojó Sergio Catalán a través del río San José, o el plato de frijoles que me dieron los arrieros Armando Serda y Enrique González. No los estoy traicionando a ellos, sino

que me estoy traicionando a mí.

Si cuando una madre me espera en el consultorio, con los ojos extenuados por una larga angustia, y me pide algo gigantesco, «Doctor, tengo un hijo enfermo, necesito que me ayude a que viva», no es que no quiera darle la espalda. No puedo.

Si cuando una señora mayor, como ocurrió en setiembre de 2010, viene a mí y, llorando, me dice que soy la última esperanza para salvar a su nieto inmerso en la droga, no soy una persona cualquiera: soy el arriero con el que tropezó, y esa persona, sin saberlo ni adivinarlo, me está involucrando en un compromiso del que no podré ni sabré escapar.

Y esto tiene, para mi familia, daños colaterales. Mi familia en cierto modo es víctima y rehén de la alteración que sufrí en los Andes. Porque ellos, mi familia, si están a cubierto, si tienen el plato de comida y el techo que me faltó en la montaña, ya están salvados, y ahora la prioridad es salvar a la persona con la que tropecé en el río San José, yo mismo.

En la montaña, cuando alguno languidecía, o estaba a punto de claudicar, hacíamos todo lo que estuviera a nuestro alcance, en el cuerpo y en el espíritu, para que remontara la cuesta, y hasta que no lo hacía no lo abandonábamos. Esa fue la fórmula: estabilizarlo, lo que quería decir, entre otras cosas, curarle las lastimaduras, acomodarlo dentro del fuselaje, arropado, sin hambre, sin frío y, fundamentalmente, con esperanzas.

A veces alojo en mi casa gente diferente y por motivos muy variados. A los necesitados que tropiezan conmigo no puedo darles menos de lo que yo tuve en los Andes, que fue lo mínimo imaginable en cualquier circunstancia de la vida. No teníamos abrigo, hogar, comida, ni siquiera teníamos un lugar donde caernos muertos.

Hay hechos del año 72 que están tan presentes en mi vida como si hubieran ocurrido ayer. Cuando iniciábamos la caminata, en el amanecer del día sesenta y uno, y Javier Methol me dijo, con una inaudita convicción en la mirada: «Sé que vas a llegar, Roberto», me dio el empujoncito que necesitaba.

¿Por qué viven en mi casa, o en las cuarenta hectáreas que tengo en la zona serrana de Pan de Azúcar, en el departamento de Lavalleja, establecimiento al que llamé El Suspiro, personas que no son de la familia pero que necesitan de ayuda? No es caridad, no es generosidad, no es bondad. Es compasión, en el sentido de ponerse en el lugar del otro. Es saber que entre la felicidad y la tragedia solo media un abrir y cerrar de ojos.

Cuando estábamos semicongelados en la montaña, ¡cuánto quisimos ver llegar el rescate entre la niebla! ¡Cuánto soñamos con un plato de comida caliente, en lugar de carne humana congelada! ¿Cómo no voy a hacer este esfuerzo con la gente que tropieza conmigo, si en lugar de nieve y falta de oxígeno y cadáveres, tengo para ofrecerles un pedazo de tierra donde crecen el pasto y los árboles, una casa con techo de zinc que la mayor parte del tiempo está vacía?

En ocasiones me veo en los Andes. Soñando, imaginando que alguien me tirará una soga con un gancho del que aferrarme. Sé que ahora soy yo el que está del otro lado y le puedo dar el impulso al muchachito de diecinueve años que quedó varado en la nieve. Y ese jovencito se llama Álvaro, Tomás, Agustín, Santiago, María del Rosario, Jojó, Tiago… Si observo a estas personas que tropiezan conmigo, advierto que siempre se conectan con algún aspecto de mi historia.

Álvaro vive y trabaja en mi casa desde hace más de diez años. Cuando tropezó conmigo estaba sin trabajo y yo tenía mucho trabajo para darle. Es energía pura. Es tan ingenioso que sabe arreglar cualquier cosa. Ni bien lo conocí, lo primero que pensé, como un destello, fue: *¿Qué otra persona mejor que Álvaro hubiera necesitado en los Andes? ¿Acaso este hombre no hubiera arreglado la radio en la cola del avión?* No lo sé, pero no se me ocurre una persona más indicada para haber estado conmigo en la montaña, construyendo hamacas, tabiques, muletas, trineos, probando cables ignotos en el fin del mundo para intentar comunicarnos con la estratosfera.

Solo sé que cuando veo cómo esa maquinaria olvidada vuelve a funcionar, la cara de Álvaro se funde en la mía y los dos sabemos que hemos cumplido la ilusión de hacer que lo que no valía la pena, ahora valga. Eran pedazos inertes, informes, pero de allí surgió algo grandioso. Lo que era un conjunto de piezas olvidadas se convierte, por ejemplo, en una máquina, un automóvil que alguien puede utilizar para cambiar su vida…, así como un grupo de personas condenadas en la cima de una montaña fueron salvadas por otras máquinas, los helicópteros.

De cuando en cuando, en los fines de semana, Álvaro invita a los niños del barrio humilde en el que reside para un paseo inusual. Visitan El Suspiro, el campo donde viven y, creo yo, se rehabilitan los adictos a las drogas que he puesto bajo mi tutela. A veces voy a verlos, diez, doce niños de vidas humildes que nunca han ido a un campo de cuarenta hectáreas, ni han visto animales de granja, sentados a la mesa, afuera, conviviendo con los mayores. Álvaro es el anfitrión, y los exdrogadictos en recuperación que albergo son los que sirven la comida hecha por ellos y entretienen a los niños, poniendo en juego el principio básico de la rehabilitación, que es dar al otro sin pedir nada para sí. Cuando los acompaño suelo alejarme y, bajo un robusto ombú, sentado en sus raíces, los observo.

Hablan, a veces en murmullos, a veces ríen. Es un grupo heterogéneo que trae una carga pesada, cada uno la suya. Un grupo de niños de hogares muy humildes, otras personas que cayeron en desgracia y que buscan la ocasión de redimirse. Los observo… y no hay un día en que no deje de pensar que ese grupo heterogéneo, extraño, que está buscando la segunda oportunidad, está recreando el fuselaje, donde germinó la simiente de mi segunda vida.

Capítulo 48

Laura, madre de Santiago y Nicolás

A las seis semanas de gestación me dijeron que tendría mellizos. A mis treinta y un años debutaba en la maternidad con dos varones. En la ecografía estructural del quinto mes advirtieron que algo había en uno de nuestros hijos, pero no lo podían definir con exactitud. A las treinta y una semanas, el 26 de febrero de 2013, un día antes de que me correspondiera otra ecografía que nos diría más sobre esa posible anomalía, se me rompió la bolsa de agua y me tuvieron que hacer una cesárea. Luego que nacieron nuestros hijos, que se llaman Santiago y Nicolás, les hicieron una ecografía, cuando estaban en la incubadora, y nos confirmaron a mi marido y a mí que lo que tenía Santiago era una cardiopatía tan compleja que ni siquiera tenía antecedentes. Me explicaron que todas las cardiopatías tienen el nombre del médico que las descubrió, que sistematizó sus síntomas, que los evaluó o imaginó una cura o un intento de cura, pero esta, la de Santiago, era tan incomprensible que ni siquiera tenía nombre, porque ningún médico, antes de nosotros, había visto y tratado algo semejante.

O, lo que era peor, ningún médico, antes de nosotros, se imaginó que a algo así le seguía la vida. Lo otro que les llamaba poderosamente la atención a los médicos, era que Santiago estuviera vivo, aunque, aseguraban era por muy poco tiempo. Les pregunté, azorada, si estaban hablando de días, y nos contestaron que no, que era cuestión de horas o de minutos. Si su caso ya era complejísimo, se complicó aún más con el nacimiento prematuro. Mi marido y yo debíamos estar preparados para el desenlace inminente, nos dijeron. Sin embargo, desde hace siete meses, si bien seguimos preparados, Santiago no se ha apagado ni ha renunciado: no quiere dejarme, porque sigue respirando y creciendo.

La noche en que nos comunicaron que quizás Santiago partiría en pocos minutos, nos abrazamos con mi marido y permitimos que nuestras lágrimas de miedo, inseguridad, de sensación de injusticia corrieran sin encontrar consuelo. Pero esa misma noche hicimos un pacto: no lloraríamos frente a él, porque nos daba vergüenza la imagen de nosotros llorando sosteniendo su mano, cuando él luchaba por su vida. Si lo peor sucedía, ya tendríamos tiempo de hacerlo.

Como Santiago no se moría, los médicos fueron adaptando el diagnóstico y, si bien seguían sosteniendo que se trataba de una cardiopatía más severa que cualquiera, el riesgo no era tan inminente, y ahora su muerte era cuestión de períodos más largos, de días, ya no más de horas o de minutos.

La constante, hasta que conocí al doctor Canessa, era el desconcierto de los médicos. Llegaban a la habitación y no podían disimular la sorpresa que les producía el hecho de que siguiera respirando. Y lo más asombroso, decían, era que lo estaba logrando sin ninguna asistencia externa, sin ningún tratamiento especial, porque no sabían qué tratamiento darle a esa cardiopatía para la que no había tratamiento.

En ese trance, un día, en el pasillo del hospital donde mi hijo estaba internado en el CTI, una madre me dijo que fuera a la consulta con el doctor Roberto Canessa: «Este es un caso para él», afirmó, sin titubear. Cuando vinimos a verlo, Roberto lo analizó detenidamente, y al fin me dijo:

—En verdad se trata de una cardiopatía compleja, pero no es que no tenga nombre, el nombre del médico que hizo la sistemática por primera vez, sino que tiene el nombre de tres doctores, porque es una cardiopatía tan intrincada que abarca anomalías que generalmente se dan en tres cardiopatías diferentes, pero acá están todas presentes en un solo cuerpito.

En primer lugar, las venas que vienen de los pulmones con sangre oxigenada llegan al corazón por un lugar diferente al habitual, yendo a la aurícula derecha. Además, en lugar de tener dos válvulas de entrada al corazón, tiene una sola, a lo que se suma que tiene una doble salida de un ventrículo derecho. Finalmente, tiene una conexión demasiado pequeña entre los ventrículos y una arteria pulmonar menor de lo normal, que le frena en parte la cantidad de sangre que le va a los pulmones. Pero lo interesante —no lo asombroso, ni lo aterrorizante, como siempre escuchamos, sino lo interesante—, dijo Canessa, es que esta combinación, que tiene tres nombres de tres médicos, hace un balance singular para que al cuerpo le llegue sangre con suficiente cantidad de oxígeno y presión a efectos de que el cerebro, el hígado y los demás órganos no se enteren de la cardiopatía. Es lo mismo que sucede a las personas que lo ven de afuera; no advierten lo que tiene.

—Todas las cardiopatías son diferentes, y esta es una de ellas. Nada es irremediable, hay posibles cirugías, no hay que perder las esperanzas —nos dijo.

Lo primero que nos llamó la atención de Roberto fue su sencillez. La misma sencillez la tienen sus amigos médicos de todo el mundo, que están acompañando el caso de nuestro hijo. Roberto hizo un ateneo con el caso de Santiago en el Hospital Pereira Rossell de Montevideo y llevó su caso al Congreso Mundial de Cardiología de Minneapolis, en junio de 2013.

Cuando conocí a Roberto se me agrandó el corazón, y quiero creer que a mi hijo Santiago le ocurrió lo mismo, porque jamás imaginé que una persona, un médico, pudiera tener tanto amor por todos los niños, tanta dedicación. Digo todos los niños porque veo cómo trata a los otros pacientes en la consulta, pero en realidad me refiero a Santiago, porque siempre tengo la impresión de que Santiago es su único paciente. Pero estoy segura de que todas las otras madres que llegan antes o después que yo sienten lo mismo.

El futuro es muy incierto, pero lo concreto es que Santiago debe ganar peso para que lo puedan operar, porque lo único seguro es que hay que operarlo. Pero a diferencia de todo lo que nos dijeron antes, como está compensado, puede esperar. Cuanto más grande sea, cuanto más peso tenga, menos riesgo correrá en la primera cirugía.

En tan pocos meses, de febrero a setiembre, he aprendido más que en toda mi vida. Aprendí que, como nos dice Roberto, cada niño tiene una fuerza y una luz especial, que es diferente a la de otros niños, y diferente a la de sus padres. Pero si bien mucho depende de él, de sus ganas de vivir, mucho depende del exterior, del contacto que siente afuera, como cuando lo aúpo y me estrecha entre sus brazos para que nunca más lo abandone.

A la vez, Santiago tiene una peculiaridad que otros niños con cardiopatías no suelen tener: tiene a Nicolás, su hermano mellizo, que es el espejo donde se mira, el gancho que lo tira para adelante. Santiago se pasa el tiempo observando a su hermano, se comunican, registra cada una de las cosas que hace, como si él también quisiera acompañar su ritmo, y eso le produce mucha felicidad porque tras las largas pláticas en «ajó», su lenguaje común, termina a las carcajadas.

Aprendí que soy una madre desesperada que no puede desesperar. Al principio no entendía por qué la vida nos daba dos vidas y al mismo tiempo nos quitaba una. Pero cuando veo la reacción que le produce a Santiago su hermano Nicolás, creo entender por qué la vida me ha puesto en este cruce de caminos: solo no podría, pero de a dos tal vez lo logre.

Desde que vengo al segundo piso del Hospital Italiano, al consultorio de Roberto, aprendí a irme en paz. Mi marido dice que es como una luz en la oscuridad. Veo cosas que antes no veía, tengo sentimientos que ignoraba que existieran. Y el vínculo con mi hijo se fortalece minuto a minuto. Por

momentos me olvido por completo de su cardiopatía.

Roberto dijo que así, con esa incertidumbre y esa esperanza latente, fue su caminata atravesando la cordillera de los Andes. Y que al final del horizonte había dos picos gemelos sin nieve, dos mellizos. Me dijo que, como hizo él en la travesía, con Santiago hay que ir paso a paso, no puedo pensar en distancias largas, no puedo hacer planes a cinco años, ni a un año, sino a un mes, una semana, un día, poco a poco, con metas muy cortas, porque los niños te sorprenden y evolucionan diferente a como se piensa. No hay un patrón que valga para todos, porque cada uno es único.

Un día le pregunté a Roberto cómo nos visualizaba a nosotros. Sin vacilar, me dijo que íbamos por un precipicio muy estrecho, una cornisa demasiado angosta, pero si seguíamos, si no nos mareábamos, si no mirábamos abajo, si nos concentrábamos en el camino, tal vez continuáramos avanzando. Siempre despacio, paso a paso. Yo siento que es así, que vamos por el precipicio: Santiago, Nicolás, yo, mi marido (yo tuve que dejar de trabajar y ahora él, que ha estado siempre a mi lado, codo a codo, debe trabajar el doble) y mi madre. El camino es tan estrecho que debemos ir en una sola fila, de a uno, pero sin embargo vamos todos juntos.

De estos niños con cardiopatías, algunos terminan mal, pero otros están en carrera. Santiago, durante toda su vida, deberá estar en carrera porque nunca se curará del todo, y mientras estamos en carrera, seguimos.

Pero lo curioso es que yo también, pase lo que pase, debo seguir en carrera, porque no es un solo hijo que me dio la vida, sino dos. Es una situación especial, porque si Santiago nos deja, yo debo seguir igual, no puedo hacer una pausa. No me puedo dar el lujo de bajar los brazos. Roberto me dijo, que en la caminata, atravesando la montaña, iban ellos dos pero lo hacían en representación de los otros, los vivos y los muertos. Y si Santiago queda, debo seguir con Nicolás, que continuará viviendo en representación de ambos.

Capítulo 49

A veces siento que toda la peripecia de los Andes reproduce la historia de la humanidad.

Somos los primeros hombres de la Tierra, no hay nadie previo, no hay antecedentes, no hay huellas, debemos improvisar. Hay que hacer el camino. Hay que inventar.

Desgajados de cualquier vínculo, congelados, los hombres intentan organizarse. Hay que protegerse mutuamente, hay que sobrevivir. Superada la zozobra, es necesario trabajar. Hay que pensar soluciones para todas las acechanzas de la vida salvaje, el frío en la caverna, el alimento que no existe, las tempestades y aludes, la protección de las crías, que son los heridos, y cuando todo se termina, migrar a zonas más benévolas, las caminatas. Antes, explorarlas. Ir aprendiendo, poco a poco, descubriendo qué otras adversidades te acechan, porque siempre te acechan adversidades. Conocerlas para superarlas. Nunca darte por vencido porque se termina nuestra especie.

Así sucede con el devenir de mi vida. Los pacientes ya no se llaman María del Rosario, Jojó, Tiago, Tomás, Agustín, la urdimbre pasada. Ahora se llaman Pily, Santiago o Ángeles, la red nueva, cuyos casos me desvelan y sus ecografías consulto con los centros médicos del mundo con que interactúo, cumpliendo mi viejo anhelo de que todos tengan derecho, al menos, al mejor diagnóstico.

En el año 1998 colaboré con el equipo, encabezado por el profesor José Nozar y la doctora Beatriz Ceruti, que hizo el primer trasplante cardíaco a un niño recién nacido en el Hospital Italiano de Montevideo, con la ayuda, desde Canadá, de la doctora Lori Smallhorn, la esposa del doctor Jeff Smallhorn, uno de los pioneros del ecocardiograma con quien había aprendido en Toronto. Luego vino el siguiente trasplante, y otro, hasta que se convirtió en rutina.

El trasplante está, para mí, íntimamente vinculado con nuestra experiencia en la montaña, al punto que los sobrevivientes creamos la Fundación Viven, que tiene entre sus cometidos propagar la donación de órganos. Está íntimamente vinculado, empezando por la simultaneidad, ya que los primeros trasplantes cardíacos ocurrían en la era en que yo estaba en los Andes. Lo cierto es que siempre que he podido, aunque sea con un pequeño rol como lo hago ahora en Uruguay, colaboro, y sea a la hora que sea, cuando se produce un accidente con un donante, subo al auto con el ecógrafo portátil y voy a donde ocurrió esa tragedia, a cualquier unidad de cuidados intensivos del país donde esté internada la persona que se accidentó para constatar si ese corazón puede seguir vivo en otro cuerpo. En cierto modo estoy repitiendo lo que aprendí en los Andes: estoy corroborando que este corazón que dejará de latir en unos segundos pueda seguir latiendo. No es lo mismo, no es la misma vida, las personas no son intercambiables, pero será, como decíamos en la montaña, una muerte generosa.

El tema es recurrente. Hace un par de años el doctor Jeffrey Jacobs, un reconocido cirujano cardíaco infantil del All Children’s Hospital de Saint Petersburg, de Florida, Estados Unidos, me invitó al tercer congreso conjunto de la Congenital Heart Surgeons Association de Estados Unidos y la European Congenital Heart Surgeons Association, en el Hotel Drake, en Chicago. Hablarían, junto conmigo, otras dos personas relacionadas con pioneros en cardiología pediátrica: la doctora Antonella Rastelli, hija del doctor Giancarlo Rastelli, en nombre de su padre muerto, que hizo la

clasificación del canal atrioventricular, una de las más frecuentes cardiopatías en los niños con Síndrome de Down, y el doctor Leonard Bailey, que logró trasplantar en un paciente recién nacido un corazón de mono. Yo, mientras tanto, hablaría de la medicina que practiqué en los Andes.

A veces pienso que entiendo a los niños con cardiopatías porque sé lo que sienten. La mitad de las enfermedades del corazón son cianóticas, o sea, les falta oxígeno en la sangre, y la otra mitad tiene tanta sangre en los pulmones que les cuesta respirar. Nosotros, en la montaña, teníamos los dos problemas: edema pulmonar y bajo tenor de oxígeno en la sangre.

El mismo argumento de ese congreso lo sostuve en mi exposición en uno de los simposios del Children's Hospital of Philadelphia, invitado por los doctores Gyl Wernosky y Meryl Cohen, en Orlando. Para evaluar la evolución de los pacientes trasplantados cardíacos hay que valorar la fuerza con la que el corazón se contrae respecto a sí mismo, y cómo varía en el tiempo ese corazón. No se pueden comparar los corazones que nacieron en el mismo organismo con estos corazones que pertenecen a otro cuerpo, porque la naturaleza se encarga de mostrar las diferencias. No se pueden comparar fotografías aisladas, sino fotogramas de una misma película.

Sostengo que en salud no importa de dónde vienes o a dónde vas, sino dónde estás. Como en la caminata de los Andes, me impongo metas cortas y las cumplo. No pienso en el final. Ante un niño con una enfermedad cardíaca y cuando ya no se puede hacer nada más, la gente dice que está muy mal comparado con un niño sano, o «normal». La madre me pregunta: «¿Qué hago?». Yo le digo: «Llevalo a la piscina y que disfrute de la vida, porque él conoce sus límites mejor que nadie, esto es normal para él». Siempre puedes desarrollarte y crecer, porque lo otro es una visión lírica, un espejismo. Solo debes compararte contigo mismo, de dónde vienes, no de dónde viene el otro. En qué lugar de su desarrollo está el trasplantado, no lo que sería si no hubiera sufrido un trasplante. Metas cortas y cumplirlas. Con su capacidad cardíaca disminuida, estos niños son «perdedores» para la sociedad, sin embargo son los verdaderos mensajeros de cómo vivir. Pueden tener la mitad del corazón, pero tienen el doble de vitalidad y amor por la vida.

Capítulo 50

Los padres de María del Rosario

AZUCENA, SU MADRE

En pocos días María del Rosario cumplirá nueve años. Está en segundo grado del colegio, con buenas notas, hace deportes, hockey, gimnasia, danza, natación en un centro deportivo y lucha libre con sus dos hermanos varones cuando tienen diferencias de opinión, aunque se adoran.

María del Rosario tiene una vida totalmente normal y así procuramos que sea. Pero no podemos negar que la vida de nuestra familia, y la de todos los que la conocen, es diferente desde que ella nació. María del Rosario tiene una fuerza difícil de describir, advierte la diferencia entre lo trascendente y lo irrelevante con una claridad que asombra a los adultos, lo que a veces dificulta marcar algunas reglas de la rutina, y a la vez todo esto no la hace menos pícara y bandida como niña.

Después de tanto tiempo, a veces vuelvo al pasado. Recién ahora, por ejemplo, armé un álbum que relata, con fotos y textos que tenía desparramados en una caja, todo lo que ocurrió, pormenorizadamente, en las seis operaciones de los primeros dieciocho meses de su vida. En esa mirada retrospectiva advierto claves. Una de ellas es lo que yo sentía en las largas horas de espera durante las cirugías: no solo estaba entre la vida y la muerte, sino que sentía que estaba tocando a la muerte, quizás porque mi hija lo estaba haciendo. El sentimiento era raro: ahora me doy cuenta de que lo que sentía era que quizás vida y muerte no están tan distantes, sus límites están más difusos de lo que creía.

Mirando para adelante, hacia el futuro, tengo dos planos muy separados. Uno es completamente racional, la estadística de hasta dónde llegamos y dónde llegaremos con esta cardiopatía, y ahí es más difícil la proyección. Esta misma mirada racional estuvo presente en cada operación, analizaba las estadísticas y siempre la probabilidad era muy baja. Pero después hay otro plano, emocional, donde no hay lugar para las estadísticas ni para evaluar casos anteriores o parecidos, sino que se basa en observar cómo es mi hija, y cuando lo hago, me da una extraña paz, una intensa serenidad, y siento que de alguna manera ya hicimos nuestra parte. Tal vez porque ella es muy sólida, muy sabia. En su corta y a la vez larga vida, parece que ya fue y volvió. Entonces la responsabilidad de nosotros, sus padres, llega hasta un cierto punto, porque ella ya tiene las herramientas, mientras que los padres hoy estamos, pero mañana tal vez no. Siento por momentos que ella tiene asumidas muchas más cosas de lo que nosotros sabemos.

Hay una anécdota que expresa en forma muy gráfica esto que siento. A mí siempre me encanta controlar todas las variables, y en eso trabajo como economista. Pero, sorprendentemente, cuando llegamos de Boston, con esa cantidad increíble de remedios que teníamos que darle a nuestra hija durante mucho tiempo, que yo tenía anotados prolijamente en una cartilla, lo primero que hice fue hacer tres copias y le entregué una a mis hermanas y otra a mi madre. Les dije: «Esto es lo que hay

que hacer con María del Rosario por si a mí me sucede algo». Parecía absurdo, porque yo era y sigo siendo joven, nunca he tenido problemas de salud, pero lo que sentía era que lo de María del Rosario era demasiado importante como para que dependiera solo de mí. Y nueve años después, esa cartilla, que también la tiene mi marido Juan, la tienen mi madre y mis hermanas, pero quien conoce mejor que nadie lo que tiene que hacer, sin leer la cartilla, es la propia María del Rosario.

Tiene un grado de conciencia de lo que le pasa, una claridad conceptual sobre lo que le sucedió, lo que recibió, sus diferencias, que tengo la convicción de que se va a llevar muy bien con la vida. Va a salir adelante; será muy feliz, porque hoy ya lo es.

Ayer le pregunté si quería participar en este libro sobre Roberto y me respondió:

—¿Cómo no voy a participar si él me salvó la vida? Sufrí mucho, pero lo pude superar.

JUAN, SU PADRE

Uno de los tantos días en que María del Rosario estaba muy complicada, yo tenía tal angustia en el pecho que fui a buscar consuelo con Roberto Canessa. Él me dijo: «No te olvides, Juan, que antes teníamos a un feto dentro de un vientre, y ahora tenemos a María del Rosario».

A medida que ella cambia y evoluciona, cambia el tipo de preguntas, y las diferencias con otros niños se tornan más notorias, con una latencia importante que hay que manejar. Por eso va a una psicóloga para que la acompañe en este proceso. María del Rosario dice que le gusta ir porque «ahí puedo expresar mis sentimientos delante de ella».

Cuando yo repaso estos nueve años, pienso mucho en sus hermanos. Las crisis de Boston ocurrieron cuando Juan Francisco tenía seis años y José María cuatro. Y con esas edades, la madre estuvo seis meses en el exterior, mientras ellos vivían en una casa donde permanentemente entraban y salían médicos, ambulancias, balones de oxígeno, sondas. O gente que quería ayudar, que dejaba desde sobres con dinero hasta estampas para pedir un milagro. Observo a mis hijos para advertir secuelas, rastros, pero no encuentro nada.

Hace dos años, cuando José María tenía once, un día estábamos sentados acá, en este sofá, y él tenía un cuaderno de biología en las manos. Comenzó a hacerme algunas preguntas sobre el corazón, que era lo que estaba estudiando. Entonces le dije: «¿Querés que te cuente bien cómo fue lo de María del Rosario?». Traje otro libro de biología más avanzado y le expliqué todo mientras él me miraba sin pestañear, hasta que se largó a llorar. Un llanto lento, calmo, más de aflojar que de angustia. La tónica de esta casa siempre fue decir las cosas como son. Combatir el miedo con hechos. Cuando surge el tema, solo la verdad. Claro que mucha gente, incluso muy cercana, no entendía ni entiende lo que estamos haciendo.

Poco antes de la tercera operación, tuvimos consulta con Roberto, y al otro día, él vino a casa. Entonces Juan Francisco, que ya adivinaba a qué venía Roberto (a decir que debíamos volvernos a Boston), se me acercó y me dijo:

—Papá, si se van de vuelta me muero yo.

A partir de ahí yo me quedé con los niños en Montevideo. Al cabo del tiempo he llegado a varias conclusiones. Aunque el resultado hubiera sido otro, creo que al final lo que sucedió fue bueno para todos, en muchos sentidos. El amor que se recibe, la gratuidad con que lo hace la gente, valorar lo que normalmente no valoras y jugarte por lo que vale la pena te enseña a discernir.

Una de las cosas por las que estaré eternamente agradecido a Roberto es el apoyo para no detenernos, al punto que aprendí a seguir avanzando aunque ya no tenga piernas y deba hacerlo con las rodillas. Sigo hasta el final y continúo con todo lo que tengo.

Hubo un tiempo largo en que esa imposibilidad de proyectar yo la vivía con angustia, con un

nudo en el estómago. Hasta que un día fui a la casa de Roberto Canessa y me dijo:

—Juan, no te preocupes. La etapa de vivir todo el tiempo con angustia, con un nudo en el estómago porque capaz que al otro día había que operarla de nuevo, ya es pasado. Esto es una historia de éxito, y por un tiempo determinado no tendrá problemas.

Le pregunté:

—¿Entonces puedo quedarme tranquilo al menos por seis meses?

—Podés quedarte tranquilo por varios *años* —me respondió.

Porque nosotros, durante mucho tiempo, vivimos con un horizonte de un día. Ese era el límite. La pesábamos todos los días, y si no aumentaba treinta gramos, había que operarla. Lo que me dijo Roberto esa mañana fue: «Ampliá tu horizonte». Y a partir de ahí cambié a tal punto que el horizonte ya no me produce angustia. Porque sentí una verdad muy simple: para mí la batalla está ganada y cada día que pasa es un día más de victoria.

Con el tiempo las cosas se van amortiguando, los recuerdos se van suavizando, el tiempo lima las asperezas, pero lo que no cambia es que esta niña es una heroína, para nosotros, su familia, y para todos los que la conocen y los que han acompañado esta peripecia. La gente no puede disociar su persona de la gesta de su vida. Y a mí esto me resulta similar a lo que le ocurre a Roberto Canessa con la montaña: la gente no puede separarlo a él de esa peripecia.

En lo más íntimo, yo, con ella, y es con la única persona con la que me sucede, lo único que hago es disfrutar el día. Nada más, y lo hago por el solo hecho de estar con ella. No proyecto nada, el tema es hoy, y esto es lo real; mañana veré qué pasa. *¿Qué va a ser de ella?, ¿cómo será en unos cuantos años?* Todo eso que siempre preocupa a los padres, yo no lo hago.

Y todo esto me lleva al sentimiento más hondo que he experimentado, gracias a ella. Siento que de alguna manera la muerte pasó y ella le ganó. Le *gana* a la muerte. Siento que toda la vida que le pudimos dar se la robamos a la muerte, tiempo que de otra forma no lo hubiera tenido. Entonces lo que venga no me importa.

Capítulo 51

Jojó Buere Beraza, enfermera

El segundo piso del Hospital Italiano es, para mí, un lugar muy dilecto, porque forma parte de mi vida más íntima desde los dos años de edad. Mi hogar es mi familia, mi casa en Salto. Pero mi segundo hogar es un hospital. Cuando voy ahora, ya mayor, observo minuciosamente todos los detalles del edificio, buscando que detone recuerdos de mi niñez, de mi adolescencia. Miro una lámina que siempre estuvo ahí y detrás se encadenan imágenes de mi pasado. Normalmente, los jóvenes buscan recuerdos en otros lugares, en una fiesta, en la casa de un amigo. Yo los encuentro en un hospital, en las máquinas para mirar mi corazón, en los personajes como Hilda, la asistente de Roberto, que están ahí desde que comencé a tener memoria.

Cada vez que termina de hacerme una eco, con Roberto vamos al cuarto pequeño a conversar. Él dice que los Andes son para él una caja de herramientas que utiliza cuando las precisa. No son como las pinzas delicadas de un laboratorio, las probetas de cristal, o los matraces, sino como las herramientas fuertes y prácticas de un mecánico. O un herrero. Una tenaza, un martillo, una llave inglesa, un yunque. En la montaña, me cuenta, no había espacio para lo delicado. Todo era brusco, rústico. Y él es así.

Desde chiquita me habló de mi cardiopatía en forma frontal, con claridad, y jamás presentándola como un problema. Y eso me dio una extraña seguridad porque siempre imagino que junto a mi cardiopatía está él, con su caja de herramientas, para ayudar a repararla. Él me decía que mi cardiopatía no era un impedimento, sino una valla en la vida que debía ir sorteando, poco a poco, hasta el día de hoy, cuando me tuvieran que cambiar las válvulas para hacer una vida más normal. A partir de ahora se supone que puedo hacer la vida como cualquier chica de mi edad. Pero, como dice Roberto, yo debía transitar un camino diferente a otros, porque debía hacerlo sorteando precipicios y penitentes de nieve hasta los veintiún años, como él lo hizo a los diecinueve.

Una vez me dijo:

—Tenés podridas las válvulas del corazón, habrá que cambiártelas —como si fuera un caño que estaba obstruido. Y eso no me provocó lágrimas, sino que me hizo reír.

A veces me preguntan cómo logro ser feliz a pesar de mi enfermedad. Si bien cargo cirugías importantes encima, en veintiún años de vida no tengo malos recuerdos. Y creo que no los tengo por el apoyo de Roberto, porque los dos siempre nos pasamos buscando lo positivo y hablando con la verdad. Hasta llego a creer que la verdad siempre es positiva.

Tuve limitaciones físicas, pero nunca tuve limitaciones a nivel emocional o psicológico y, tal vez por eso, nunca miré mal a mi cardiopatía. Nunca la viví como una tragedia, porque forma parte de mi ser, forma parte de mí. Si la viera con temor, o como una desgracia, estaría teniendo miedo de mí misma, de mi propia esencia. Antes de esta última operación, Roberto me dijo: «El desafío de la vida no es no morir, es vivir bien».

Por supuesto que llegué a la cirugía mayor conociendo los riesgos. A los dos años no lo sabía,

tampoco podía calibrar la gravedad de la cirugía a los siete años, pero a los veintiuno lo entendía.

Estudio Enfermería en Salto, en la facultad pública, voy a ser *nurse*. Me enamoré de la profesión porque me gusta mucho el cuerpo humano y entender cómo funciona. Yo soy un ejemplo de lo que estudio: antes no funcionaba y ahora funciono. Y las *nurses* me han ayudado, ¡vaya si me han ayudado! Y eso es lo que me fascina, que más allá de lo que tiene una persona, casi siempre puede repararse. Y desde la enfermería puedo ayudar a que esa maquinaria «podrida» se restablezca, puedo colaborar a «cambiar las válvulas».

Analizando el cuerpo, el misterio del corazón, la perfección de esa máquina, entiendo la vida. El corazón, además de ser el órgano que permite seguir respirando, simboliza el calor que te caldea. Y me fascina saber que hay una caja de herramientas para ayudar al que se queda sin calor en el camino. Y que yo puedo ser parte, una pieza más del engranaje.

Antes no me gustaba que mis padres me vieran triste, me había abroquelado en mis sentimientos porque sentía que ya les había dado demasiado dolor, diecinueve años de angustias y sobresaltos. Pero cuando me anunciaron que me iban a hacer la última operación, además del miedo, porque sería una operación larga y complicada, a la que venía a colaborar el doctor Christian Kreutzer de Buenos Aires, me sentí más intranquila porque no solo sería la última, sino que en una sola instancia me jugaba el todo por el todo. ¡Todo lo anterior era una larga espera para ese día! Entonces me permití dejar aflorar los sentimientos y las emociones. Después de la operación lloré más de lo que hubiera querido. Canessa me dijo que a él le pasó algo parecido cuando se acercó al valle verde de Los Maitenes, tras salir caminando de la montaña. Antes estaba constantemente alerta, ni siquiera se permitía enfermar, pero cuando advirtió el verde, se aflojó, incluso se le fueron las fuerzas que hacía tantos días estaba preservando, y enfermó de disentería. Y por eso sus últimos pasos casi no los pudo dar, porque había dejado aflorar sus emociones que hasta entonces contenía.

Antes le decía a mi familia: «Hasta después de la cirugía final, la del 8 de agosto de 2011, la que definirá si sigo viva o no, no puedo llorar». Era un lujo que no podía darme porque si yo me ponía a llorar, mi madre, mi padre, mis hermanos y mis abuelos, todos se ponían a llorar. *¿Quién apoya a quién?* Yo debía estar entera para no afectarlos a ellos.

Al mismo tiempo, yo estoy en deuda con mis hermanos, porque durante todos estos años ellos siempre fueron postergados. Mi hermana quería o necesitaba cualquier cosa, hacer un pequeño viaje, los aparatos de ortodoncia, un nuevo vestido, pero antes mis padres tenían que evaluar si podían hacer ese gasto, porque «Jojó viene primero». Y mis hermanos lo comprendían, y nunca lo discutían. Jojó siempre estuvo antes, no porque me quisieran más, sino porque no se sabía si yo continuaba.

Por eso, todos los días le pregunto a mi familia, a mis padres, a mis hermanos, cómo hacer para devolverles lo que hicieron por mí. Y lo único que me responden es: «Podés agradecernos estando bien». En veintiún años siempre intenté retribuir, estudié mucho, creo que cumplí sus expectativas, las de una jovencita normal, que estudia, que se esfuerza, que intenta progresar y ser cada día una persona mejor. Pero sé que nunca serán suficientes todas las gratificaciones que pueda darles para retribuir lo que hicieron por mí.

Un día, poco antes de la última cirugía, fui a ver a Roberto. Yo estaba cabizbaja y él me preguntó por qué estaba triste. Le dije que no sabía, pero sí constataba que estaba muy sensible, que lloraba por todo. Y que tenía miedo de morirme si se complicaba la cirugía, porque sabía que estábamos en la zona limítrofe del ensayo y el error, en una operación que duraría más de ocho horas. Entonces me dijo:

—No te preocupes, Jojó, si te vas a morir, te vas a morir, y no es nada feo, yo lo viví.

Le respondí:

—En realidad la muerte no me aflige, pero sí me preocupan los que se quedan. No me preocupa cómo sale de la cirugía mi corazón, sino cómo queda el corazón de mi madre y de mi padre, cómo

hago para consolarlos si me voy, cómo regreso de la muerte para ayudarlos. Es eso lo que me preocupa.

Entonces me respondió:

—Ah, en eso sí tenés razón, pero vos no te preocupes, ocupate de vos, porque de ellos me encargo yo.

* * *

Pasaron dos años de mi última operación, ahora tengo veintitrés. Estoy en cuarto, el último año de la licenciatura de Enfermería, y trabajo en el Hospital de la Regional Norte, de Salto.

Me gusta trabajar con personas, y en particular en el área de Pediatría, con niños. Podía haber elegido otra, Adultos, o Maternidad, pero como me gustan los desafíos, supongo que porque mi vida siempre fue un desafío, elegí los niños. Porque ellos son lo más delicado en la historia de una vida. Se dice que los niños son de goma y no se rompen, pero lo que yo aprendí es que sí se pueden romper si no los cuidas mucho, como me cuidaron a mí, y si se golpean, afuera o adentro, capaz que les queda una marquita para toda la vida que nadie les puede quitar.

La enfermera tiene con el paciente una relación tan próxima que eres tú quien le toma la mano cuando lo precisa, cosa que no se atreven a pedirle al médico. Y esto para mí es definitorio. Nadie está más cerca de un enfermo que una enfermera.

Viví mi niñez en forma muy intensa. Hablo con amigos de mi edad, y cuando cuentan de su niñez, parece algo distante. Tienen memorias esporádicas, aquí y allá, pero no tienen una secuencia, la permanencia del recuerdo. Tuve muchos o demasiados reingresos en Pediatría de este mismo hospital, en el CTI. Tengo mi niñez grabada a fuego, en carne viva. Como si fuera ayer, y fue hace veinte, diecinueve, diez, cinco, dos años, como la edad de estos pacientes que cuido.

Cuando voy a abordar al niño, lo miro a los ojos y sé lo que está pensando, porque ese niño soy yo. Y lo que me está diciendo es lo mismo que yo decía: «No quiero ver más gente de blanco», no quiero ver más gente que vista un uniforme de enfermera como el que ahora llevo, con unos garabatos —el nombre— grabados en azul en el bolsillo superior. No quieren ver más médicos con túnicas. Porque gente de blanco son inyecciones, es el suero, la presión, la temperatura, es la vía pinchándome la mano, es dolor, es molestia y estoy cansada. Como paciente, sabía que lo hacían por mi bien, eran mujeres tiernas, cariñosas, pero necesitaba que entendieran que estaba cansada.

Por eso lo que hago en el hospital es hablar mucho con los niños, aunque no entiendan mis palabras, y les digo, frecuentemente con la mirada, o acariciándoles la cabeza, que sé que la molestia es grande, sé que están incómodos, doloridos, cansados.

Entonces les propongo llegar a un acuerdo. Los niños entienden todo, porque yo, que tengo la niñez tan cerca, entendía todo. Y a mí me gustaba que llegaran a un acuerdo conmigo: «Te vamos a molestar un poquito más, pero luego te dejaremos descansar cuatro horas seguidas». *¡Cuatro horas para mí, sin que nadie me moleste!*

Sé cosas que no se estudian, pero las conozco porque las viví. Yo entendía perfectamente los gestos, el movimiento de las manos, lo que traían, la mirada. Sabía cuándo me iban a producir una molestia o cuándo venían a acariciarme. Entonces, cuando entro a la habitación del hospital, yo estoy en los dos lados, estoy entrando a la habitación y estoy también en la cama, mirándome entrar.

No sé si es una coincidencia o una causalidad, pero yo, que siempre, desde que tengo uso de razón, he estado rodeada de enfermedades, trabajo en la salud. Yo, que debería estar huyendo de las enfermeras, los médicos y los hospitales, salgo a su encuentro. Entonces quiere decir que allí encontré un tesoro muy valioso.

A veces siento que soy, en parte, como una discípula de Roberto. Tal vez por eso siempre, desde chiquita, quise ser médica como él. Me daban inyecciones y yo me guardaba la jeringa, para que me sirviera más tarde, cuando fuera grande, para mi trabajo. Una vez, en 1998, me sacaron del tórax unos cables del marcapasos y los guardé en mi cajita de recuerdos, no en la de juguetes, porque quería usarlos cuando fuera médica de verdad, en una paciente como yo.

Entonces, cuando cumplí dieciocho años, entré a la Facultad de Medicina, pero a poco de entrar advertí que cada uno es autónomo y si mi modelo era muy fuerte, mi independencia y libertad eran más fuertes todavía.

Porque yo observaba a todos esos médicos y me parecían seres distantes, con muchos pacientitos que más que nombres y sonrisas eran números de habitación, números de cama. Los médicos me parecían personas muy dedicadas, muy capacitadas, pero que interactúan con el enfermo desde la distancia, no desde la cercanía que yo había visto y vivido con tanta intensidad en mi vida de paciente, la más larga que tuve. Entonces me formulé una pregunta: *¿Quiénes, en mi vida de paciente, tuvieron conmigo ese nivel de contacto horizontal? Roberto y las enfermeras*. Pero como a Roberto no lo puedo imitar, seré enfermera.

Me puse a recordar, una a una, a las enfermeras que tuve a lo largo de la vida, memoricé su entrega, sus gestos, sus mimos, sus palabras de ternura. *Ahí* estaba mi vocación, *ahí* estaba mi pasión. Replicar, en el marco de mi enfermedad, esos momentos de dicha inconmensurable, con personas que además de curarme me cuidaban. Para ellas yo nunca fui la cama 6 que tiene un problema cardíaco y que el doctor repasaba leyendo la ficha médica ante mis ojos, sino que siempre fui Jojó, Jojó y la mamá, esa señora tan dulce que duerme desde hace semanas en el sofá incómodo de hierro y madera velando a su hija, y jamás emite una queja. Y quienes veían eso y lo valoraban eran las enfermeras: la madre de Jojó no duerme bien desde hace semanas porque su hija puede necesitarla. Eso solo lo sabían las enfermeras. Solo las enfermeras sabían que si me movía, incómoda, a mitad de la noche, mi madre estaba a mi lado para auparme, para acariciarme, para mimarme. Cuando entraba la enfermera de madrugada, observaba a mi madre y la ternura de una se fundía en la otra e inundaba la habitación, y eso yo lo percibía. El médico llegaba a la mañana siguiente, pero entre el día anterior cuando él había pasado por última vez y la mañana siguiente cuando él entraba a la habitación, había transcurrido toda una vida, con solo tres personajes: una niña —yo—, una madre y una enfermera.

Siento que en algunos aspectos estoy comparándome con Roberto Canessa. Mi niñez es como su caja de herramientas. Si él utiliza la adversidad para solucionar los problemas de la gente, yo, humildemente, quiero hacer lo mismo. Porque esa es la única manera de que las cosas malas que viví no le resten a la vida. Cosas malas siempre ocurren, pero debo evitar que eso menoscabe lo que sigue: un horizonte largo.

A Roberto, por mi corazón, debo verlo cada seis meses, pero ahora lo veo sin sobresaltos. La última vez que lo vi, le dije: «He descubierto, a esta edad, algo que no conocía: hacer planes a largo plazo. Con los niños a mi cuidado, que no sufren cardiopatías como la mía, hago planes a largo plazo».

Es muy raro saberse protegida día y noche desde que tengo memoria. Saber que lo llamo, a la hora que sea, y él siempre está. Y si no está en ese momento, me devuelve el llamado ni bien pueda, más temprano que tarde. Es una sensación de resguardo. Y entonces yo puedo dedicar mi energía a proteger, cuidar y resguardar a los niños en el hospital. Es como si él me resguardara a mí para que yo pueda resguardar a todos esos niños, y de esa manera la cadena se perpetúa.

Capítulo 52

El 13 de agosto de 2011, junto al lecho de mi madre enferma, le dije, fugazmente, moviendo apenas los labios:

—Dejate ir, mamá, ya has hecho lo suficiente.

Mi madre padecía, desde los setenta y dos años de edad, una enfermedad neurológica progresiva que impedía que su cerebro se comunicara correctamente con el exterior. En los últimos años, además, se había deteriorado su memoria.

Ese día, advirtiendo claramente que estaba en esa zona intermedia, cuando las dos fuerzas pujan por vencer, con intensidad equivalente, la de seguir viviendo o detenerse, tomé coraje y le dije, a sabiendas del fuertísimo peso que en ella tenía mi opinión: «Dejate ir, mamá, ya has hecho lo suficiente». *Ya has vivido con suficiente alegría y has tenido, también, demasiadas desgracias*.

Previamente hablamos con mi hermano Conqui y con su mujer, Virginia —quienes la cuidaron durante años—, con mi hermana Adriana y con mi hermano menor Juan Francisco. Colocamos en la balanza sus ganas de vivir y sus ganas de detenerse, y concluimos que lo segundo era más fuerte que lo primero. Me pude haber equivocado, pero lo cierto es que mi madre me tomó la palabra. Y esa noche no amaneció.

Dejate ir, mamá, ya has hecho lo suficiente. Y no puedo dejar de pensar que en ese preciso instante de la despedida me refería a la más vieja de mis historias, a la más larga e intensa, donde ella fue protagonista, tomándome de la mano, conduciéndome por los abismos. *Ya lo hiciste. Hace casi cuarenta años, y eso que hiciste entonces lo seguiste haciendo todos los días de mi vida*.

Cuando mi madre me escuchó, sentí no solo que me había comprendido, sino que era lo que estaba esperando. La inundó una aureola de armonía y se durmió. Esa noche salí de su habitación y eché una última mirada a su cama, y a la mañana siguiente, el domingo, cuando conducía mi auto en la ruta, y mi hermano Conqui me llamó para decirme que había muerto, lloré en silencio. *Ya está, mamá. La vida es una larga caminata para llegar a este destino que estás conociendo*.

Se había marchado mi admiradora número uno. Mi madre. Creo saber, desde el alud, cómo es la muerte. Asfixiándome bajo toneladas de nieve, como yo; pacíficamente en una cama, como mamá; o en forma más atribulada, como le tocó a mi padre en julio de 2009, en la duermevela de un CTI, cuando se arrancó los tubos que lo mantenían con vida para dejarse ir.

En ocasiones me reaparece, solapada, su muerte.

Mi padre, aparentemente, tenía una salud de hierro a sus ochenta y dos años. Sorpresivamente, de un día para el otro, se le descubrió un tumor maligno en un riñón que se le acercó al corazón, invadiéndole la vena cava inferior. Se le hizo una cirugía compleja y esa noche pensé que sobreviviría. Fui al CTI y dudé sobre si permanecer con él toda la noche, cuidándolo, como él me veló a mí en la montaña. Al final no lo hice. Esa noche mi padre aprovechó un descuido de los médicos intensivistas y se arrancó todos los tubos. Cuando lo descubrieron, ya era tarde. A la madrugada, cuando entré, le estaban haciendo masaje cardíaco, y murió.

Mucho me he preguntado qué sucedió esa noche. En lo más íntimo creo que mi padre había

traspasado esa brumosa zona que separa el querer sobrevivir o el querer terminar. Un banco de niebla que se mueve, que yo conocí, muy de cerca, en la noche del alud. Él no quería vivir con las limitaciones que le produciría la cirugía y se quitó los tubos. O tal vez fue una reacción inconsciente, mecánica, que no obedecía a su voluntad. Y en este caso, si yo hubiera estado con él, lo hubiera salvado, porque sé que le restaban muchas cosas por hacer, como reencontrar a aquel taximetrista del 22 de diciembre de 1972, que tanto buscó, y que seguramente sigue poblando sus sueños.

Capítulo 53

Sistematizo el común denominador de mis momentos dichosos y encuentro patrones.

Los momentos son completamente distintos, en alguna circunstancia me estaba jugando la vida, en otra había llegado a alguna parte, mientras que en muchas no sucede nada aparente.

¿Cuál es el patrón común?

El primero es que es imprevisto. El segundo es que no está afuera, sino adentro. El tercero es que involucra a otra persona.

No puedo definir la dicha, pero puedo hacer un inventario de los momentos en que sentí plenitud.

La sentí cuando llegaron los helicópteros con el primer grupo de los catorce amigos que languidecían en el fuselaje.

Sentí plenitud viendo correr al Gran Tomás.

Lo experimenté cuando entró mi madre al hospital de San Fernando y con la mirada me dijo: «Al fin llegaste».

Sentí plenitud cuando conocí cara a cara a Sergio Catalán, el primer hombre que creyó en nosotros, y cuando esa noche los arrieros nos cuidaron mejor que cualquier médico del mundo.

La sentí cuando le entregué a Lauri, en el hospital de San Fernando, un trozo de queso de Los Maitenes. Y cuando instantes después entró una enfermera que estaba a punto de dar a luz, la misma vida por la que nosotros tanto luchamos, y ella lo lograba sin dolor ni tragedia, restableciendo el equilibrio de la vida, que nosotros habíamos perdido.

Sentí plenitud cuando nacieron mis hijos y cuando Hilario me puso a Benicio en mis brazos y me dijo: «Gracias».

Lo siento cuando una madre desasosegada cambia de estado, se le humedece la mirada, y siente la imperiosa necesidad de abrazar a alguien para recobrar el calor que le falta, porque acaba de intuir, aunque no entienda lo que está sucediendo, que su hijo se salvó.

El cuarto patrón es que no estamos condenados a ser una sola persona, sino que podemos hacer estallar los límites y ser muchos más que uno.

El quinto es que la adversidad te torna mejor persona.

El sexto es que la meta es inalcanzable, siempre se me aleja, y cuando siento pasión por lo que hago, se borra la frontera de lo posible y lo imposible. No sé si existe, pero yo no la distingo.

Sentí plenitud cuando advertí que estos niños con cardiopatías congénitas, que sufrieron un accidente injusto antes de nacer, no son sobrevivientes como yo, sino que yo soy como ellos.

Pero lo más maravilloso y curioso es que todas esas características se dieron, con inusual intensidad, en el momento culminante y más difícil de mi vida: la luna de la montaña en la cumbre de los Andes, cuando me estaba muriendo. Fue allí cuando se condensaron todas mis dichas, a los diecinueve años. La dicha no está, en mi matriz emocional, vinculada con conquistas tangibles o intangibles, ni siquiera con la sospecha de seguir viviendo. Mi felicidad es un logro espiritual; atrapar su luz entre mis brazos y vibrar con su resplandor incandescente, porque nunca se apaga, me fortalece y me permite darles mi tiempo y energía a todas las personas que me lo piden. ¡Quién diría!

La luz de la montaña que no se extingue cuando la entrego, en la vida o en la muerte, resultó ser mi último descubrimiento. O el primero, porque es el que explica todos los demás.

Epílogo
por Pablo Vierci

Conozco a Roberto Canessa prácticamente desde que nací. Yo lo hice en una casa de la calle Deauville 6870, en el barrio de Carrasco, Montevideo, Uruguay, y él, dos años y medio después, en Espínola 1726, a setenta metros de distancia. Fuimos al mismo colegio, el Stella Maris-Christian Brothers, a donde nuestros padres se turnaban para llevarnos, y jugábamos en la misma plazoleta, localizada exactamente a mitad de camino de nuestras casas. La intensidad con que vivía y la forma poco convencional con que actuaba me sorprendieron de niño y, sumado a su brillantez, me deslumbraron en mi adolescencia y juventud. Fuimos amigos durante toda la vida.

Cuando ocurrió el accidente aéreo de 1972, me costaba creer que él, así como muchos de mis excompañeros de clase y amigos del colegio hubieran desaparecido. Tenían ese dejo de inmortalidad que en la juventud le adjudicamos a ciertas personas. Roberto, Nando (compañero de clase) y otros catorce regresaron, pero la mayoría no volvió.

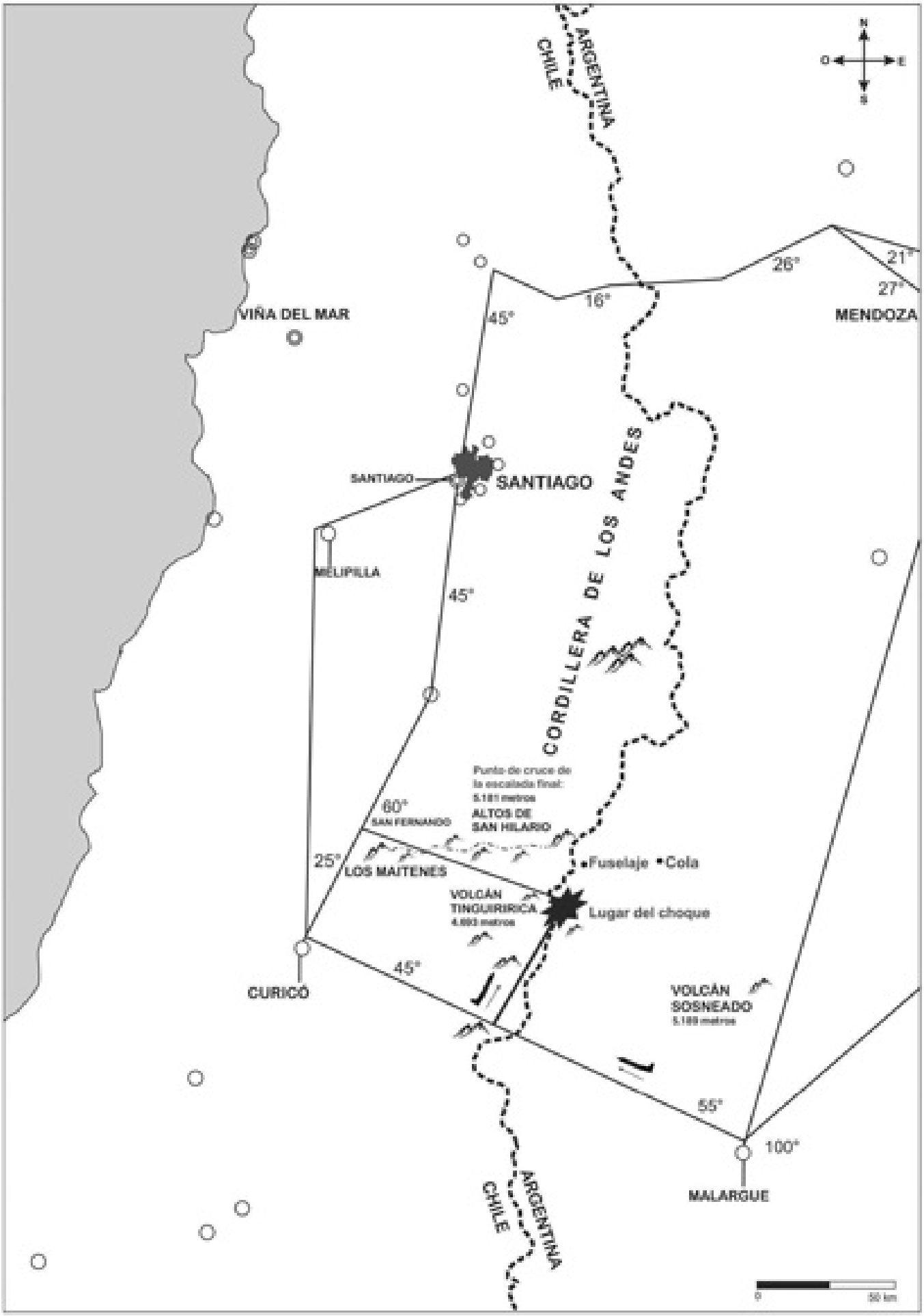
A lo largo de la vida escribí múltiples artículos periodísticos intentando entender qué ocurrió en la cordillera de los Andes entre octubre y diciembre de 1972. A fines de 2008 publiqué el libro *La sociedad de la nieve*, donde los dieciséis sobrevivientes no solo cuentan qué ocurrió —como lo hizo el libro *¡Viven!*, pocos meses después del accidente—, sino «qué nos pasó», en primera persona.

Cuando estaba entrevistando a Roberto para ese libro, me propuso que lo ayudara a comprender, con más hondura, cómo su peripecia en la montaña había influido en el curso de su vida.

Acepté la propuesta. El desafío, para mí, era inmenso: el deslumbramiento de mi juventud se había tornado, a lo largo de la vida, en profunda admiración, no por lo que hizo en el 72, sino por cómo utilizó ese disparador para la vida que siguió.

Para elaborar este libro, en primer lugar, entrevisté exhaustivamente a Roberto respecto a sus experiencias en los Andes y más tarde como médico. Luego hablé con los miembros de su familia, así como con diversas personas involucradas en el rescate. Por último, entrevisté a muchos de sus pacientes y sus familias, porque no habría mejor manera de explicar y entender su carrera como cardiólogo infantil que hablar con algunas de las personas cuyas vidas ha tocado a lo largo de los años. Roberto no participó en ninguna de las entrevistas, para no influir, ni siquiera con su presencia, en lo que estaban sintiendo, pensando o diciendo.

Durante todo el proceso busqué testimonios genuinos, desde el fondo del alma, a efectos de explorar cómo este hombre se forjó en la conmovedora experiencia de la montaña, hace tantos años, y cómo esa experiencia, a su vez, forjó al extraordinario médico en que se convirtió.


ARGENTINA
CHILE
N
O
E
S
VIÑA DEL MAR
MENDOZA
16°
26°
21°
27°
45°
SANTIAGO
SANTIAGO
MELIPILLA
45°
CORDILLERA DE LOS ANDES
Punto de cruce de
la escalada final:
5.181 metros
ALTOS DE
SAN HILARIO
60°
SAN FERNANDO
25°
LOS MAITENES
Fuselaje
Cola
VOLCÁN
TINGUIRIRICA
4.893 metros
Lugar del choque
45°
CURICÓ
VOLCÁN
SOSNEADO
5.189 metros
55°
100°
MALARGUE
ARGENTINA
CHILE
0
50 km

Imágenes

Exequiel Bolumburu

Chile, 1971: el equipo de rugby de primera división del Old Christians jugando con los Andes detrás.

Fotografía cortesía del coronel [FAU] Mariano Rodrigo

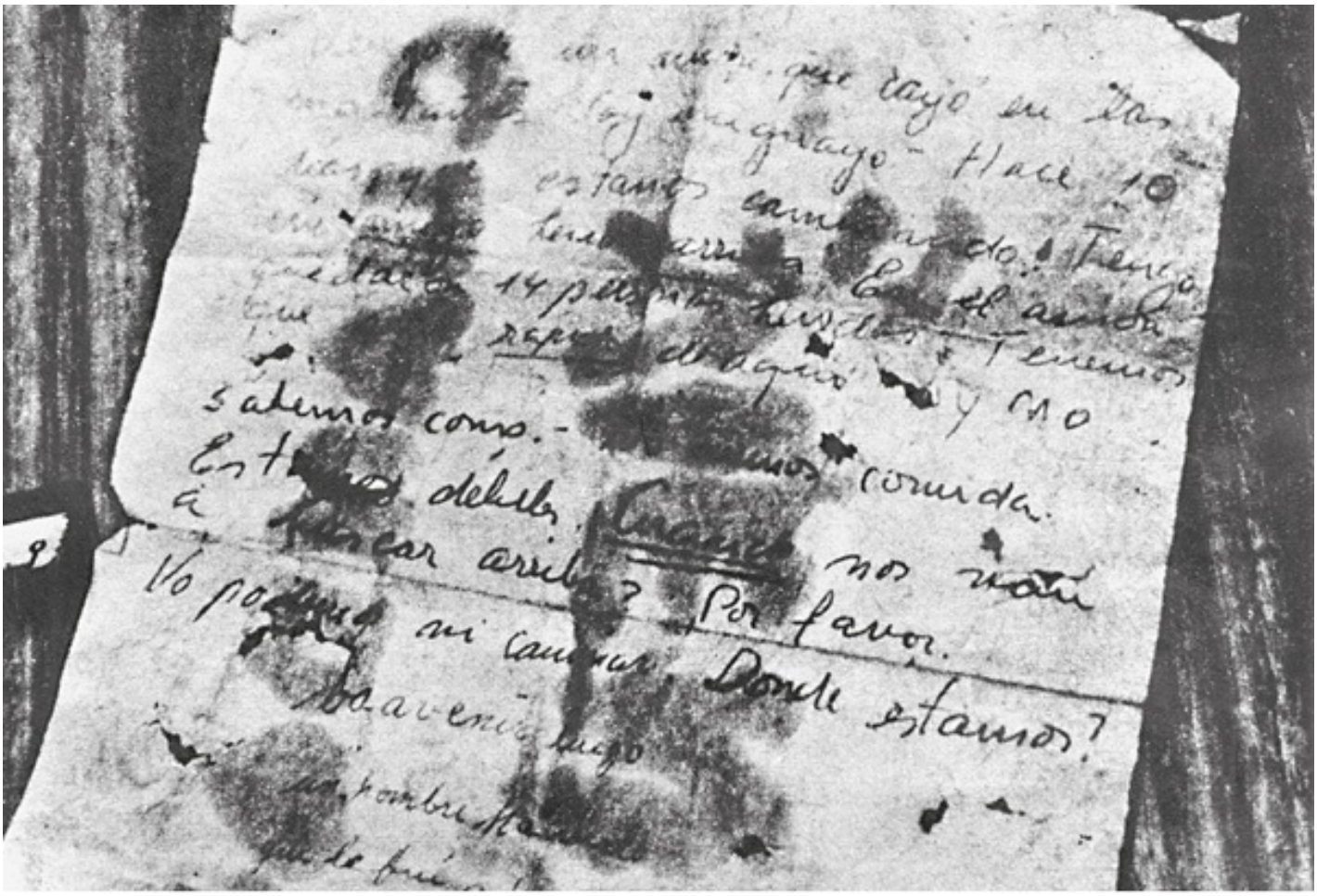
Aeropuerto de Mendoza, 13 de octubre de 1972: la última foto del Fairchild 571, con su comandante al frente, coronel aviador Julio César Ferradás. El día anterior nos detuvimos allí porque el mal tiempo impedía cruzar la cordillera. Bajo el avión se ve el agua de lluvia. Pocos minutos después de esta foto despegamos rumbo a Santiago y nos estrellamos contra las montañas del centro de los Andes.

Fotografía de la familia Canessa

Chile, noviembre de 1972: el doctor Luis Surraco, padre de mi novia, Lauri, me buscó por cielo y tierra cuando estábamos perdidos. Con este caballo recorrió la precordillera chilena y llegó a la casa de unos arrieros, que lo ayudaron. Por una curiosa coincidencia, se trataba de la hermana de Sergio Catalán, con quien haríamos contacto un mes y medio después.

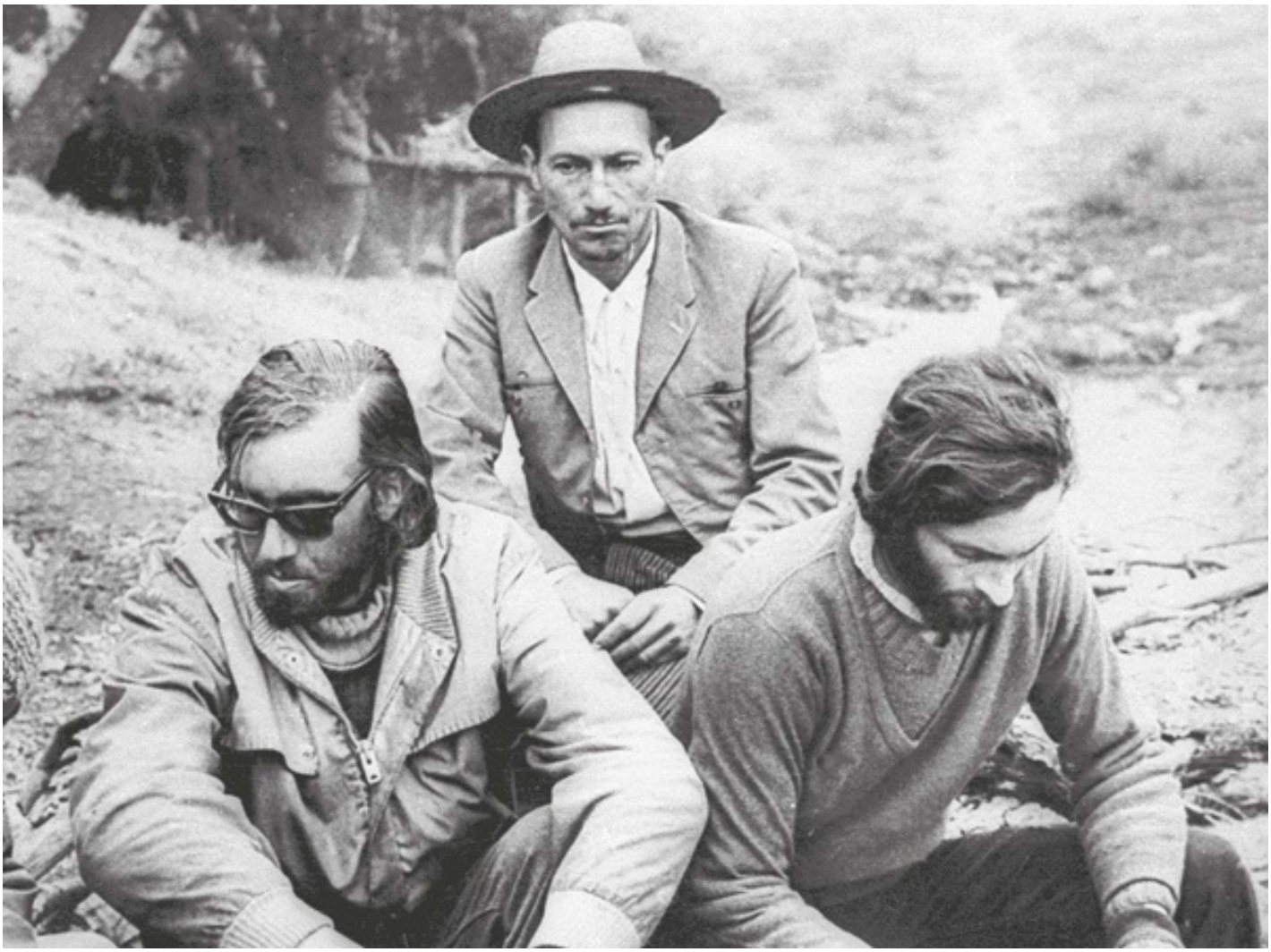
Fotografía de la Fuerza Aérea Uruguaya

El Douglas C 47, con matrícula FAU 508, en el que mi padre, otros cuatro pasajeros y los tripulantes comandados por el mayor Ruben Terra y el capitán Eduardo Lepere, nos buscaron, prácticamente durante los mismos diez días en que Nando y yo atravesamos la cordillera a pie.



GrupoCOPESA

La carta que Nando le arrojó a Sergio Catalán a través del río San José, en el amanecer del 21 de diciembre de 1972.



El País, Uruguay

Los Maitenes, 22 de diciembre de 1972: Nando Parrado, Sergio Catalán y yo. No hay gloria en nuestras miradas.

GrupoCOPESA

Los Maitenes, 22 de diciembre de 1972: intentamos salir a caballo de Los Maitenes, porque la densa niebla impediría que llegaran los helicópteros para rescatar a nuestros amigos que estaban en el fuselaje. Pero a poco de salir, la niebla se disipó y los helicópteros nos interceptaron.

El País, Uruguay

San Fernando, 22 de diciembre de 1972: los sobrevivientes Eduardo Strauch, Daniel Fernández y yo, de gorro blanco. Dos helicópteros nos trajeron de Los Maitenes,

El País, Uruguay

San Fernando, 22 de diciembre de 1972: mi llegada a San Fernando.

El País, Uruguay

San Fernando, 23 de diciembre de 1972: con la ropa que me regaló la gente de la ciudad, con mi padre detrás, con lentes de sol. Era un hombre adusto que en esos días no conseguía dejar de sonreír.

GrupoCOPESA

Santiago, 26 de diciembre de 1972: con Lauri en el hotel Sheraton San Cristóbal. Como me molestaba la luz, mi hermana Adriana me prestó sus lentes de sol.

GrupoCOPESA

Hospital de San Fernando, 23 de diciembre de 1972: con mis padres y Lauri, de espaldas. Esa noche me afeité la barba. Quería volver a la vida, salir definitivamente de la montaña, y la barba era lo que nos identificaba como sobrevivientes. Cuando al otro día, afeitado, me preguntaban si era un sobreviviente, decía que no, que no lo era.

GrupoCOPESA

Santiago, 26 de diciembre de 1972: con Lauri y un periodista en el hotel Sheraton San Cristóbal.

GrupoCOPESA

Santiago, 28 de diciembre de 1972: subiendo al avión de LAN Chile rumbo a Montevideo. Llevaba en la mano algunos de los muchos regalos que nos dieron los chilenos: una escultura típica del país y arreos como los que usan en los Andes, mucho más gruesos que los que se utilizan para cabalgar en las planicies uruguayas.

Fotografía de la familia Canessa

Montevideo, 28 de diciembre de 1972: en mi casa, recuperándome, con mi madre y Lauri, el día que regresamos a Uruguay.

Fotografía de la familia Canessa

Montevideo, diciembre de 1972: mi madre, Mercedes Urta; mi padre, Juan Carlos; y mi hermana, Adriana, en nuestra casa en Montevideo, dos días después de que regresamos.

Daniel Bello, piloto

Vista aérea del Valle de las Lágrimas, 2010: fotografía tomada a 25.000 pies de altura en la misma época del año en que estuvimos allí.

Federico Sanguinetti

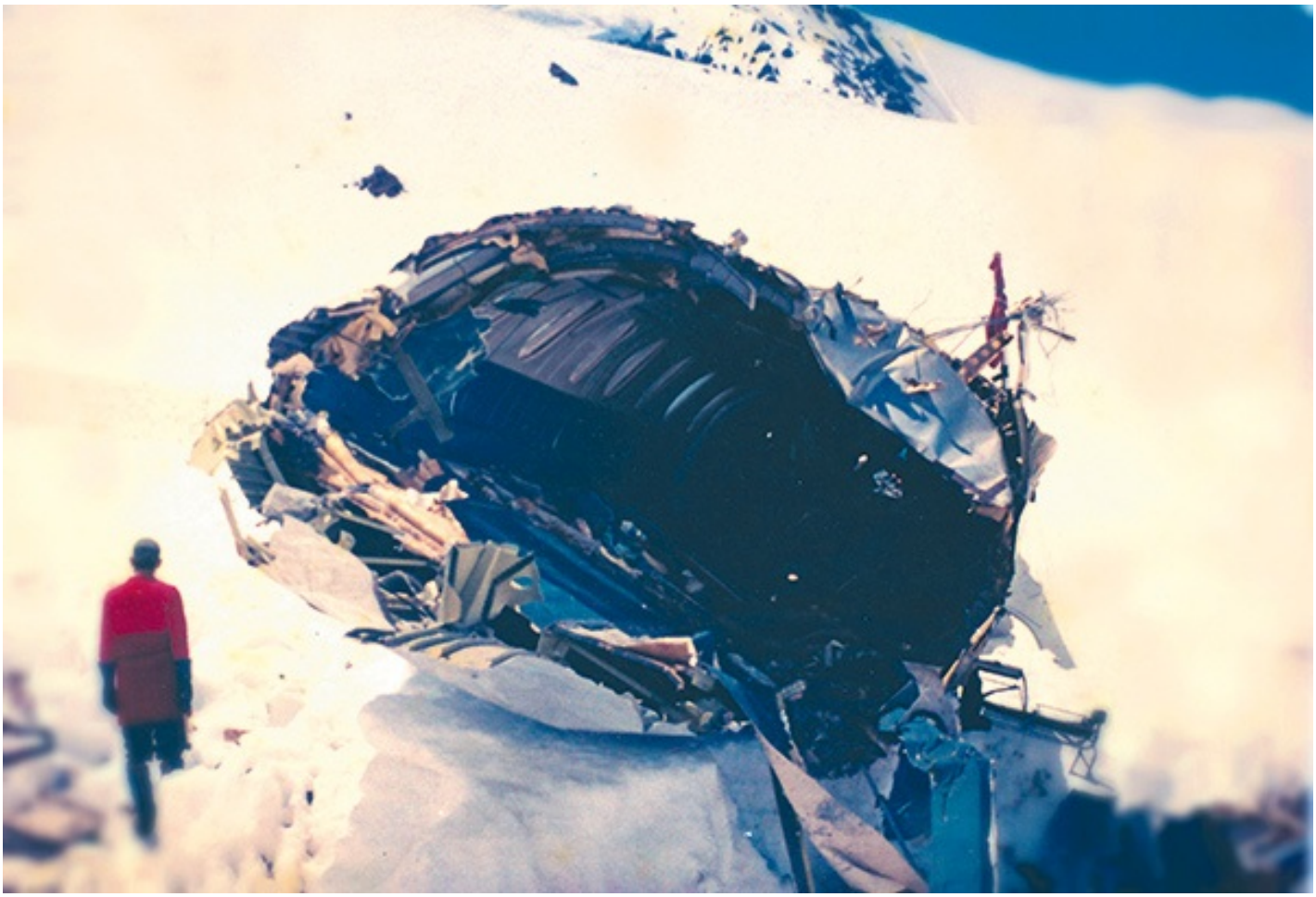
La muralla de los Altos de San Hilario, en diciembre de 2016: nosotros la escalamos en diciembre de 1972, con Nando y Tintín.

Fotografía de la Fuerza Aérea Uruguaya

Valle de las Lágrimas, enero de 1973: el último grupo de sobrevivientes fue rescatado del Valle de las Lágrimas el 23 de diciembre de 1972. Poco después, en enero de 1973, la Fuerza Aérea Uruguaya, representada por el capitán Enrique Crosa, fue al lugar para investigar el accidente y, junto con el Cuerpo de Socorro Andino de Chile, enterrar los cuerpos, hacer una tumba y quemar el fuselaje. La secuencia de las siguientes fotos fue tomada en esa oportunidad.

Fotografía de la Fuerza Aérea Uruguaya

Valle de las Lágrimas, enero de 1973: por causa del deshielo, el fuselaje estaba un metro y medio más alto que cuando nosotros sobrevivimos allí, con lo que sobró del avión prácticamente enterrado en la nieve.



Fotografía de la Fuerza Aérea Uruguaya

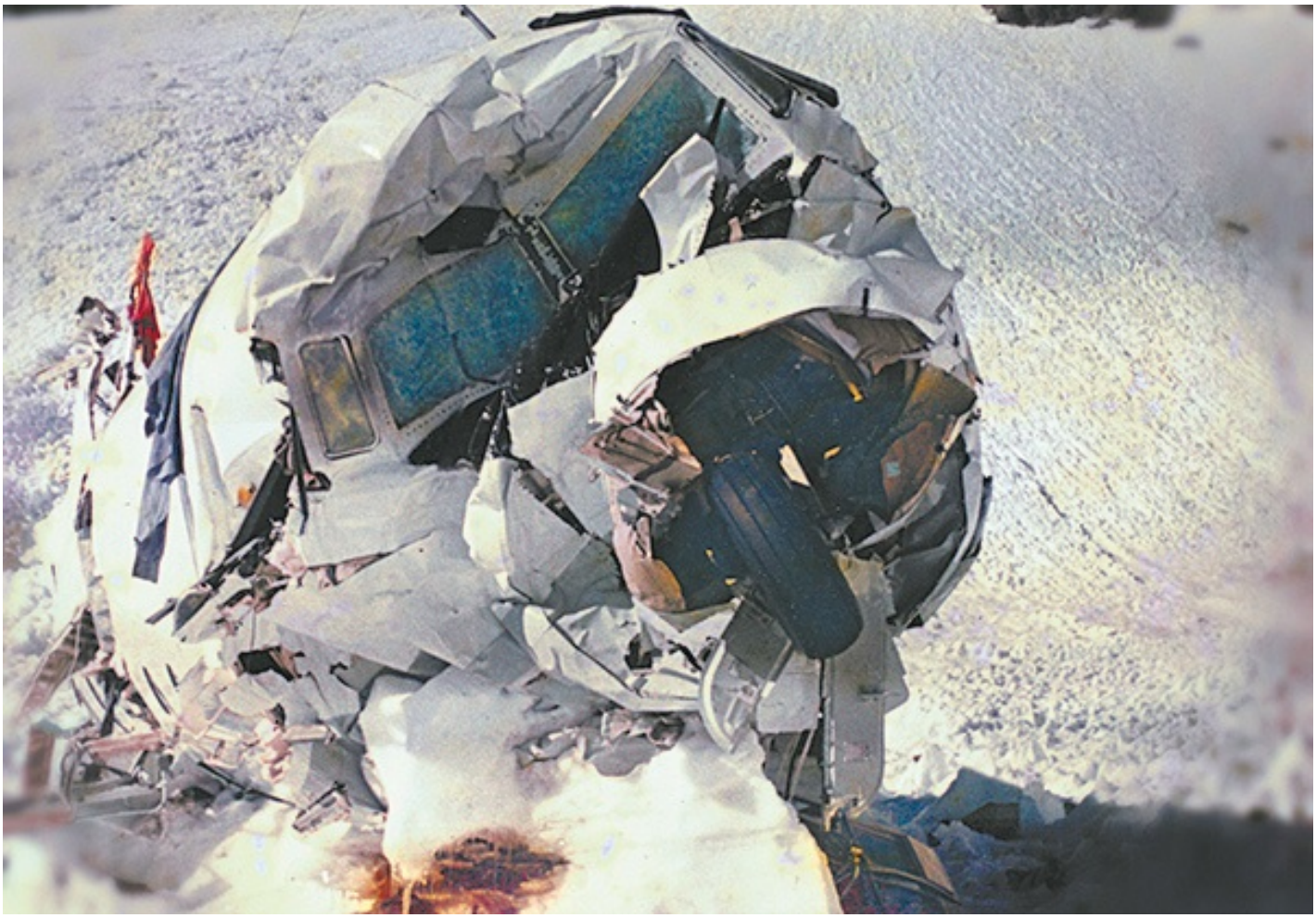
Valle de las Lágrimas, enero de 1973: la parte posterior del fuselaje partido por el desprendimiento del ala derecha, donde nosotros hicimos una pared con maletas para no congelarnos.

Fotografía de la Fuerza Aérea Uruguaya

Valle de las Lágrimas, enero de 1973: el otro lado del fuselaje, que llegó a estar tan tapado de nieve que las ventanas desaparecieron.

Fotografía de la Fuerza Aérea Uruguaya

Valle de las Lágrimas, enero de 1973: la nariz del Fairchild 571, vista desde el costado derecho.

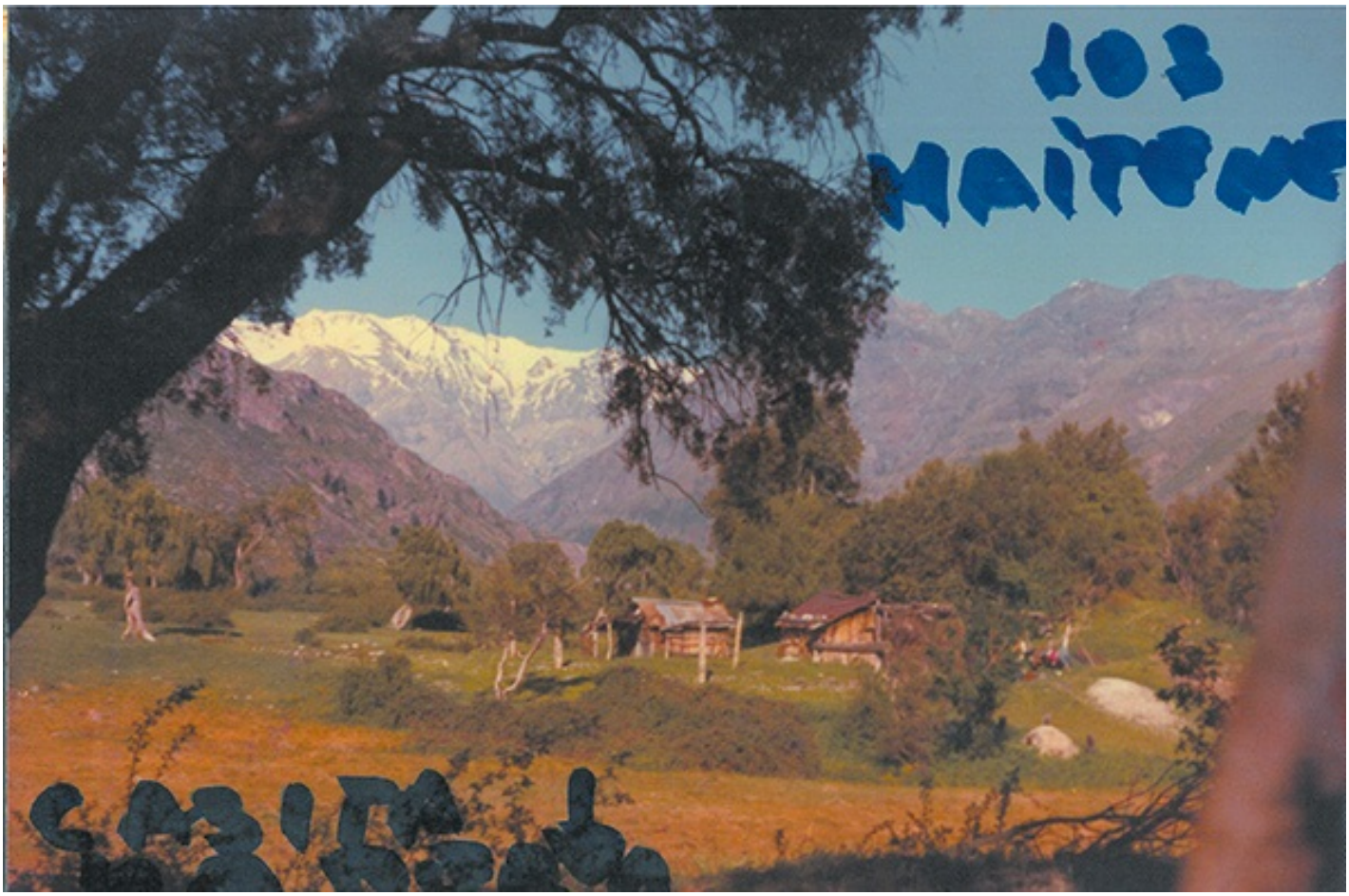


Fotografía de la Fuerza Aérea Uruguaya

Valle de las Lágrimas, enero de 1973: el Fairchild 571 visto de frente. Nosotros nunca lo vimos tan levantado. Con el deshielo, quedó apoyado sobre un pedestal de hielo que se mantuvo por la sombra del fuselaje.

Federico Sanguinetti

Cumbre de los Altos de San Hilario, a 5180 metros de altura, en diciembre de 2016: cuando llegamos aquí, con Nando, el 14 de diciembre de 1972, creíamos que veríamos, al Oeste, los verdes valles de Chile. Lo que había era un sinfín de montañas, con dos cimas gemelas, en el horizonte, que parecían no tener nieve en sus cumbres.



Fotografía de la familia Canessa

Los Maitenes, 1975: cuando lo conocí la primera vez, el 21 de diciembre de 1972, creí haber llegado al paraíso.

Fotografía de la familia Canessa

Los Maitenes, 1975: una de las dos chozas de los arrieros, lugar al que nos condujo el campesino Armando Serda. De espaldas, Sergio Catalán.

Fotografía de la familia Canessa

Los Maitenes, 1975: la choza donde dormimos: nunca en mi vida me sentí tan bien tratado y atendido

Fotografía de la familia Canessa

Abril de 1973: con la pelota de rugby bajo el brazo, cuatro meses después de salir de los Andes.

Fotografía de la familia Canessa

Abril de 1973: ya habíamos recuperado el estado físico y, junto a Nando Parrado, volví a jugar rugby. En el primer partido usamos brazaletes de luto en el brazo derecho.

Fotografía de la familia Canessa

Iglesia Stella Maris de Carrasco, 18 de junio de 1976: nuestro casamiento, en la iglesia donde Lauri iba a rezar por nosotros cuando estábamos perdidos.

Fotografía de la familia Canessa

Uruguay, 1975: esta fue la primera vez que invitamos a Sergio Catalán a venir a Uruguay. Estamos con Nando, en casa de la familia de Lauri. Cuando ella escuchó que Catalán dijo que nosotros habíamos caído en los Altos de San Hilario, se dio cuenta de que ese sería el nombre de nuestro primer hijo, para cumplir la promesa que había hecho cuando yo estaba perdido.

Fotografía de la familia Canessa

12 de setiembre de 1977: con Lauri y nuestro primer hijo recién nacido, Hilario.

Fotografía de la familia Canessa

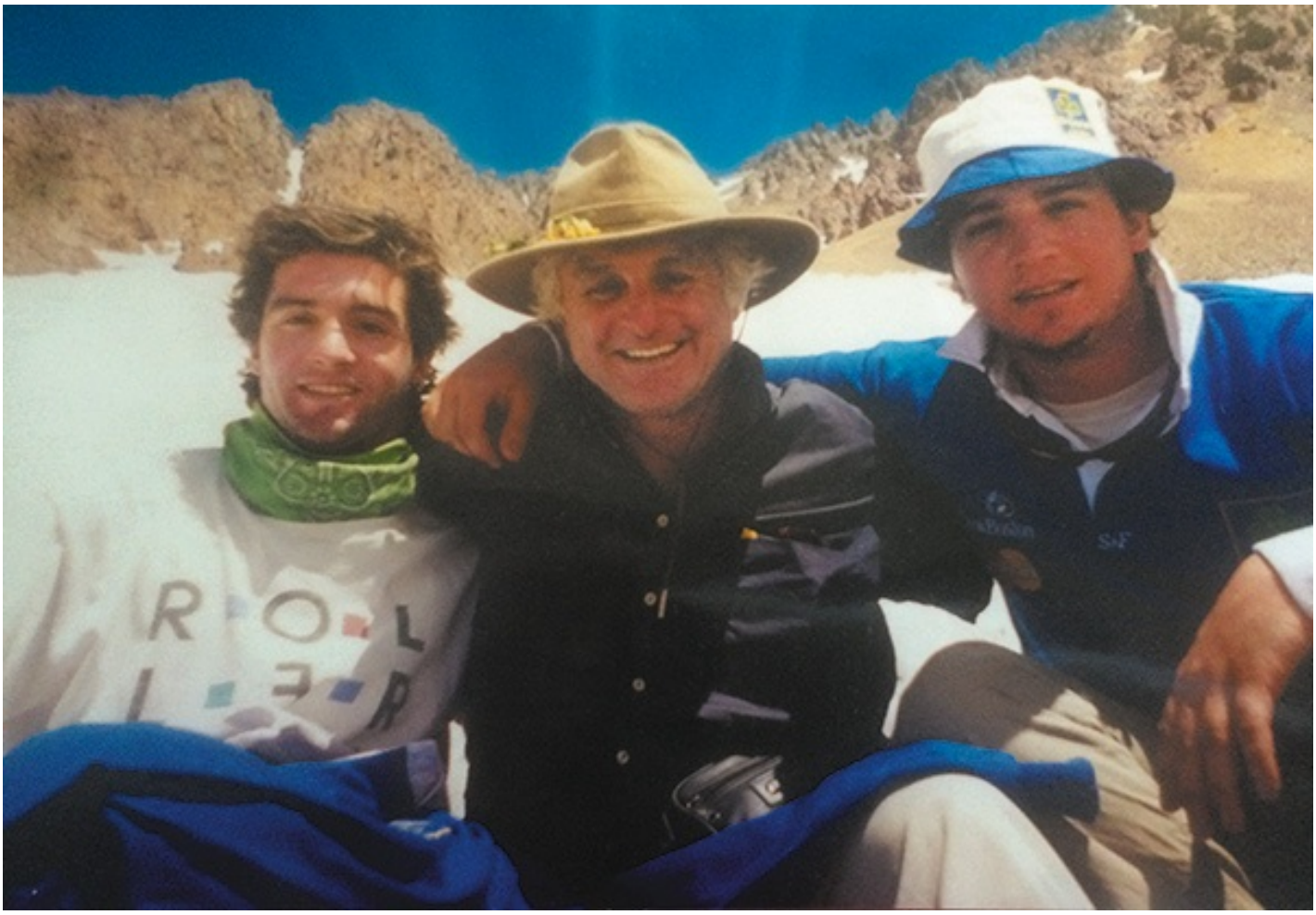
1980: partiendo a Sudáfrica, donde formé parte del primer seleccionado sudamericano de rugby, el 1980 South American Jaguars Rugby Union, para jugar en ese país un campeonato que también buscaba denunciar y luchar contra el *apartheid*.

Fotografía de la familia Canessa

Los Maitenes, 1988: cuando me encontré con Lauri en el hospital de San Fernando, le prometí que la llevaría, cuando tuviéramos una familia, a conocer el valle donde crecen las flores más ricas del mundo: Los Maitenes, donde están las chozas de los arrieros. Cumplí la promesa 16 años después. Al fondo se ven los Altos de San Hilario.

Diego Errázuriz

Vista aérea del Valle de las Lágrimas, 2015: el valle se puede distinguir por el color amarillento de la tierra. La foto fue tomada en abril, cuando ya se produjo el deshielo; en el período en que los sobrevivientes estuvimos ahí, toda la montaña estaba cubierta de nieve



Fotografía de la familia Canessa

Valle de las Lágrimas, febrero de 2001: con mis hijos Hilario y Tino. Regresé seis veces al lugar del accidente, en los pocos días del año en que se puede acceder al lugar tras dos días a caballo, porque el resto del tiempo permanece bajo nieve.

Fotografía de la familia Canessa

Valle de las Lágrimas, febrero de 2001: ante la tumba de mis amigos.

Fotografía de la familia Canessa

Valle de las Lágrimas, marzo de 2006: con mi hija, Lala, en los Andes, en el lugar del accidente, cuando quise presentársela a mis amigos que quedaron en la montaña, porque ahora todos tenían la misma edad.

Fotografía de la familia Canessa

Tumba en el Valle de las Lágrimas: en un promontorio rocoso, a 800 metros de donde estaba el fuselaje, en enero de 1973 se hizo la tumba de los que murieron en la montaña. Años después, en una placa de hierro, los sobrevivientes dejamos este mensaje: “En recuerdo a nuestra visita, los 16 a nuestros 29 hermanos como siempre unidos”.

Alfredo Álvarez

Santiago, octubre de 2002: Lauri dice que yo tengo la pulsión de repetir y recordar los escasos buenos momentos de nuestra tragedia de 1972, como cuando encontramos a Sergio Catalán. Entre esos rituales, año a año seguimos jugando el partido que no pudimos disputar en 1972, la llamada Copa de la Amistad, premiada por el International Rugby Board. Treinta años después del accidente, en 2002, volvimos a jugar, simbólicamente, el partido. Como parte de la recordación, un helicóptero trajo a Sergio Catalán hasta el centro de la cancha y luego yo lo conduje hasta su caballo.

Fotografía de la familia Canessa

22 de diciembre de 2008: desde que ocurrió el accidente, los sobrevivientes nos reunimos todos los 22 de diciembre para recordar el día en que nos salvamos. Aquí estoy con Nando y su hija, Cecilia, mi ahijada, y mi hijo Hilario, su ahijado.

Fotografía de la familia Canessa

Hospital Italiano, 1986: las primeras damas de Uruguay y Francia, Marta Canessa de Sanguinetti y Danielle Mitterrand, visitan el Instituto de Cardiología Infantil del Hospital Italiano, donde yo trabajo en un ecocardiógrafo de la época. Junto a ellas, el doctor Pedro Duhagón.

Fotografía de la familia Canessa

Chile, 1999: con mi amigo, el profesor Itzhak Kronzon, director del Departamento de Ecocardiografía del Instituto del Corazón y Vascular del hospital Lenox Hill en Nueva York.

Natalia Dadalt

Uruguay, marzo de 2015: en el Hospital de Niños Pereira Rossell, haciéndole una ecocardiografía a un recién nacido en una incubadora.

Con el permiso amable de la familia Buere Beraza

1995: Jojó Buere Beraza con la túnica del jardín de infantes.

Con el permiso amable de la familia Buere Beraza

2014: Jojó Buere Beraza con su uniforme de *nurse*.

Con el permiso amable de la familia

2010: María del Rosario, en un casco de estancia en el departamento de Cerro Largo, Uruguay.

Con el permiso amable de la familia

2016: María del Rosario, hija de Azucena y Juan.

Con el permiso amable de la familia de Martha Mesa y Jacinto Desouza

18 de noviembre de 2002: Tiago, en brazos de su padre, Jacinto, cuando cumplió un año. Le acerqué la velita a los labios para que soplara.

Con el permiso amable de la familia de Adriana Mazza de Klimas y Bernardo Klimas

21 de octubre de 2010: el Gran Tomás, el niño más valiente que conocí, con su madre, Adriana.

Con el permiso amable de la familia Vázquez Chaquiriand

Boston, 16 de junio de 2015: Agustín y Juan Diego, su hermano, conmigo y con la doctora Jane Newburger, Commonwealth Professor of Pediatrics en la Harvard Medical School.

Con el permiso amable de la familia Vázquez Chaquiriand

Cambridge, noviembre de 2010: Agustín Vázquez Chaquiriand con sus padres, Diego e Isabelle, en el John F. Kennedy Park, tras su última cirugía en Boston.

Cortesía de ASE

Boston, 14 de junio de 2015: el doctor Neil J. Weissman, Presidente de la American Society of Echocardiography (ASE), me entrega el premio por el que me nombran Honorary Fellow de la ASE.

Cortesía de ASE

Boston, 14 de junio de 2015: dictando la conferencia con la que agradecí el premio que me otorgaron en la ASE.

Fotografía de la familia Canessa

2013: con el chambergo ladeado, bailando un tango con Lauri en nuestra casa.

Fotografía de la familia Canessa

2014: con Lauri en el jardín de invierno de nuestra casa.